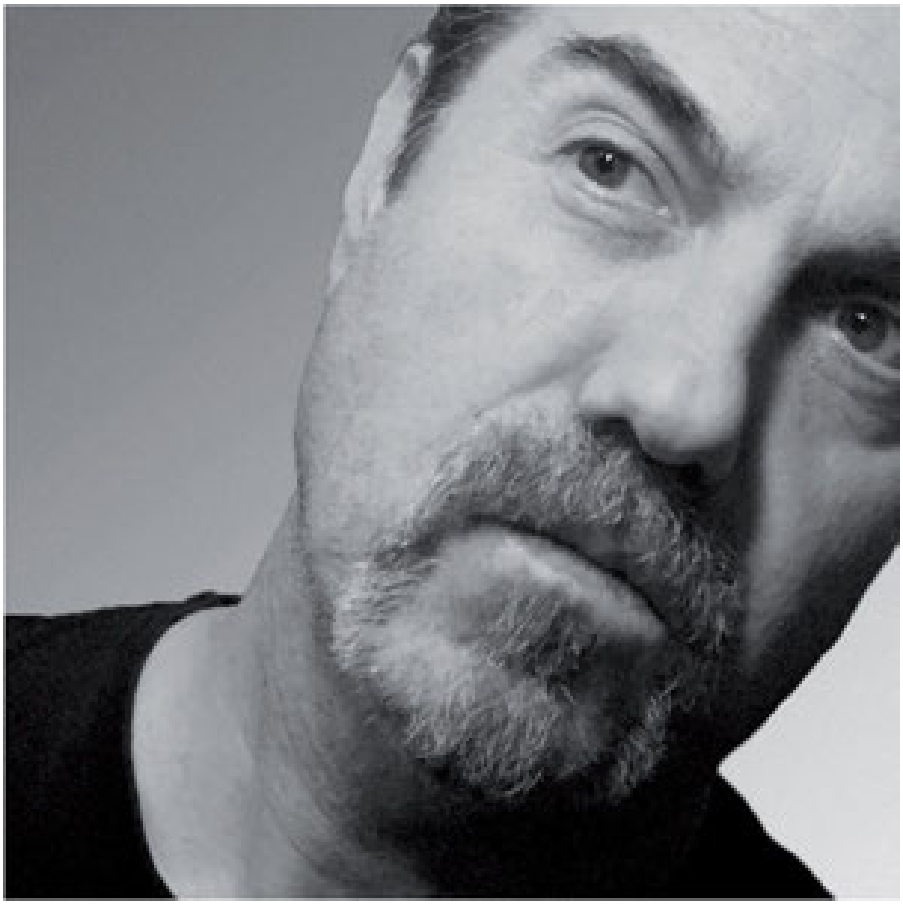
Carlos Millán
Irene a media luz

Carlos Millán
Irene a media luz

Carlos Millán
Irene a media luz



Carlos Millán (Girona, 1968) estudió cinematografía, decantándose muy pronto por el guion, gracias a la influencia de los profesores de la escuela cubana y a los directores de la escuela de Barcelona, que le transmitieron su pasión por escribir y buscar la emoción en toda palabra escrita. En esa época escribió diversos guiones para cortometrajes en 35mm, y dirigió Dibuixos en un plat, en ese mismo formato. También escribió dos largometrajes: A dos segundos de ti y Ya nada será igual. Durante varios años trabajó en la Televisió de Girona, donde dirigió y produjo el magazine Cine Ciutat.

Por motivos personales abandonaría el cine y se dedicaría a su otra gran pasión: la aviación, trabajando como coordinador de vuelos. Fue ahí donde profundizó en dos de los grandes temas de Irene a media luz, su primera novela: los viajes y los sueños. También ha trabajado como redactor en meristation.com, web del grupo Prisa, escribiendo reportajes sobre la realidad virtual y su narrativa.

Año 1916. El Somme. En lo más cruento de la Primera Guerra Mundial, un soldado trata de despistar a la muerte con recuerdos de una vida que ya no le pertenece. Y es que incluso en el barro de las trincheras hay lugar para el recuerdo imperecedero de Irene, a la que tantos amaron, y a la que tantos fallaron alejándola para siempre.

Esta es la historia de Irene, pero también la de Álex y Miguel, tres amigos que crecieron juntos e inseparables en un pequeño pueblo de los Pirineos Orientales, ajenos a cuanto el futuro les iba a deparar. Sus vidas se fueron tejiendo de las historias de tía Aspasia, historias que hablaban de viajes fabulosos, de personajes de cuento; algunas reales, otras soñadas, pero todas ellas destinadas a moldear la vida de unos niños que se hicieron adultos embebidos por esos mundos de fantasía.

Pero en todo recuerdo dorado, en toda memoria feliz, existe una mancha imperceptible, una mácula que nos recuerda que todo aquello no fue un sueño, y algo en esta historia en apariencia idílica pondrá a prueba la amistad de Irene, Álex y Miguel.

El amor y el desamor, la amistad y la guerra, la ilusión de un niño y la expectativa frustrada de un adulto. La vida entera habita las páginas de este libro.

Irene a media luz

Carlos Millán

A mis hermanos, con los que caminé solo demasiado pronto.

A Cristina Casellas, por su fuerza, vitalidad y apoyo incondicional.

Al maestro Jose Maria Nunes, por creer en mí y por todas las noches de bohemia.

Índice

CAPÍTULO I

La isla bella

CAPÍTULO II

Entre el Tigris y el Éufrates

CAPÍTULO III

La dama triste de Mindoro

CAPÍTULO IV

¿Quién sabe en qué piensan los búhos?

CAPÍTULO V

El amargo aroma del comino

CAPÍTULO VI

Ojos color avellana tostada a fuego lento

CAPÍTULO VII

El hermano de Gaëtan

CAPÍTULO VIII

La leyenda del chocolate de agosto

CAPÍTULO IX

San Juan de Madagascar

CAPÍTULO X

El comerciante de jade

CAPÍTULO XI

En el mar de Kara

CAPÍTULO XII

Dioses de los Pirineos Orientales

CAPÍTULO XIII

La reina de las luciérnagas

CAPÍTULO XIV

¿Recuerdas cuando te abracé así?

CAPÍTULO XV

Las ranas del Somme

Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío.

MIGUEL HERNÁNDEZ

Capítulo I

La isla bella

Otoño de 1916. Trincheras del 6.º ejército francés en el Somme

Siempre se había desenvuelto bien por los caminos de los sueños, pero esta vez, el repugnante hedor proveniente de la zona muerta lo despertó. Las náuseas posteriores le recordaron lo abatido y frágil que se sentía tras interminables meses en el frente. No era viejo, pero los años de contienda habían borrado cualquier señal de que una vez la juventud habitase en su rostro. Alzó la mirada, como si sus ojos pudieran llenar los pulmones hasta doler de puro frío, y solo descubrió un cielo ajeno, insultante, de un azul profundo. Demasiado para su gusto. Observó con detenimiento al joven camarada que dormía sosegado junto a él, y sin hacer ruido tanteó con su mano derecha el suelo hasta agarrar con fuerza una botella de sambuca que había comprado semanas atrás en Toutencourt. Dejó de mirar a su compañero cuando el sol atravesó la botella y dibujó un baile de diminutas corrientes verdes y anaranjadas en el oscuro barro de la trinchera. Le recordaron el cartel en un callejón de Roma que tanto le atrajo cuando decidió probar la bebida anunciada, Sambuca Isolabella. Un arlequín en un fondo negro rodeado de botellas del licor italiano. Para algunos, el arlequín danzaba al compás de una música inaudible, imaginaria pero alegre, con un sinfín de botellas satisfechas con la idea de ser tragadas por el personaje. Pero para él, tenía el rostro triste, un payaso afligido encadenado a un papel que nunca había querido tener, con una mano en el pecho, donde duele, y otra alzada tratando de protegerse.

No encontró jamás ni rastro de la bella isla, pero la bebió a litros. Suficiente para que su sabor le transportase a casa, a su estancia, donde cada mañana abría los ventanales y el dorado reflejo de los campos de trigo empujaba a su interior el verano entero.

Sonrió cuando vio en su memoria la mirada fresca de una de las mujeres que solía llevar a su casa. Aquella mañana se levantó desnuda

y abrió el ventanal de golpe. Al contemplar los interminables campos radiantes de luz, soltó un improperio que no fue gracioso entonces y que no quería recordar ahora. Se giró hacia él con el rostro desencajado como si hubiese visto un fantasma, y saltó sobre la cama envuelta en sus exageradas risas golpeándole sin miramientos. Le gustaba recordar esa cara, y para qué engañarse, sus enormes pechos también. Todo en ella era grande, quizás la eligió porque su figura cubría todo el ventanal e impedía que entrase el sol y así poder dormir más; o quizás porque no la entendía demasiado bien y como no paraba de hablar, él tenía tiempo para perderse en sus propios pensamientos. No lo sabía con exactitud.

Pudo escuchar algunas ilusiones de la mujer durante la noche, pero nunca se lo reprochó. No le había dado motivos para que se imaginase vidas mejores alejadas de su gris monotonía. Tampoco la vio muy abatida cuando en el camino que lleva al pueblo, después de un incómodo silencio, ella le preguntó: «¿Cuándo volveremos a vernos?».

—¿Para qué? —contestó él sin el menor pudor.

No hubo reproches, ni lamentos como todas las demás, solo la profunda mirada de la mujer bajo ese sombrero de organdí escrutándolo. Recordó con desdén el horrible sombrero de la mujer. No sabía si el color era así o estaba sucio, pero las frutas del bosque hechas de tela que iban mal pegadas a él no mejoraban el cuadro en absoluto. Ella tan solo retiró la mirada, sonrió con dulzura, y se marchó camino abajo.

La humedad de la trinchera le invadió. Bebió un trago largo, y en el mismo instante que el fuerte sabor dulzón del licor anisado le llenó la pastosa boca, se dio cuenta de que no había sido una buena idea. Las náuseas regresaron más fuertes todavía. Le lloraban los ojos y su cuello se movía en desagradables sacudidas. Sacó de su bolsillo un paquete de Murad y tomó el último cigarrillo. «Feliz ocurrencia», pensó, «para quitar el sabor del anís, nada mejor que el humo en tu boca del tabaco turco».

Durante un segundo intentó recordar el nombre de aquella mujer, pero desistió.

—¿Para qué? —se preguntó en voz alta.

Dio una profunda calada y cerró los ojos, rendido ante el silencio reinante. Lo único que le perturbaba era el ligero chapoteo de los soldados entre el barro, que trataban de no escurrirse por las paredes

de la anegada zanja.

Un grito seco lo sobresaltó, y el cigarrillo resbaló de entre sus dedos. Maldijo su suerte, pero pronto se olvidó. Se levantó despacio, agotado, como si eso fuera a detener lo inevitable. Varios oficiales empezaron a salir a toda prisa de las improvisadas dependencias que habían construido bajo tierra. Vio el miedo en el rostro compungido de los soldados que observaban la escena. Ya estaban acostumbrados a las escaramuzas diarias obra de algún mando menor con ganas de medalla, que solían acabar con un pequeño grupo que no regresaba jamás. Pero esto era diferente. Recordaba mucho al primer día de batalla, a principios de julio, cuando entre risas llegaron los bombardeos de la artillería; después de los bombardeos, los silbatos, y luego, sin mirar los pedazos de carne que antes eran compañeros, tuvieron que saltar de la trinchera. Ya no reía nadie. Se parecía mucho a ese día, pero ahora los hombres, a sabiendas, empezaron a respirar intranquilos. La tensión creciente se mostraba en sus rostros de dientes torturados y en pequeños espasmos musculares de las piernas y los dedos de la mano. Pero, sobre todo, se dibujaba en las miradas. Se buscaban con ellas, quizás tratando de hallar valor, o preguntándose si será él y no yo. Lo más probable es que simplemente se maldijeran por encontrarse en un agujero pestilente a punto de morir. Pensar mucho en ello era obsesivo y cruel; pero inevitable. Los corazones empezaron una guerra propia, salvaje y feroz en sus pechos, cuando asomaron las primeras jeringuillas con nevrostenina. Lo conocía bien. Un compuesto de potasio y magnesio que ayudaba a que el miedo viajara junto a ti, pero al menos no dentro de ti. Sonrió con despecho y se dejó caer cicatrizando el lodo con su espalda, junto a su compañero, que, pese al movimiento en la trinchera, aún dormitaba.

—Esta vez va en serio, querido Frechant —dijo a su camarada mientras le daba unas palmaditas en la rodilla—. Cuando los oficiales arrastran el culo así para que los vean, solo quiere decir una cosa: que nos van a joder. «Soy oficial por algo y voy a tomar una decisión, aunque no sirva para nada y os mate a todos, pero a mí ya me habrán visto. Se darán cuenta de que soy capaz de tomar decisiones, y lo que os pase me da lo mismo». ¿No te recuerda al imbécil del teniente Clotés? Cuando no habíamos recorrido ni veinte metros desde nuestro agujero y ya más de la mitad habían caído, los nuestros empezaron a correr en dirección contraria y gritó como un poseso: «¡Que no cunda el pánico! ¡Que no cunda el pánico!». Vaya cretino de mierda, a los que le cundió fueron los que se salvaron porque a él le volaron la cabeza. Aún veo la cara de sorpresa que puso cuando su ridículo bigote le salió por la nuca —dijo suspirando sin poder evitar una mordaz sonrisa—. Y por el ajetreo que llevan estos, vamos camino de

repetir la hazaña. ¿Tienes un cigarrillo?

Sin esperar respuesta se abalanzó sobre su compañero y le registró el bolsillo en su pecho. Encontró un paquete que resbaló de entre sus húmedos dedos, y acabó sumergido en el lodo junto a sus pies.

—¡No te muevas, Frechant! Un paso en falso y perdemos los únicos cigarrillos que nos quedan. —Examinó la pequeña cajetilla calabaza—. ¿Woodbine? ¿Inglés? ¿Tienes tabaco inglés? Hace más de un año que compartimos hasta las mismas pulgas y todavía me sorprendes.

Recogió el paquete, y sacó el cigarrillo cuidadosamente con las uñas tratando de no empapar el fino papel con sus llagadas manos. Complacido por no haberlo tocado en exceso, se lo puso en la boca, pero la desesperación le invadió de nuevo cuando no encontró el mechero. Con ansiedad buscó en su uniforme y entre el lodo junto a él. Construido con la vaina de una bala lo encontró bajo sus pies. Luchaba para no desaparecer para siempre en el barro. Ansioso, desenroscó la parte inferior, justo donde va el combustible. Le dio la vuelta y de su interior salió un hilillo de agua aprisionada entre un fango verdoso. Al descubrirlo, lanzó un insulto que llegó más lejos que el propio encendedor. Sin quitarse el cigarrillo de la boca acomodó su espalda contra la fría trinchera. «Para algunos», pensó, «cada uno de los átomos del tiempo y de los sueños maquinan con el único fin de mortificarlo. Y cuando eso ocurre, lo único que puedes hacer es apartarte y esperar. No hay nada que hacer. El barco zarpará y tú irás en él te pongas como te pongas. Como una ilusión. ¿Te niegas a subir? No importa, en tu siguiente recuerdo ya estarás dentro. Y visto lo que ocurre aquí, se lo están pasando en grande. Putos átomos».

—Fuego por un cigarrillo —dijo una apagada voz.

Abrió los ojos entre el cansancio y la esperanza. A pocos metros de él, piel y huesos bajo un casco, con barba de semanas que solo le cubría el nacimiento de la mandíbula, un soldado hacía sonar una afligida cajetilla de cerillas. Esta vez no fue tan escrupuloso a la hora de sacar un cigarrillo y ofrecérselo al soldado. Este, ávido, se lo puso en la boca y lo encendió con una cerilla. Con la misma lumbre prendió su cigarrillo y dio una profunda calada. Cuando llegó el turno de Frechant, el soldado se quedó quieto mirándolo, con la llama junto a su cara.

—Tú eres idiota o ¿qué te pasa? —le dijo con desprecio al soldado esquelético—. No puedes encender tres cigarrillos con la misma cerilla. ¿Quieres que te maten? ¡Y deja que descanse, jodido inútil!

El soldado marchito no respondió, pero en lugar de tirar la cerilla todavía ardiente, abrió su mano y la dejó caer prisionera en su puño. Allí la ahogó y ni siquiera pestañeó.

—Si tienes alguna cuenta pendiente, este es el momento. Deberíamos prepararnos, saltaremos pronto —dijo el soldado.

—¿Sabes qué es esto? —preguntó mostrándole la palma de su mano abierta a escasos centímetros de su cara.

—¿Tu mano? —respondió el soldado sin acabar de comprender.

—No. Es una lista.

—¿Una lista?

—Sí. Una lista de cosas que me importan una mierda, y tus «cuentas pendientes» están aquí —dijo marcando con el dedo índice la parte superior de su mano—, bien arriba. Y preparado ya lo estoy. Hace años que lo estoy.

El soldado lo miró incrédulo, negó con la cabeza y escupió junto a sus pies. Se deslizó trinchera abajo hasta mezclarse con más vidas como la suya, dolidas por nacer en tiempos tristes.

—Tengo tanto frío, amigo Frechant, tanto. Llevamos en este maldito agujero cinco meses y únicamente nos sacan para matarnos. Tengo los pies húmedos desde las lluvias de final de agosto y tan hinchados que hace tres días que no me puedo sacar las botas. Y lo primero que dirán cuando salgamos es «¡Corred, corred, a por ellos! ¡Viva Francia!». Y más de la mitad nos moveremos dando saltitos como patos. Tenían razón los boches al llamarnos patos. Qué ridículo es morir si el que te mata se está riendo. ¿Y crees que el soldado que lo hace se preguntará quién eres? ¿De dónde eres, o si tu vida había sido lo bastante interesante para que alguien la mencione?

El hombre se agarró el casco con ambas manos, sin dejar caer el cigarrillo, tratando de detener el torrente de preguntas como si provinieran del sucio metal.

—¿No te preocupa, Frechant, que solo vivamos entre preguntas? No hay certeza en nada. Al empezar la guerra nos preguntábamos quién fue el hijo de puta que tuvo la ocurrente idea de diseñar nuestro uniforme con unos fascinantes pantalones rojos. Así van más elegantes, lucen los colores de la república decían, pero era como tener una diana en el culo. Nos veían venir ladera abajo corriendo

entre los campos de cebada y ya podías esconderte, que he visto burdeles que atraían a menos soldados que nuestros pantalones. ¿Y la ridícula caballería? Con sus plumas y corazas tan resplandecientes que habrían hecho sonrojar a la mismísima Juana de Arco. Los alemanes se reían de nosotros y ahí empezaron a llamarnos patos. Es la única palabra que he aprendido en alemán después de tantos meses de guerra: «ente». El tipo que tuvo la feliz idea estará ahora sentado en un café de París, fumándose un buen puro, leyendo las noticias del frente en Le petit journal, porque es un hombre cercano al pueblo —apuntó con una amarga sonrisa—. Se imagina que la guerra es algo mágico, salido de cualquier novela de Dumas y da por sentado lo mucho que ha contribuido a su país. La guerra, fuente de honor, caballerosidad y fuerza vital que mueve el mundo. Dile eso de la fuerza vital al joven cuya mandíbula cuelga de aquellas alambradas. Llevaba ahí suspendido tres días como un espantapájaros extrañado de que, a sus pies, el suave calor del trigo se hubiera transformado en barro y fría sangre. Al final cayó, pero la mandíbula sigue ahí. O mejor aún, díselo a sus padres que no tienen ni idea de dónde han mandado a su hijo. Su madre todavía sufre por él y sueña con volver a abrazarlo. Ese zapatero que estaba aquí, ¿cómo se llamaba? Sí, hombre, aquel con perilla ridícula y lentes redondas. Bueno, no importa. Llamaron a su hijo a filas al mismo tiempo que a él. Le escribía prometiéndole que los dos estarían en casa a muy tardar en primavera. ¿Sabes lo que regresó en primavera, Frechant? Su hijo en una caja de zapatos. Bonita ironía. Me temo que esos zapatos no los van a vender. Una calurosa tarde de finales de agosto, atacó él solo a todo el ejército alemán. Otro pato.

Dio una profunda calada al ya agonizante cigarrillo. ¿Por qué su sabor no le recordó a nada? Lo mató contra el fango de su bota sin remordimientos.

—Luego nos preguntamos —prosiguió—, si la mejor opción contra el gas mostaza era un asqueroso pañuelo orinado, hasta que vimos cómo te deja la cara el maldito gas. Y ahora nos preguntamos todo: ¿es normal que nuestros pies se pudran como gatos muertos hace cinco días? ¿Comer ratas puede ser perjudicial? Bueno no, ahora nos preguntamos si saben mejor las negras o las marrones. Y si nos han amado. ¿Te han amado, Frechant? No como esa jovencita que te espera en Grenoble, ahí en su pequeño jardín tratando de robar los últimos destellos de sol antes de que baje el helado viento de las montañas… Perdona que te lo diga, pero todo es tan puro y angelical que, si algún día me conoce, la devorará el tifus con solo mirarme. No, me refiero a algo más visceral, que te atraviesa en el tiempo y por la cual eres capaz de venir del lugar más lejano de tu imaginación solo

para estar con ella. Únicamente puedes entenderlo cuando renuncias a una vida de felicidad por un ligero roce de su piel. Aunque no ames, en el sentido estricto de la palabra, y no me refiero a amar como la sentimental basura polaca de Chopin, es sobrecogedora la fuerza que da el sentirte amado. Es poder, Frechant. En el fondo, amar es como ser padre, cualquiera puede hacerlo, no tiene mucho mérito, es ponerse a ello y ya; pero ser amado es como ser madre, eso es el auténtico desafío, debes renunciar a tantas y tantas cosas y si hay suerte solo al final recibes una justa recompensa. Y cada día que pasa, cada una de las vicisitudes que te hacen sentir, cobran un significado brillante, aunque al principio no seas consciente. Yo conocí a alguien que te hacía sentir así. Muchos la amaban, y muchos más la adoraban en silencio, pero siempre le fallábamos… Todos le fallamos. Después de eso es como estar incompleto. Es caminar por el desierto durante días y días, cuando el cálido viento deja de ser cálido y corta como la navaja de un barbero borracho. Y sigues caminando, hasta encontrar una fuente junto a un barranco, así que tratas de beber con una sola mano porque la otra te aguanta para no despeñarte por el vacío, pero el agua se te escurre entre los dedos. Te mueres por beber, pero solo logras ver como lo que más necesitas en el mundo se pierde sin que puedas hacer nada. Apenas puedes humedecer tus agrietados labios, y lo único que consigues es que aún te duela más saber lo que te has perdido.

Enmudeció al sentir el frío acero del recuerdo entrar en su pecho hasta helarle el poco aliento que tenía. «Una bayoneta alemana no sería mucho más dolorosa», pensó. Se frotó los ojos irritados, y se maldijo al instante por embadurnárselos del mugriento barro. A cada intento solo conseguía ensuciarse más y más hasta que se rindió.

—A Irene —dijo con un hilillo de voz apenas perceptible—, todos le fallamos.

Contempló el árido cielo durante unos segundos. Quizás buscaba su rostro, pero no había siquiera una insignificante nube en el horizonte que le diera un respiro, mostrándole, bondadosa, trazos que le recordasen a ella. «Putos átomos», pensó. Luego forzó una sonrisa, y guiñó el ojo a su compañero.

—Si tenías la suerte de verla sin que ella se diese cuenta, no sé, caminando por la calle, quizás en su trabajo o haciendo cualquier cosa, amigo Frechant, temblabas. Y no de frío como ahora, era su belleza la que te hechizaba. Su cabello rubio, corto, con una pequeña cola a media altura en su nuca de apenas medio dedo de largo y un pequeño mechón rebelde que le caía sobre uno de sus ojos y que

trataba de recolocar en su lugar obsesivamente —dijo imitando el gesto debajo del casco—, sin suerte. Irene era consciente de que apenas ninguna mujer llevaba coleta en sociedad, pero ella, a su manera, había sabido convertirla en su marca especial. Además, era incapaz de seguir la moda eduardiana. Le repelían esos moños como una torta aplastada en la coronilla; o esos peinados tan densos, donde uno es incapaz de diferenciar si era más grande el cabello o el sombrero de ala ancha que se suele llevar los domingos. Ella nunca quiso saber nada de sombreros. Su piel oliva, pese a que ya casi tenía veintiocho años, desprendía una luz que bien podía pasar por poco más de veinte. Contrastaba con el dorado del cabello, y cuando sonreía, resplandecían los picos que rodeaban Céret.

Todo quedó en silencio. Nadie en toda la trinchera emitía el más mínimo sonido. Miró alrededor y creyó estar en una tumba. Por un instante, un silencio espeso, turbado e imposible de romper, lo convenció de que estaba muerto. Solo un débil llanto de un joven soldado abrazado a su fusil, sin consuelo de camaradas, le dio un puñetazo de realidad. Uno seco, húmedo, maloliente y penetrante, directo a la cabeza, para decirle en un susurro que, para su desgracia, aún seguía vivo. Se quitó el casco y se pasó la mano por su pálida cabeza rapada.

—Era un misterio inescrutable para los demás. Y luego… una desaparición lo cambió todo. ¿Te lo imaginas, Frechant? Solo una y todo nuestro mundo se vino abajo. Con las que llegamos a tener aquí. Preguntas por cualquiera, si alguien lo ha visto y nadie sabe nada, simplemente desaparecen. Y no son deserciones, porque si lo haces te matan los tuyos, o si no los alemanes. O peor, te pasa como al soldado Girardon, el soldado lector, que se acercó a una granja para pedir un poco de leche fresca pues esa misma noche tenía una lectura cerca de Gommecourt, y la bienvenida se la dio un anciano campesino corriendo hacia él mientras gritaba «desertooooorrrrr» y lo ensartó con una horca. Todo empezó una lluviosa tarde de principios de verano cuando Irene se encontraba frente a una ventana que daba al jardín en la antigua casa de su tía. Algo ocurría. Sus dos inseparables amigos desde la infancia, Miguel y Álex, estaban con ella, con esa unión para toda la vida que proporcionan las risas compartidas desde la niñez. Fue Miguel el que se le acercó; y al llegar a su lado, se dio cuenta de que las sombras de las gotas de lluvia que resbalaban por la ventana se reflejaban en ella, haciéndola protagonista de un mar de lágrimas que se precipitaban por toda su cara. Eso tendría que haberlos prevenido, pero nadie se percató de lo que estaba a punto de ocurrir. Frechant, amigo mío, quizás sea lo último de lo que hablemos, pero, por favor, viaja junto a mí en esta historia porque me pesa demasiado

y no puedo visitarla de nuevo solo.

Capítulo II

Entre el Tigris y el Éufrates

Verano de 1912. Céret. Pirineos Orientales. Francia

Irene alargó la mano por la puertecita entreabierta del viejo armario hasta alcanzar una taza de té. Era principios de verano, pero estaba gélida al tacto. La sorprendió, pero solo hasta que recordó quién se la había regalado. Tomó algunas piezas del juego, incluidos los platos, entre sus brazos. No esperó a tenerlas todas y las lanzó con furia contra las paredes del salón. Volaron sin destino fijo, y estallaron con más cólera que ella. Más de una vez tuvo que cubrirse la cara para evitar que un pedazo de cerámica dolido pudiera herirla. Cuando eso ocurría, miraba desafiante la pared, pero desistía, porque era una aliada. Una vez libre de cargas, adecentó su vestido color crema, de manga corta, con un delicado cinturón gris de tul. Se lo había confeccionado ella misma, inspirado en la ropa que llevaba la misteriosa mujer que miraba el mar, protagonista de una de las historias que solía contar su tía. Qué lejano quedaba todo.

Dio un paso atrás entre el intenso crujido de la vajilla rota. Se apoyó en la pared para no perder el equilibrio, tomó uno de sus toscos zapatos y lo lanzó hasta dar de lleno en un cuadro de una batalla naval. Varios buques de guerra ingleses trataban de sobrevivir a un ataque, superior en número, de la marina francesa.

—A ver si te hundes de una vez —dijo en voz alta mientras miraba maliciosamente el cuadro que zozobraba y luchaba por mantenerse a flote después del daño causado.

Llevaba toda la tarde destrozando cualquier cosa que le pudiese recordar a Étienne. El cuadro no era más que una de tantas bajas inocentes. El salón de la casa de su tía presentaba un aspecto desolador, recubierto con un manto de cristales, restos de cerámica y cubiertos desperdigados. Pero ya no le importaba.

Irene siempre se movía entre dos aguas. Toda su vida lo había hecho, pero ahora las podía diferenciar con claridad. No se trataba del

desasosiego y la esperanza mezclados de tal forma que era incapaz de distinguirlos, no. Ya había aprendido a vivir con eso. Era algo más latente, más real; el miedo a quedarse sola en una sociedad que ya empezaba a mirarla como una solterona sin remedio, o el miedo a equivocarse y encerrarse en una cárcel de por vida, antes de empezar a vivir. Pánico a la decepción perpetua y aprensión por descubrir quién era ese malnacido de Étienne. «Todo iba a ir bien y él podía irse al mismísimo infierno», pensó. Intentaba aferrarse con todas sus fuerzas a esa última idea, pero en un principio, Étienne había sido dulce y tenía momentos llenos de ternura. Se acurrucaba junto a él, se envolvía hecha un ovillo, y se sentía impermeable a la desconfianza. Se había dejado llevar por su sonrisa, por su aparente normalidad. Para ella eso era parte de su viaje, la normalidad. Si alguien le hubiese preguntado qué era lo que más deseaba en este mundo, hubiera contestado sin dudar: «Normalidad». Así pues, en pocos días se había conjurado para amarlo.

En los meses siguientes luchó contra esos pequeños destellos que trataban de colarse por su mente diciéndole que eso no era suficiente. Él la llevaba a bailes, a terrazas de cafés de pueblo, o a sentarse horas y horas frente al río. Pero para ella era más una falsa naturalidad, muy alejada de lo que buscaba. Sin embargo, fiel a sus contradicciones, y a medida que cerraba los resquicios por donde las ideas rebeldes en forma de chispazos se le colaban en su cabeza, fue queriéndole un poco más cada día. Ella deseaba eso, siempre lo había deseado, y unas ideas fugaces no iban a destruirlo todo. Sin embargo, cuanto más notaba que podía vivir con ello, más percibía cierto distanciamiento en él. Hasta que una noche se desató la tormenta. Cada segundo a partir de entonces fue un paso más en su propio descenso al infierno, aunque algunos días los pasos fueron más una carrera.

No podía entender el cambio así de repente. Cómo podía estar tan engañada. Quiso guardárselo todo. Las noches de dolor y angustia solo serían para ella. No quería pedir más ayuda. Es lo único que había hecho en su vida, pedir ayuda, más ayuda y más ayuda. Así una y otra vez. Ahora no iba a contarle a nadie por lo que había pasado, sería fuerte y seguiría con su vida.

Se dio cuenta enseguida de su nueva contradicción. No pediría ayuda, pero había mandado llamar a Miguel, su soñador preferido. Lo adoraba desde que eran niños. Era perspicaz, inteligente, imaginativo y con una buena dosis de optimismo que sabía colocar en los fragmentos quebrados de la gente con tanto acierto que era imposible no alegrarse de su compañía. Y con él, sin duda, vendría Álex.

—No es lo mismo. ¡No es lo mismo! —gritó, como si al escuchar su voz retumbar por el salón adquiriese más personalidad y, sobre todo, credibilidad—. Solamente quiero hablar con ellos, necesito un empujoncito. No les contaré nada, esta vez no.

Confiaba tanto en Miguel. Ya de muy jovencito se las ingeniaba para ver el lado positivo de las cosas. Como el día del entierro del padre de Irene, escasamente dos meses después de que la tuberculosis se llevase a su madre cuando ella apenas tenía diez años. Fueron dos meses en los que su padre se bebió todo el alcohol del departamento de los Pirineos Orientales, escupió tanta sangre como su esposa, y lo encontraron en una de las rocas en lo alto de la «mesa del obispo»; un lugar solitario desde donde se divisa el cruce de los dos ríos y más allá, el mar. Estaba sentado, tranquilo, contemplando en el horizonte el mar que lo vio llegar a estas costas muchos años atrás. Llevaba muerto unos cuantos días a juzgar por el olor, según contaron los cazadores que tuvieron la desdicha de hallarlo.

Después del entierro, los tres amigos bajaron al río. Al mismo lugar donde solían bañarse en verano porque la sombra del sauce les proporcionaba cobijo. Allí donde las enormes ramas frescas evitaban que sus blancas pieles se volvieran demasiado bronceadas para el gusto de la familia de Álex. Pero ya no era verano y esta vez no había risas, ni gotas frías que mitigaran el malestar, ni sirvienta alguna que los vigilara.

Irene estaba desolada. Su largo cabello rubio y rebelde le cubría buena parte del rostro. Se asustó al ver reflejados en el río sus ojitos hinchados de tanto llorar. Los tres pasaron prácticamente toda la tarde sin abrir la boca sentados bajo el sauce. Álex había tirado una piedrecita al riachuelo, e Irene descubrió en su rostro cómo se había sentido culpable de inmediato al romper el monótono sonido del agua. Ella no dejaba de observar las ramas y las hojas secas que seguían el fluir del río. Les pedía que no se fueran, que se quedaran con ella porque corriente abajo ya no iban a regresar. Como sus padres.

—Tu tía es un rato fea, Irene —soltó Miguel.

A Irene le sorprendió más la cara de asombro y reproche de Álex que la falta de tacto de Miguel.

—Lo que quiero decir es que ya que tienes que irte a vivir con ella, intenta no volverte como ella —dijo levantándose de golpe—. Yo te voy a querer igual, pero mide al menos tres metros, es seca como las patas de una lagartija y su cabello parece un estropajo con los rizos en

punta. Además, es medio ciega o algo por el estilo. Iba del brazo del panadero, y este se ha dado cuenta a medio camino de que le faltaba tu tía que se había resbalado un rato antes. Al ir a recogerla, ella se ha mareado y se ha ido colina abajo. Pero en el último instante le ha dado tiempo de agarrarse al pantalón del pobre hombre. O sea, imagínate, los dos rodando y chillando. Cuando han llegado abajo, y eso que no eran ni dos metros, el pobre hombre gritaba que lo dejara, pero ella seguía agarrada a él, gritando: «¡No me suelte que me mato, no me suelte!». Allí, con las patas abiertas, media hora después de haberse detenido. Luego, en la iglesia, cómo cojeaba, ha ido dando golpes en todos los bancos con el parasol que llevaba abierto hasta que ha llegado a la primera fila. Pum, pum, pum —comentó agitando los brazos—, pero… golpes, ¡golpes! Se ha cargado a media congregación. Casi le saca un ojo a la mujer del panadero que ya estaba encantada con tu tía por lo de antes.

—¡Déjalo ya, Miguel! —le ordenó Álex.

A Irene, su tía no la disgustaba del todo. Es cierto que era fea, solterona y que nunca había tenido muchas luces, pero se mostraba cariñosa, y visto como estaban las cosas, eso era más de lo que podía pedir. Llevaba más de un día intentando imaginar su vida con ella, pero solo llegó a verse en el pequeño jardín interior en casa de su tía Aspasia, comiendo naranjas. Era un jardín tapiado a media altura, con tres pequeñas vías empedradas entre las cuales había plantado dondiegos, petunias, un buen número de rosas blancas y hermosos pensamientos. A Irene le encantaba esa mezcla de amarillo fugaz sobre el oscuro violeta de los pensamientos; al menos hasta que una tarde descubrió a su tía arrodillada delante de unos. Los observó, y como un felino agazapado, les dio un mordisco. Se los comía directamente del tallo. Era pequeña y no importó que su tía insistiera en que se podían comer. Recordaba con frecuencia cómo la perseguía por el pequeño jardín con una flor de pensamiento todavía entre los dientes mientras le gritaba: «¡Pruébalos, pruébalos!»; y no le hacía la menor gracia. Pero entonces era pequeña, ahora había dejado de serlo.

Prefería recordar las tardes de primavera en el rincón del jardín donde su tía solía sentarse a leer una y otra vez novelas de Jane Austen y Charlotte Brontë. Allí, juntas las dos, entre risas, tratando de adivinar las vidas de sus vecinos, hacían un agujero a las naranjas y bebían directamente de él. De esa forma, aspirando y estrujando, Irene se había tragado más de una vez alguna pepita, y con eso no se juega porque estaba en esa edad en la que no estás muy segura de que no vaya a crecer un naranjo directamente en tu estómago. Una vez acababan, se lanzaban una mirada cómplice y tiraban las enjutas

naranjas junto a una de las paredes del jardín. Ahí pasaban varios días hasta que empezaban a tener una tonalidad verde preocupante y su tía las recogía. Era tan diferente a su madre.

—No, si parece buena gente, ¿no, Irene? Pero tiene un nombre raro… ¿Cómo era? —preguntó Miguel mirando a Álex en busca de una respuesta rápida.

La chica abrió la boca por primera vez en todo el día:

—Aspasia. Se llama Aspasia.

—¡Aspesia, eso es! Tiene nombre de enfermedad —dijo en voz baja casi imperceptible—. Pero una grave. Una aspesia grave.

—Asia —lo corrigió Álex

—¿Qué?

Irene podía sentir la desesperación de Álex. Él siempre dudaba. No sabía si Miguel era así de corto aposta o simplemente era una táctica que él era incapaz siquiera de intuir. Fue su cara y no el comentario de Miguel lo que hizo escapar una frágil risilla de su boca. Pero ella giró su cabecita hacia Miguel y le sonrió. Este le devolvió la sonrisa y dio un pequeño codazo a Álex para que fuera testigo de su triunfo. Irene se levantó, soltó un «muchas gracias» a los chicos, y se fue dando pequeños pasos por la orilla del río en dirección al pueblo. Miguel saltó tras ella y le contó la insignificancia de este río comparado con el Amazonas o el Nilo. Álex se quedó sentado y, sin importarle la ausencia de sus amigos, observó los tenues rayos de sol que quebraban las nubes. Irene lo observó desde la distancia con miradas furtivas, y no pudo evitar preguntarse por qué Álex era tan enigmático. Y fue en ese preciso instante cuando empezó a verlo solo. Desde entonces y por muchas mujeres con las que estuviera, para ella, siempre estaría solo.

La lluvia empezó a caer en el exterior, y su sonido la llevó de regreso al salón. Apenas había tocado la decoración desde que murió su tía, porque dolía. Un simple jarrón desplazado unos centímetros le recordaba que cuando ella vivía ese jarrón no estaba así. Cuando decoraba alguna estancia o colgaba un cuadro se preguntaba si a ella le hubiese gustado. No podía ya comer una naranja, ni dar un paso sin verla junto a ella. Y ya no pudo más.

—Esto necesita un poco de aire fresco —dijo al golpear con el puño el cristal del vitral que daba al jardín de las naranjas.

Su tía había hecho elaborar dos misteriosos vitrales en las pequeñas ventanas que daban al jardín. No tenían gran valor, pero a Irene siempre le había fascinado que representaran un olivo subiendo enredado por el lateral más alejado de cada vitral. Era bonito, estilizado, y no recargaba la ventana por donde entraba la luz. Además, las hojas verdes reflejaban el color en el salón y le daban un aire fresco a la estancia. Si hubiera podido escoger, ella hubiera preferido colores más cálidos para esas oscuras tardes de invierno, quizás un naranja o un ocre suave. Las vidrieras contrastaban con la estrecha puerta que daba al jardín, que tenía su propia ventanita, pero con una contraventana interior que siempre estaba cerrada, por donde la luz apenas era visible. Su pensamiento se apartó de cristales, vidrieras y catedrales. Había vuelto a caer en la trampa. Después del golpe, al olivo le faltaban varias ramas, y a ella también.

Cuando todo hubo terminado tan solo le quedó desolación, esa sensación que le nacía en el pecho, la asfixiaba y se iba extendiendo por todo su cuerpo hasta hacerla temblar. Nada había cambiado, ni siquiera se sentía mejor. Se miró el puño ensangrentado, aún con restos de cristales coloreados hundidos en su piel. Y entonces el aire atravesó las gotas de lluvia del jardín, cruzó el cristal fragmentado y la abrazó para recordarle que el verano también podía ser frío. Demasiado para ser principio de estación. Contempló el jardín bajo la lluvia.

¿Por qué le seguía llamando «jardín»? Allí donde antes había preciosos dondiegos, violetas, pensamientos y naranjas exprimidas; allí donde su tía se quedaba dormida en las templadas tardes de primavera; allí, ya no quedaba nada para Irene.

***

Irene escuchó el automóvil detenerse junto a su casa. Nadie en cien pueblos a la redonda podía permitirse uno, excepto Álex. Así que no era muy difícil dibujar a los dos amigos en su mente y verlos bajar del vehículo al mismo tiempo. Miguel con su cabello corto e impecable, se acomodará el bigote y los anteojos de lente redonda, en un gesto ya habitual en él. Álex se recogerá su largo cabello por detrás de las orejas y se pondrá su inseparable canotier ligeramente inclinado hacia la nuca. La lluvia les obligará a acelerar su paso. Sortearán los frondosos álamos blancos de fino tronco que se extienden hasta el

final de la misma calle. Cruzarán por delante de lo que una vez fue un almacén de madera y carbón que ahora estaba cerrado, con una puerta corredera hecha de tablones de pino que se caían a pedazos. Por su aspecto, el local llevaba más tiempo muerto que su antiguo propietario, cuyo nombre estaba pintado en letras pequeñas en un rincón del enorme letrero que anunciaba madera y carbón. Y bajo él, Álex se detendrá en silencio y dirá: «Cuando tu vida es menos importante que el carbón, mejor irse sin hacer ruido». Lo hacía siempre.

Los dos amigos se sorprenderán al comprobar desde la calle que la puerta de la casa de la tía Aspasia no está cerrada del todo. Abrirán el portal de hierro forjado que da al minúsculo patio, donde la tía de Irene había colocado unas cuantas macetas de todos los tamaños a modo de bienvenida. Ahora eran tiestos de tierra yerma.

Álex entrará primero, seguido de Miguel que se mantendrá a su espalda. Era una situación que repetían desde críos, porque el largo y estrecho pasillo de la casa siempre los había acobardado. Los dos odiaban entrar en la casa desde la calle, y que Aspasia hiciera desaparecer la agradable luz exterior al cerrar la puerta de golpe tras ellos. De repente, se encontraban en las fosas más profundas del mar más oriental. El único faro en la noche eran las ventanas que daban al jardín de las naranjas, ya que su luz mostraba el final del inacabable túnel. Por aquel entonces Miguel admiraba a Irene, porque repetir la experiencia a diario debería ser terrible para ella. Para Álex, por el contrario, le parecía que todo aquello no podía afectar a Irene; ella es, decía, más fuerte de lo que parece.

A estas alturas el pasillo ya no los aterrorizaba, pero Miguel aún pondrá su mano en la espalda de Álex, para reafirmar que los dos seguían allí. Continuaba oscuro, pero lo que antaño se antojaba un camino sin fin, hoy era tan solo unas zancadas. Pasarán por delante de la puerta entreabierta de la cocina, donde se distinguían los blancos azulejos decorados con dibujos de racimos retorcidos por el tiempo y la humedad. Al final llegarán al salón, donde apenas entraba la luz exterior. Afuera llovía a cantaros.

—¿Irene? —preguntó Miguel con cierta timidez mientras Álex examinaba todos los desperfectos.

Ella giró la cabeza muy despacio sin moverse del lugar. Alzó la mirada más despacio aún, les brindó una forzada sonrisa, y se encogió de hombros. Sin prestarles más atención, volvió de nuevo su vista hacia el jardín de las naranjas. Sintió a Miguel aproximarse, como el que se

acerca a un animal herido de reacción imprevisible. Cuando llegó a su lado, ella no lo miró, porque no necesitaba hacerlo. Su sola presencia la consolaba. En unos segundos había olvidado que sostenía su mano herida cerca del pecho.

—¿Qué te has hecho en la mano, vida? Vamos a casa del doctor ahora mismo.

Irene apenas podía recordar cuándo había empezado a llamarla «vida». Hacía muchos años, cuando eran unos críos y fue el fruto de un bonito cuento. Sabía que la animaba. Era bonito ser la «vida» de alguien. No eran simples palabras, si no que sentía ser parte de la vida de Miguel. Él era inteligente y sabía utilizar la inteligencia en los momentos adecuados sin excederse, y menos ante ajenos al grupo. Pero Álex era diferente. Él solo quería saber lo ocurrido. Frío, calculador, todo sucedía por alguna razón, y todo debía tener sentido. Para bien o para mal, pero todo debía tener sentido. Empezó a apremiar a Irene. Ella podía sentir que saber lo ocurrido era algo esencial para Álex. Aunque tratara de disimularlo continuamente.

Miguel se interpuso, quiso marcar prioridades. Y ella sabía que, para él, lo primero era esa mano herida. No pudo evitar lanzarle una mirada cariñosa. Lo ocurrido no era nada que no hubiese pasado antes. El mundo girará mañana igual que hoy y nosotros seguiremos encima de él, agarrados para no caer. Pero, aun así, les agradeció su presencia.

Esa misma mañana, al salir del turno de noche, Étienne había entrado en la casa sin decir ni una sola palabra. Se sentó en uno de los sillones orejeros del salón y estuvo observándola todo el tiempo sin abrir la boca. Irene pensó que ya lo conocía lo suficiente; pero al verlo ahí sentado, tenso, secándose las sudadas manos en el pantalón, empezó a asustarse como pocas veces lo había estado. Intentó hablarle, pero él no contestaba. Únicamente la observaba.

—Ya te dije que ese tipo era raro, ¿no? ¿Te lo dije o no? Ese tipo no está bien, Irene. Que se largue. Has tenido suerte —manifestó Álex.

—¿Cuándo he tenido yo suerte? —replicó Irene casi desafiante.

—Y luego qué hizo. ¿Se fue sin más? Todo este destrozo, ¿ha sido él? —preguntó Miguel.

—¿Esto? No, no, he sido yo. Necesitaba sentir que podía hacerlo.

—¿El qué? ¿Destrozar tu casa? —quiso saber Miguel.

—Dominar algo por una vez en mi vida. Ser yo la que decide. Vosotros sois hombres, es fácil para ambos.

—Está bien. Solo es cerámica, tela, cuadros, cristales…

Álex continuaba con su enojoso empeño en saberlo todo apremiando a Irene. Para ella no era tan sencillo. Había querido olvidarse de cómo Étienne se levantó de repente del sillón, pero temía que le iba a llevar más tiempo del que pensaba. Irene se asustó mucho cuando puso la cara a escasos centímetros de la suya y pudo notar todo el vino rancio que llevaba dentro. Empezó a chillarle y ella se sintió culpable de inmediato. No sabía de qué, pero así se sentía. Su mirada cayó despacio a sus pies, incapaz de afrontar todos los insultos que salían de su boca. Se supone que nadie cercano a ti debe decir esas cosas. Y menos, alguien que se supone que te quiere… o te aprecia. O que te quiere y aprecia. O por lo que parece, ni una cosa ni otra.

—Pero ¿por qué? —preguntó Miguel.

—No tengo nada, Miguel, ni familia, ni buena posición, ni dote. ¡Soy costurera, por Dios! Mi tía aún tenía menos, solo esta casa —miró a su alrededor—, solo esta maldita casa.

—¿Y qué pasa? ¿Étienne no lo sabía antes? —preguntó Álex.

—Sabía que no soy una condesa, eso desde luego, pero creo que se imaginaba que tenía ahorros en algún sitio. Un día comentó que una vez casados deberíamos vender esta casa y con el dinero que sacásemos y el de mi tía, comprar las tierras que hay un poco más arriba del estanque.

—¿Qué dinero de tu tía? —preguntó extrañado Miguel.

—Eso mismo le dije yo —contestó Irene, cuando un punzante dolor le recordó su mano herida—. Pensé que estaba de broma. Si mi tía no tenía un franco, cobraba una mísera pensión por ser hija de militar muerto en combate y se pasó sus últimos años preparando confitura que los vecinos compraban por lástima más que por necesidad. Afirmó que lo engañaba.

Cuando Álex, con su habitual sarcasmo, hiriente y demoledor, comentó sobre su desacierto con los hombres, le dolió más que los insultos de Étienne. Había algo de verdad en ello, eso lo sabía, pero se suponía que ellos venían a apoyarla, no a recordarle que su vida solía discurrir por los caminos más desgajados. Miguel recriminó enseguida a Álex su comentario, pero era tarde. Irene trató de defenderse,

porque hay veces que el orgullo es la única cosa que te queda.

—¿Perdona? —dijo Irene.

—No, perdóname tú a mí.

—A ver si voy a tener que aguantar más todavía, y además de vosotros.

—Eh, eh, soy un imbécil, tienes razón. ¿Me perdonas? —suplicó Álex.

Ella dudó, aunque Álex sabía que le podía pedir cualquier cosa porque ella cedería. Álex insistió, era encantador y lo demostraba cuando le apetecía. Parecía sincero. Irene no contestó, simplemente alzó su mano, la sana, pidiendo un abrazo. Por fin sintió cómo su cabeza le permitió una tregua. Un poco de paz.

—Perdonado con abrazo incluido. Soy una tormenta de calidad.

—Ahora vamos a que te examinen esa mano, vida, luego te vienes a casa con Sandrine y conmigo —señaló Miguel. Cuando estaban los tres olvidaba fácilmente que estaba casado.

Irene asintió varias veces con la cabeza hasta que su frente tocó el hombro de Álex. Fue como un rayo, pero supo que algo no iba del todo bien cuando notó el dedo índice de Álex descender por la nuca. Era suave, la yema apenas rozaba su piel, pero se había detenido al llegar al cuello de su vestido. Lo sabía, Álex lo sabía. Él se enfureció. Quiso saber qué era todo aquello. Seco, firme, cómo si la escena de hace un segundo jamás hubiera tenido lugar, tiró su sombrero cerca de una pequeña silla en un rincón del salón. Con el resoplar de un animal asustado preguntó con insistencia a Irene: ¿qué diablos era aquello que había visto?

Ella sabía perfectamente a qué se refería. Se separó de Álex con un empujón a la vez que se cubría parte de su cuello, acariciando ya su hombro. Su respiración se aceleró, y notó cómo los latidos de su corazón eran tan fuertes que temió no poder escuchar nada más. Los gritos de Álex se mezclaban con su corazón, como la historia de su vida. Miguel no entendía nada. Ella imploró, les pidió que la dejasen, que no era nada, pero sentía que estaba a punto de romperse.

—La espalda… Muéstranos la espalda.

—Ni hablar. No os voy a enseñar mi espalda —dijo ya con la voz quebrada.

—Irene, ¿qué pasa? —preguntó Miguel.

—Por favor —suplicó ella.

Álex no esperó más. Él era así. No necesitaba puertas, entraba cuando quería, donde quería. Se quejó de la poca luz del salón, agarró a Irene del brazo con fuerza, y abrió la puerta del jardín sin miramientos. Sacó a Irene a rastras. Le hacía daño, más del que confesaría. Rogó que la soltase, pero sabía que estaba vencida.

Bajo la lluvia, pero con bastante más luz que en el interior de la casa, dio la vuelta a Irene que seguía forcejeando y una vez detrás de ella, volvió a pedirle que les mostrara la espalda. Si no, sería él mismo quien actuaría. Irene tomó aire mientras el sabor salado de sus lágrimas se mezclaba con la dulce lluvia. Se llevó la mano a la espalda y de un tirón seco desgarró todas sus costuras. Siguió rajando su ropa, saltó parte de la camisola interior de algodón, y los botones se quebraron. Miguel intentó detenerla, tranquilizarla, pero el vestido ya había sucumbido y estaba abierto de par en par. Así se aseguró de que mostraba prácticamente toda la espalda.

—¿Contentos? Ahora dejadme… Dejadme ya —sollozó mientras caía de rodillas al suelo.

Trató de cubrirse intentando que el vestido no mostrase su desnudez. La sangre de su mano y la lluvia habían conseguido que quedara poco del color crema inmaculado que mostraba hacía unos minutos.

No podía verse. Recordó que el espejo de su dormitorio era infiel a sus deseos y le mostraba cada noche el dantesco lienzo que había pintado Étienne sobre ella. La espalda estaba horrorosamente magullada. No solo presentaba cardenales de un violáceo intenso en los hombros, signo de que eran recientes y del tamaño de un puño. En la parte baja de su espalda, justo por encima de sus nalgas, había un moratón ya de un tono amarillento señal inequívoca de una patada llena de furia. Lo más desesperante era ver lo que a todas luces eran cicatrices de correazos de cinturón por encima de la zona lumbar y que se extendía hacia el pecho. Irene había intentado curarse ella misma porque llevaba una gasa puesta a un lado de una de las heridas, protegiendo la poca piel sana que le quedaba. Esa gasa mal colocada era descorazonadora. Qué sola estaba.

Buscó a Miguel con la mirada, pero supo que no estaba preparado para lo que había visto. Ninguno lo estaba. Álex se pasó la mano por el cabello mojado y se volvió hacia el jardín, tratando de negar lo que

acababa de ver. Maldijo una y mil veces a Étienne, pero con el mismo desprecio recriminó a Irene no haber acudido antes a él. Bueno, a ellos. No podía entenderlo.

Irene, cabizbaja, trató de secarse los ojos con el dorso de su mano. Una tarea imposible, en un rostro devorado por lluvia y lágrimas. No tenía una respuesta sencilla.

—¿Qué tenía que haber hecho para que nos lo contaras? ¿Matarte? —dijo Miguel.

—Todo lo que hago me sale mal, y siempre tenéis que venir vosotros para sacarme a flote. Una y otra vez, sin desfallecer. Al final os cansaréis de mí.

—Pero ¿qué tonterías son esas? Eso no va a ocurrir jamás —afirmó Miguel con contundencia.

Miguel se sentó junto a ella sin importarle el suelo mojado y la abrazó. Irene sintió confort por primera vez en meses. Sabía cómo cuidarla.

Álex corría de aquí para allá, tenso y maldiciendo. No dejaba de pasar su mano por el cabello y lo estiraba con fuerza al llegar a la nuca. De repente, abandonó del jardín. Sin detenerse, mandó a Miguel que llevara a Irene a visitar al doctor. Luego, se reunirían en su casa, «porque tenían cosas que hacer» y se fue. Quizás fue el tono más que la frase, pero eso intranquilizó a Irene. Suplicó a Miguel que no hicieran ninguna locura. Y si esas «cosas que hacer» tenían algo que ver con Étienne, ella los acompañaría.

Miguel la reconfortó. Unas pocas palabras de él junto al oído, y la niebla más espesa se convertía en simple escarcha huyendo por el aire al descubrir el primer rayo de luz del día.

Bajo la torrencial lluvia, el reguero de sangre que dejaba entre los dedos la herida de su mano transportó a Irene de nuevo a la casa de su tía, cuando tenía apenas trece años. Llovía a cántaros, y hacía mucho frío. Irene entró en el dormitorio de su tía Aspasia, se puso de rodillas junto a la cama, levantó la colcha y miró debajo.

—Tía, hace cuatro días del terremoto en Japón, ya no creo que llegue aquí.

—Ven, no seas tonta —dijo Aspasia indicándole un lugar junto a ella debajo de la cama.

Irene le hizo caso, entró como pudo y se acurrucó con su tía debajo de la cama. Así estuvieron las dos un buen rato, mirando los muelles oxidados y los jirones de tela que colgaban retorcidos del viejo colchón de su tía.

—Estoy asustada —le comentó Irene con un hilo de voz.

—Bah, no te preocupes cariño. Aquí estamos bien protegidas. Si se cae el techo, la cama lo detendrá —contestó tía Aspasia.

—Es que estoy sangrando.

Como pudo, Aspasia se dio media vuelta en la estrechez para hablar mejor con Irene. Lo hizo rápido, dándose un buen golpe en la cabeza con el somier, que se quejó al instante. El impacto fue tan duro que incluso uno de los cojines decorativos que se encontraban sobre la cama cayó junto a Irene.

—Aaaahhhhhh —gritó Aspasia.

—Tía, ¿estás bien? —se preocupó Irene.

—Hiiiii, hiiiiiii —chilló como un ratoncillo malherido, asintiendo con la cabeza como respuesta a Irene.

Le encantaba cuando su tía se ponía a chillar así, porque cerraba los ojos, se mordía el labio con fuerza y arrugaba la nariz hasta que se ponía colorada como un tomate. Era como un pequeño hámster amaestrado en una jaula.

Irene no pudo contener la risa.

—¡Para, tía, para, por favor!

Aspasia aún continuó un buen rato con los chillidos y, cuando Irene no pudo más, se detuvo, la abrazó con fuerza y le dijo:

—Cariño, eso significa que la luna ha decidido fijarse en ti porque cree que ya es hora de que seas una mujer fuerte, que ilumines el camino como hace ella, que seas consciente de quién eres y pretende que seas como ella. No creas nunca que la luna brilla gracias al sol. No, ella brilla por sí misma y espera que tú hagas lo mismo algún día —concluyó Aspasia mientras le pellizcaba la naricilla.

—¿La luna?

—Sí, la luna se fija en todas las mujeres a tu edad, pero solo unas

pocas son especiales. Y tú, Irene, lo eres. Ella lo sabe igual que yo. Y tu madre que nos contempla desde el cielo, como si fuéramos pececillos que observa desde un acantilado, también lo sabe.

Por un momento pensó que era otra extravagancia de su tía, pero a Irene le fascinó la idea de que la luna pudiera haberse fijado en su pequeño pueblecito, en su insignificante casa y sobre todo en ella. Definitivamente, le gustaba esa conexión con la luna.

—Siguiendo el ciclo de la luna —prosiguió su tía—, cada veintiocho días, te dará el don de vivir con más intensidad los colores, descubriendo tonalidades en los bosques que durante los días corrientes permanecen ocultos. Podrás escuchar el piar de pájaros en el horizonte. Notarás el gusto en alimentos que ni siquiera imaginabas, y sentirás emociones que no todo el mundo puede sentir. Aprovecha esos días para reflexionar, saber quién eres, y, sobre todo, soñar, soñar mucho.

—¿Y duele tanto?

—Vivir duele, cariño, vivir duele —dijo, y le besó la frente.

Irene se quedó pensativa mirando el somier oxidado; con el dedo índice siguió una telaraña que colgaba desde uno de sus muelles y con un movimiento circular la enredó en él.

—¿En qué piensas, vida? —le preguntó Miguel mientras le daba un beso cariñoso en la nuca.

—En la luna, pienso en la luna —contestó tratando de adecentar el destrozado vestido con su mano sana.

***

La visita fue más lenta de lo esperado. Cada cristal tintado que salía de su piel rasgada entre las pinzas del doctor provocaba un punzante dolor que le recordaba a Étienne. Miraba con desaliento el temblor de la mano del anciano doctor Delaune, pero sentir a Miguel nervioso, moviéndose por toda la habitación, la ayudaba. Él estaba sufriendo más que ella, mucho más. Adoraba a ese hombre.

Había dejado de llover, y el viento correteaba por las estrechas calles

del pueblo y subía intrépido por el paseo de los Cipreses Caídos hasta la pequeña consulta donde la atendían.

Quería alejarse del dolor en su mano y el viento era una excusa tan buena como otra. Recordó cómo a Étienne le aterrorizaba el golpeteo de las contraventanas al defenderse del viento casi tanto como el puño de su padre. Solía hablar de él y de su infancia más de lo que debía, porque cada recuerdo de su pasado lo alteraba mucho. Una tarde, cuando él descansó su cabeza en el regazo de ella, le contó que una noche de invierno, justo antes de la cena, su padre llegó a casa borracho como de costumbre. Entró en la vivienda, apartó a su mujer de un manotazo, y se dejó caer en la cama con la misma ropa con la que había estado trabajando todo el día en la serrería. Su madre, que no era lo que se dice una santa, empezó a chillarle. A los pocos segundos se armó una bronca que se podía escuchar hasta en Toulouse. Algo bastante frecuente, también.

—Pero no te equivoques —dijo Étienne, domado por las caricias de Irene en su cabello—, la ropa sucia en la cama no era el motivo de la pelea.

Lo que había encendido a la buena mujer era que el idiota de su marido había decidido beber con sus amigotes en lugar de traer el alcohol a casa y emborracharse juntos como buenos esposos; también como era costumbre. Harto de los gritos de su esposa, el padre de Étienne se levantó dando tumbos hasta que apoyó su hombro en la pared, dio unos pasos y se detuvo. Ya iba a la deriva, pero entonces, como si la pared estuviera cubierta de aceite de oliva siciliano, se fue escurriendo muy despacio, hasta caer de bruces al suelo. Quedó inmóvil junto al marco de la puerta de la cocina. En apenas dos segundos, soltó un gruñido más cercano a un animal que a un humano, lo que provocó una inevitable carcajada de Étienne. El niño cerró la boca cubriéndosela con la mano de inmediato, consciente de la delgada línea que acababa de traspasar. En un instante, su padre se alzó y le dio un golpe con el puño cerrado en la cabeza, en la oreja derecha en concreto. La mala fortuna hizo que su cabecita rebotara contra una de las paredes de la cocina. Apenas había visto el movimiento de su padre que pasó de estar tumbado, medio muerto y con la cara contra el suelo, a plantarse delante de él lleno de ira.

—Ojalá se hubiera movido tan rápido para cuidar de nosotros —le dijo a Irene.

El penetrante llanto solo consiguió desquiciar a su madre que le dio otro guantazo en el lado opuesto de la cabeza. Ese por faltar al respeto

a su padre, le recriminó, y más importante si cabe, por darle una insoportable jaqueca. Por suerte, esta vez no había pared cerca. Era un tipo con buena estrella. Desde entonces por su oído derecho solo podía escuchar interminables tormentas y el repicar de una lluvia eterna. El último sonido que había podido oír por esa oreja fue: «¿De quién te ríes, tú, mierdecilla?». Étienne confesó que habría dado un ojo sano para que ese último sonido fuese otro.

Años después, su padre desapareció al entrar en el bosque que hay más allá del cementerio. Según los testigos, entró despacio, renqueante, como el que se sumerge en el mar a sabiendas de que ya no regresará.

Una vez sola, su madre no hacía más que repetirle que su media sordera era un castigo divino. Había faltado al respeto a unos padres que procuraban por él hasta la extenuación.

—Debía de ser la extenuación etílica —solía decir él.

Qué pronto olvidó su madre los golpes que le daban como si fuera un muñeco de trapo cuando los dos regresaban borrachos a media noche y la cena no estaba todo lo caliente que necesitaban. Para Étienne, Dios tendría la culpa de muchas cosas, pero esta en concreto, se le antojaba harto difícil. Entonces, con el tiempo, a su madre le dio por ir casi a diario a rezar por el regreso de su marido. Étienne rezaba para que se estuviera pudriendo en cualquier cuneta devorado por el rabioso rojo de las amapolas. Cuando paseaba con ella por los caminos que rodean Céret, solía detenerse. Buscaba amapolas de diferente color como señal inequívoca, pero desistió. Seguro que murió en mitad del bosque donde nadie pudo escuchar sus gritos de agonía. Étienne deseaba que en ese momento le hubiera llamado pidiendo ayuda. Quizás ese grito de auxilio había entrado por su oreja enferma y se perdió entre la lluvia y la tormenta que había iniciado en su cabeza.

—Ojalá —repetía sin cesar—, ojalá.

Étienne siempre prefirió ser el centro de atención de sus padres y que sus hermanos pequeños no tuvieran que pasar por los mismos caminos que a él le había tocado peregrinar. Esa protección creó un fuerte lazo entre los tres hermanos, y por eso se sintió profundamente traicionado por Cleménce. Una mañana, su hermana, con apenas dieciséis años recién cumplidos, puso su escasa ropa en una vieja cesta que su madre utilizaba para recoger ajos tiernos y se marchó. Siempre había sido una chica de pocas palabras, pero Étienne que tenía tan solo un año

más que ella se había apoyado mucho en sus miradas. Así pues, cuando Albert, el pequeño de la casa, saltó sobre su cama para preguntar adónde iba Cleménce, sintió cómo la rabia se apoderaba de él. Miró desde la minúscula ventana de su habitación calle abajo y la vio: caminaba despacito, con la cesta agarrada con ambas manos por miedo a perder lo único que tenía. Llevaba su deshilachado abrigo verde y la falda con el dobladillo a medio coser, mugriento de rozar las calles sin asfaltar durante semanas. La rabia lo dominó, y se prometió que jamás confiaría en nadie. La traición se había consumado y, para él, su hermana podía irse al mismísimo infierno. Pero Irene sabía que no era cierto. Incluso había llegado a tener celos de cómo hablaba Étienne de su hermana. Su admiración, su personalidad… Llegó a pensar que estaba compitiendo contra un fantasma.

Étienne trabajó muy duro para poder dejar atrás ese pasado que le recordaba sin cesar todo lo mala que había sido su vida con anterioridad. Mucha gente de los pueblos vecinos trataba de trabajar para el ferrocarril porque suponía un plato en la mesa para toda la vida sin romperse la espalda de sol a sol, así que cuando empezó a prestar sus servicios allí se sintió afortunado. Y entonces, la primera señal. Irene jamás contó a nadie lo que hizo Étienne aquel día. Fue a esperarlo a la salida del trabajo. Quiso que se diera cuenta de que le importaba. Sabría cuidarlo después de una jornada agotadora. Pero Étienne apenas se detuvo por ella. Iba con un joven pelirrojo, alegre, pero que no paraba ni un segundo de hablar. Irene caminó detrás de ellos a cierta distancia sin poder esconder su desconcierto. Cuando subieron la cuesta que daba a la plaza de la iglesia, el pelirrojo no cesaba de hurgar en el oído sano de Étienne con cosas banales e intrascendentes.

—Tienes que ir con cuidado, Bertram te la tiene jurada —comentó el pelirrojo.

La mirada de Étienne penetró desafiante en el joven.

—Como si eso me preocupase lo más mínimo. Y no hace falta que chilles. No estoy sordo.

—Él es el jefe, así que deberías tenerlo en cuenta. Has llegado tarde demasiadas veces. Y, además… bebido —dijo en voz baja intentando que Irene no pudiera escucharlo. Pero ella lo escuchó perfectamente.

—Solo fue un día y hace tres semanas de eso.

—Eh, tú sabrás. Es cosa tuya.

—Vaya mierda. ¿Por un perro que maté acaso soy un mataperros?

—Si mataste a un perro, ¿qué ibas a ser? ¿Un ciempiés?

—¿Cómo?

—Sí, que, si mataste a un perro, eres un mataperros, no otra cosa, ¿entiendes? —contestó el pelirrojo que se detuvo y, divertido, mostró su dentadura.

Irene tuvo tiempo de ver su agradable sonrisa por última vez. Si lo encontraba gracioso ahora, era el pelirrojo quien hacía reír a los demás por su falta de dientes. Probablemente era algo genético, pero el puño de Étienne había salido disparado tan rápido como el de su padre y solo se paró cuando todos los incisivos superiores y un colmillo salieron de cuajo a decorar el pavimento. Frente a la sorpresa, palabras bonitas: «Lo hago porque no quiero que se rían de nosotros», «Te amo tanto que muero si alguien te molesta». «El pobre pelirrojo está sin dientes por mi culpa», pensó Irene.

Al día siguiente, Irene pasó a toda prisa con la cabeza gacha por el mismo lugar de camino al trabajo. Allí, los críos que vivían en las casas de la cuesta jugaban sin descanso. Buscaban los dientes como si fuera un tesoro corsario, enterrado en una isla rocosa en las aguas cristalinas de la costa turca. Llamaron a su aventura «la búsqueda de las perlas de Barbarroja».

El dolor de los recuerdos, las pinzas erráticas del doctor y el viento silbando imprudente por las calles minaron el aliento de Irene. Se sintió mareada. El doctor y Miguel la tumbaron en un mustio diván. Delaune sacó una pequeña botellita transparente, puso un par de gotas sobre una cuchara llena de azúcar hasta los bordes y se la dio a Irene. El sabor del coriandro, la canela, el clavo, el toronjil, y sobre todo el alcohol, explotó obligándola a olvidar todo lo que no tuviera que ver con aguantar su almuerzo en el estómago.

—L'eau de Mélisse nunca falla —dijo sonriente el doctor.

Irene no estaba para nada de acuerdo. Le habría atizado al buen doctor con gusto si no estuviera tan cansada. Necesitaría horas para quitarse el asqueroso sabor de la boca. Solo quería descansar un poquito. Es lo único que deseaba ahora. Cerrar sus ojos. Nada más.

***

Cuando salieron de la consulta la noche cerrada entraba por todos los callejones de Céret. La tenue luz de los faros del Benz rasgaba la oscuridad anunciando que Álex los esperaba. El Benz de 1912, de un color verde agresivo, resplandecía incluso en la penumbra. Tenía cuatro plazas, con asientos de cuero negro, volante de madera y un parabrisas frágil y rectangular. Su morro terminaba en un radiador plano, con los bordes cromados en oro, y la estrella de Benz grabada en su parte superior. La capota se encontraba recogida en la parte posterior dejando lucir las tres varas de madera en cada lateral que ayudaban a desplegarla en un momento. Y allí estaba él, solo, apoyado en un lateral, como si el discurrir del tiempo no fuera su problema.

—Quiero mostraros una cosa. Subid —ordenó Álex.

Al poco de partir, el coche dobló una de las oscuras y desiertas esquinas, e Irene ya sabía con exactitud al lugar al que se dirigían. Protestó. Ya había tenido suficiente por ese día, pero sabía que era imposible discutir con alguien que llevaba el triunfo corriendo por sus venas. Dejaron el auto apenas dos calles más allá de donde vivía Étienne, justo donde moría la calle para iniciar un largo camino que se perdía saliendo del pueblo en dirección a Maureillas-las-illas. Irene trató de sonsacar a Álex el motivo de encontrarse allí. Pero no contestó. Tan solo les suplicó que esperasen un poco más y se perdió en dirección a la casa de Étienne.

Irene estaba intranquila. No le gustaba la idea, pero se calmó al ver a Miguel en el asiento trasero, con la vista en el firmamento, sonriente y relajado. Dio un salto sin salir del vehículo, y se sentó junto a él.

—¿De qué te ríes? —preguntó Irene.

—Mira el cielo oscuro, fíjate. Las copas de los árboles lo envuelven y eso me tranquiliza. Es una calma que solo encuentro en los trazos ininterrumpidos de los cuadros impresionistas. Y todo eso me ha hecho pensar en Sandrine, en cómo me enamoré de ella por la fortaleza y serenidad que transmitía. Me recordó a la mujer plasmada en el delicioso cuadro de Eva Gonzalès, Le réveil. ¿Lo conoces? Había visto el cuadro en una pequeña exposición de Manet en Toulouse, y me sorprendió el talento taimado de la pintora. Pero la mujer del cuadro, de delicada cintura y anchas caderas, era irresistible.

—Hombres —sentenció Irene con una sonrisa.

—No, no lo era por su belleza, que bien podía serlo. Allí estaba ella, en su lecho, reclinada sobre un par de almohadas blancas. Podías adivinar cómo encontraba en los rincones de sus aposentos la fascinación por lo que aún ha de vivir en un día que acababa de iniciarse. Encontré un alma gemela en ese rostro sereno, sonrosado y dócil. Me quedé una eternidad observándola. Podía sentir el frescor de la mañana y el suave perfume de las sábanas recién lavadas. Me fascinó el pequeño florero con violetas junto a la cama, o ¿quizás era lavanda? No lo sé con seguridad, pero era el complemento perfecto para esa eterna mañana plasmada en el cuadro. A partir de entonces solo deseé despertarme junto a alguien así cada mañana.

Irene estudió su sonrisa. Vio sus ojos brillar a causa de las estrellas que parpadeaban alarmadas, y le quiso más que nunca.

Entonces escuchó el crujir de los pasos de Álex sobre la gravilla del camino de regreso al auto.

—¡Vamos, acercaos rápido, ya viene!

Los tres corrieron hasta unos matojos que se erguían en el pequeño descampado enfrente de la casa de Étienne. Allí se quedaron, agazapados, cubiertos en un manto de seguridad y oscuridad. Pronto dos figuras se fueron aproximando, cansinas y titubeantes. Sus risas coloreaban el silencio de la húmeda calle con matices grises. Apenas podían andar a causa del alcohol ingerido. Al acercarse, Irene distinguió a Étienne que se apoyaba en una pobre mujer de delgadas piernas que ya tenía suficientes problemas para mantenerse ella sola. Irene no podía creer lo que veía. La enjuta mujer era Flora. La conocía bien. Pasada la sorpresa no despreció a Étienne, ni siquiera le importó demasiado. No pudo dejar de pensar en lo feliz que debería estar la dueña del prostíbulo porque alguien pagase por la seca flor. Empezó a preguntarse ¿qué hacía allí? ¿Era esto lo que tenía que mostrarles Álex?

Con el roce de los cuerpos, entre las tenues luces de gas, Étienne intentó trepar la mustia figura de Flora que se resistía como hierba de San Jorge contra el viento.

—Aguanta un poco, cariño, no vamos a hacerlo en la calle —dijo Flora mientras trataba de quitárselo de encima con delicadeza.

—¿Por qué no? —preguntó Étienne a media escalada.

—Porque esto es un pueblo y porque estamos a unos metros de tu casa. Por eso.

Étienne protestó. Insistió. Incluso propuso tomarla en la calle, y luego repetir en su casa, pero Flora se negó con rotundidad. Étienne terminó por acceder a los deseos de ella, no sin quejas, pero por su estado no parecía sentirse con ánimo de batallar. Minutos después, ambos se felicitaron por llegar a buen puerto. Habían tenido un amago de tormenta cuando los dos entre risas cayeron de bruces contra el suelo y él casi no pudo volver a levantarse. Pero todo estaba en calma de nuevo. O casi todo.

Étienne miró extrañado la puerta entreabierta de su casa. Alguien había forzado la entrada y la vieja cerradura colgaba de un finísimo hilo de vida que se rompió al mover la puerta, cayendo contra el suelo en un agónico tintineo. Étienne se puso tenso. Irene atisbó la sonrisa de Álex en la oscuridad. Permanecieron inmóviles observando cómo Étienne apretaba sus dientes con igual fuerza que sus puños, mientras Flora se quedaba justo detrás de él. La mujer lanzó un gritito de sorpresa. El hombre se adentró unos pasos en la casa y tanteó incrédulo el muro de ladrillos de tejar que alguien había construido en el pasillo de la vivienda.

—No puede ser… No puede ser —repitió mientras seguía el contorno de los ladrillos con las yemas de los dedos, incrédulo.

Flora no pudo más y se le escapó una sonora carcajada que cubrió las risillas de los tres amigos.

—Alguien te la ha pegado bien —dijo ella sin parar de reír.

Cuando la agarró por el cuello aún reía, y cuando la presión de sus fuertes dedos fue cada vez más intensa, la risa se le entrecortó por falta de aire. Pero no podía parar de reír. Estaba a medio metro del suelo con la espalda contra la pared y a los amigos se les congeló la alegría. A Irene le pasó por la cabeza en un instante que hasta allí había llegado la vida de Flora. Sus sueños ya se habían roto a los quince años por la cantidad de alientos rancios a través de los días que tuvo que sufrir, y el desprecio de los billetes tirados con soberbia sobre su cuerpo. Aquel hijo dejado a las monjas junto al mar mientras la miraban con reproche, a ella y al niño, todo aquello para acabar marchitada en un sucio portal de una vieja casa sin luz. Pero ¿qué sabía ella de Flora?

Álex la sacó de su ensoñación cuando saltó de su escondite y corrió hacia Étienne. No se lo pensó demasiado y salió tras él. Debían detenerlo antes de que matara a la pobre mujer.

Alertado, Étienne aflojó la presión de la mano mientras la espalda de Flora descendió despacio hasta el suelo. La mujer abrió la boca dejando entrar el aire a borbotones, tanto que empezó a toser sin remedio. Buscó más aire, acumular todo el que pudiera por si la atacaba de nuevo. Irene corría, cada segundo contaba. Vio a Flora alzar la mirada con sus febriles ojos para observar a Étienne y su rostro decía que jamás podría pararlo. Lo siguiente que vio fue a Álex volar, literalmente, cuando el puño de Étienne lo golpeó. Se detuvo asustada. Demasiado cerca de él. El hombre gritó, desprendiéndose de años de humillación contenida, y pareció descubrir en el rostro de Irene al culpable. Ella solo notó un chasquido, dolor en su mano al tocar el suelo, y un ardor indescriptible en su pómulo. Allí sentada en la calle, con la espalda en la pared, encontraba dificilísimo darle sentido o algún tipo de orden a sus pensamientos. Tenía encima, de pie, a Étienne que había sacado una porra de madera que siempre llevaba con él. Ella la reconocía demasiado bien. Levantó la mirada y contempló a un hombre tan cerrado en su odio que ni siquiera se percató cuando la desabrida flor se deslizó quebradiza y temerosa con el viento fresco de las montañas a sus espaldas, para perderse de nuevo en su amargo mundo. La porra de madera tocó varias veces la frente de Irene, con horrorosa suavidad. Ella miró a Álex que se arrastraba por el suelo sangrando por la boca. Su mirada regresó a la porra encima de sus ojos. «Morir salvando a alguien tiene un punto de ironía algo amargo», pensó. Y recordó a Miguel. Lo buscó y lo llamó. Se dio cuenta de que apenas salían palabras de su boca. Lo llamó de nuevo. Apenas podía escucharse, pero siguió llamando.

Miguel nunca se había ido, seguía allí, a escasos metros de ella contemplando la escena, pálido y congelado como las hadas del Canigó en invierno. «Ayúdame», pidió Irene con su pensamiento, ya que las palabras se negaban a salir por su boca.

Pero Miguel dio unos pasos atrás, despacio, observándola y negando con la cabeza. Salió corriendo. Fue la mirada descorazonadora de ella quien alertó a Étienne. Sin perder un segundo corrió tras Miguel. Irene se levantó. El dolor que le inundaba priorizaba sus sentidos hasta el punto de que no importaba nada más. Pero quería ayudar a Miguel. Tenía que ayudarlo y los siguió.

Miguel se subió al auto. Buscaba una inocente protección cuando la porra le golpeó en la cara. Irene escuchó los huesos de la nariz de Miguel rompiéndose y le dolió a ella. Se mareó. Incapaz de dar un paso más volvió a caer al suelo. Y esta vez, no le importó el dolor en su mano.

La sangre empezó a brotar de la nariz de Miguel. Desconcertado, trató de aspirar con fuerza, tragando una buena cantidad que lo ahogó y le provocó unas sanguinolentas arcadas. Por suerte, parte del cristal de sus anteojos se le habían clavado junto a una de las cejas. Aturdido, sin saber qué pasaba, se alzó lo suficiente para ver cómo Étienne lo cogía del cuello de la camisa y lo empujaba fuera del automóvil. No tuvo fuerzas para parar la caída con los brazos, así que dio con la mejilla en el suelo y su piel se rasgó en profundidad. Étienne le propinó un duro y seco golpe en una de las rodillas que hizo temblar hasta su propio grito de dolor.

—Para… —suplicó Miguel con un hilillo imperceptible de voz.

—¿Qué dices? ¿Ahora no te ríes? ¿Ahora no encuentras gracioso joderles la vida a los demás? ¡Eh, eh! No te vayas a desmayar ahora que comienza la diversión, ¿eh? —vociferó Étienne mientras pasaba su mano por la nuca de Miguel, alzando su cabeza con delicadeza para que pudiera escucharlo mejor—. A ti te gustaba pintar, o dibujar o alguna mierda de esas, ¿no?

Étienne soltó la cabeza de Miguel. Se la quitó de encima con cierto asco. La inercia y la nula resistencia hicieron que la nuca golpease el suelo emitiendo un sonido brusco. Un alarmante pitido se quejó en la cabeza de Irene como si ella hubiese recibido el castigo. Apenas un lamento salió de los labios de Miguel. Sus ojos se movían sin detenerse en ningún lugar; buscaban ayuda, refugio, un final a ese encuentro. Sus uñas se agarraban al camino tratando de continuar aquí y no caer en un descenso imparable a quién sabe dónde. Irene contempló a un hombre desesperanzado, humillado, y a Étienne disfrutando. Aquel malnacido dio una patada al brazo derecho de Miguel, que quedó libre, con la palma mirando a la noche. Cuando la porra crujió los huesos de su mano, Irene vio en su rostro miles de agujas entrar en su piel, quedándose para torturarlo. Un gritito agónico mezclado con sangre y lágrimas es lo único que pudo hacer Miguel mientras su cuerpo se retorcía sobre su mano herida tratando de protegerla. «Demasiado tarde, cariño», pensó Irene.

—Perdona, soy un idiota. Un auténtico imbécil —dijo Étienne con voz suave mientras se acuclillaba junto a Miguel y le susurraba al oído—: Siempre me han comentado que pienso poco. Vamos, que hago las cosas y luego las pienso —corrigió—. Sí, tienen razón, perdona. Hago las cosas sin pensar y te he destrozado la mano derecha sin pensar qué quizás eres zurdo. —Sonrió—. ¿Eres zurdo, Miguel?

Irene escuchó la pregunta a la perfección. Gritó que Miguel no lo era,

pero de su boca no salía más que un zumbido. Quería ayudar, Dios sabe que deseaba hacerlo. Trató de levantarse, pero no tenía fuerzas, y se derrumbó. Su rostro contra la grava del camino le proporcionó descanso. Apenas había luz, pero atisbó los febriles ojos de Miguel abiertos de par en par. Parecían ventanas abiertas que buscaban dejar entrar algo de esperanza en su cuerpo. Pero no la había, dulce Miguel, en ninguna parte. Los ojos y la cabeza de su amigo se movían sin parar, como si pudiesen crear una barrera invisible en la noche que parase los golpes.

—No —alcanzó a decir Miguel.

Étienne se alzó.

—¿No? Pero ¿cómo sé yo que no me mientes?

—No… zurdo, no —dijo una voz rota que apenas podía sobrepasar su dolor.

—Vamos, sabes que tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo, será rápido, va.

Miguel continuaba negando con la cabeza. Intentó esconder su mano izquierda dentro de la camisa como si eso fuese a detener nada. Étienne, impaciente, le golpeó con la porra en la cadera, una, dos veces, hasta que Miguel no pudo aguantar el punzante dolor. Sacó la mano de su refugio intentando detener los golpes, momento que aprovechó Étienne para cogerle el brazo, y lo aplastó con su pie contra el suelo. Los dedos de esa mano aún llena de vida buscaban agua en el desierto, conscientes de que su albedrío estaba por llegar a su fin.

—Para la mierda de vida que llevas hay que ver cómo la proteges —dijo Étienne sin esconder su profunda repulsión.

Y entonces, Irene lo vio con claridad. Miguel se había dejado ir. Vio cómo observaba el cielo estrellado en silencio. Ya no mostraba el lienzo impresionista, y una terrible idea empezó a forjarse en su mente. Supo lo que pensaba su querido amigo. No estaba en el suelo, tumbado con el firmamento sobre su cabeza, no, por primera vez lo vio asomado a un abismo cósmico. Sintió el peligro que conlleva una caída infinita tan solo evitada por la apacible gravidez de la tierra. Escuchó el balbuceo nervioso de Étienne, y Miguel ladeó la cabeza, rendido.

Irene sonrió, porque bajo la luz de la desguarnecida farola Miguel descubrió junto a él dos regueros de sangre que había dejado sobre el

polvo del camino. Como dos ríos, corrían paralelos hasta unirse en un punto donde la densidad se hacía más presente. Y supo que Miguel soñaría con esa tierra estéril entre el Tigris y el Éufrates. Vería los jardines colgantes de Babilonia, rodeados por un cielo azul y un aire cálido que iluminaba la cara de las personas que paseaban con tranquilidad. Se llenaría con azul intenso de los ladrillos vidriados pintados al esmalte de la puerta de Ishtar. Contemplaría a sus leones moverse, y a los dragones volar sobre los tejados de la ciudad viva. En el horizonte, entre palacios, divisaría el zigurat de Etemenanki, el más alto de los varios que se levantaban por toda la ciudad. Se inundaría con el sonido de las bulliciosas calles y los mercados de la capital. Y así, el dolor fue menos intenso que el sonido de los huesos de su mano al quebrarse. Sus miradas se cruzaron. Esbozó lo que parecía una sonrisa e Irene creyó leer «vida» en sus labios.

Étienne contempló su obra. Sonriente, abrió la boca para llenarse del aire nocturno, y con la manga de su camisa se despejó la nariz que ya empezaba a gotear de emoción, sudor y odio. Su sonrisa iba camino de convertirse en carcajada cuando la piedra le golpeó la nuca. Se dio media vuelta por puro instinto, pero el pequeño giro le hizo tambalearse. Irene jamás lo había visto tan desorientado ni en las interminables tardes en las que no hacía nada más que beber. Dio unos pasos atrás, pocos, y cayó al suelo de costado apoyándose sobre el codo. Por el gritó que soltó, se le clavó como un puñal al aguantar todo su peso. Vomitó sobre el camino. Todavía con la cabeza agachada, alzó su mirada, y allí estaba Álex apretando con fuerza la piedra que acababa de impactar en la cabeza de Étienne. Miraba a Miguel y a Irene como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Corrió hacía Miguel. Irene notó que tenía tanto miedo de tocarlo que seguía allí detenido. No sabía por dónde empezar, así que dejó caer la piedra.

—¡Joder, Miguel! Mira cómo te ha dejado. ¿Qué te ha hecho? Pero ¿qué te ha hecho? —Álex miraba el cuerpo ensangrentado de Miguel, y se resistía a tocarlo—. Quédate tranquilo. ¿Me oyes? Todo va a ir bien.

De un salto corrió hasta Irene. Cuando ella sintió sus brazos alrededor quiso sonreír, pero al incorporarla, el mareo se agudizó. Apartó con delicadeza a Álex, le mintió sobre su estado, y lo obligó a que cuidase primero de Miguel.

Álex obedeció, pero pasó de largo ante Miguel. Se acercó a Étienne, que aún trataba de situarse, y le propinó una salvaje patada en la cabeza. El bastardo cayó sobre la hojarasca reseca del arcén, y escupió la bilis mezclada en sangre que se agolpaba en su boca. Irene se

revolvió intranquila, no solo porque Álex había ignorado su petición, sino porque conocía bien a Étienne. Él había aprendido a sobrevivir.

Álex se detuvo, y solamente entonces se dio cuenta de que su prioridad no debía ser esa escoria. Comprobó en un instante que Étienne no suponía un peligro y corrió donde se encontraba Irene. Ella protestó, pero no pudo ofrecer mucha resistencia cuando la alzó. La acomodó en el asiento trasero del automóvil, y le acarició el cabello. Irene lo miró con cariño. Estaba tan agradecida porque fuera él quien aún seguía en pie de los tres.

—Estás fatal —dijo Álex mientras observaba el vencido aspecto de Miguel.

—Gracias.

Miguel estaba roto. E incluso así mostró su sonrisa. La sangre perfilaba el contorno de la dentadura.

—Vamos, déjame ayudarte. ¿Puedes caminar?

—No lo sé. No lo sé —repitió Miguel.

Álex alzó a su amigo de entre el dolor, pasando uno de sus masacrados brazos por encima de sus hombros. Era un saco de legumbres talladas sin vida.

—Me mareo. Llévame a casa.

—Cierra los ojos, aguanta solo un poquito más. No te voy a llevar a casa tal como estás. No seas cretino. Te llevo a un hospital.

—Os voy a matar a todos, mierdecillas. ¡A todos! —gritó Étienne—. ¡Y a la puta loca de vuestra novia la primera!

Álex se detuvo de golpe, y ladeó la cabeza como si las palabras de Étienne le hubieran llevado a algún lugar remoto y oscuro.

Étienne maldecía y chillaba sin poder moverse. Sonreía con desprecio, como un iluso inmortal bajo las arrogantes murallas de Troya.

—Vámonos, Álex, por favor —le rogó Miguel.

Irene quería dormir y sus ojos se cerraron. Escuchó a Álex abrir la puerta lateral del automóvil para ayudar a Miguel a entrar. Los lamentos de este ya no sonaban tan fríos. A ella la animaba escuchar a los dos chicos apoyándose en un momento así. Abrió los ojos para

verlos, quería recordar esa imagen de los tres derrotados, pero juntos. Álex hizo caso a Miguel. Lo ayudó a incorporarse de nuevo. Con delicadeza trató de no lastimar más a su amigo, y lo sentó en el auto para llevárselo a algún lugar menos oscuro.

Irene sintió que se iba. Sus oídos se taparon y su cabeza parecía a punto de estallar. Sus ojos se cerraron y ella sí cayó en la oscuridad.

Capítulo III

La dama triste de Mindoro

La despertó un latigazo entre los dedos. Al darse la vuelta en la cama, aún dormida, había colocado con fuerza el puño cerrado sobre el colchón. Se estaba acostumbrando al dolor. Cuando no era la mano, era algún cardenal en la espalda, y sino la cadera. Había dormido, sí, pero estaba rendida.

El sol ya entraba sin pedir perdón en el dormitorio a través del enorme ventanal que había junto a un tocador. Irene odiaba el primer rayo de luz del día. No veía ningún romanticismo en que el sol te arrebatara la vista cuando tus sentidos luchan por situarse en esta tierra. Ese momento en que todo encaja, lenta pero inexorablemente para crear un nuevo inicio, que un rayo de luz te atraviese arrancándote de tu refugio, no le gustaba.

Con los ojos entornados no reconoció el techo, muchísimo más alto que el de su dormitorio. Se movió sobre el colchón, su suavidad le era ajena. Entonces sonrió al recordar a Miguel comentar con orgullo cómo todos los colchones de su casa tenían saquitos individuales de tela para cada muelle que evitaban cualquier ruido molesto al moverse. No es que fuera un tema que a Irene le interesase en exceso, pero no quiso cortar la efusiva explicación sobre los muelles, los saquitos de tela y la comodidad de descansar sin ruidos. Debía reconocer que los dichosos sacos cumplían su función, a diferencia del que tenía en casa de la tía Aspasia. Allí cada movimiento iba seguido de un fastidioso chirriar de muelles que luchaban entre sí por un milímetro más de espacio. Montones de veces se había despertado por culpa de ese ruido tan molesto. Y entonces pensó en Miguel. Dios. Le dolió la mano, los dedos, la cara, le dolió hasta el último hueso de su cuerpo cuando le vino a la cabeza el salvaje encuentro con Étienne.

Un golpeteo en la puerta la sacó del nefasto pensamiento. Era Sandrine. Todo empezó a encajar. La mujer de Miguel entró en el dormitorio sin esperar respuesta. No había rastro de la sonrisa que tanto envidiaba. Había tratado en multitud de ocasiones de empezar el día con una sonrisa así, incluso cuando nadie la veía, pero fracasaba.

Cuando se daba cuenta, ya llevaba un buen rato con la sonrisa desaparecida entre vete a saber tú qué ocurrencia.

—¿Cómo has pasado la noche? —preguntó Sandrine.

—¿Y Miguel? ¿Cómo está Miguel?

Irene forzó su expresión de tranquilidad, pero sabía que la mujer de Miguel no era fácil de engañar. Sandrine se sentó en la cama junto a ella.

—No muy bien. Lo llevamos al hospital de Perpiñán, pero tiene para bastante tiempo. Estoy tranquila porque allí al menos lo cuidan bien. Le rompió las manos, Irene. Las dos. La nariz también, y el hombro parece dislocado... entre una decena de cosas más. Costillas, derrames y que sé yo. Él dice que nada cambiará, pero no deja de mirarse las manos. Si no puede soñar, si no puede crear sus diseños de joyas, no sé qué será de él, Irene.

Insistió en ir a verlo, pero Sandrine se negó en redondo. Ella también necesitaba atención y además perderían todo un día solo para bajar hasta Perpiñán. Protestó. Estar con él no era perder el tiempo. Jamás.

Sandrine la tranquilizó. Miguel debía descansar, y era mejor no tener su habitación abarrotada para que pudiese dormir. Irene se desesperaba, pero cuando Sandrine le prometió que irían todos juntos a verlo en unos días, cedió.

—Ahora Álex está con él. Ayer estuvo contigo todo el día, no se separó de ti ni un segundo. Fuimos a por tu ropa, pensamos que era mejor que te quedases aquí mientras te recuperas. Esta también es tu casa, Irene.

—¿Álex estuvo conmigo? ¿Cuánto llevo aquí?

—Casi dos días.

—¿Ya es lunes? Virgen santísima, tengo que ir a trabajar —replicó Irene y trató de salir de la cama por el lado contrario a Sandrine.

—Escúchame. Vas a descansar. El doctor dijo que debes guardar reposo absoluto al menos una semana. Que Clothilde se busque la vida unos días más hasta que te recuperes.

—No será necesario, estoy bien. Créeme, Sandrine.

Irene se levantó de la cama, resuelta a que nadie más decidiera por ella.

—Por el amor de Dios, sois los tres iguales. Dejad que os cuidemos un poco. Vamos, quédate y haré que Doriane te suba el desayuno a la cama. Yo lo hago de vez en cuando. Te sientes como una marquesa, ahí con las tostadas, la mermelada y el zumo. Hasta se le ocurre poner una flor de narciso en un pequeño jarrón que por su aspecto debía de ser de la bisabuela de Miguel. Ese toque rompe el conjunto, pero es la intención lo que…

Se extrañó que Sandrine se detuviera sin acabar la frase cuando cayó en la cuenta de que le estaba dando la espalda. Había dejado al descubierto por la parte superior del camisón las marcas que Étienne había trazado sobre ella. Se dio media vuelta. Trató de sonreír mientras su mano cubría parte de la magullada espalda. La cara de Sandrine era un poema de un amor no correspondido, en el que la tristeza al desvanecerse un futuro se mezcla con la incredulidad.

Irene se acercó al pequeño espejo que había sobre el tocador del dormitorio. Un espantoso cardenal de aspecto violáceo rodeado de un halo amarillento le cubría parte de la cara. Su ojo enrojecido todavía gritaba pidiendo un poco de reposo. No iba a concedérselo.

—Pensé mucho en lo que había pasado. Pensé que era culpa vuestra —dijo Sandrine—. Os comportáis como si aún fuerais aquellos tres críos que correteaban por las calles sin importar lo que tirabais. No os afectaba si empujabais a una anciana o si vuestra carrera acababa con otro niño llorando. Ahora me siento mal por pensar así.

—En serio, necesito ir a trabajar y así tener la mente ocupada.

—Claro, lo entiendo. Le diré a Doriane que te prepare algo para llevar. Y eso no es negociable.

***

Al dejar atrás las puertas de hierro que daban al jardín de la casa de Miguel, la saludó la frescura de las jóvenes mimosas de las cuatro estaciones que crecían en ambas aceras. Para ella, llegar o salir de la casa de Miguel en aquella época del año era un acontecimiento seductor. Una leve brisa era capaz de cambiar el inicio del verano y

convertirlo en el más riguroso de los inviernos. Al mecerse, los árboles desprendían su pequeña flor redonda de un amarillo intenso, y llenaban la calle de copos de una nieve diferente, especial, radiante como la luz intensa del mediodía sobre los campos de trigo. Toda la calle quedaba repleta de un dorado agudo, penetrante, casi blanco, tan solo roto por los caminillos que dejaban las ruedas de los carros al pasar por la vía.

Agotada antes de empezar a andar, se dejó envolver por la serena quietud y caminó despacio. Decidió que no iba a correr, ya llegaba una hora tarde al trabajo. Era indiferente que llegase cinco minutos antes, con el peligro de quedarse sin aliento, marearse o algo peor. Montar un espectáculo delante de extraños, si quedaba alguno en el pueblo, era lo último que quería.

Caminó por las calles que había recorrido mil veces. Seguía un truco que le había enseñado Miguel para no caer en el hastío: «Cuando pases por necesidad siempre por el mismo camino —le dijo—, no mires siempre al frente». Su voz retumbaba en su cabeza mezclada con la de él. Siempre caminaba con ella. «Un día alza la vista hacia el sol, mira los balcones y las ventanas de los últimos pisos que te saludarán por primera vez como si fueses una recién llegada. El otro, fíjate en los rincones más escondidos de las puertas por las que pasas. Y el siguiente, te detienes a contemplar el final de las calles que cruzas. Imagina dónde acaban, quién vive y cómo son por dentro. Así conseguirás un viaje nuevo cada vez. Descubrirás cosas en tu monotonía que ni siquiera habías imaginado y un simple paseo hacia el trabajo se puede convertir en algo fascinante». Irene sonrió al recordarlo. Trataba de seguir el consejo cada mañana, aunque ahora le daba por pensar que el pueblo se acabaría pronto de ser visto desde todos los ángulos posibles.

Al llegar, un par de hombres que descargaban de un carro sacos llenos de ropa la saludaron con un ligero toque en su gorra. Irene asintió con la cabeza y subió por la estrecha escalera que conducía a su lugar de trabajo. Clothilde, la propietaria, era una viuda de poco más de cincuenta años, de anchas caderas y el cabello, aún castaño, siempre recogido con gusto. Tenía unos grandes y embriagadores ojos verdes que sabía utilizar para conseguir lo que se proponía. Gracias a ellos y a su encanto, había logrado que la mayoría de las fábricas y talleres de los alrededores llevasen allí las prendas de sus trabajadores para todo tipo de remiendos: sobre todo delantales y ropa de trabajo. Cuando se dio cuenta de que las prendas y los delantales no se deterioraban con suficiente rapidez, ofreció un lavado quincenal a buen precio, con transporte a su cargo. Eso le aseguró una entrada constante de dinero.

Acondicionó la planta baja como almacén y en el exterior construyó una enorme pila de piedra para lavar a mano. Junto a ella, un lavadero para aclarar y un par de cocios para la colada, pegados a una chimenea que mantenía el agua caliente.

El negocio iba tan bien que cada martes y jueves por la tarde dedicaba una de las habitaciones de la segunda planta a mostrar la moda de París a señoras de cierto poder adquisitivo. Se encerraban unas cuantas y cotilleaban como si estuviesen en Versalles. Clothilde les mostraba los últimos números de La Mode Illustrée y de La Nouvelle Mode. Entre galletas de mantequilla con azúcar y deliciosas tazas de té verde, las damas escogían sus vestidos de los catálogos más actuales. Clothilde se encargaba de tramitar con sus «socios» de París todos los pedidos. A un precio. Con el tiempo se dio cuenta de que, si el té verde disminuía y aumentaba el champán, sus pedidos se duplicaban, así que dos o tres botellas semanales para las reuniones no eran más que una inversión. Una buena inversión para la perspicaz Clothilde.

El negocio era tan fructífero que Clothilde tenía tres empleadas aparte de Irene. Amélie y Juliette eran como uña y carne, pero con estrías y rancias. Sabían hacer su trabajo y no eran demasiado conflictivas, al menos no para Clothilde, aunque Irene tenía que hacer diez mil malabarismos para no entrar en su triste juego. Amélie era alta y delgada, bella, de tez bronceada por un sol de primavera, y con unos cabellos largos y lisos que se tenía que recoger a petición de Clothilde. Era dominante, rebelde y estaba eternamente enfadada con el mundo. Pero como el mundo es demasiado extenso, el enfado era con los cercanos y débiles. Irene estaba segura de que Amélie tenía una triste historia detrás que la había convertido en plena amargura; pero su agradable rostro le decía que antes, de niña, fue alguien diferente. Una vez trató de hablar con ella sobre su pasado, pero la mirada de desprecio fue tan profunda que Irene desistió. Si alguna vez quería hablar, ya sacaría ella el tema.

Juliette era más dócil y algo más joven que Amélie, rondaba los veintitrés y no hacía mucho que se había casado con un joven empleado de la oficina de correos. Pálida como la porcelana, tenía un aspecto quebradizo, y una voz débil. Era de esas personas que necesitan un buen empuje incluso para hablar. La influencia de Amélie en ella era intensa, pero pese a su aspecto frágil, tuvo la decisión suficiente para contradecirla y continuar su noviazgo con el joven. Aunque acabó por aceptarlo, Amélie estuvo un buen tiempo sin dirigirle la palabra. Un día le dijo delante de todo el mundo: «Ni te imaginas el daño que te hará, pero es decisión tuya, ya eres mayorcita. Así que pásame los pañuelos de seda gris». Y de esta manera todo

volvió a la normalidad.

La tercera era un amor. Flavia, de apenas diecisiete años y con una cara redonda como el sol. Se ocupaba de lavar la ropa y hacer la colada. El rango de encargada era la sutil manera que tuvo Clothilde de venderle que estaba condenada a lavar y nada más. Las otras se turnaban y bajaban un par de tardes a echarle una mano, pero a Flavia jamás le pedían que cosiera o que tratara de vender algún vestido. Las pocas veces que subía debía pasar lo más desapercibida posible y regresar de inmediato a su trabajo entre la ropa sucia. Irene la encontraba sugerente, porque apenas la había visto triste. Tenía una naricilla redonda y demasiado chata. Y sus ojos pequeños y rasgados le daban un aspecto gracioso. Siempre llevaba el pelo revuelto y le caían mechones enredados y pegajosos sobre la frente. Flavia trataba de volver a meterlos con las manos húmedas y arrugadas debajo de la cofia desteñida que utilizaba. Pero no conseguía más que churretones de jabón, con el cabello y la cofia mojados. No era guapa, y era doloroso cuando Amélie se lo recordaba, pero cuando estaban juntas, una brillaba con toda la intensidad que su vivaz personalidad podía, mientras que la otra apenas conseguía trasmitir más que belleza.

Irene empujó la puerta entreabierta y ahí estaban: Amélie cosía con la mirada clavada en la aguja mientras con su mano derecha daba vueltas a la manivela que ponía en funcionamiento una máquina de coser Jones. Clothilde se hizo traer un par desde la misma fábrica Jones en Manchester. Era elegante y carísima, de un negro profundo con ornamentos ámbar y rojizos. La máquina descansaba sobre una mesa de nogal, que encajaba a la perfección con la cubierta de madera que utilizaban para protegerla cada tarde al abandonar el trabajo. Amélie le dedicó un segundo de su vida y continuó moviendo la manivela, pero Juliette, sentada en la otra máquina se detuvo, examinó el aspecto de Irene y cuando parecía que iba a abrir la boca, echó una ojeada fugaz a Amélie. En silencio, bajó la mirada y colocó una nueva pieza de ropa en su Jones.

Clothilde se encontraba junto a unas estanterías donde guardaba cajas con los pedidos que le llegaban de la ciudad y del extranjero. Examinaba el contenido de una de las cajas más pequeñas, y al ver a Irene la dejó sobre la mesa y se dirigió hacia ella con paso firme.

—¿Qué ha pasado, querida? —Clothilde la examinó de arriba abajo, incluso la rodeó para comprobar que todo estaba en su sitio. Las ojeras de Irene sacaban secretos a la luz—. ¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Y en la mano? Querida, vuelve a casa, anda, y descansa que ya nos apañamos.

—Estoy bien —respondió Irene con desgana.

Lo que estaba era harta de decirle a todo el mundo lo bien que se encontraba. Como si una simple herida en la mano y un moratón en la cara pudiera significar tanto para tanta gente. Era algo parecido a esos buenos días tan huecos que te dan los extraños sin mirarte a los ojos. A ella se le antojaba de interés superficial la preocupación por su mano herida. Tenía ganas de gritar que la mano estaba perfecta, jodidamente bien. Pero ella no. Sentía oleadas de calor por un puñetero cristal en su piel. Todo Dios corría preocupado, pero llevaba años desgarrada y nadie había movido ni un solo dedo. Ni siquiera Álex, ni siquiera Miguel. Por mucho que se esforzasen, ni siquiera ellos. ¿Cómo podía ser tan poco transparente?

Clothilde le apretó con fuerza ambas mejillas, como si fuese una niña. El gesto provocó que el lado sano de su rostro enrojeciera y su boca pareciera la de esos pequeños salmonetes buscando aire una vez fuera del mar.

—¿Seguro? A mí no me lo parece. Pero ¿vas a contarnos qué pasó o no? —preguntó Clothilde.

—Sí… si pudiera hablar —protestó.

—Ay, perdona, perdona. —Se rio Clothilde al tiempo que la liberaba.

—Nada extraordinario. Tenía la alfombra del comedor mal puesta. Bueno, mal puesta, con un bulto de esos —hizo el gesto con la mano— que se forma a veces cuando no está del todo lisa. Pues pasé encantada por encima, tropecé y me paró un cristal.

—¿Te paró un cristal? —preguntó Clothilde frunciendo el ceño.

—El de la ventana que da al jardín, puse la mano y lo atravesé. Y con el marco de madera me di en la mejilla.

—Niña, para haberte matado —dijo Clothilde mientras meneaba la cabeza—. ¿Y si llegas a dar con la cabeza en el cristal?

Irene vio de reojo la sonrisa de Amélie, y no pudo evitar pensar en que sería una manera bastante estúpida de morir. Se preguntó si debía seguir con la comedia. A estas alturas todo el mundo sabría lo de la pelea con Étienne, pero a veces en los pueblos, la nobleza del secreto da una falsa honestidad.

—Mejor no pensar en ello —respondió Irene.

—Siéntate ahí —Clothilde señaló el lugar donde se encontraba Juliette — y tómatelo con calma. Juliette, levántate y baja a ayudar a Flavia. No quiero que hagas ningún esfuerzo, querida, siéntate, y despacito. Tómatelo con calma.

Juliette parecía aturdida, se había quedado con la boca abierta y miraba a Amélie buscando apoyo como si esta fuera en realidad la dueña. Tener que bajar a limpiar ropa con la torpe de Flavia era una faena para ella. Solía decir que casi era más emocionante ir a ver a su marido ordenar las cartas que debían repartirse al día siguiente.

—No, no. Preferiría bajar yo a echar una mano a Flavia.

—¿Cómo vas a lavar o hacer nada con esa mano vendada?

—La ayudaré a tender y doblar. Me vendrá bien el aire fresco de la mañana.

—Bueno, como quieras. Aprovecha ahora porque en un par de horas el aire tendrá poco de fresco.

Irene bajó despacio las escaleras exteriores que daban al patio donde Flavia estaba lavando a mano un montón de ropa a todas luces excesivo. Le lloraba el ojo irritado y se detuvo a media escalera para secárselo a escondidas con la manga de su vestido.

—Yo iría con cuidado de que ese cristal tuyo no vuelva a tu casa esta noche —dijo Amélie con desprecio desde lo alto de la escalera.

Irene la ignoró y continuó descendiendo. Al salir, observó a Flavia y no pudo evitar sentir cierta compasión por la jovencísima chica sin futuro. Debía parar de sentir lástima por gente que tal vez era más feliz que ella, se reprochó.

Flavia, indiferente a la llegada de Irene, no dejó de estrujar una pequeña falda verde desgastada. Parecía perdida entre el letárgico sonido del jabón, el agua y la ropa al chocar.

—Si tú también me preguntas qué me ha pasado, te ahogo aquí mismo —manifestó Irene—. Incluso puede que te comas el jabón ese que estás utilizando ahora. Mejor dicho, primero te comes el jabón y luego te ahogo.

—Vale —respondió Flavia con total seriedad y siguió a lo suyo.

—Vale.

Irene tomó el cesto con la ropa aún húmeda. Empezó a quitar las primeras piezas, mientras Flavia continuaba con su trabajo. Creyó apreciar una sonrisa.

—Pero me lo contarás, ¿no? —preguntó Flavia con la mirada fija en la falda que lavaba, sin poder ocultar ya la sonrisilla maliciosa.

Fue una milésima de segundo lo que tardó la camisa empapada del hermano del alcalde en salir del cesto de Irene hacia la cara de Flavia. Esta, aún con la sorpresa en el cuerpo, no pudo detener la camisa que se deslizó hasta el suelo.

—¿Qué haces? Ya estaba limpia —gimoteó.

—Te lo advertí. —Le señaló Irene con el dedo, mientras apenas podía contener la risa.

—Ahora verás —dijo Flavia. Se mojó los brazos hasta los codos y arrancó a correr tras Irene—. ¡Ven, dame un abrazo!

—Quita, que estás asquerosa. —Se rio Irene.

La risa de las dos chicas inundó el oscuro patio, el agua sucia, la ropa al viento, y consiguió que el lugar pareciera un poco menos triste. Si hubieran alzado la vista, habrían contemplado a Clothilde que las observaba desde la ventana de la sala de té, con una sonrisa complacida. Le gustaba rodearse de la brillantez de la juventud. Pero también, quizás hubieran visto a Amélie que las miraba desde la ventana del salón, y ella no sonreía. Quizás Irene se percató de ambas, pero se sentía impermeable a más odio.

***

Al caer la tarde, el lacerado sol trataba de castigar en un último intento desalentador toda la tierra. Desde los riscos lejanos que rasgaban su círculo perfecto, hasta el rincón más olvidado del pueblo. Al salir del trabajo, Irene caminó por las calles sin rumbo fijo. Prefería tomarse su tiempo, evitar la soledad de su casa y empaparse de la vida que cerraba el día. La gente salía de las fábricas y los rostros agotados evitaban mirarla a los ojos. Había montones de niños correteando ajenos a su futuro, compras de última hora que entraban a toda prisa en los vacíos comercios y saludos con una sonrisa nacida en tiempos

mejores. Irene trataba de llevarse un poco de todo lo que veía para no estar tan sola en casa. Caminó despacio, y al final tomó uno de los senderos que rodeaban el pueblo para llenarse de los enormes espacios y de los campos dorados. Había sido un día agotador y subir las pequeñas cuestas de la irregular senda se le hacía insoportable. Decidió recobrar el aliento, miró al horizonte más allá de los verdes bosques, se buscó en él, y continuó su camino.

Cuando las sombras ganaban la batalla a la luz, la casa de la tía Aspasia se tornaba un mundo frío, lleno de recuerdos eludibles y sueños que nunca llegaron a nacer. Nunca le tuvo demasiado apego, pero ahora sentada en un rincón de la cocina, en el silencio más absoluto, la casa era su enemiga. Como si no hubiera diferencia entre estar bajo su cobijo o en mitad del bosque una lluviosa tarde de otoño. Su pensamiento se perdió junto a las cenizas en la pequeña chimenea donde su tía solía tostar las rebanadas de pan. Apenas la encendía en contadas noches de invierno porque se afligía, y las sombras en la pared la intimidaban. Entonces la vio. No prestó atención al crujido que daban sus pasos sobre los restos de platos rotos dos días antes. Se dirigió como un autómata a la minúscula nube de color verde que habitaba sobre el mantel de la mesa de madera de la cocina. Al pasar los dedos, para su sorpresa, descubrió que la nube saltaba sobre su mano cabalgando en un tenue rayo de luz. El último del día. Su vista se dirigió a la ventana, curiosa, y su dulce mirada iluminó la habitación al descubrir en el límite del cristal, junto al marco, los restos imperceptibles de lo que fue una pincelada de color verde sobre el cristal. Y cabalgó por los recuerdos hasta su niñez.

—Pero esto ¿qué es? —preguntó el pequeño Álex al contemplar el absurdo retrato de una mujer pintado en la ventana.

—Una mujer —sentenció la joven Irene.

—Pues que birria de mujer, parece más una morsa. Una morsa verde.

—Ajá —asintió Irene—, no le ha quedado muy bien, ¿verdad?

—No mucho, no. Pero… ¿por qué ha pintado una mujer en la ventana? —preguntó Miguel.

—Dice que, cuando la vean, la gente pensará que hay algún invitado y así no molestarán; y que si los ladrones merodean por aquí creerán que hay alguien dentro, así que no entrarán —respondió Irene un tanto desanimada por las excentricidades de su tía.

—¿Con esa morsa van a pensar todo eso? —preguntó Álex.

—¡Y yo qué sé! —contestó Irene enojada.

—Parece que está triste, llora o algo así. Aunque quizás —dijo Miguel —, quizás está muy enfadada. No lo sé, pero es muy rara.

—Niños, ¿queréis conocer la historia de la dama triste de Mindoro? —preguntó Aspasia.

Los tres se giraron de golpe. Allí estaba la tía Aspasia con un cesto del cual asomaban cebollas, remolacha, una calabaza y tomates maduros. Se miraron entre ellos y asintieron.

—Pues pasad, os prepararé algo de merendar —dijo Aspasia al abrir la puerta.

Irene entró sin pensárselo, y se detuvo en el oscuro pasillo al ver que Miguel no la seguía. Al final, él se decidió y entró en el oscuro túnel tras los pasos de Irene. Álex, solo frente a la larga oscuridad, no se animaba a entrar.

—Tú también, niño rico —dijo Aspasia.

—Yo no soy rico —protestó Álex.

—No, tú no. Tú eres una morsa —le contestó y lo agarró por el cuello de la camisa para arrastrarlo hacia el interior.

Los tres niños se sentaron junto al fuego en la cocina. Aspasia les sirvió una bandeja enorme con un montón de pan tostado con ajo, perejil y un chorrito de aceite. Un ligero queso de cabra se fundía por encima mezclado con aceitunas negras y salchichón que los niños devoraron con ahínco. Aspasia tenía la vista perdida, jugueteaba con el fuego, rascando los troncos heridos, apartando la costra inerte carbonizada.

—Todo ocurrió unos pocos años antes de que nacierais. Era invierno cuando Frank, un joven apuesto de poco más de veinte años, regresaba en bicicleta a su casa desde el trabajo. Había tenido un día agotador, y para colmo su jefe…

—¿Frank? Pues la del cristal parece una mujer. Mal hecha, pero una mujer —apuntó Álex.

Hubo una reprobación instantánea de todos los demás. Álex apretó los dientes, se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—… como decía —prosiguió Aspasia, mirando con detenimiento a Álex—, había tenido una jornada agotadora. Trabajaba en un hostal y su jefe le había amargado el día. Bebía mucho y Frank siempre iba por detrás arreglando las comprometidas situaciones en que se metía. Además, él no quería estar toda la vida en ese hostal, no, él quería ser periodista. Deseaba ir a la universidad, pasarse noches enteras discutiendo con compañeros de estudio sobre política, libros o lo que fuese. Estaba ahorrando, trataba con todas sus fuerzas de gastar lo mínimo, pero había tantos impedimentos para alguien de su clase. Y ese día, en especial ese día, se había sentido descorazonado desde que se levantó.

—Pobre Frank —dijo Irene mientras alcanzaba un pedazo de pan con ajo y aceite.

—Así pues, quedó con unos amigos y se fueron a tomar unos vinos, de los que ayudan a levantar el alma y a que el invierno sea menos sombrío. Cuando empezó a sentir que el frío lo invadía de nuevo, alguien habló de una buena oportunidad de ganar dinero. Lo que empezó como una broma tomó forma sólida con cada trago que bajaba por sus gargantas. Él y un amigo decidieron que al día siguiente se subirían al primer tren que los llevase a Marsella y pondrían rumbo a la India, donde podrían luchar por dinero. Frank no era valiente —Aspasia sonrió—, para nada, pero el alcohol consigue ese extraño efecto, darte la ilusión de que a partir del tercer sorbo todo va a ir mejor porque uno se lo merece. En realidad —respiró unos segundos— nunca te lo mereces… bueno eso es otro tema. Ya en el puerto, delante del barco, sabía que si dejaba de beber jamás subiría a bordo rumbo a la India.

—¡La India! —la interrumpió Miguel emocionado.

—La India… lejos, muy lejos —afirmó Aspasia—. Para Frank, las tres semanas siguientes fueron las peores de su vida. Toda su experiencia marina se limitaba a alguna ilustración en el periódico local o los cuadros que había en el pasillo del hostal. Así que tan pronto puso un pie en El Ciudad de Bangor le invadió una sensación extraña. Era como si el barco ya fuera parte de un nuevo mundo. Parte de un sueño que tenía desde niño. Solo pensaba en salir de su pequeño universo y conocer. Eso quería Frank, conocer. Se mantuvo en cubierta hasta ver la costa francesa desaparecer antes sus ojos. Pasó la mano por la barandilla del barco y le sorprendió su rugosidad. Al mirar la palma de su mano la descubrió cubierta de sal. Y entonces pensó en algo tan banal como la sal. Se preguntó si la que cubría las costas de Francia los acompañaría en su viaje, descansando en la barandilla. Esa

tontería le hizo sentir que al menos en el barco, cubierto de sal francesa, no se sentiría tan alejado de su hogar.

—¿Y si llovía? —preguntó Álex.

—Esa es buena. Si llovía, todo eso del hogar y la sal no servía para nada —dijo Miguel.

Irene que ya empezaba a conocer a su tía, pensó que los dos chicos jugaban con fuego.

—¡No llovió! ¿De acuerdo? ¡Ni una gota en semanas! ¿Puedo seguir o me interrumpiréis cada dos minutos?

—Sí, por favor —respondió Miguel arrepentido.

—No había pasado ni unas pocas horas cuando notó que el suelo nunca era firme por muy calmado que estuviera el mar. Sus sentidos se nublaron y el mareo no le abandonó en todo el trayecto. Únicamente tuvo un respiro, cuando el barco amarró unas horas en Puerto Said, antes de cruzar el canal de Suez.

Irene observó los ojos abiertos como platos de Miguel. Sabía que, en su cabecita, cada una de las palabras de Aspasia construía tierras exóticas, callejones oscuros y barcos llenos de aventureros. Era un Frank en pequeñito.

—Se dijo que había tardado mucho —continuó Aspasia—, quizás demasiado, pero al fin había empezado a darse cuenta del viaje que había iniciado. Se asomó al puerto y el caluroso viento del sur, cargado de arena, le trajo los gritos de los vendedores ambulantes que se abalanzaban sobre los desconcertados viajeros que ponían pie en la joven ciudad. Era tan diferente a todo lo que había conocido que pronto se sintió atraído por los distintos colores, los sonidos indescifrables y los olores de tierras lejanas que le llegaban. Las chilabas se movían como trazos del arco iris danzando alrededor de los fascinados viajeros. Pasada la sorpresa, estos empezaron a mostrarse molestos con la insistencia. Disponían de toda la tarde libre y Frank, deseoso de pasear por tierra firme mientras pudiera, bajó con su amigo para perderse por las calles de Puerto Said. Estaba radiante de felicidad al constatar que el horizonte, al final de las callejuelas, permanecía estático.

»Entraron en una taberna cerca del puerto. No querían llamar mucho la atención y pensaron que con la mezcla de viajeros ese sería el lugar adecuado. Estaba extrañamente oscura. La luz entraba sin pasión por

la puerta principal y a los pocos metros la oscuridad dominaba la sala por completo. Había cinco o seis mesas de baja altura y madera carcomida, con asientos tallados en la misma pared. Al fondo, una minúscula ventana estrecha no era suficiente para cortar la oscuridad. Reinaba el silencio, roto a duras penas por algunos clientes del país que en el exterior jugaban a un juego de mesa que él jamás había visto antes. Apenas les habían traído un poco de cecina ahumada y una ensalada de perejil con trigo, cuando Frank se percató de que dos hombres apoyados en la barra miraban con profundo desprecio a un joven pálido, de ojos irritados y cabello rebelde de un rubio intenso. El joven, situado en un rincón entre tinieblas, dibujaba con furia en carboncillo a los mismos hombres que lo observaban con cara de pocos amigos. Frank pudo sentir la tensión y así se lo hizo saber a su amigo. En ese preciso instante —Aspasia miró a los chiquillos mientras dotaba su voz de una seriedad extrema—, empezaron a gritar palabras ininteligibles en su idioma. Se abalanzaron sobre el joven, lo levantaron a un metro del suelo y lo lanzaron contra la pared. El pobre cayó como una piedra sin soltar su carboncillo. El amigo de Frank saltó sin pensárselo sobre los egipcios…

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Miguel.

—¿Cómo se llamaba quién? —preguntó molesta Aspasia.

—El amigo. No nos ha dicho cómo se llamaba.

—No me acuerdo cómo se llamaba el puñetero amigo.

—No sería tan tan amigo si no se acuerda —dijo Miguel.

—Es un cuento, Miguel. No seas tan puntilloso —le recriminó Irene.

—Olivier, ¿te vale? —dijo Aspasia con frialdad.

—Sí, sí. Olivier me gusta —respondió Miguel.

—Olivier saltó sobre los atacantes y se formó una auténtica batalla campal. Volaban las botellas, los platos, las tortas de maíz, las sillas e incluso las piezas de madera del juego de mesa. Frank quería mantenerse alejado de la pelea, pero Olivier —Aspasia echó una mirada fulminante a Miguel— empezaba a verse superado por la clientela de la taberna. Así pues, se encomendó a Dios y Frank se abalanzó sobre los hombres que atacaban a su amigo, y como una piedrecita que intenta parar una peonza, salió rebotado, voló por toda la sala y fue a caer encima de una mesa que se rompió en el acto. Ahí en el suelo quedó Frank, dolorido y preguntándose qué diablos había

pasado. Cuando intentó incorporarse, alguien le tomó del hombro.

»Frank se giró y, a casi un palmo, tenía la cara de una anciana surcada por mil arrugas, que lo miraba con curiosidad y dulzura. La mujer sentada en el suelo junto a él, empezó a hablar en árabe, muy despacio. Su voz era suave como una caricia, pero con el alboroto reinante apenas se podía escuchar. No pudo evitar sonreír a la anciana que le devolvió la sonrisa más triste que jamás había visto. "Lo siento, no la entiendo", le dijo Frank. La mujer acercó su mano al rostro de él, y le acarició la mejilla. Él quedó por un segundo fascinado por la mirada profunda de la anciana, pero ella continuó hablando un idioma indescifrable para el pobre aprendiz de aventurero. "Lo siento", repitió Frank mientras apartó la mano de la anciana con delicadeza. Se levantó con cierto trabajo, sin dejar de mirarla. "Estáis tan solos", dijo ella. Unos segundos después —Aspasia abrió los ojos con fiereza—, le espetó: "Quédate en tu camino, no te alejes de él. Jamás. Por favor, no te alejes de tu verdadero hogar. Quédate en tu camino". Frank dio un respingo, porque todo ello, niños, lo dijo en un francés perfecto. Frank quedó tan impresionado que solo alcanzó a preguntar: "¿Hablas mi idioma?". La anciana ladeó la cabeza y continuó en árabe como si jamás hubiese hablado otra lengua.

—¡¡Hala!! ¡¡Una bruja, era una bruja!! —exclamó Miguel fascinado.

—A mí me pasa eso y vuelvo a casa a nado. A hacer puñetas la India. Qué miedo —vociferó Álex.

—¿Qué quiso decir con eso, tía? —preguntó Irene.

—Eso mismo le preguntó Frank —prosiguió Aspasia—. «¿A qué camino se refiere?».

—Yo me refería a cuando le dice que están solos. No estaba solo.

—¡Ah, eso! No seas impaciente, cariño. Bueno, como decía, Frank preguntó: «¿A qué camino se refiere?» pero la anciana continuaba hablando en árabe, comiéndose las palabras. A los ojos de Frank, parecía otra persona. Donde antes había visto dulzura en el rostro arrugado, ahora solo veía piel azotada por el seco aire del desierto; y donde había visto ojos brillantes, llenos de vida, ahora los veía apagados. Incluso dudó que fuese la misma anciana. El caso es que en ese momento entró una patrulla del ejército británico apostado en la zona, y puso orden. A golpes, pero en un santiamén, la taberna quedó limpia. Frank pudo vislumbrar en la puerta a Olivier que ayudaba al joven dibujante a mantenerse en pie. Frank respiró aliviado al verlos

de una pieza, pero su pensamiento se dirigió de nuevo a la anciana. Buscó su presencia, pero ya no estaba. La estancia se encontraba vacía a excepción del dueño de la taberna que lloraba desconsolado, con las manos en la cabeza al comprobar los destrozos que había causado la pelea.

—¿Veis? Una bruja, como yo decía —apuntó Miguel triunfante.

—El joven rescatado por los dos amigos resultó ser un joven aristócrata inglés. Se llamaba Radley Attwater. Era pintor, y bastante bueno, pero su familia no quería saber nada de sus inquietudes, así que le dieron una mísera renta anual para que no cayera muerto en cualquier esquina e intentaron alejarlo lo más posible de Swindon.

—¿De Sindón? —preguntó Miguel.

—Swindon. Es el lugar de Inglaterra donde había nacido Radley.

—Sendon.

—Swindon. Swin-don —repitió Aspasia acentuando las sílabas.

—Suin-dun.

—Puñetas, Miguel, eres un niño un tanto cansino —sentenció Aspasia desesperada.

—Gracias. —Sonrió el pequeño Miguel.

Aspasia no pudo evitar sonreír con él.

—Qué tonto eres —replicó Irene con profundo cariño sin poder evitar reír.

—Radley —continuó la tía—, apenas tenía para comer y lo que pintaba no le daba ni para comprar lienzos o pinceles. Fue malviviendo hasta que alguien le dijo que con ese dinero que aún tenía, unas pocas monedas, en la India podría vivir tranquilo sin pasar miserias. La decisión fue casi instantánea. En Inglaterra le daba para vivir en un cuchitril infecto, con poco más que un pedazo de pan al día. Con ese mismo dinero en la India podría vivir bien todo un año y pintar. Así se resumía la historia de Radley hasta que se encontró con los dos amigos en Puerto Said. Se hicieron inseparables, y navegaron juntos hasta Bombay. A Olivier la compañía de Radley le hizo bien. Apenas se entendían, pero era un espíritu libre, un camino que él empezaba a andar. Frank los observaba desde lejos sintiéndose

partícipe de su complicidad. Las largas tardes surcando el Índico servían al inglés para hacer dibujos de casi todo. Desbordaba talento, y los dos amigos lo admiraban por ello. Frank lo encontraba relajante, sobre todo ahora que apenas dormía. Transcurrieron los días y al fin llegaron a Bombay, pero las primeras impresiones de la India no fueron buenas.

—¿Por qué no? —preguntó Irene.

—Frank jamás había visto tanta gente junta. Calles desbordadas y millares de mendigos semidesnudos que se abalanzaban sobre ellos. Se le partía el corazón con los niños hambrientos, a decenas también, que le tiraban de la manga pidiendo esa fruta o cualquier cosa que comiera en ese momento. Pronto se dio cuenta de que era una batalla perdida. Cuando desaparecía uno, tres más tomaban su lugar. Ante la posibilidad de beneficiar solo a unos pocos, prefería pasar hambre. Radley era el que estaba más afectado. Frank y Olivier se pusieron enseguida a buscar un centro de reclutamiento para extranjeros que quisieran trabajar para la Compañía Británica de las Indias Orientales, ya que no les apetecía gastarse el poco dinero que les quedaba en esa enorme y poco amigable ciudad. Pero la Compañía estaba a punto de disolverse y apenas mantenía el comercio del té como su único interés en la India. Los miraron como locos cuando se presentaron en sus oficinas diciendo que querían luchar por la Compañía. Salieron cabizbajos, pero no iban a rendirse. El problema era que no existía un lugar donde ir a firmar y ya está. Como mucho, tendrían que guardar las espaldas a mercaderes que cruzaban zonas conflictivas del país. Pero solían buscar gente con experiencia, cosa de la que ellos carecían.

»Los dos amigos empezaron a preguntar en sórdidas tabernas. Olivier se transformó en un duro marinero francés, para evitar que los sacaran a patadas de los establecimientos. Las noticias que corrían por los bajos fondos eran que, si querían un buen trabajo, tenían que ir hasta Kabul, a más de mil quinientos kilómetros al norte donde se necesitaban hombres para proteger la zona. El gobernador de la ciudadela estaría encantado de contar a su lado con europeos, aunque no fuesen británicos. En las caras de los tenebrosos hombres de aquellos locales fue cuando, por primera vez, Frank se dio cuenta de por qué estaba allí. Hasta entonces, todo era fugaz, como una aventura en un libro, pero ahora la posibilidad de tener que matar a alguien se le hacía insoportable. Olivier sabía de armas y solía cazar, pero él jamás había empuñado una, y por la pinta que tenía, el inglés aún menos. Trataron de persuadir a Radley para que se quedara, que acechaban mil peligros en el camino hasta Kabul, pero él insistió en ir.

No dispararía, pero quería dibujar la vida tan lejos del hogar de los soldados británicos. Pretendía captar la distancia en sus ojos, decía.

—Temo por la vida de Radley —apuntó Irene, no sin cierta tristeza.

—El inglés salía a primera hora de la mañana a toda prisa y regresaba al atardecer con un buen número de bocetos. Todos eran rostros de los habitantes de la ciudad. Olivier los estudiaba cada noche a la luz de una lámpara de aceite y Frank sonreía al ver su rostro fascinado. Una mañana, Olivier y Frank conocieron a un soldado escocés. Les enseñó la diferencia entre disparar a una liebre o a una persona a cambio de unas rondas de feni, un licor de coco blancuzco y espeso como leche fermentada muy común en el sur de la India. No quería saber nada del whisky de su lugar natal. Solo bebía el dichoso licor de feni. El soldado no era tonto ante tanta insistencia sobre Kabul, y después de unas semanas de aprendizaje miró a Olivier fijamente a los ojos y le dijo: «No sé qué se te ha perdido aquí. Deberías regresar por donde has venido. Corre y no pares hasta que estés debajo de las faldas de tu madre o tu mujercita. En las tierras áridas del norte no durarás ni dos días». Entonces el escocés soltó una risotada y les mostró el dorso de la mano abierta. Donde antes había uñas ahora únicamente tenía unas terribles cicatrices. El soldado continuó: «A menos que te guste que te saquen las uñas con astillas de bambú, o peor, que te levanten la camisa». Olivier preguntó qué era eso de levantar la camisa y el escocés respondió: «Es un rito afgano con los británicos capturados». En ese momento se pasó el dedo pulgar de lado a lado de la barriga, siguió por su espalda y cuando finalizó la circunferencia, puso las manos en su estómago e hizo el ademán de levantarse la camisa. Las caras de los dos amigos mostraban el horror, y la risa del escocés solo aumentaba su consternación. Olivier le comentó: «Bueno, yo no soy británico». El soldado ladeó la cabeza y con la seriedad en su rostro contestó: «Como si eso importase una mierda, hijo, como si eso importase una mierda». Uy, perdón por la palabrota. —Aspasia se tapó la boca de inmediato con la mano.

—Y la has dicho dos veces, tía.

—No entiendo nada de eso de la camisa —interrumpió Miguel.

—Yo tampoco —añadió Álex.

—Mejor, mejor. Debí saltarme esa parte de la historia. Ya tendréis tiempo para esas cosas, por desgracia —señaló Aspasia.

—¿Y cuándo saldrá la dama? —preguntó Irene.

—Ahora que viene lo bueno, ¿quieres amoríos? —preguntó Miguel fastidiado.

—Quizás la dama era un elefante de la India —intervino Álex divertido.

—Olivier dijo que el escocés exageraba —continuó Aspasia que lanzó una mirada fulminante a Álex—, y que su propósito era asustarlos. Frank no lo tenía tan claro, aunque por supuesto, después de llegar hasta ahí no era cuestión de echarse atrás y una semana de paga en Kabul equivalía a tres meses de su anterior empleo en aquel lejano hostal. Así pues, empaquetaron sus pocas pertenencias y se montaron en un tren abarrotado rumbo a Delhi. Se sentaron los tres en un rincón, rodeados de familias enteras, soldados, personajes de profesión incierta y mocosos como vosotros. El tren iba tan lleno que la gente salía al exterior y se subía al techo. Para Frank y sus amigos su única escapatoria era una ventana roñosa. Y fue a través de esa misma ventana que Frank descubrió un país maravilloso, lleno de contrastes. Vio granjeros indios trasplantando arroz a la puesta de sol; ese mismo sol reflejado en las torres piramidales de un blanco intenso de los templos hindúes; decenas de niños que saltaban alegres en los ríos para combatir el asfixiante calor; eternos campos de algodón, terribles animales salvajes al cruzar la cordillera de Vindhya, mercados de ganado, elefantes, y cerca de las zonas desérticas, caravanas inmensas de mercaderes a camello. En fin, vio cosas que ni el poema más intenso podría compararse en belleza. Y así a través del cristal, aprendió a amar en la distancia.

—Debe de ser increíble poder vivir algo así. Cuando sea mayor no pararé de viajar —dijo Miguel con decisión.

—Cuando alcanzaron Delhi aún quedaban cientos de kilómetros de viaje, y la línea ferroviaria en construcción apenas llegaba más allá de las colinas a las afueras de la ciudad. Olivier ya lo había previsto en Bombay, así que por poco dinero se unieron a una caravana que se dirigía al norte. Cada día que pasaba, los tres muchachos ganaban confianza en sí mismos, convencidos de que eran algo especial porque llevaban a cabo un viaje que pocas personas en el mundo se atreverían a hacer. Pero no lo eran. En absoluto. Así pues, en una fría noche junto al fuego, en las tierras yermas del norte, el inglés, agotado, se había retirado a descansar temprano y Olivier devoraba relajado unas tortitas deliciosas de harina de trigo llamadas naan. Las mojaba en un guiso de cacahuete y arroz que se había servido en un cazo viejo, ya que no llevaba muy bien eso de comer del mismo plato que todos los demás. Envuelto en paz, y en ese silencio tan solo roto por algunas

voces lejanas de compañeros de la caravana y el divertido tragar de Olivier, Frank se quedó embobado mirando el firmamento. —Aspasia miró el techo de la cocina y trató de abarcarlo con sus manos—. Era de pueblo y había visto mil noches estrelladas, pero esto era distinto. Las estrellas se abalanzaban sobre las siluetas negras de las áridas colinas en el horizonte. Podía tocarlas con la mano. Era extraordinario. Le pareció estar en un sueño en el que se sentía en paz. Era su casa, la auténtica. El entorno, lleno de misterio le era familiar.

»Aguzó la vista en el horizonte nocturno y distinguió figuras que iban y venían. Inertes, vacías. Tristes figuras dispuestas a vagar por la perpetua devastación durante toda la eternidad si nadie las guiaba. A Frank se le partió el corazón por ellas. Nunca supo el motivo, pero sintió una profunda tristeza cuando, perdidas, se detuvieron. Frank las vio aproximarse, cada vez más y más. "Si se acercan al fuego, no podré ayudarlos", pensó, pero siguieron adelante. De repente, una chispa en el corazón de una de las figuras. Un trueno. Una nube de intenso color blanco y el tintineo metálico del cazo de Olivier. Su mirada se detuvo en el tiempo. Asustado, Frank escrutó el retorcido cazo. Observó los restos de arroz, cacahuete y salsa en su hombro. Vio el cuerpo de Olivier tendido en el suelo, con cara de sorpresa, sin entender muy bien por qué se atragantaba con su propia sangre ni la razón de que el aire no le llegara a los pulmones. El pobre no duró ni dos segundos más. Lo he dicho, Frank no era valiente, dio media vuelta y empezó a correr sin rumbo, sin mirar atrás, odiando a las estrellas.

—¿Se murió? ¿Olivier se murió? —preguntó Miguel.

Aspasia asintió con la cabeza. Los tres chicos enmudecieron y se miraron. Irene no supo cómo reaccionar a la noticia de la muerte de Olivier. Pero se alegraba de que al menos Frank hubiera salvado su vida.

—Pero entonces, ¿las figuras que vio Frank? —quiso saber Álex.

—Bandidos —sentenció Aspasia—. En esas tierras abandonadas de la mano de Dios, la vida no vale más que un puñado de los cacahuetes que comía Olivier. Parece ser que la caravana llevaba armas a Kabul, y eso valía mucho más para los bandidos que las ricas tortitas de naan.

—Pero ¿por qué huyó? Yo me hubiera quedado a luchar contra ellos. Frank fue un cobarde —afirmó Miguel.

—Quizás algún día tengas la oportunidad de demostrar lo valiente que

eres cuando la vida te lleve a extremos insospechados. Miguel, el valiente —sentenció Aspasia.

—Da pena irse a morir tan lejos —dijo Irene.

—Huyó. Se golpeó las rodillas con las rocas invisibles, se cayó y se hirió las manos, y se levantó una y otra vez. No paró de correr hasta que el alba apareció tras las montañas. Sin fuerzas, cuando ya creía que iba a morir, sin apenas aliento y con la lengua pegada al paladar por la sed, se durmió. Y soñó con Olivier y las figuras errantes que los atacaron y con Radley dibujando sin respiro a la sombra de una acacia. Soñó también con la anciana de Puerto Said que saciaba su sed bajo el azafranado cielo afgano al atardecer. Lo despertó un zorro plateado correteando que rebuscaba en un agujero de las áridas laderas de la montaña. Al tratar de incorporarse, el zorro se detuvo y lo observó con detenimiento. Era bello, altivo, gris con franjas de pelo rojizo en el costado. Frank se había despertado con una idea clara en su mente. No malgastar su energía en nada que no fuera caminar. Desanduvo el recorrido hasta la caravana. Le llevó un buen puñado de horas, y al llegar, el panorama era horrible. Las telas que una vez cubrieron las carretas ondeaban al viento produciendo un sonido desolador. El campamento, que tan solo horas atrás era un hervidero de risas, se había convertido en un cementerio asolado por cadáveres medio devorados por las alimañas…

—Tía, ¿son necesarios esos detalles? —preguntó Irene.

—¡Claro que lo son! —protestó Miguel.

—Quiero que os pongáis en la piel de Frank, por eso los detalles —dijo Aspasia, acariciando la mejilla de Irene—. Cada uno de esos hombres y mujeres tenían padres, hijos y hermanos. Cada uno de ellos amó alguna vez, rio mientras bebía con camaradas, y lloró la pérdida de algún familiar. Ahora, todos yacían en el desierto afgano. Todos iguales. Debajo de uno de los cuerpos encontró un revólver. Decidió que le sería útil y se lo introdujo en el cinto. Lo primero que hizo fue mirar bajo los restos de la carpa que había montado Radley para dormir en la noche en que todo ocurrió. Se preparó para lo peor, pero no había rastro del joven inglés. Al levantar la tela, el viento lanzó al desierto decenas de dibujos que guardaba como un tesoro. Jamás los habría dejado allí por propia voluntad. Frank no tenía fuerzas ni humor para salir corriendo tras ellos, pero pudo retener un par que quedaron atrapados entre las solitarias botas de Radley. Uno llamó su atención: parecía una isla mediterránea con montes pelados que se abalanzaban sobre el mar, casitas de diferentes colores subiendo por la

ladera y un puerto vacío a excepción de una mujer vestida de rojo paseando por el extremo junto a un pequeño velero amarrado. Buscó al pintor entre los cuerpos, pero no estaba allí. No había ni rastro. Solo cuando hubo examinado todos los cadáveres fue cuando abatido se sentó y bebió. Con calma, como si estuviera en un alto en el camino y Olivier y Radley pudieran aparecer en cualquier momento riendo por lo que había ocurrido. Preparó una pequeña tabla con los restos de una de las carretas, puso el cadáver de Olivier encima y lo arrastró hasta una colina cercana. Y allí lo sepultó. Bajo un montón de rocas porque el suelo era demasiado cruel con sus manos, con el zorro plateado sentado en lo alto de un pequeño risco, como único testigo del fin de la vida del joven. El calor, el agotamiento y la desesperanza confundían su mente hasta el punto de que el zorro parecía tomar la forma de una mujer vestida de blanco.

»Frank quiso recordar a Olivier, pero no podía. En apenas unas horas había olvidado su voz, su sonrisa, y el aspecto que tenía antes de zarpar en el barco en Marsella. Lo único que le venía a la cabeza era la imagen del maldito cazo lleno de cacahuetes y arroz. Al atardecer, con tan solo una vieja cantimplora medio vacía, Frank partió. Volvió a pasar junto a los restos de la caravana y calculó a ojo cuál era su destino. Pero no le importaba demasiado. Qué importaba ir al norte o al sur, si no iba a aguantar más que unas pocas horas. El olor era insoportable, mucho peor que cuando regresó a por Olivier. Le venían arcadas, pero trataba de tomar aire antes de acercarse a los cuerpos y lo aguantaba en sus pulmones mientras cambiaba sus botas con las de uno de los muertos. ¿Qué más da quién era? No era tarea fácil sacar las botas porque a los muertos… —Aspasia pensó lo que iba a decir, pero se contuvo—. Como el proceso era largo, se alejaba unos metros para tomar otra bocanada de aire, igual de impuro, pero a él le parecía fresco como una mañana de primavera bajo el puente del pueblo que lo vio nacer. Tomó unas mantas para la fría noche, porque ya había pasado demasiadas madrugadas al raso, y se largó de allí para no volver jamás.

—Eso espero. Había pasado por allí una decena de veces. Que manía con volver —dijo Álex.

—Ya no regresó más. Caminó sin fuerzas, pensando en dónde moriría. Quería encontrar algo que le recordara su hogar. Buscaba entre las rocas y los perfiles de las montañas la silueta de la joven que lo miró a los ojos en su juventud, en aquella vieja biblioteca de Perpiñán. Aquella chica, alejada un par de mesas, le sostuvo la mirada. Él quedó hipnotizado, pero su timidez los mató a los dos.

—Oh, no. Ahora, sí. Amoríos —dijo Miguel con desgana.

—¿Te parece que Frank estaba para pensar en amores? —le recriminó Irene.

—Pues es lo que hacía pensando en ella, ¿no? —rebatió Miguel.

—Sí, no estaría tan agotado de caminar por el desierto si se acuerda de un flirteo. —Se rio Álex.

—Creo que quería regresar a la seguridad del hogar —continuó Aspasia—. Y solo por eso, buscaba reflejos de su casa en el árido desierto de Afganistán. Al segundo día, ascendió lo que para él era su última colina. Podía sentir la presencia de depredadores tras su persona. Esperaban con paciencia a que cayera para así poder devorarlo sin ningún problema. Al llegar a la cima, se dejaría caer ladera abajo por el lado opuesto como solía hacer de chiquillo en el pequeño montículo cubierto de hierbabuena que había detrás de su casa en Francia. Le costó horrores, pero subió. Se arrastró besando la tierra hasta la cima. Allí arriba dio un último empujón a su magullado cuerpo y rodó entre piedras y matorrales, sin importarle el destino final de su descenso. La fortuna quiso que burlonamente su cuerpo cayera sentado junto a unas figuras oscuras, ausentes y afligidas, que dieron un respingo al verlo de repente allí. Frank abrió los ojos, examinó las figuras y sacó su revólver. Los gritos de sorpresa dieron paso a lamentos aterrados, pero él alzó el arma y se la llevó a la sien. «Si me levantáis la camisa, me vuelo los sesos aquí mismo», dijo. Y se desmayó.

—Otra vez la dichosa camisa —protestó Álex.

—¿Encontró a los bandidos? —preguntó Miguel ansioso por saber qué ocurría con Frank.

—No, no eran bandidos. Simples comerciantes de ganado que esperaban a que empezara una feria para poder vender sus animales. Había a miles, tanto de animales como comerciantes —explicó Aspasia anteponiéndose a la más que segura pregunta de Miguel—. Cuidaron de Frank, lo alimentaron y cobijaron durante bastantes días hasta que se encontró con suficientes fuerzas para caminar por su propio pie. La gente era amable pero distante, hasta que una noche, mientras cenaba solo y apartado del resto, se le acercó un hombre. Era un hindú del este de la India. Chapurreaba algo de inglés al igual que Frank, y así un poco de cualquier manera y con muchos gestos, se entendieron. Quiso saber cómo había acabado allí. Frank le contó su viaje, y cómo

había perdido a sus amigos en el ataque de los bandidos. El hombre le preguntó: «¿Has viajado por medio mundo para matar por dinero a quien no conoces?». Frank vio la decepción en su rostro, pero le contestó: «Creo que he viajado tanto para saber que mi vida puede importarle a alguien que no me conocía, en el otro lado del mundo». El hombre le sonrió y lo acompañó en su cena. Poco antes de acabar, Frank le preguntó por qué la gente estaba distante con él. Que sí, que eran amables, pero apenas se le acercaban. Y cuando era él quien trataba de tomar contacto con ellos, estos se escabullían sin disimulo.

—Swapna-Vichrani —contestó el hindú.

—¿Qué? —preguntó Miguel.

—Eso mismo dijo Frank: «¿Qué?» —gritó Aspasia que señaló a Miguel con el dedo—. «Dicen que eres un sapanon mein chalane vaala o Swapna-Vichrani, como os llaman aún más al norte. "El que deambula por los sueños"», prosiguió el hombre. «Aunque no lo sepas, dicen que lo eres». «Qué tontería», replicó Frank. El hombre le contó que algunas tribus aisladas de las montañas de Hindú Kush tienen la creencia de que hay un puñado de seres cuyo cometido es pasearse por los sueños de los demás para asegurarse de que no pierden el camino a casa, de que sus viajes se construyan cada noche enriqueciendo así el alma, y de que sigan el camino de la luz. Los caminantes solo viven en los sueños, pero de vez en cuando caen en nuestro mundo, y pierden la noción de quiénes eran. Incluso piensan que han tenido una vida como todos los demás, con padres, madres, hijos, amigos. Pero todo son pedazos de sueños de otra gente. «Se apartan del camino», le dijo Frank pensativo. Y el hombre le contestó: «Sí, algo así, pero regresan a su lugar, siempre regresan. Son seres desdichados, sin pasado ni futuro. Es terrible descubrir que tienes un pasado que no es tuyo. Dicen que, aunque su única labor es ayudar a los demás, ellos sufren por cada una de las aflicciones de todos los seres humanos. La gente los ignora al despertar cuando deberían estarles agradecidos por haber tenido un sueño reparador. Y si has tenido pesadillas y descansado poco, también, porque sin ellos hubiese sido muchísimo peor». Frank le contestó que era un cuento muy bonito, pero que él tenía familia que lo esperaba en casa, y amigos que lo habían acompañado.

Aspasia se detuvo un segundo.

—¿Y qué le respondió el hombre? —preguntó Miguel mientras roía la corteza de una de las rebanadas de pan.

—El hombre le contestó —continuó Aspasia despacio— … le contestó:

«Pues yo no veo a nadie más aquí. Solo a un ser humano solitario y fatigado que salió de un desierto donde no sobreviven ni las serpientes por sí solas».

—¿Esos seres existen, tía? —preguntó Irene.

—¿Os habéis despertado alguna vez recordando haber soñado con alguien afectuoso, un desconocido del que apenas recordáis su cara, pero que fue amable en vuestros sueños?

Irene miró a Miguel, y los dos, cómplices, asintieron. Álex los observaba con el ceño fruncido.

—Pues quizás eran ellos —concluyó Aspasia.

—Decís cosas muy raras todos vosotros —protestó Álex.

—«Son fáciles de reconocer para esta gente», prosiguió el hombre, «apenas hablan ni descansan. Sus ojos se mueven febriles a la velocidad de un tigre. Buscan qué está mal en su entorno, como si siguieran en un sueño. Ayudar, ayudar a que el universo de cada uno esté alineado con el corazón. Todo el día pensando en ayudar. Al menos todos los que siguen en el mundo de los sueños, o eso dicen». Frank le sonrió y agradeció sus palabras. Le había gustado la historia, pero él, al contrario que esos seres, debía descansar. Se despidieron con un cordial saludo, y al día siguiente el hombre había desaparecido. A él lo seguían tratando desde la distancia, pero lo protegieron hasta llegar a Kabul. Allí, preguntó por toda la ciudad si alguien había visto a Radley. Visitaba con asiduidad lugares donde el joven inglés podría detenerse a pintar, como las afueras de la ciudad con vistas impresionantes de la rocosa ciudadela y las áridas montañas detrás. Pero no hubo suerte —Aspasia negó con la cabeza—, nadie conocía a un pintor inglés. En realidad, la gente se reía ante la posibilidad de que alguien pudiera ir hasta allí a pintar nada. Frank empezó a sentirse muy solo, sin trabajo, sin sus amigos, y con muy poco dinero encima. Desalentado, se dirigió a la misión británica de Kabul en la imponente fortaleza de Bala Hissar.

—Creo que debería haber regresado. Él no estaba hecho para estar tan solo —dijo Irene.

No podía evitar mirar a su tía con cariño. Cuando esta contaba sus historias apenas se cruzaban sus miradas a menos que fuera para reprender algún comportamiento inadecuado. En las partes más personales de los cuentos, cerraba los ojos tratando de recordar cada detalle y cada nombre para que nadie se quedara fuera de su recuerdo

injustamente. Pero en ese instante, abrió los ojos como si sus palabras hubiesen roto un cristal donde guardaba algo hermoso.

—Cierto. Todo el mundo le aconsejaba que se marchara por donde había venido —prosiguió Aspasia—. El propio Frank estaba convencido de ello, pero quería trabajar algunas semanas y así pagarse el billete de vuelta a casa desde Bombay sin tener que mendigar. Empezó a echar una mano en la misión haciendo de todo. Ayudaba en las cocinas, descargaba las carretas con ropa de invierno que llegaba desde la India, arrimaba el hombro en la reconstrucción de una parte de la muralla. Cualquier cosa. Un joven irlandés, Walter Pollock Hamilton, frecuentaba el lugar y empezó a interesarse por la historia de Frank. Hamilton era el teniente al mando de Los Guías, una fuerza de unos setenta y cinco soldados de origen indio al servicio de los británicos en Kabul. Había algo de soberbia europea en ello, pero el irlandés le propuso que trabajara en las oficinas de ese cuerpo. Necesitaba alguien de confianza y él no se fiaba mucho de la gente del lugar, y para ser sinceros, Frank no tenía pinta de ser espía de ninguna potencia extranjera.

Aspasia se detuvo. Miguel estrujaba una de las rebanadas de pan tostado sobre el pequeño plato que tenía en sus rodillas. Una vez se llenó de migajas, dejó la maltrecha rebanada sobre la bandeja ya vacía. Entonces con su dedo índice siguió el contorno del plato. El dedo se desvió hacia el centro y dibujó montículos de un ocre agudo con las migajas. Estuvo un ratito moldeando como un pequeño artesano. Tomó entre sus dedos pequeños restos del perejil que aún quedaban en la bandeja y los dejó caer sobre el plato con delicadeza.

—¿Se puede saber qué haces, Miguel? —preguntó Aspasia.

—Las tierras yermas del norte, alrededor de Kabul —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y el perejil?

—Matojos.

Aspasia se desesperaba, y eso hacía sonreír a Irene. Porque ella sabía que su consternación no era real. Adoraba a sus amigos tanto como a ella misma. Su tía se levantó, cortó un poco más de pan y puso las rebanadas cerca del fuego. No preguntó si tenían más hambre. Simplemente lo hizo. Así era Aspasia.

—Pero aquí no acaba la historia —continuó su tía—. El oficial al mando de la misión era un inglés de ascendencia italiana llamado

Cavagnari. Un hombre altivo, con una barba blanca y espesa que le llegaba hasta el pecho. Solía mantener largas y placenteras charlas con Frank sobre el color del Mediterráneo.

—¿El color? —preguntó extrañado Álex.

—Sí, el color. Cavagnari amaba Inglaterra. Contradiciendo a la mayoría, él opinaba que no llueve siempre, pero sí está envuelta en un gris perpetuo. Por eso, le gustaba recordar su niñez en Monterosso, junto al mar, rodeado de rocas y limoneros, en el corazón de las Cinco Tierras. La luz del norte de Italia. Frank no conocía esa tierra, pero cuando Cavagnari la recordaba en las frías noches de Kabul, tras un buen vaso de whisky y un cigarro enorme, a Frank le parecía sentirla extrañamente cerca. No sabía cómo explicarlo, pero miraba al horizonte más allá de las murallas inmortales de Bala Hissar, que subían lamentándose por las colinas resecas, y en las cumbres vacías, apenas distinguibles bajo la luna de oriente, él veía a niños jugar en la playa. Sus madres, sentadas en semicírculo frente a la puerta de su casa, los miraban sonrientes unos pasos más allá. Veía a los pescadores empujar sus pequeñas barcas hacia el agua con esfuerzo titánico. Sentía la brisa salada al atardecer y las rocas arrogantes que entraban en el mar sin misericordia. Se asustó mucho… por ver más de lo que debía.

Aspasia se levantó y sirvió un poco más de agua a los niños y para ella misma.

—A finales de verano empezó a correr el rumor por la ciudad de que la fortaleza guardaba un increíble tesoro —continuó—. Nadie podía explicar de qué tesoro se trataba o de dónde provenía, pero todo el mundo estaba convencido de que así era. A eso se unió otro desastre, más grave si cabe. Llegó la noticia de que varias guarniciones de soldados afganos estacionados en Kabul llevaban meses sin cobrar su paga. Alguien de corazón envenenado alimentó aún más esos rumores diciendo que parte del tesoro era dicha paga, retenida por los británicos para su propio provecho. Los hombres de la misión no eran tontos y se prepararon para lo peor. Y el pobre Frank, una vez más, veía cómo el mundo temblaba bajo sus pies. Fue a principios de septiembre, el 3 creo, cuando miles de afganos asaltaron la fortaleza para buscar el «oro británico». Ellos eran miles, y los defensores eran solo los setenta y cinco hombres del cuerpo indio de Los Guías, y cuatro oficiales británicos.

—¡Seguro que ganaron! —exclamó Miguel emocionado por la idea de una batalla épica—. Desde lo alto de la fortaleza podrían disparar sin

temor a ser alcanzados, y los enemigos no podrían escalar las altas murallas de…

—¿Y tú cómo sabes que eran altas? —lo interrumpió Álex.

—Porque era una fortaleza. ¿Qué sentido tendría hacer una fortaleza con las murallas bajas? No seas tonto —respondió Miguel.

—Eran altas, pero no lo suficiente, niños —comentó Aspasia con dulzura—. En la primera ráfaga de disparos, una bala de mosquete alcanzó la cabeza de Cavagnari, justo donde reposaban los recuerdos de la radiante Italia. No murió en el acto. Tuvo suficiente coraje para dirigir a Los Guías en una carga a bayoneta calada contra los invasores que fueron repelidos. Volverían, pero durante ese breve descanso, ayudaron al oficial inglés a llegar a sus aposentos, donde moriría poco después, con Frank a su lado, hablando de su esposa y de la verde Inglaterra. La segunda oleada fue terrible. Los asaltantes entraron en la fortaleza por varios puntos y los pocos defensores que quedaban se retiraron hacia la residencia de oficiales. Frank temblaba de miedo. No podía creer lo que eran capaces de hacer, unos por un puñado de oro, y otros por un palmo de tierra estéril. Llevaba consigo el revólver, pero no iba a usarlo, contra nadie. Ni siquiera contra él mismo. Solo quería ayudar a los pobres heridos que agonizaban por los pasillos de la residencia entre el fuego y el dolor.

»Caminó ausente, como si la batalla no fuese con él. Vio a Hamilton, el joven teniente irlandés, recostado en el suelo junto a una pared medio derruida, aún con su cabello perfectamente peinado con la raya en medio, y la mirada perdida en el final de su bota. Frank se interesó, pero apreció de inmediato que la vida había olvidado al joven soldado en aquel pasillo odioso. Sintió lástima por él, y por todos los que iban a llorar su pérdida. Por sus padres y sus hermanos, por la joven maestra de Inistioge, en su Irlanda natal, con la que apenas había hablado, pero cuya sonrisa lo animaba a seguir a miles de horas de distancia. Y entonces fue cuando levantó la vista y lo vio al final del pasillo. Un soldado enemigo lo observaba con atención. Tenía una barba espesa como la jungla más inhóspita y unos ojos claros, penetrantes, que recordaban el agua cristalina perdida en su memoria. Frank se alzó y mostró sus manos en señal de rendición, pero el soldado, indeciso, levantó su mosquete y le apuntó. Le gritó, pero su voz se perdió entre los alaridos, los disparos y los cañonazos. Las manos del soldado temblaban, masculló algo en su idioma y entonces disparó.

—No, Frank no —dijo Irene sin poder disimular una profunda tristeza.

—Frank cerró los ojos, pero no sintió nada. Pensó que un balazo lo haría doblegarse de dolor, pero no notó ni frío ni calor después, tal como le habían contado en infinidad de ocasiones. Creyó que sus piernas fallarían en cualquier momento, pero allí seguía, de píe. Al abrir los ojos descubrió que el soldado afgano había disparado al aire. Escrutaba a nuestro amigo de arriba abajo, perplejo. Frank aspiró el aire viciado. Fue un gesto corto y sincero como si la vida que se le escapó durante la incertidumbre, ahora regresaba fruto de la bondad del soldado. Entonces, junto al afgano, apareció una sombra; y aquella sombra se fue convirtiendo a los ojos de Frank en aquel hombre misterioso con el que había compartido cena al salir del desierto. El hombre le dijo algo al oído al soldado que bajó la cabeza en señal de respeto hacia él, y lo mismo hizo con Frank para desaparecer instantes después. Entonces, el hombre le brindó una de las sonrisas más reconfortantes que había podido recibir desde que desembarcó meses atrás. Y cuando quiso acercarse a él, solo escuchó el chasquido de la bala de cañón al entrar por la pared, y en segundos todo quedó sin luz.

—¿Se desmayó? —preguntó Miguel.

—¿No me digas que al final lo mató un cañonazo? —intervino Álex.

—Aún tiene que salir la dama —contestó Irene.

—Ah, entiendo —replicó Álex resoplando.

—Lo siguiente que recordó fue el olor de los años consumidos en la manta que le cubría. Eso y la fiebre. Tener fiebre bajo el azote del sol del desierto era una agonía para el pobre Frank que trataba por todos los medios de no sentirse sitiado. Además, iba en una carreta tan destartalada que su cabeza golpeaba la madera pese a que le habían puesto pedazos de tela rancia a modo de almohadilla. Tenía sed y fiebre. Fiebre y un dolor intenso en su cabeza. Dolor de cabeza y más sed. No podía salir de esa prisión circular, pero de repente una joven de ojos tostados caminó junto a su carreta, humedeció un paño, lo pasó sobre sus labios resecos y por sus ásperas mejillas para luego recorrer la frente despacio, con golpecitos suaves. La joven le sonrió, pero se detuvo y se dejó sobrepasar por la carreta. Él se reclinó para observar cómo se alejaba, inmóvil, para acabar perdida en los estériles caminos. Sonrió porque deliraba: había reconocido la ola de mar encabritado en el brazo de la amable joven.

—¿Y qué fue del pintor? —preguntó Álex.

—Nunca más se supo. Quizás se perdió en el desierto, o lo vendieron como esclavo a algún señor de la guerra. A Frank le gustaba pensar que había encontrado una tribu amable, en las montañas nevadas del norte que lo había acogido, y una vez recuperado habría vuelto a su Inglaterra natal. Pero, por desgracia, sus pensamientos más lúgubres eran los que tenían más probabilidades de ser ciertos, y esos pensamientos le decían que Radley no volvería a pintar jamás. Frank, al fin, regresó a su tierra, cansado, con su bolsa a cuestas y con apenas veintitrés años aparentaba ya más de cuarenta. No reconocía el pueblo. Parecía un sueño. Todo estaba allí pero no como lo recordaba. La iglesia era más pequeña y el minúsculo camino de piedra que la rodeaba le era desconocido. Él lo achacaba a la edad. Fijaos, veintitrés años y lo achacaba a la edad.

Aspasia se rio, pero se puso seria de inmediato al comprobar que su comentario no había sido entendido.

—No solo la iglesia. Ocurría con todo. La plaza, las tiendas, o la misma oficina de correos. Frank entró porque siempre le tocaba a él ir a enviar cartas de clientes del hostal que solían pasar largas temporadas en sus instalaciones. Pero donde antes había un enorme mostrador de caoba, ahora únicamente se apreciaban pequeñas ventanillas de madera de cerezo. Las risas de las jóvenes que trabajaban allí se habían convertido en gestos de amargura de ancianos tras vidas enteras entre montones de cartas por clasificar. Se temió lo peor cuanto más se acercaba a su casa. Al doblar la esquina de su calle se detuvo. Sabía que era su calle, pero no reconocía nada. No podía ser que en tan poco tiempo todo hubiese cambiado tanto. Los colores de las casas eran diferentes. Él recordaba como sus padres habían hecho el enorme esfuerzo por pintar la fachada de azul cielo, con delicadas franjas blancas alrededor de la puerta y las ventanas, pero ahora, inmóvil enfrente de su casa, constató que esa fachada no había sido pintada en la vida.

»Llamó a la puerta, aterrorizado. Le abrió una joven de mirada tranquila, con un delantal cubierto de harina. Se limpiaba el sudor de la frente con el dorso de la mano, no sin dificultad. Frank se disculpó y le preguntó si conocía a los anteriores dueños de la casa. Ella le contestó que esa casa había pertenecido al padre de su marido, y mucho antes a los padres de este. Angustiado, Frank quiso saber si lo reconocía, y eso transformó el rostro amable de la mujer en algo más parecido a "¿Por qué todos los locos llaman a mi puerta?". Pero fue afable y le contestó un simple: "No, lo siento, ¿debería?". Él le devolvió una sonrisa forzada, negó con la cabeza, y dio media vuelta. Apenas tuvo fuerzas para llegar cerca del río. Parecía que su cuerpo

no era su cuerpo y el estómago luchaba por devolver a la tierra algo que caminó por ella no mucho tiempo atrás. Se sentó despacio. Notaba que su alma ya era anciana y, cuando la hierba aún húmeda acarició su espalda, contempló el enorme arco del puente del diablo sobre su cabeza.

—¡Ah¡ ¿Era de aquí? ¡Frank era de aquí! —exclamó Irene.

Aspasia sonrió y continuó:

—No tenía fuerzas para pensar en lo que ocurría, aunque se lo temía. El único pensamiento, febril, que le venía a la mente era qué hacía aquella joven que le sostuvo la mirada en una biblioteca cuando eran adolescentes, apenas poco más que unos niños, viviendo en la casa que él creía suya. Si alguien en ese momento se sintió solo entre la tierra y el cielo, ese fue Frank.

—¡La mujer que recordó en el desierto! ¡Pobre Frank! —dijo Irene cubriéndose la boca.

—Trató de buscar empleo de nuevo en el hostal donde había trabajado, pero allí nadie lo recordaba. Ya era noche cerrada pese a que los relojes no marcaban más allá de las seis cuando se detuvo delante del portal donde vivía Olivier. Lo reconocía. Era exactamente como había sido siempre. Recordaba la verja, cada giro del metal, e incluso la abolladura en una de las placas superiores que le hicieron Olivier y él un día que lanzaron pedruscos a un pobre petirrojo que había tenido la nefasta idea de detenerse orgulloso. La piedra golpeó la verja que estaba entreabierta, muy lejos del pajarillo, salió rebotada y con un estruendo enorme entró por la ventana de la cocina para impactar directamente en la cabeza de su madre.

»La mujer salió gritando, acordándose de la madre de Olivier, o sea de ella misma… Eso nunca lo entenderé —observó Aspasia—, pero en cuestión de segundos tenía un chichón en la frente del tamaño de una manzana. Los dos salieron corriendo, asustadísimos, como si cada paso los alejase más del problema. Cuando estuvieron a una buena distancia, recorrieron lo andado, despacito, con la cabeza gacha. Típico de Olivier. Él había estado allí antes. Nadie podría negarle eso. Estuvo un buen rato paseando por delante de la casa, cuando reconoció al padre de Olivier que regresaba después de una dura jornada en la fábrica textil. Lo llamó por su nombre, y el buen hombre se giró. Pero no lo reconoció. Él tampoco insistió y se presentó como un amigo de su hijo que había conocido camino de la India y con el que compartió casa en Bombay.

—¿No sabían lo de Olivier? ¿Nadie los había avisado? —preguntó Irene.

—Frank se dio cuenta de ello cuando el padre lo invitó a pasar dentro para que le contase cualquier cosa sobre Olivier. Al pensarlo en frío, tenía su lógica. Si alguien tenía que haber dado la triste noticia era él mismo. Pero tan pronto la madre le sirvió un poco de té con galletas tostadas con canela, y se sentó junto a él con una reconfortante sonrisa en su cara esperando noticias de Olivier, fue incapaz de decirles nada más que mentiras. Les contó lo bien que le iba a Olivier cuando lo había dejado, y que no debían preocuparse porque el correo desde allí era nefasto. El padre se culpaba de que su hijo se fuera así sin más, de un día para otro. Le había llenado la cabeza con la idea de que merecía algo más que trabajar en un viejo hostal. Frank, por encima de su propio dolor, lo reconfortó. En todo el tiempo que estuvo con él, jamás tuvo un reproche hacia aquel padre. Jamás.

Aspasia hizo una pausa. Tomó la mano de Irene con fuerza y prosiguió:

—Frank subsistió haciendo trabajillos por ahí, ayudaba a cortar leña, o a levantar algún muro para delimitar terrenos. Se sumía en la desesperación. Imaginaos por un segundo que de un día para otro todo vuestro mundo se viene abajo. Que tú —Aspasia miró con crudeza a Miguel— vas a la joyería de tu padre y no hay tienda, ni taller, ni siquiera tu padre te reconoce, o que a ti —esta vez se volvió hacia Álex— no te dejan entrar en tu mansión porque a nadie le importas. No debía ser fácil. Pero todo cambió en una tarde cualquiera. Frank regresaba con su nueva bicicleta de limpiar unos zarzales. Tenía los brazos rasgados por infinidad de cortes que le quemaban como si un fuego abrasador lo consumiera por dentro. Así que se detuvo junto al río, allá donde crece el sauce, y se arrodilló para refrescar sus heridas. Alguien lo saludó, y lo que debía ser una bofetada cuando uno es obligado a salir de su mundo de una manera inesperada, se convirtió en algo infinitamente más dulce. De igual modo se sobresaltó, pero respondió con timidez al saludo de la joven que había estado sentada bajo el árbol todo ese tiempo. De ojos pequeños, profundos, cabello cortísimo y negro como las noches de Kabul, su sonrisa le pareció lo más bello que podía recordar en demasiado tiempo.

—Oh, no, ahora sí, los amoríos —afirmó Miguel sin poder acabar la frase por un codazo de Irene—. ¡Ay, eso duele!

—Apenas conversaron un rato, pero ella le insinuó que iba muchas tardes a la sombra del sauce a leer. Él regresó al día siguiente, y al

otro, y así hasta que volvió a coincidir. Ella sabía escuchar, se emocionaba con los relatos de Frank, y lo más importante, lo entendía. Era reconfortante hablar con alguien así, alguien que no cogiera el camino fácil y pensase que estaba loco. Con ella sonrió como no recordaba haberlo hecho en meses. Podía hablar de lo que fuera, la mujer era ilustrada y así entraban en conmovedoras discusiones sobre la vida, el amor, los sueños, el dolor… Se compenetraban. Le contó sus vivencias en la India y ella viajó con él por sus recuerdos. Ya no le importó saber quién era él mismo, ni de dónde venía, ni su vida de alquiler, ahora tenía algo por lo que seguir aquí. Esperaba con ansia los encuentros con ella y deseaba que las tardes se alargasen mucho más después de que el sol se perdiera de vista. Era el mejor de los bálsamos. Por fin con ella encontraba paz.

»Con el tiempo, ella quiso saber más de él, de su familia, de sus sueños, y eso a él le gustaba. Que pudiera despertar el interés de alguien siempre le pareció algo mágico. Con toda la gente que hay en el mundo, con todos los pensamientos, ideas, gustos y opciones que te pueden llevar por un camino distinto al doblar una esquina un segundo después, que dos personas pudieran conectar de semejante manera, era algo asombroso. Una tarde, regresaban por el camino que hay junto al molino de agua abandonado, cuando ella se detuvo. Quería visitar el viejo molino porque le atraían los fantasmas del pasado.

—¿Fantasmas? —preguntó Miguel algo intranquilo.

—Los recuerdos que guardan ciertos lugares, tonto —puntualizó Irene.

—Aaahhhhh, claro —asintió Miguel, meditó unos segundos y continuó —: No entiendo nada.

Miguel se rio y buscó la complicidad de Álex cuyo rostro serio era difícil de descifrar.

—El caso es que se apartaron del camino y entraron por lo que quedaba del molino. Rodearon un grupo de herramientas oxidadas que alguien había dejado ahí por vete tú a saber qué motivo y subieron al piso superior. Estaba totalmente derruido, al igual que el techo donde las tejas abatidas por el tiempo amenazaban con caer y acabar por hundirlo. Apenas quedaban dos paredes en pie, y en una de ellas una ventana, solitaria, vacía, añoraba tiempos mejores. Frank la observaba mientras ella inspeccionaba desde la distancia la necesitada ventana. Y fue en ese preciso instante, al observar cómo la chica se reclinaba en esa ventana para buscar las emociones de toda la gente,

cuando sintió en su interior que quería estar con ella para siempre. Frank se apartó para intentar pronunciar las palabras adecuadas. Pese a conocerla más bien poco, por primera vez en su vida, sentía la necesidad de pedirle a alguien que se quedara con él.

—El cuento es muy largo y una soberana tontería —dijo Álex con desgana.

—Sí, esta parte es un poquito aburrida —corroboró Miguel.

Aspasia tomó aire. Observó a los chicos detenidamente, y su triste mirada se perdió en un horizonte confuso de un rincón de la cocina.

—Entonces —prosiguió Aspasia—, cuando Frank aún buscaba las palabras, escuchó un grito. Apenas vio de reojo a la chica que blandía una pala corroída como si fuera una espada. Sintió el frío del metal en su cabeza y se desplomó igual que un saco de patatas en invierno. Muerto.

Irene tardó en reaccionar. Cuando se dio cuenta de lo que había escuchado, se quedó con la boca abierta, pero pudo observar que ese gesto era el común denominador entre todos ellos.

—Pero ¿qué? ¿Cómo que lo mató de un palazo? Pero ¿qué clase de cuento es este? —preguntó indignado Miguel.

—Tía…

—Entonces ella se llevó la bicicleta, porque eso es lo que era, una ladrona de bicicletas, y tenía a montones y de todos los colores, nuevas, viejas, altas, bajas, de todo tipo. Las guardaba en un pequeño granero que podía verse desde la ventana derruida.

Miguel protestó airadamente, pero Álex parecía aliviado.

—Hala, el cuento se ha acabado. A casa, niños.

Aspasia se levantó con precipitación y recogió los platos que habían utilizado para merendar.

—Ay, madre —exclamó Álex.

Irene continuaba con la boca abierta. Con la palabra decepción aún en su rostro, escrutaba las cenizas ardientes del fuego de la cocina.

—He dicho que a casa. ¡Vamos, marchando!

Álex y Miguel, todavía consternados por el abrupto final del cuento, se levantaron.

—Vámonos, Miguel, aquí no hay mucho más que rascar —manifestó Álex mientras estiraba del brazo a su compañero.

Miguel salió de la cocina sin dejar de mirar a Aspasia. Esperaba que todo se tratara de una broma, pero la tía de Irene había puesto ya los platos sucios en el fregadero y no parecía tener ninguna intención de continuar. Irene acompañó cabizbaja a los chicos. Quería pedirles perdón. Al menos a Miguel que se sentía estafado por lo absurdo del final. En cambio, Álex demostró su alivio porque se hubiese acabado ya, resoplando y saltando de la silla. Para él, seguramente la historia no dejaba de ser un alto precio que había que pagar por una buena merienda. Al salir a la calle los chicos se llenaron del aire fresco que traía el final del día.

—Irene, tu tía está como una cabra —afirmó Álex.

—Desde luego —asintió el joven Miguel mientras se sacaba un pedazo de salchichón del bolsillo.

—¿Has escondido un pedazo de salchichón en el bolsillo? —preguntó Álex.

—Uno, no, dos. ¿Quieres? —respondió Miguel.

—No seas cerdo.

—Está rico. No sé de dónde los saca. Oye, ¿y que tendrá que ver Moringo con todo esto? —preguntó Miguel.

—¿Qué Moringo? —dijo Álex.

—El cuento. Era La dama de Moringo, y no hay ni dama ni Moringo. Bueno la que le da con la pala no parece muy dama, ¿no?

—Ni idea, pero tú sí que estás hecho un buen Moringo.

Los dos amigos se fueron juntos, reían y corrían con la frescura que da la inocencia, cuando perder el tiempo no es más que otra de las tareas del día. Irene se quedó sola. Vio como los dos chicos desaparecían en la esquina calle abajo. Así, sin despedirse siquiera.

Entró de nuevo en la casa. Al llegar a la cocina, su tía colgaba una vieja olla con agua para calentar en un gancho en el interior de la

chimenea.

—Hoy no necesitaremos cenar mucho, ¿eh, cariño? Iremos a descansar temprano —comentó Aspasia.

—Tía… ¿de verdad acaba así la historia de Frank? Me da mucha pena. Recorre medio mundo buscando algo que tenía en casa y no le sirve de nada, al contrario.

—No, cielo, ¿cómo va a acabar así? Era por tus amigos. Es difícil mantener el interés de la mayoría de los hombres por algo que no sea material durante largos periodos de tiempo. Diez minutos es lo que aguantan. Sin exagerar. Ya lo aprenderás cuando crezcas —explicó con una tímida sonrisa mientras despejaba la frente de Irene de esos mechones rubios que la cubrían.

—¿Entonces? —preguntó Irene ansiosa.

—Lo que ocurrió en el molino de agua no fue más que el comienzo de algo bellísimo. Frank le confesó lo que sentía por ella. Nunca debió tener miedo porque ella lo adoraba. Era bueno, agradable, atento, la sorprendía cada minuto que estaba con ella. No había conocido a nadie así, ni jamás conocería a otro igual. Le gustaba todo de él. Su manera de hablar, pausada y delicada, la volvía loca de amor. Su mirada, profunda y tranquila, que veía a todas horas y en cualquier lugar. Su suave marca de nacimiento en el brazo, con forma de ola en un mar embravecido. Todo. A partir de ahí planearon su vida juntos. Sin palas. —Se rio—. El problema es que Frank apenas ganaba para mantenerse él solo, así que muy a su pesar decidió marcharse de nuevo en busca de empleo y ganar algo con lo que poder formar una familia. Cuando Frank tomó el tren se les partió el corazón, pero eran jóvenes y valientes, y sabían que esa distancia no iba a durar. A… —Aspasia dudo un segundo— a Milena se le rompió el corazón, pero estaba convencida de que esa distancia sería por poco tiempo.

—Milena… Qué nombre tan bonito —dijo Irene.

—A mí también me gusta. Pero bueno, al final —continuó Aspasia— él se fue aún más lejos. Esta vez acabó en las Filipinas. Trabajó en plantaciones de bananas, de arroz, incluso de riquísima piña. En pocos meses empezó a construir con sus propias manos una casita en uno de los pueblos de la isla de Mindoro. Iba a ser preciosa, de madera, en lo alto de una colina rodeada de palmeras y con vistas al océano. Por fin ahorró lo suficiente. Pudo comprar un billete de barco para ella, y se lo mandó. Milena lo recibió un par de meses después y como era

valiente y decidida no se lo pensó dos veces. Se subió a un tren al día siguiente y fue a su encuentro. Vivieron juntos para siempre en esa casita en lo alto de la colina, y eran queridos por todos los habitantes de la isla. Tanto que llamaron al sendero que pasaba cerca de su casa bordeando la costa El Camino de los Soñadores. Y… ya está. Así acaba la historia verdadera.

—Me gusta mucho más así, tía —concluyó Irene que se lanzó a los brazos de Aspasia.

—Lo sé, cielo, lo sé. Anda, ve a leer un poco o a jugar mientras yo acabo de ordenar todo este desbarajuste —la aconsejó Aspasia.

Irene salió de la cocina, y estuvo a punto de regresar. Quería preguntarle a su tía por qué había dicho que el cuento se titulaba La dama triste de Mindoro cuando en ninguna de las dos versiones la dama estaba triste. Pero pensó que le gustaba el final que le había contado y, si tenía en cuenta la volatilidad de su tía, prefería dejarlo como estaba.

Y luego recordó aún más. Recordó el terrible y desolador momento cuando con apenas veinte años tuvo que decidir qué hacer con la ropa al poco de fallecer su tía. Al abrir el armario, sintió cómo le invadió el suave aroma de la mezcla de jazmín y la oscura rosa turca de la fragancia que se hacía traer de Perpiñán. El armario del dormitorio de su tía había sido una fuente de inspiración en su niñez, porque en el interior de cada una de las puertas había un espejo y al abrir ambas a la vez, multiplicaba la imagen hasta el infinito. De pequeña, con Álex y Miguel, se divertían muchísimo con esa imagen suya cada vez más pequeña, pero ese día, solo multiplicaba su dolor. Recordó cuánto lloró con cada pieza que retiraba del armario, y al acabar, con toda la ropa amontonada sobre la cama de Aspasia, le reprochó el haberla abandonado de nuevo. Y fue entonces que un pequeño destello le llegó desde el interior de uno de los cajones. No había nada de interés excepto unos pedazos de tela, botones y pañuelos, pero descubrió una pequeña caja metálica. Estaba ligeramente oxidada en las juntas de la pequeña asa de su parte superior y en el cierre frontal. Apenas pesaba, así que se la puso junto a la oreja y la agitó con ímpetu. Parecía vacía. La abrió con cuidado, con respeto, pero convencida de que no había nada en su interior. Y eso parecía, hasta que al acercarse a la luz observó un par de pequeños cartoncillos grisáceos pegados entre sí por los años. Se fue hasta el jardín de las naranjas, donde la luz pudiera iluminar los cartoncillos y los separó. Estaban borrados en casi su totalidad por el tiempo, pero con esfuerzo pudo ver que se trataba de billetes de barco sin utilizar. Uno era de Marsella a Manila, y el otro

de un ferri desde Manila a la isla de Mindoro.

Y en ese momento desapareció el calor de la cocina, el aroma de las tostadas y el queso de cabra, el sabor del aceite y las aceitunas negras, la sonrisa de Miguel y Álex y la vivacidad de su tía. Y entonces, Irene se acarició la mano herida. Ardía.

Capítulo IV

¿Quién sabe en qué piensan los búhos?

Se despertó temblando. Tuvo que convencerse de que la humedad de su largo camisón era de sudor y no de la lluvia que había soñado. Allí estaba ella, a lágrima viva delante de un imponente acantilado frente al infinito océano gris. No se sintió sola. En su desolación, la acompañó una lluvia fina y un viento cálido. Tenía miedo de girarse, pero podía sentir muy cerca de ella la respiración agitada de un hombre. Solo era un sueño, ¿no, Aspasia? La prioridad era quitarse todo eso de la cabeza cuanto antes. Se vistió sin preocuparse demasiado por su aspecto. Le gustaba pensar que tampoco necesitaba mucho para estar atractiva. A su manera, claro está. Salió a toda prisa hacia el trabajo. No era de las más madrugadoras, pero desde la pelea con Étienne se sorprendía siéndolo más de lo habitual. Se trataba de salir de casa lo antes posible.

Se sentó en un rincón a compartir un té casi hirviendo que le sirvió Clothilde. Ojeó por encima los catálogos recién llegados esta misma semana. ¿Cómo podía gustarle a nadie el té hirviendo? Le abrasaba los labios y tenía miedo de que su lengua se hinchara como la campana de la iglesia, y esta, por lo que ella sabía, era mucho más suave. Rezó para que la taza se enfriase pronto, y se acercó a la ventana. Desde arriba vio a Flavia llegar a toda prisa, caminaba acelerada, casi corría. La joven empujó con fuerza la puerta que daba a las escaleras que subían al piso de arriba, pero como siempre, tomó la raquítica puertecita morada a su izquierda, atravesó el pequeño almacén y entró directamente en el patio.

Irene cruzó la sala con el humeante té en su mano, persiguiendo la sombra de Flavia bajo sus pies hasta que llegó a la ventana que daba al patio. Allí, la joven ya empezaba a separar la ropa pendiente por lavar esa mañana. Flavia miró hacia la ventana donde se encontraba ella y la saludó con un movimiento rápido de su mano. Dos mundos lejanos y cercanos al mismo tiempo, pero pensó que, a la pobre lavandera, el nivel superior le debía parecer inalcanzable. Dejó el té escaldado sobre la mesa y salió a toda prisa. Informó a Clothilde de

que bajaba a ayudar a Flavia. Exageraba un poco, pero odiaba tener que estar ahí parada esperando a que el maldito té se enfriase cuando Clothilde ya se había tomado dos tazas. Le hacía parecer débil. Esa mujer debía tener por lengua una suela de bota.

Al llegar junto a Flavia observó cómo su frente ya empezaba a estar inundada de sudor. Al verla, la joven le regaló una sonrisa algo forzada.

—Me alegra que estés así, siempre alegre. Me anima el día. Nos lo anima a todas.

—Claro —respondió Flavia. Dio media vuelta y se dirigió al almacén.

Algo ocurría. Flavia jamás había sido mujer de pocas palabras, por lo que que ese «claro» tenía demasiadas interpretaciones. La siguió hasta el almacén. Allí entraron en la pequeña habitación donde guardaban la ropa limpia y lista para ser entregada. Un rayo de luz se colaba por una diminuta ventana rectangular próxima al techo, lamiendo las paredes con enorme esfuerzo. Era suficiente para que Flavia, con un vistazo confirmase que todo estaba en orden. Ignoró a Irene al salir, y en el almacén empezó a despejar un rincón para dejar sitio a la ropa que llegaría durante la mañana.

—¿Seguro que todo va bien? —preguntó Irene.

—Esta noche he visto a un hombre desnudo por primera vez —respondió Flavia.

—¿Perdón?

—Siempre pensé que sería mi marido, cuando lo tuviera, claro. Pero no. ¿Tú sabes lo que piensan los búhos, Irene?

—Flavia, ¿qué te ocurre?

No le gustaba nada el cariz que tomaba el asunto.

—Anoche me acosté temprano, tranquila, como solo las noches de verano consiguen. Me gusta dormirme pensando en mi trabajo. Lavar la ropa, aunque sea de sol a sol para Clothilde, supone un nuevo sueldo en casa, aparte del ínfimo que trae padre de la bodega. Y Dios sabe que lo necesitamos. Los miércoles por la noche suelo pensar en lo especiales que son los jueves cuando traen la ropa perfumada para lavar. ¿Sabes? No entiendo que quieran lavar esa ropa cada semana con lo bien que huele.

Los jueves. Ese día traían sacos llenos de batas desde el laboratorio de perfumes. Todo el almacén desprendía un aroma de jazmín, vainilla, rosa, amapola o violeta. A veces solo uno, y en otras una mezcla de todos ellos. Las dos, tan pronto llegaban las batas, corrían al rincón donde se hallaban y en un ritual inofensivo rodeaban el montoncito, sin acercarse demasiado, y trataban de adivinar con qué fragancia habían trabajado esa semana.

—Bueno —prosiguió Flavia—. No necesito muchas cosas para ser dichosa unas horas, y hoy es uno de esos días que me hacen feliz.

—Porque viene Pierre —dijo Irene.

Pierre era una de esas pocas cosas que Flavia necesitaba para ser feliz. El joven alto y delgado en extremo que traía las batas del laboratorio una vez por semana. El chico, una vez había descargado las bolsas de ropa sucia y había recogido las limpias de la semana anterior, se erigía como el juez que declaraba quién de las dos había acertado con su respuesta. Flavia no contestó, pero por la radiante mirada que compartió al escuchar el nombre de Pierre, Irene supo que no solo pensar en el trabajo alegraba la noche a la joven.

Pero la luz en sus ojos se apagó, vencida por la tenue iluminación que se colaba en el almacén. Con voz rasgada relató cómo los gritos provenientes del dormitorio de sus padres la despertaron a medianoche. Acudió con el corazón en un puño y se encontró a su padre frente a la ventana, desnudo. Recordaba el reflejo de la luna en las gotitas de sudor en su frente y que resoplaba como un animal a punto de entrar en combate. Su madre, aterrorizada, estaba inmóvil, sentada sobre la almohada, con la espalda contra el cabecero de madera. Su padre decía cosas sin sentido. Hablaba de ellos continuamente, de que no lo dejaban dormir. Cada noche gritaban hasta el amanecer y no podía parar de escuchar sus risas en la cabeza.

—Pero ¿quiénes son ellos? —preguntó Irene.

—Nuestros vecinos.

—Espera. ¿Vuestros vecinos?

Flavia asintió apenada.

Irene le sugirió que tal vez tuviera muchos problemas en la bodega donde trabajaba y aquella noche habían acudido todos de golpe a su cabeza. Ni ella misma podía estar convencida de sus palabras. Sonaban huecas y falsas, pero mantenía la esperanza de que fueran

algo balsámicas.

Flavia apreció que los ojos de su padre estaban vacíos del amor que les tuvo. Solo tenían un desprecio que llenaba hasta el último rincón del dormitorio. Y el hombre empezó a gritar. Insultó a Dios por no darle un hijo que pudiera acompañarlo a acallar a los malditos vecinos de una vez por todas. Se reían de ellos. Se reían de Flavia y de lo fea que era, de la pequeña Marie, su hermanita y que iba camino de ser otra Flavia, de la puta de su madre y de él.

—Tú no eres fea. Tu padre no lo dijo en serio.

Flavia la miró con dulzura y, por su sonrisa, Irene supo que no le importaba demasiado estar guapa o no. A Flavia le dolió más no poder reconocer a su padre en ese hombre.

A Irene le faltaba el aliento. Su mano herida le cubría la boca. Se mareó al darse de bruces con la realidad y comprender que el mundo no giraba a su alrededor, y que cualquiera, hasta el desconocido más desconocido de la ciudad más remota, podía sufrir tanto como ella. Y allí tenía a la pequeña Flavia. Su Flavia. Que siempre reía sin importarle que el mundo se hundiera. Aunque su mundo se hundía como el de cualquier otro. Irene se culpó. Como siempre reía, entonces era feliz. Como nunca tenía una mala palabra, entonces era que su vida transcurría como una balsa de aceite. Una mierda.

—¿Todos esos «putas» son pecado, Irene? —preguntó Flavia.

—No, cielo. No lo son.

Luego, el hombre empezó a describir lo que les iba a hacer a los vecinos con todo detalle. Sin más, dio un portazo y salió a por ellos. La madre lloraba, pero Flavia fue tras él. Afuera todo estaba oscuro. Unos nubarrones habían cubierto la resplandeciente luna y no se podía ver nada. Solo un búho blanco que se comía un ratoncillo de campo en lo alto de la encina que hay junto a la casa.

—Y entonces me pareció que el búho se preguntaba: «¿Qué hace ese hombre saliendo a medianoche a toda prisa de esa solitaria casa en medio del bosque?».

Irene se acercó a Flavia, y le acarició el hombro con dulzura.

—¿Encontraste a tu padre?

—No. Cuando regrese esta noche, seguro que me volverá a contar esas

historias que me fascinan sobre vinos en botas antiguas, ¿verdad?

—Claro que sí.

***

No había pasado más de dos horas cuando escuchó las quejas del malherido carro que conducía Pierre al detenerse delante del almacén. Flavia salió disparada dejando caer al suelo la larguísima falda negra de la hermana del capellán que frotaba en ese momento. Cruzó el almacén, pasó por delante de Irene como un rayo, y se detuvo en seco al lado del carro mientras trataba de secarse los brazos en su corroído delantal con una finura que jamás tendría. Irene se mantuvo en la distancia. Se preguntó si ser madre sería un poco eso, observar desde la distancia a quien quieres, para intervenir lo justo. Pierre no viajaba solo en el carro. Junto a él iba un hombre de unos cuarenta años, vestido impecable con una barba cerrada pero exquisitamente recortada. Su mirada era triste y serena, y las arrugas que rodeaban sus oscuros ojos eran unas acompañantes implacables que insistían en gritar a los cuatro vientos que la vida de Philippe Ancel, el dueño del laboratorio de perfumes, no era tan tranquila como uno podría pensar. Flavia saludó al joven con un hilillo de esperanza en su voz. Ancel saltó del carro con rapidez sujetándose el sombrero y se dirigió con paso decidido al interior del portal.

—Descárgalo rápido, Pierre. No me llevará más de dos minutos —dijo Ancel.

El joven dio un brinco para bajar del carro y empezó a sacar los sacos con las batas sucias. Irene vio a Flavia desconcertada. No le agradaba cómo se desarrollaban los acontecimientos. Esa prisa. Sus ojos delataban que no salía nada como habría soñado si hubiese podido dormir anoche. Flavia seguía con la mirada a Pierre, al hombre, al carro, a Pierre, al carro… a Pierre. No le gustaba nada.

—¿Está arriba la señora Clothilde? —preguntó Ancel a la joven.

Flavia continuaba con la mirada fija en Pierre que ya había descargado un saco enorme.

—¿Y bien? —insistió el hombre a Flavia.

Flavia pareció sorprendida. Puso cara de preguntarse de qué puñetas hablaba aquel viejo. Él, desesperado al no recibir respuesta, siguió con paso rápido hasta las escaleras que subían al primer piso. Con la vista en sus pies ascendió con celeridad y se apartó para no chocar con Amélie que bajaba con un buen montón de camisas recién planchadas. Ella se detuvo y se hizo a un lado, y mostró una bellísima sonrisa que en cualquier otra figura habría desarmado a los corazones más duros.

—Señor Ancel —dijo Amélie.

El hombre tan solo hizo un leve movimiento con la cabeza mientras se sujetaba el ala del sombrero, y continuó su camino. Flavia, plantada como una espiga solitaria, seguía con la mirada el trayecto de Pierre mientras este vaciaba los sacos de ropa en un rincón. Se acercaba a él, pero le dejaba cierto espacio; se volvía a acercar, pero al momento se retiraba. En el firmamento había estrellas con más decisión que la joven. Cuando Pierre vació el último saco, casi la totalidad del pequeño almacén se había llenado de un olor suave, a tierra y a lluvia de primavera. Flavia sonrió.

—Pierre… —se detuvo y aspiró profundamente— … no me lo digas. Huele a hierba recién segada, o alfalfa. Sí, alfalfa recién segada, y… algo más.

—¿Alfalfa? —se preguntó el joven incómodo.

—¿No? Habría jurado que huele a alfalfa fresca recién segada —repitió Flavia desencantada.

—Pero ¿quién iba a querer hacer un perfume de alfalfa?

Irene enfrascada en sus tareas sonrió la ocurrencia. Amélie se había aproximado a ellos como esas víboras que solían bajar de las montañas de vez en cuando para recordar al viajero soñador que los caminos no son siempre ilusiones bondadosas.

—Pierre, dime, ¿iras al baile de Arles-Sur-Tech el sábado por la noche? —preguntó Amélie.

Solía hablar con una voz tan dulce que las propias abejas se habrían ahogado en su miel. Los dos jóvenes dieron media vuelta. Flavia se quedó paralizada. Por su cara era fácil saber que no le gustaba Amélie, no le gustaba nada de nada, pero no podía evitar admirar su belleza. Le había comentado a Irene más de una vez que podría haber sido una princesa, si quisiera. Qué suerte tiene.

—Señorita Amélie —susurró nervioso Pierre—, ¡así, es! Vamos unos cuantos compañeros del trabajo. Y también vendrá mi hermano que pasará unos días de permiso en casa. Él vive en Tolón, está en la Marina.

—¿Es bonito el baile en Arles-Sur-Tech? —preguntó Flavia.

—¡Muchísimo! Viene una orquesta de Perpiñán, toca en la plaza que se llena de gente riendo, cantando y bailando. Cuando paseas por las calles cercanas puede oírse la música de fondo y es muy agradable conversar… con alguien —respondió Pierre emocionado.

—Ha de ser precioso. —Sonrió Flavia.

—¿Te gustaría ir al baile, Flavia? —preguntó Amélie.

La joven se encogió de hombros y buscó una salida con la mirada.

—¿Te gustaría, sí o no? —volvió a preguntar impaciente.

—Sí, me gustaría mucho… pero…

—Pero ¿qué? —insistió Amélie.

Irene dejó de ordenar la ropa limpia y, como el que se acostumbra a llegar siempre tarde a la vida entera, intuyó que una leona estaba a punto de devorar a un cervatillo. Y ella no podía impedirlo.

—No he ido nunca a un baile. No sé bailar. Ni siquiera he ido nunca al de la fiesta de aquí —respondió Flavia.

Amélie se le acercó. Con la mano libre que le quedaba trató de adecentarle un poco el cabello alborotado que buscaba rebelde la libertad que la cofia le negaba.

—No te preocupes, querida, no será necesario que aprendas. —Suspiró —. Con esa cara que tienes, ¿quién te iba a sacar a bailar? Un problema menos. Y créeme, tal como está todo hoy en día, cuantos menos problemas mejor. Te ahorras un disgusto.

Irene habría jurado que de la boca de Amélie salían abejas negras como su corazón que iban directo a su estómago, y lo picaban hasta que no podían más. Ese dolor solo podía ser de eso. Levantó la mirada, sin rastro alguno de que una sonrisa hubiese habitado jamás en su cara, y observó la expresión divertida de Amélie mientras aún arreglaba el cabello de Flavia. Esta apartó la mano de la mujer sin

apenas fuerza, dio media vuelta y salió al lavadero.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —le gritó Irene a Amélie.

Corrió detrás de Flavia, hasta detenerse junto a ella en el lavadero. No sabía qué decirle, la herida de Amélie era bien profunda esta vez. Por tres veces trató de buscar la frase perfecta, pero ella le pidió que la dejara sola. Flavia insistió, hasta que Irene cedió. La joven recogió la falda de la hermana del capellán, le quitó con delicadeza el polvo del suelo y la puso de nuevo en remojo. Todo seguiría igual. Como cada día.

—Entonces, señorita Amélie, ¿irá al baile? Sería un placer para mí invitarla…

—¿Tengo cara de querer mezclarme contigo, tus amigos y tu hermano? ¿Me ves con ganas de perder el tiempo por esos callejones estrechos y empinados de Arles para ir a una plaza abarrotada de gente tan simple como tú? ¿Eres idiota o qué? Continúa con tus novias imaginarias, acabarás tan borracho como tu padre. Eres un cretino si crees que yo pueda estar interesada en ir contigo a ningún lado.

Irene iba directa a Amélie. Aun no sabía qué le haría, pero algo tenía que hacer.

—¡Pierre, vámonos! —gritó Philippe Ancel. Había bajado en silencio y observaba la escena impasible.

Irene se detuvo. No contaba con que el señor Ancel estuviera también allí.

—¡Sí, señor! —contestó el joven Pierre que raudo se dirigió al carro y empezó a prepararlo para marchar.

Al despedirse de Irene, esta creyó ver un gesto amable en el rostro de Ancel, pero cuando el hombre miró a Amélie con detenimiento, parecía escrutar cada centímetro de ella en la profundidad de sus ojos. Amélie le sonrió por un triunfo amargo, y desapareció en la habitación del almacén para depositar las camisas recién planchadas. En ese mismo momento, la esencia fresca y amarga proveniente de las batas en el rincón llegó hasta Irene.

Saludó la fragancia alzando la ceja con la seguridad que proporciona el saber la respuesta. Dio unos pasos hasta la entrada del patio.

—¡Flavia! ¡Flavia! —insistió señalando con sus brazos hacia el interior

del almacén.

La joven paró de lavar. Se secó sus agrietadas manos en el delantal y se acercó despacio hasta donde se encontraba Irene.

—Vamos, niña. Se va a ir Pierre y aún no sabemos de qué fragancia se trata. Eh… tienes que ir con cuidado con el jabón, te irrita los ojos —dijo con dulzura mientras sacaba un pañuelo, mojaba la punta con la lengua y le acariciaba los párpados con él. Flavia asintió con ternura —. ¡Ven!

Irene arrastró a la joven Flavia al interior del almacén. Se detuvo delante del montoncito de las batas, aspiró casi con timidez, sonrió y le guiñó un ojo.

—¿Lo reconoces? —preguntó Irene.

La joven negó con la cabeza.

—Almendras —dijo Irene.

La cara de Flavia se iluminó por un instante, le devolvió la mirada, inhaló entre sonrisas frescas y despechos olvidados, y su rostro cambió. Se acercó al montón de ropa en la esquina del almacén.

—Avellanas —dijo Flavia.

—Almendras —corrigió Irene con una sonrisa.

Flavia asintió con la cabeza.

—Almendras —repitió con un hilillo de voz.

Inmediatamente después, para sorpresa de la propia Irene, salió disparada hasta la vía. El carro de Pierre se alejaba con decisión calle abajo.

—Almendras, ¿no? ¿Pierre? ¿Son almendras? —gritó Flavia.

Continuó gritando, pero Pierre ya no podía escucharla. Flavia observó cómo el carro se perdía al doblar la esquina por el camino del cementerio. Al entrar de nuevo en el almacén, Irene la acompañó en silencio como solo ella sabía hacer.

—Me encantaría trabajar en esa fábrica —afirmó Flavia.

Irene le contó, despacio y con cariño, que no se trataba de una fábrica

sino de un laboratorio. Allí se dedican a mezclar aromas para crear uno especial. Experimentan con todo tipo de flores y de fragancias. Así, las grandes señoras de París pueden conseguir que su presencia sea recordada por días. Le preguntó si cuando olía una buena taza de chocolate caliente le recordaba algún momento agradable. Cuando la joven asintió le hizo ver que los perfumes siguen la misma idea. Un perfume consigue que te acuerdes de la persona que lo utiliza, por miles de leguas que haya entre tú y ella.

—Y revivir recuerdos, en especial si son buenos, querida Flavia, es un tesoro que no se puede pagar con dinero.

—Pero ¿hacen perfumes?

—Bueno, sí. Técnicamente, sí —respondió Irene.

—Pues eso. Una fábrica —replicó Flavia encogiéndose de hombros mientras salía al patio a seguir con sus tareas.

***

El final del día llenó todo el almacén y el piso superior de una capa de quietud. Aprovechó ese momento que a ella se le antojaba personal para despreciar la soledad. Esa soledad que no la abandonaba jamás, ni siquiera cuando estaba rodeada de gente, o arropada por Miguel y Álex, endulzaba el lado amargo de Étienne. Él continuaba entrando en su cabeza sin avisar. Pero el silencio le mostró la posibilidad de que Étienne siguiera ahí fuera, alimentando su ira contra ella. Debía ir con cuidado.

Todo el mundo se había ido hacía rato, pero Irene se quedó un poco más para organizar pedidos atrasados y ordenar varias piezas remendadas que pasarían a recoger al día siguiente. Cuando Clothilde se dio cuenta de lo tarde que era, la despidió con cierto sentimiento de culpabilidad. No era mala patrona. Irene bajó las escaleras despacio, pensaba en lo raro que puede llegar a convertirse un día normal y corriente. Vas al trabajo, te parece que nada puede ir mal, que todo será como el día anterior, pero resulta que solo se producen sorpresas. Bueno, la vida se supone que es eso. Tan pronto puso un pie en la acera, escuchó con claridad unos pies que se arrastraban a su espalda. Pensó en fantasmas, pero en Céret, ¿y a la luz del día?, parecía algo poco probable.

—¿Irene?

Se giró y examinó con detenimiento la desmejorada figura que la había llamado. Menudo y delgado, pálido como un cuenco de arroz de mármol puro, un joven, que estrujaba nervioso la gorra entre sus manos, estaba parado ante ella. Su ropa daba señales de no haber tenido tregua en meses. Se adelantó unos pasos más, arrastrando con dificultad uno de sus pies. Sufría. De todos sus males era difícil saber cuál era el motivo, pero el gesto torcido de su boca así lo proclamaba por todos los poros de su piel.

—Soy Albert.

No conocía a ningún Albert. Trató de recordar. No solo era la pierna, una de las manos que estrujaba la gorra también estaba deforme.

—El hermano de Étienne. El hermano pequeño de Étienne.

Dios. Ese Albert.

—Mira, Albert, te agradezco tu interés, pero me trae sin cuidado que te haya enviado para interesarse por mí. Después de lo que hizo no quiero saber nada más. ¿Entendido?

—No me manda él. No me manda él porque no sé dónde está. Fui a su casa, pero no pude entrar. La puerta estaba tapiada. Di la vuelta, miré por la ventana a ver si había entrado por allí, pero no había nadie dentro. He preguntado por todo el pueblo. He ido a su trabajo. Nada. Me senté en la acera enfrente de la taberna. Me pasé toda la tarde, pero no apareció. Ni se recuerda la última vez que Étienne no apareció por esa taberna en dos días. Estoy asustado.

Cómo podía ayudarlo si jamás le habló de Albert. Bueno, de cuando era niño quizás sí, al igual que de su hermana, pero ¿de adulto? Había desaparecido completamente del mapa. Podía notar su nerviosismo. Albert apretaba su gorra cada vez con más fuerza hasta que las puntas de sus dedos enrojecieron.

—¿La puerta sigue tapiada?

—Tú sabes dónde está. Dímelo, por favor. Sin él no sé qué hacer.

Esa puerta no debía seguir tapiada. Étienne había tenido tiempo de sobras para volver. Quizás estaba recuperándose de la paliza en casa de algún amigo. No es que tuviera muchos, de hecho, ella no recordaba ninguno, pero ¿quién sabe? La gente oscura suele encontrar

amistad entre los que se mueven bien por las sombras.

—No. No lo sé —negó Irene.

—Con esta mano no puedo hacer mucho. Siempre me trae algo de comida y me deja algunos francos para poder aguantar unos días sin molestar a nadie. Me ayuda a salir adelante. Lo de tu cara. ¿Fue él?

Irene se acarició la mejilla. Ya casi no se acordaba.

—Será mejor que te vayas.

—Dime dónde está. Te lo ruego —insistió Albert.

Albert la tomó por la muñeca. ¿Cómo alguien tan enclenque podía tener tanta fuerza? Se liberó tan bruscamente que el joven se tambaleó, y si no llega a apoyarse en la pared hubiese caído sin remedio. Ella se giró, y caminó calle abajo. Sin mirar atrás. En su cabeza resonó el pie arrastrándose tras ella.

—Irene. Por favor. ¡Irene! —gritó Albert.

***

Álex protestó todo el tiempo. No veía la necesidad de ir a casa de Étienne a comprobar nada, y mucho menos a ver si la puerta seguía tapiada. A Irene le costó más de lo que creía convencerlo. Pensó que él también lo vería raro y la acompañaría sin rechistar solo porque era deseo de ella. Incluso lo imaginó saliendo a toda prisa, apremiándola para ir a descubrir qué ocurría. En lugar de eso, él le reprochó el interés por lo que le sucediera a un tipo que la había tratado así. Y no le faltaba razón, pero ¿por qué seguía tapiada?

Cansada de tanto discutir se rindió. Sacó orgullo desde donde ya apenas quedaba, y le dijo que iría sola. Le daba igual que la acompañase o no. Álex se quedó en silencio, tal como era él, y accedió. Iría a comprobarlo bajo la condición de que ella se estuviera quieta, ya que podía ser peligroso moverse cerca de donde vivía Étienne. Irene ni pestañeó, lo miró con seriedad y le dijo: «Voy a ir igualmente, contigo o sin ti. Así que decide pronto lo que quieres hacer». Hasta que no regresara Miguel, estaban ellos dos solos. Debían estar unidos, pero Álex era tan… tan Álex. Ella sabía que era la

persona más especial que había conocido, pero a veces no pagaría solo un franco por sus pensamientos. Pagaría la vida entera.

—Está bien. Pasaré a buscarte esta tarde, cuando salgas del trabajo, e iremos a ver la importante puerta tapiada de san Étienne.

—Tu sarcasmo me divierte —dijo Irene.

Y era sincera.

Una vez frente a la casa, todo parecía envuelto en una calma excesiva. Enseguida se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada. El viento, débil y constante, la golpeaba alegre contra el marco. Decidida, fue a entrar, pero Álex, veloz, se le adelantó en un cómico movimiento protector. No sabía cuándo examinó Albert el lugar, pero ahora parecía claro que Étienne había derribado con torpeza los ladrillos que tapiaban el pasillo hasta conseguir un agujero lo bastante ancho como para dejar pasar su cuerpo. Ni se había molestado en retirar del suelo los restos, que, mezclados con el rojo alicaído de la sangre seca, mostraban una angustiosa imagen de desolación y tierra. Nada más verlo, Álex soltó uno más de sus comentarios sarcásticos sobre quién podía haber hecho el agujero si Étienne llevaba días sin aparecer. Pero no había acabado la frase e Irene ya se había colado por la abertura hasta el otro lado del estrecho pasillo. Álex refunfuñó airadamente pero no tuvo más remedio que seguirla.

Al llegar al dormitorio, examinó la estancia con detenimiento. Solo había estado una vez con Étienne, y le pareció frío y espartano, pero ahora la falta de amor lo describía tal como era: desolado. La cama estaba deshecha, y para Álex eso era prueba suficiente de que el hombre durmió esa misma noche en esa casa. Irene sabía a la perfección que eso, tratándose de un hombre, jamás sería prueba suficiente.

Mientras Álex examinaba la ventana cerrada por dentro, ella se acercó a la cama y pudo imaginar a Étienne durmiendo vestido encima. Ni siquiera se había quitado los zapatos. Lo vio consumido por la fiebre, acurrucado en posición fetal, mientras daba vueltas obsesivamente a su irreal desdicha. Él habría sido consciente del paso de las horas gracias a la sombra de la lúgubre cortina recogida en la ventana. La oscuridad subía y subía irremediable por su pierna hasta dejar el dormitorio en penumbra. En su mente dibujó el momento en que Étienne cerró los ojos, y solo los abrió para descubrir que la sombra volvía a estar imperturbable en su pie. El hombre trataría de incorporarse. Se detendría unos segundos después de cada movimiento

que realizaba, para canalizar cierta energía a su ya menguada maquinaria. Jadeaba, seguro. Su cuerpo dolorido jadeaba sin parar.

Irene se sentó en el borde de la cama, con la mirada perdida en la habitación. Se percató de cómo una parte importante del papel que cubría las paredes se despegaba en rebeldía por la falta de atención y bajo el peso del tiempo. Y desde esa esquina del lecho fue Étienne quien se levantó aún exhausto hasta la zona donde el papel parecía más dañado. Lo observó con detenimiento, y se vio a sí mismo en ese papel magullado y maltratado. Sentía el mismo desapego, porque nadie jamás se había interesado por él. Se sentía cubierto de un moho húmedo y oscuro como su familia, pero ya era demasiado tarde para hacerlo desaparecer. Pensó en cómo se retorcía y trataba de vencerlo, sin importarle que en el camino también se autodestruía. Pensó que su vida podía haber sido mejor. En algún momento, en algún lugar, debía haber seguido una senda diferente. Quizás tener una familia hubiese serenado su carácter. Una buena esposa y un par de críos necesitados de cariño paterno. Incluso ella misma no era más que otra oportunidad perdida para cambiarlo todo. «Si ese par de imbéciles no hubiesen estado en medio, todo habría salido mejor». No sabía cómo parar ese pensamiento, hasta que arrancó de cuajo el lastimado papel de la pared rasgando una buena parte de la estoica decoración. Se tranquilizó mientras hizo una bola con el papel y la dejó caer en el suelo sin más importancia. «En definitiva, una vida no tenía más importancia que ese asqueroso pedazo de papel. Solo falta que alguien la arranque y la tire en cualquier rincón. Y para eso no es necesario pensar mucho. Se hace y ya está».

La cansada maquinaria de Étienne lo llevó hacia la cómoda solitaria y corroída frente a la cama. Abrió un par de cajones sin encontrar lo que buscaba, y en el último, debajo de unas camisas mal dobladas embadurnadas en naftalina, la encontró. La miró. La tomó entre sus manos con delicadeza. De precioso mango de hueso blanco, la navaja había vivido tiempos mejores. Tenía la hoja algo oxidada, testigo de una promesa incumplida por el vendedor. «Tendría que hacerle una visita… si recordase quién era». Estaba peor conservada que él, pero al abrirla en una de las cinco posiciones, podía sentir el poder que emanaba de ella. La abrió en su totalidad. La observó con detenimiento, giró su muñeca para intentar apreciar unos detalles grabados en el lomo perdidos tiempo atrás. Miró con odio a la pared, como si ella fuera la culpable de todo. Pasó la punta de la navaja por el lastimado papel, y caminó unos pasos acompañando a la pared mientras el chirriante sonido de la cicatriz que se formaba le llenaba el oído sano. Siguió caminando sin detener la navaja que, inalterable, pasó por encima de la puerta del dormitorio, hiriéndola de gravedad.

En su trastornado paseo rasgó el pequeño armario del rincón y tan solo se detuvo al llegar al marco de la ventana.

Étienne cerró despacio la navaja, envolviéndola con fuerza en su puño. Apretó con tanta energía que el dorso de su mano se encendió de fuego y sangre. Sin soltarla, se acurrucó sobre la cama, encogiéndose hasta que las rodillas le presionaron en el pecho. La luz que entraba derrotada por la ventana ya solo le cubría la cabeza.

Irene tragó con fuerza para que la angustia bajara de una vez por su garganta. Algo no estaba bien en todo aquello. Examinó de nuevo la bola de papel en el suelo, el desgarro que había creado la navaja por toda la pared, los cajones abiertos de la cómoda y las gotas de sangre seca en las sábanas. Se estremeció. Empezaba a pensar como Étienne.

***

Cuando Álex la dejó frente a su casa, se quedó en la calle y con la mirada custodió el automóvil hasta que desapareció en la esquina cercana. Ya sola, de primeras, se negó a entrar. Llevaba ya demasiado tiempo estudiando sus reacciones. Era su casa, por Dios, ¿qué podía pasar? No quiso encontrar la respuesta, y una vez en el interior, el silencio la acompañó demasiado cerca. Ella, que siempre lo dominaba en el exterior, en su propio hogar la sobrepasaba. Lo suficiente como para que Miguel entrase en su memoria, suave, despacio, sin molestar. Así era él.

Su padre fue quién decidió su nombre. Le había puesto el nombre en español, cuando de joven, en un viaje por el norte de Aragón, escuchó en una iglesia no más grande que su cocina a un capellán disertar sobre el apocalipsis de san Juan y su célebre batalla en los cielos. El hombre mencionó tantas veces al arcángel Miguel que el padre de su amigo pensó que sonaba tan apacible en español que no importaba qué lengua hablaran en el cielo; si de verdad existía, seguro que lo llamaban en ese idioma. Pero su esposa no pensaba igual. La madre de Miguel, una mujer rancia y de pocos amigos, obsesionada por todo lo que tuviera que ver con la Rusia imperial, no quería ceder. Su hijo se llamaría León, Nikolai, Máxim o mejor, Mikhail por Miguel Strogoff. No importaba que Julio Verne escribiera «Michel» Strogoff. La pasión rusa de esa mujer empezó por una novela francesa. Así que ese es el nombre real de Miguel: Mikhail.

Miguel le había contado cómo su padre jamás discutió la decisión de su esposa, pero nunca lo llamó por un nombre en ruso que apenas podía pronunciar. Ella era la única que lo usaba, lo llamaba «Míja» y él lo odiaba. «Mamá, cuando me llamas así, la gente espera a un cachorrito», le decía. Pero su madre bien podía ser familia del zar: ni se inmutaba.

El padre de Miguel era un hombre encantador. Fue él quien le enseñó a dibujar entre el sabor de la canela y la menta. Dibujaba con trazos débiles y armoniosos, como esas ramitas de canela trituradas y mezcladas con pedacitos de las hojas frescas de menta o hierbabuena. Las ponía en pequeñas bolsitas de seda que había hecho confeccionar y las acariciaba como si fueran un diamante. Luego, las colgaba en diversos puntos estratégicos del taller y, a veces, sumergía las bolsitas en agua hirviendo para llenarse con el sabor. Sin embargo, la canela era muy difícil de conseguir, y además bastante cara. Siempre que salía de viaje por negocios a alguna gran capital, recorría todos los mercados y trataba de acumular lo máximo que podía; y nunca era suficiente. Pero cuando tenía, el taller se llenaba del aroma sereno y exótico de los dos ingredientes, y arrancaban una sonrisa de agradable sorpresa a todo el que ponía un pie en la estancia.

En realidad, la joyería que había heredado Miguel era más un taller de diseño de joyas para grandes firmas de Narbona y Carcasona, e incluso durante buenas temporadas se acercaban a Toulouse, Perpiñán y Barcelona. No disfrutaban de un éxito fulminante, pero les solían encargar pequeños pedidos y siempre tenían trabajo. Algunas veces más, otras menos, pero nunca permanecían parados. Desde pequeño siempre había deseado tomar las riendas del negocio por una sencilla razón: para poder ser él quien llevase las muestras a las grandes joyerías y así conocer valles diferentes, calles diferentes, y, sobre todo, rostros diferentes. Cuando llegó el día se emocionó ante la perspectiva, pero después de un tiempo los cambios no eran lo que él esperaba, y en este momento se encontraba atado a un negocio en los mismos valles y con los rostros de siempre.

El pequeño taller era rectangular de apenas doce metros de largo por cuatro de ancho. Contaba con dos ventanales estrechos y alargados como la figura de su madre, por donde entraba el sol castigador que caía implacable sobre dos mesas de madera de castaño debilitadas por el tiempo. En una de ellas era donde Miguel dibujaba. «Por la intensidad de la luz del sol sobre ella», le gustaba decir, sin importarle que en la otra mesa la luz fuese idéntica. A Irene le divertía el ritual de subir y bajar el taburete de base redonda también de madera, hasta encontrar la altura ideal para él. Lo hacía siempre, cada día al entrar,

aunque durante la jornada anterior hubiera hecho lo mismo varias veces. La mesa estaba a rebosar de lápices de todo tipo de grosores y durezas; viejos cartabones, escuadras y plantillas Burmester de madera. Todo ello mezclado con bocetos de anteriores diseños.

Tenía ganas de verlo de nuevo en ese taller. Su fuente de creación. Estos días sin él, se hacían eternos. Irene había pasado infinidad de horas contemplando cómo retocaba sus esquemas. Miguel los estudiaba de mil posiciones diferentes. Pegaba el fino papel en el marco de la ventana para ver si el contraluz le daba nuevas ideas a sus dibujos, y se pasaba horas y horas observando, pero al final, siempre cedía sin estar convencido.

Irene miró a su alrededor. Qué lejos estaba su hogar de la claridad radiante que emitía ese taller. El lugar desprendía una magia que solo era comparable a los cuentos de Navidad junto al fuego, cuando el chisporroteo de la madera te refugia de cualquier mal exterior. Recordó aquella vez, dos años atrás, que Miguel llevaba trabajando en unos pendientes algo más de tres meses. Los había moldeado él mismo haciendo del proceso un reto personal. Cada pendiente estaba compuesto de siete minúsculas estrellas de oro blanco, rosa y amarillo, con un diminuto diamante en el corazón de cada una y unidas entre sí por unos finísimos arcos de plata.

Primavera de 1910. Céret

Miguel sostuvo uno de los pendientes en la palma de su mano, se lo mostró a Irene y sonrió.

—Armand, cubre las ventanas, lo quiero todo a oscuras —gritó Miguel.

Armand empezó a trabajar de orfebre con el padre de Miguel cuando apenas contaba con veinticinco años. A través del tiempo, no había engordado un solo kilo. Aún mantenía la alargada y afligida figura tocada con una espesa mata de cabello blanco, que era la envidia de medio pueblo. Ahora, a corto plazo del final de su etapa en el taller, hacía tiempo que había dejado de moldear y ayudar en el diseño porque sus manos fallaban más de lo que quisiera. Miguel había reconducido el negocio para dedicarse prácticamente solo al diseño, y prefería realizar los prototipos de muestra él mismo. Muchas veces le había contado a Irene lo mucho que le gustaba tener a Armand cerca.

Pensaba en él como un consejero con experiencia que siempre iba a ser sincero en los análisis sobre los proyectos que le exponía.

Armand lo miró sorprendido. Ya entraba poca luz como para cubrir las ventanas.

—¿No me oyes? —insistió—. Las ventanas, tápalas. Rápido.

—Ya va, ya va —contestó Armand mientras salía afuera a cerrar las enormes contraventanas exteriores.

—Te va a encantar, vida.

Irene estaba envuelta en curiosidad. Amaba esa sensación cuando algo nuevo e inesperado la sorprendía. Ya desde niña, con las historias que contaba su tía. La imaginación de Miguel era su conexión con Aspasia.

Armand entró de nuevo en el taller, y cerró a su paso la puerta exterior. La estancia quedó en penumbra, lo suficiente para seguir viendo, pero la luz apenas podía arañar el contorno del taller.

—Ahora tráeme una lámpara de parafina, la más grande que tengamos.

—La más grande que tengamos… claro, como si esto fuera una fábrica de lámparas. ¿No lo ves? Esto está lleno, me golpeo con una cada vez que giro la cabeza. Tendremos suerte si encontramos alguna.

Miguel sonrió, le encantaba oír las quejas del bueno de Armand.

—No gruñas tanto, hay una en la tienda —dijo Miguel mientras alzaba la voz al tiempo que Armand desaparecía del taller por la puerta que comunicaba con la diminuta tienda de joyas.

La tienda era un pequeño cubículo anexo al taller que Sandrine, la mujer de Miguel, mantenía siempre impoluto. Apenas contaba con un mostrador y un par de pequeñas vitrinas donde exponían una buena cantidad de anillos, pendientes, algún colgante y pequeñas piezas de bisutería que compraban a orfebres de pueblos vecinos. El padre de Miguel solía tener un buen surtido para que la gente del pueblo y alrededores pudiera escoger, ya con motivo de un aniversario o un encuentro deseado. Quizás eran los tiempos modernos, pero Miguel jamás vio el movimiento de clientes necesario como para tener una colección distinta de productos cada mes.

Al poco, el anciano colocó una lámpara junto a él con un golpe seco.

Irene dio un respingo.

—Su lámpara, señor —dijo Armand.

—Te mueves bien entre las sombras, Armand, quizás deberías haber conocido algo de mundo. Quién sabe lo que hubieras podido llegar a ser.

—Soy todo lo que hubiera podido ser —contestó—. Ni un milímetro más de mí podía ser otra cosa. Es más, todo el mundo que deseé está aquí. De veras te digo que no tengo el mínimo interés en conocer a nadie que no sepa que existe, y ten por seguro que todo el mundo que desearé ya lo he conocido aquí. Aún tienes la rabia de la juventud. Se te pasará… vaya si se te pasará.

Miguel respondió al golpe con una triste sonrisa. Irene le acarició el hombro con cariño.

—Mirad —dijo Miguel mientras encendía la lámpara junto a él y se acercaba uno de los pendientes de siete estrellas a su oreja.

En un primer instante Irene no notó nada de especial en la pequeña burbuja de luz ocre que había creado la lámpara de parafina al encenderse. Entonces Miguel giró un poco más la cabeza y lo vio. La débil luz que entraba por el diamante en el centro de las estrellas formaba en la piel de Miguel la constelación de la Osa Menor.

—Pero ¿qué…? —dijo Armand sorprendido.

Miguel sonrió triunfante.

—Esperad. Eso no es todo —manifestó Miguel mientras acercaba el pendiente a la lámpara de parafina.

De golpe, la pared del taller más cercana a donde se encontraban se iluminó con las estrellas de la constelación, imitando a una brillante noche en las montañas. La Estrella Polar, en uno de sus extremos, centelleaba un poco más que el resto.

—La gente puede ponerlo así junto a la cama, y podrán ver el cielo nocturno antes de dormir.

—¿Tú crees que quien compre estos pendientes los pondrá en la mesita de noche antes de dormir? —preguntó Irene fascinada y confusa por igual.

—¡Pero si es increíble! ¿Por qué no? La luz del norte te señala el camino a casa, reconforta y relaja. Te habla de lugares lejanos. Te cuenta cómo en alguna parte del mundo ven el mismo cielo nocturno que tú estás viendo en tu estancia.

—Quizás sí —afirmó Irene. Tenía la impresión de que Miguel siempre se diluía como azúcar de caña bajo el aroma del café. Sus ideas eran especiales y originales, pero su continua ensoñación lo desviaba demasiado del punto de origen, hasta parecer que quien no encontraba el camino a casa era él.

—Los llamaré «El hijo de Calisto». Hablo de los pendientes. Buen nombre, ¿no os parece? El hijo de Calisto… —volvió a repetir para escuchar cómo sonaba.

—¿Quién es Calisto? —preguntó Armand.

Miguel sonrió. Le encantaba explicar esas historias antiguas. Calisto era una ninfa del bosque. No una cualquiera, no, una cuya belleza hacía trepidar hasta las mismas almas inmortales. De hecho, eso significa su nombre: «la más bella». Tanto que Zeus, que no era precisamente un dios al que le gustase quedarse en casa cuidando de su familia, se transformó en Artemisa, la jefa de Calisto. Luego, bajó al bosque donde se encontraban las ninfas, y la poseyó, por no decir otra cosa. Aunque se supone que ya se había vuelto a transformar en Zeus antes. Evidentemente, todo eso lo hizo a espaldas de su mujer, Hera. Poco después, Calisto tuvo un hijo, lo que desató la ira de Hera, que, en lugar de castigar al propio dios, en una de esas decisiones que solo conocen los habitantes del Olimpo, convirtió a Calisto en oso. No sabemos por qué escogió transformarla en un oso. Tendría algo contra ellos.

Su hijo Arcas creció como un rey, y con los años acabó siendo un excelente cazador. Un día se internó en el bosque donde su madre vivía cuando era ninfa y se encontró con un enorme oso tres veces más grande que él. Era inmenso. Incluso tapaba la luz del sol al levantarse sobre sus patas traseras. No se sabe si por temor o por orgullo, pero el joven sacó su arco con la clara intención de cobrarse la cabeza de la bestia. Artemisa, la jefa de las ninfas, sabía que el oso era Calisto porque había cuidado de ella desde que la mujer de Zeus la transformó y no podía permitir que su propio hijo la matase. Así pues, en el instante antes de que la flecha saliera de su arco, Artemisa mandó a la madre y al hijo al firmamento.

—Así, fiuuuuuuu, como si nada —dijo Miguel haciendo un gesto con

la mano para remarcar el envío hacia el cielo—. La mamá oso es la Osa Mayor y el hijo, Arcas, es la Menor. Si queréis saber mi opinión, creo que a Artemisa se le fue la mano. Podía haber hecho algo menos espectacular, como desviar la flecha y decirle a Arcas: «¡Eh, cuidado!, que es tu madre, mendrugo» pero bueno… supongo que los dioses y similares piensan a lo grande.

—Si me hubieras dicho que era un dios griego o eso, también me hubiera valido —comentó Armand.

—Entrañable, pero ¿os habéis dado cuenta de que la ninfa tiene nombre de muchacho y el hijo nombre de ninfa? —soltó Álex que estaba junto a la puerta del taller apoyado sobre su hombro, con su habitual desparpajo.

Los tres, sorprendidos, dirigieron su mirada a Álex. Miguel no pudo evitar una sonrisa al descubrir a su amigo. Se levantó dirigiéndose hacia él.

—¿Qué piensas, Armand? ¿Los venderemos? —preguntó Miguel sin apartar la vista de Álex.

—Si consigues que los joyeros cierren sus joyerías y se queden a oscuras contigo en una sala llena de piedras preciosas, podría ser.

—Vaya… no había pensado en eso. Abre los ventanales, por favor, y que entre la luz. No me gusta estar a oscuras con Álex cerca.

—Venid. Tengo algo que enseñaros —dijo Álex mientras se dirigía a la salida—. Por cierto… ¿a qué huele?

—Eso tuvo gracia las primeras tres mil veces que entraste en el taller.

—Ja, ja, ja. —Álex soltó una despreocupada risotada—. Vamos, ven, te encantará.

Los tres jóvenes cruzaron la pequeña tienda y salieron a la calle. El soleado día los recibió con dureza después de la oscuridad del taller. Miguel tardó unos segundos en situarse.

—¿Qué te parece? —preguntó Álex.

—¿Qué me parece el qué? ¡¡Dios mío!!… ¡¡¡¡Virgen santísima!!!! Pero si es… ¡un automóvil! Mira, ¡un automóvil! —exclamó Miguel.

—Lo sé, lo sé —apuntó Álex riendo.

Miguel estaba boquiabierto. Conseguir un automóvil era prohibitivo, un auténtico lujo, y debía haberle costado a Álex, a su familia para ser exactos, una verdadera millonada; eso sin tener en cuenta las dificultades de traerlo hasta su pueblo. Más adelante, Álex le confesó a Irene que lo había llevado en secreto solo para vivir ese preciso momento: ver la cara de emoción de Miguel. Este rodeaba sin descanso el automóvil, y cada vez que pasaba junto a un sonriente Álex, le daba un golpecito en el hombro.

—Es increíble… increíble —repetía mientras acariciaba el neumático de repuesto atado al lateral del vehículo con tres correas de cuero.

Miguel se detuvo delante para admirar las provocadoras líneas del vehículo. No podía parar de mover la cabeza como si hubiese visto la aparición de algo no escrito. Acercó su cara a los faros dorados que le devolvieron una imagen distorsionada que le hizo soltar una carcajada. Levantó una de las tapas laterales del morro, y dejó al descubierto el motor, aún sin huellas del paso del tiempo en cada uno de sus tornillos y remaches. Irene estaba fascinada al igual que Álex, no por el automóvil, sino por la divertida actitud de Miguel.

—Mira esto… Dios… mira esto. ¿Cómo es que no me habías dicho nada? —preguntó Miguel.

—¿Y perderme este espectáculo? Por nada del mundo.

Miguel cerró la tapa y miró a Álex con una sonrisa de oreja a oreja. Para él fue tan evidente como para ella lo que Miguel quería.

—¿Qué? ¿Lo probamos? —preguntó Álex.

—Pensaba que no lo dirías nunca —replicó Miguel mientras corría hasta el lateral del auto. Abrió la minúscula puertecita que no permitía pasar más de una pierna a la vez. Al sentarse saltó sobre su trasero—. Que cómodo es, ¿no? —dijo sin parar de saltar.

Álex se agachó delante del auto. Con fuerza hizo girar la manivela frontal hasta que el motor se inició con un leve petardeo. Una vez que el traqueteo confirmaba la puesta en marcha, subió al vehículo.

—Deja ya de saltar. Pareces un crío —le ordenó Irene mientras tiraba de la anilla que abría la puertecilla trasera. Para su sorpresa se abrió con facilidad. Sin estar muy convencida subió al interior.

Ella no compartía la emoción de los dos chicos por el automóvil. Había algo en él que le infundía respeto. Acostumbrada al apacible

trotar en los carros, o a sus largas caminatas, la velocidad que podía alcanzar uno de estos aparatos le causaba desaliento. Iba a conseguir que todo fuera más rápido, empezando por el tiempo. Su tiempo.

Miguel no le hizo mucho caso, pero paró para contemplar el auto desde dentro.

—Bien… ¿Adónde vamos? —preguntó Miguel impaciente.

—Primero a hacer un recado, luego hasta donde queráis.

Al ponerse en marcha, no muy deprisa porque Álex no dominaba aún a la bestia, Miguel soltó un alarido de complacencia. Se movían por las calles bajo una expectación enorme entre la gente. Había chiquillos que corrían detrás, jovencitas que los miraban con atención, y ancianos asombrados al contemplar por primera vez algo parecido. Los tres jóvenes se reían, y, a medida que avanzaban, aumentaba la velocidad. Asustaron a un crío que llevaba un pequeño paquete colgado de un hilo alrededor de su índice. El pobre dio un salto y su paquete fue a estrellarse contra la fachada a sus espaldas. Eso divirtió aún más a Álex, pero Miguel e Irene trataron de pedir disculpas desde su asiento. Ella esperaba que el paquete no contuviera cerámica o algo parecido.

Finalmente, llegaron delante de la bodega donde Álex solía comprar vino y licores para tener abastecida su despensa. La bodega servía también vermut, vino a granel y cualquier cosa comestible que no necesitase una preparación demasiado compleja o larga. En el exterior, tres mesas redondas de mármol amarillento, testimonio inerte del paso del tiempo, seguían la misma acera unos cuantos metros. Todas a excepción de una estaban ocupadas por hombres del pueblo que habían detenido sus conversaciones para admirar el automóvil. Álex saltó del coche sin abrir la pequeña puertecilla y se perdió disipado en la oscuridad del establecimiento.

Irene empezaba a sentirse incómoda por la atención que suscitaba el auto. Buscó distraerse, y su mirada estudió sus manos, sus pies, el pequeño habitáculo donde se encontraba. Pero solo halló confort en la estantería de madera modernista con botellas de licor que dejaba entrever la puerta de la bodega. «Demasiado bonita para un lugar así», pensó.

Álex salió con una botella en la mano, sonriente. Se paró junto al coche a estudiar la recargada etiqueta gris de Pernod Fils con su característica bandera suiza ovalada en su parte superior. El color

verde limón era inconfundible. Extracto de…

—¿Absenta? —preguntó Miguel sin evitar cierta consternación.

—Ajá, ¿quieres? —respondió Álex y dio un sorbo.

—¿Absenta al mediodía? Y así ¿sin preparar? ¡Álex, por favor! —gritó Irene.

—Si tuviera que tomarse preparada, la venderían preparada, no así —manifestó Álex y tomó otro sorbo, esta vez bastante más largo.

—Eres un imbécil. Si empiezas a ver cosas raras, a mí no me llames.

—Las cosas raras empiezan a aparecer a partir de aquí —afirmó Álex, y señaló la mitad de la botella.

Entonces algo llamó su atención. A pocos metros, una niña, de siete u ocho años acompañada por su madre, acariciaba la cabecita de un perro.

—Eso quiere decir que está contento, cariño. Cuando mueven la cola así de rápido es que están contentos —explicó la madre.

—Deje de llenarle la cabeza de idioteces a la niña —interrumpió Álex.

—¿Perdón? ¿Cómo dice?

—Se empieza pensando que los perros mueven la cola porque están contentos de vernos y se acaba creyendo en Dios…

—¡Virgen santísima!

—¡Mierda, Álex! —gritó Miguel.

—¿Qué? Luego, la niña saldrá idiota y se preguntará por qué.

—Un día de estos acabas en la cárcel —sentenció Miguel.

—Podría ser… Putas leyes al servicio de un cuento de hadas.

—Así mejor. ¡Arreglado! —dijo Miguel.

La madre arrastró a su hijita calle abajo a toda prisa.

—Al final, no podremos ni pasear por el pueblo porque nos señalarán con el dedo. Ya lo verás —protestó Irene.

Álex dejó la botella de absenta sobre el capó y emprendió una pelea con la manivela frontal hasta que el motor comenzó a toser retazos de vida. A toda velocidad, recogió la botella, subió al automóvil y abandonaron el pueblo. Miguel se reclinó en el asiento, y a Irene le pareció que se dejaba acariciar por la experiencia en la misma medida que el viento recorría su cara.

—Te pones muy pesado con todo eso de Dios y la iglesia… —afirmó Miguel rompiendo el silencio.

—¿Cómo me van a caer bien? Tienen el honor de haber dicho la segunda frase más infame de la historia.

—¿Qué frase? —preguntó Irene.

—Era el siglo XIII o por ahí. Durante la cruzada contra los cátaros, un arzobispo, un tal Arnaud Amaury, tenía asediada la ciudad de Béziers. Cuando esta estaba a punto de caer, el arzobispo dijo a sus soldados: «¡Matad a todos los cátaros, no dejéis ni uno con vida!». Pero había un pequeño inconveniente. Resulta que la población de la ciudad era mitad católica y mitad cátara, y un soldado le preguntó: «Pero, monseñor…». ¿Se les llama «monseñor» a los arzobispos?

—Su excelencia —lo corrigió Miguel.

—¿Su excelencia? —resopló Álex incrédulo—. «Pero, su excelencia, ¿cómo sabremos quiénes son cátaros y quiénes católicos?». Entonces el tipo respondió: «¿Sabes qué? No tenemos mucho tiempo. Mátalos a todos que Dios ya reconocerá a los suyos». Un amor. Seguro que está en el cielo rodeado de ángeles. Le estarán dando con las arpas en la cabeza toda la eternidad.

—Liras —puntualizó Miguel.

—¿Eh?

—Los ángeles tocan liras. Si llevasen arpas, no podrían con ellas. Miden…, no sé, dos metros más o menos.

—¿Tú eres así de verdad? —preguntó Álex.

—Bueno, el arzobispo ese era una bellísima persona, pero aun así pienso que deberías contenerte. Pensar un poco en los demás no es tan difícil. ¿A ti qué más te da? —le recriminó Miguel.

—¿Sabes qué te pasa? ¿Lo sabes? Pues que tienes la imaginación para

cambiar el mundo. Podrías abrir caminos por donde nadie se atreve a pasar y hacer mejores a los que están a tu alrededor. Aquí dentro —golpeó con la mano el pecho de Miguel—, tienes un tigre, pero lo tienes encadenado a este pueblo, a esa casa, a tu familia. Solo lo visitas a solas. ¿Cómo pretendes que los demás sepamos de lo que eres capaz? ¿De qué tienes miedo? ¿De verdad crees que vas a poder domarlo? Porque si eso es lo que crees, estás equivocado. Joder, Miguel, la gente te escucha, tienes duende. Los ojos de Sandrine brillan de orgullo cuando está contigo. Tienes el fulgor que no tenemos ni Irene ni yo, así que deja ya de esconderlo. Esfuérzate por salir de tu pequeño mundo, maldita sea.

—Quizás si en mi casa tuvieran tanto dinero como para mandarme de niño a un colegio en Suiza, ahora sería más valiente. Solo tendría que preocuparme de…

Irene puso su mano en el hombro de Miguel. No necesitaba ver su rostro para darse cuenta de que se arrepentía de lo que acababa de decir. Miguel se limitó a mirar los campos más allá de los bosques sin poder ver la cara de extrema gravedad de Álex. Pero ella si la vio.

—¿Y la primera? —preguntó Irene.

—¿La primera qué? —replicó Álex.

—La primera frase más infame de la historia. Dijiste que la segunda era la del animal ese. ¿Cuál es la primera?

—Ah, muy fácil: «Te quiero mucho… pero no estoy preparada para comprometerme».

—Idiota.

Sus risas llenaron el apacible encanto de los caminos de los Pirineos Orientales.

Verano de 1912. Céret

La verja que separaba la gendarmerie nationale de la estrecha calle por la que caminaba era demasiado aterradora para Irene. No le gustaba nada. Colocada sobre un grueso muro se alzaba más de dos metros y gritaba a viva voz que nadie debería entrar en ese lugar a

menos que quisiera cambiar su vida para siempre. Desde pequeña le habían incitado temor las implacables puntas de hierro de la parte superior, parecidas a una lanza, y con la misma actitud agresiva. No sabía discernir si era para atemorizar a los que querían entrar o a los que querían salir.

El edificio parecía mucho más grande entonces que cuando lo ignoraba. Daba igual que hubiese pasado decenas de veces por delante, ahora que importaba, que formaba parte de ella, no un edificio necesario pero distante, lo veía amenazante. Construido en piedra fría no había nada que resaltara, pero no pudo evitar fijarse en los ventanales entreabiertos de la segunda planta. Le recordaron a los abrazos lejanos de Étienne, una vez cerrados sobre ella, la reconfortaban, solo para asfixiarla un instante después.

«Ojalá pasen pronto los meses que necesita Miguel para recuperarse», pensó. Él la habría acompañado sin dudarlo. Todo es más sencillo cuando está cerca de ella. El par de veces que había ido hasta Perpiñán a visitarlo con Álex, lo encontró abatido y ausente. Apenas intercambiaron unas palabras y todas giraban en torno a las escasas novedades de Céret y sobre su recuperación. Deseaba estar a solas con él y ayudarlo, devolverle un poquito de lo que él tanto había dado.

Sus manos. Estaban destrozadas.

Al entrar en la gendarmería, lo que más le sorprendió fue el excesivo sonido de sus tacones. Parecían retumbar en su cabeza anunciando a todo el mundo que ya había llegado. Molesta con ella misma, siguió caminando con ligeros pasitos por el pasillo hasta llegar a la esquina. Ante ella, una pequeña sala con tres mesas de caoba, y las paredes cubiertas de archivadores de madera repletos de documentos amarillentos que luchaban entre sí para no caer los primeros. Había un gendarme sentado sin decoro sobre la mesa más alejada. Narraba a un compañero algo que parecía demasiado importante como para interrumpirlo. Se quedó en un rincón, temerosa de hacerlo, discreta.

—La niña bajó del piso superior y le dijo a su madre que Papá Noel estaba arriba, en el baño. —Se rio el gendarme—. La madre soltó una carcajada y le comentó que eso no era posible. Papá Noel no aparece en verano. Pero la niña insistía, y cuando la madre ya empezaba a perder la paciencia le preguntó qué hacía Papá Noel en el baño. La niña solo respondió: «Duerme». «¿Duerme?», se extrañó la madre. «Sí. Está en el suelo, durmiendo». Entonces la mujer se asustó y subió a toda prisa las escaleras. Y al llegar al baño, descubrió a su marido en el suelo aún con todo el jabón de afeitar por la cara y el cuerpo

cubierto de sangre…

La cara de susto de Irene se plasmó en todos los rincones de la gendarmería. El compañero que escuchaba la historia con complacencia detuvo al gendarme con un gesto de su cabeza. Este miró de reojo, juraría que, con cierta soberbia, y con aire cansino saltó de la mesa. Visiblemente molesto se acercó a ella y otra vez con esa mirada altiva le preguntó, con un marcado acento bretón, el motivo de su visita. En un pueblo todo el mundo se conoce, e Irene lo tenía presente, pero no había hablado jamás con él. Se llamaba Théodore o Théophile. Qué más da. No pudo aguantarle la mirada y con horror descubrió lo viejos que se veían sus propios zapatos. Preguntó al gendarme por el teniente Painchaud. Era difícil olvidar un nombre así. El viejo teniente había sido un buen amigo de su tía, y ella recordaba de niña cómo más de una vez había pasado la tarde con ellas en el jardín de las naranjas, quejándose amargamente de sus dolores de espalda mientras las gotitas de té le resbalaban con gracia a lo largo de su espeso bigote. Era originario de Tánger, hijo de un inmigrante francés que encontró trabajo como secretario en el consulado.

En su infancia, Tánger era un hervidero de europeos, sobre todo españoles y franceses. Las nuevas y rápidas comunicaciones marítimas en ciudades como Casablanca, Mazagán y la propia Tánger habían creado un floreciente mercado para cualquier occidental con inquietudes, como el padre de Painchaud. A él le gustaba recordar su niñez cuando corría por la medina de Tánger con sus amigos. Aspasia lo escuchaba en silencio, hasta que el buen hombre se detenía para hundir su poblado bigote en el té, momento que su tía aprovechaba para preguntar por cada detalle de un lugar tan exótico. El buen Painchaud era un poco pesado. Le había perdido la pista desde que su tía falleció.

El gendarme sonrió con desprecio al escuchar ese nombre. Ya no había teniente en la gendarmería. Painchaud se había retirado a su Poitiers natal. Si quería un teniente, tendría que bajar hasta Perpiñán, pero si le servía, tenían al mayor Dugès que respondía directamente, no al teniente, sino al capitán de la gendarmería de Perpiñán.

—¿Poitiers? Painchaud era de Tánger, no de Poitiers —dijo Irene.

—Con todos los años que estuvo con nosotros, ¿no iba yo a conocer de dónde era? Lo sabríamos, ¿no le parece? Era de Poitiers. Si quiere hablar con el mayor Dugès, siga el pasillo, segunda puerta a la izquierda.

No iba a ponerse a discutir con el gendarme, pero en su corto trayecto hasta la puerta del mayor se preguntó el motivo que habría podido tener Painchaud para ocultar a sus compañeros, durante toda una vida, sus orígenes. Algo que solía contar en el jardín de las naranjas, con brillo en los ojos y una sonrisa oculta bajo el bigote. O mintió, o solo quería compartir lo que para él era un tesoro, con alguien que supiera apreciarlo. Y vistos los dos tipos que tenía por aquí, se inclinaba por lo último.

Dio un par de golpes al cristal de la puerta de Dugès. Escuchó un sonido parecido a un quejido y luego silencio. ¿Qué debía hacer? ¿Entrar? Decidió esperar un poco más. Al no obtener respuesta repitió los golpes, esta vez un poco más fuerte.

—¡Entre de una maldita vez!

Esta vez se escuchó fuerte y claro. Irene entró temerosa del recibimiento que le podía brindar un energúmeno capaz de gritar de ese modo sin importarle que al otro lado de la puerta hubiese una anciana inválida, o el mismísimo Jorge V de Inglaterra. Para su sorpresa, el despacho era minúsculo, con un viejo archivador en una esquina y un armario tan cerca de la mesa que obligaba a quien quisiera sentarse dar la vuelta por el otro lado. La mesa impedía abrir una de las puertas de ese armario. Una vieja ventana que daba al patio de la gendarmería, justo detrás de Dugès, ayudaba a aliviar la asfixia. El hombre estaba sentado, y anotaba incidencias o «alguna cosa en apariencia importante» en una fina libreta con las tapas de cuero negro. El mayor era un hombre corpulento, de cabello blanco y rapado como un cepillo, con ojos azules profundos y un bigote espeso que se comunicaba con sus abundantes patillas. Presentaba un pequeño aro rojizo en su blanco bigote, fruto de las cerezas que picaba de un cuenco sopero que tenía en una esquina de la mesa.

Irene tomó la frágil silla delante de la mesa e hizo ademán de sentarse.

—¿Le he pedido yo que se sentara? —preguntó Dugès y se guardó un hueso de cereza en su puño.

—No, señor.

—¿Entonces?

Irene se quedó quieta, y agarró con fuerza su sencillo bolso de lino. El

hombre la estudió detenidamente. Con esfuerzo se levantó sin dejar de mirarla y abrió el cajón del viejo archivador. Triunfante, alzó una botella de coñac Remy Martin del fondo del cajón con orgullo. Indiferente a la presencia de Irene, llenó de coñac el cuenco de las cerezas y pronto el fuerte aroma del licor ocupó el espacio de la pequeña habitación. Tomó una de las cerezas chorreantes de coñac, y la dejó reposar en su boca. Sus ojos se cerraron con la misma pasión que alguien puede tener al escuchar una bella melodía vienesa. Irene tuvo que esperar todavía dos o tres cerezas más antes de que Dugès le preguntase el motivo de su presencia. Durante un buen rato narró el encuentro de los tres con Étienne, su desaparición posterior, la puerta tapiada y el desesperanzador aspecto del dormitorio que había visitado el día anterior. Tenía miedo de Étienne. Mucho. Y así se lo hizo saber al mayor.

—¿Ha dicho que Étienne es su prometido?

—No dije eso. Dije mi pareja —contestó Irene.

—¿Qué quiere decir su pareja? ¿Estaban prometidos o no?

El silenció la delató. Dugès la miró fijamente y ni siquiera apartó la vista para coger un par de cerezas empapadas de coñac, que devoró.

—¿Y qué edad tiene usted? —preguntó Dugès con frialdad.

—Veintiocho. Pero, oiga, qué tiene que ver...

—Veintiocho y ¿aún soltera? ¿Por qué no se ha casado? ¿Tiene algún defecto?

Pocas veces en la vida uno se da cuenta del error tan grande al cometer un determinado acto, como el que llevó a cabo Irene al ir a ver al mayor Dugès.

—Empiezo a pensar que así es —dijo para sí misma.

—Vino a verme el hermano. Pobre muchacho. Me contó que Étienne cuidaba de él desde hacía años. La familia es lo primero, ¿no cree? Luego, se refirió a usted, y fíjese que no me habló mal. No se moleste en detalles, todo el mundo sabe lo ocurrido entre ustedes. ¿Ha oído hablar de la manzanilla de la muerte?

El hombre la miró con cierto desdén. ¿Cómo iba a saber una solterona de un pequeño pueblo nada sobre la manzanilla de la muerte? Por su pose y la teatralidad en sus gestos, al mayor le gustaba parecer

instruido. Y es curioso, porque Irene estaba segura de que muy poca gente en Europa había oído hablar de la manzanilla de la muerte con anterioridad. Pero sí, ella la conocía, aunque no estaba dispuesta a dejar en ridículo al mayor. Al menos, no todavía. Así pues, prefirió comprobar adónde quería llegar y guardó silencio.

—En Sudamérica y toda la zona del Caribe hay un árbol precioso en apariencia —continuó Dugès—. Es frondoso y de porte noble. Inofensivo a la vista, pero desgarrador si le tomas confianza. Lo llaman el manzanillo, porque sus frutos son parecidos a la manzana, aunque algo más pequeños. Son dulces como el néctar y desprenden un aroma suave que solo encuentras en la Provenza en las mañanas de primavera. Pero no tienes tiempo para dar más de un mordisco porque tu aliento se vuelve fétido y tu vida, que tan a gusto y segura retozaba acompañada del cálido sol, se entumece hasta desaparecer.

Dugès prosiguió, como si él fuera el único que escuchaba la historia. Habló de un grupo de conquistadores españoles, que después de una marcha agotadora decidieron descansar a la vera del árbol. Hasta aquí todo normal. Los hombres agradecidos por estar a cobijo descansaron plácidamente. Quizás pensaban en su tierra más allá del mar. Pero al anochecer, se abalanzó sobre ellos una de esas tormentas tan frecuentes en esos lares. Y pronto, el monótono sonido del aguacero fue roto por desgarradores gritos de agonía. El agua de lluvia, que rozó las hojas del manzanillo, cayó sobre la piel de los hombres y la quemó hasta el punto de que esta se desprendió únicamente por el dócil empuje de la brisa del mar. El hombre al mando, un tal Álvarez de Olías del Rey, en absurda venganza, calcinó todos los árboles esa misma noche. Pero debido a la humedad de la reciente lluvia, el humo espeso los envolvió en cuestión de pocos minutos. El propio humo de ese infernal árbol los cegó a todos. Para siempre. Cuentan que el lamento de los españoles aún puede escucharse cuando un inocente descuidado se acerca a probar su fruto.

—Entonces —dijo Dugès—, ¿estará de acuerdo conmigo que los hombres intrépidos de esta tierra nuestra no pueden fiarse de los dulces frutos de un árbol solitario e inofensivo? Muchos buscan cobijo bajo las aparentes y caprichosas hojas. Tratan de refugiarse de las inclemencias de una vida dura con la que Dios pone a prueba nuestra fe. Y si confían en ellas, en apariencia verdes y refrescantes, ya ve el resultado. ¿Y las castañas? ¿Le gustan?

—¿Eh?… Supongo que sí —contestó Irene.

—Ya cuento los días hasta el otoño. Poder calentarlas sobre el fuego,

abrirlas y aún humeantes que solo su roce me queme los dedos y se deshagan en mi boca con ese sabor dulzón. Todavía me gustan más comerlas en un estofado con jabalí. Encuentro que el sabor amargo de la carne contrasta muy bien con el sabor suave de las castañas. —Lo siguiente fue de lo más extraño. Dugès empezó una disertación estrambótica sobre las virtudes de las castañas. Se levantó para mirar hacia el patio por la ventana al igual que Frank miraba en el horizonte las murallas de la fortaleza de Bala Hissar. Pero todo comenzó a tomar un cariz insólito cuando habló sobre la nobleza de la castaña. La alabó por ser un producto de la tierra del mismo modo que los hombres honestos de los Pirineos Orientales. Gente trabajadora, seria, capaz de labrarse un porvenir pese a no haber nacido bien parados… como Étienne.

Ahora resulta que Étienne era una castaña.

—Pero —continuó Dugès—, hay veces que la castaña más hermosa está invadida por un gusano. Hurga cada día un poco, erosionando capas y capas. Abate cualquier defensa que tenga hasta llegar a su corazón. ¿Y de quién es la culpa? ¿De la castaña por ser tan apetitosa? ¿O de los gusanos que minan la cesta de castañas, por su propio egoísmo? ¿Por su propia codicia insana? Odian seguir las reglas establecidas muchas generaciones atrás.

—Entonces el manzanillo no tiene culpa de ser hermoso.

—¡El manzanillo no es hermoso! ¡Es diabólico! ¡No se confunda, señorita! —Dugès se había sulfurado en menos de un segundo, y aún tardó menos en recobrar su aparente calma—. Váyase y tenga cuidado. Étienne aparecerá, de una manera u otra. Ni usted ni nadie puede destrozar una castaña y pensar que saltará a una distinta para hacerle exactamente lo mismo. Alguien tiene que cuidar de la cesta. Y recuerde al gusano y al manzanillo, por muy sabrosa que parezca, una manzana venenosa es una manzana venenosa, y un gusano siempre será un gusano.

Irene salió con paso firme de la gendarmería sin mirar atrás. Hubiese tirado su bolso con rabia al río si hubiese podido. Se sentía ultrajada por el mayor. Que la comparase con un manzanillo resultaba patético, incluso hasta divertido. Que lo hiciera dos veces como si fuera idiota y no hubiese entendido la primera fue lo que la sobrepasó de rabia. Y ya lejos de la gendarmería, cuando no podía verla nadie, lloró por sentirse sola toda la vida, por Miguel y Álex, por el maldito mayor, por las manzanillas de Panamá, por las castañas y la maldita cesta; por las lejanas tardes con Painchaud y hasta por los pocos momentos

dulces de Étienne.

***

El regreso a casa lo hizo en compañía del padre de Flavia, de su madre, de su tía Aspasia, de Étienne y de todos aquellos que alguna vez respiraron cerca de ella. Su mente era capaz de dibujarlos con ingrata exactitud. Se dejó llevar por el propio camino y sus recuerdos, cuando, sin saber cómo, en su cabeza había un montón de gente que no había visto jamás. Trató de buscar el sentido de que esas imágenes vivas le vinieran a la mente igual que un recuerdo. No pudo hallarlo, pero ahí seguían; la saludaban, reían con ella y le tomaban de la mano en tiempos amargos.

Pensaba en los recónditos arroyos de su propia cabeza cuando, al cruzar la calle del Cardenal de los Mares del Sur, vio a Amélie sentada en un frío banco de piedra. Parecía parte de él: inerte, inamovible, imperturbable.

Irene mantuvo la distancia. No le apetecía nada entrar en una discusión con ella por cualquier tontería que se le pudiera ocurrir. Solo deseaba volver a casa. Pero era tan inquietante. Al principio de la calle, en la acera opuesta, pudo distinguir quién era el origen de tan riguroso estudio por parte de Amélie.

Geneviève Lestoreau paseaba con su hijo de tres años de la mano. No sin esfuerzo, porque el pequeño empezaba a estar fatigado y se quejaba a cada paso. Geneviève Lestoreau, Veva, como la conocía todo el mundo, era la hija de uno de los propietarios de una pequeña carpintería cerca de la avenida del Viento Francés. Era muy querida en el pueblo por su exquisita educación y amabilidad. Siempre tenía una palabra afectuosa con sus vecinos y estaba dispuesta a ayudar en lo que fuera necesario. Parecía la antítesis de Amélie y eso quizás hacía que tuviera un lugar predominante en el saco lleno de amargura de la compañera de Irene.

Veva no había tenido suerte. Su primer marido fue un abogado militar de una buena familia de Perpiñán. Durante un juicio, sacó una pistola para demostrar que el arma de una víctima se disparó de forma accidental y al hacerlo se voló la cabeza. Un par de años después se casó con un socio de su padre, un tal Sacheverell Plamondon, que tenía varias carpinterías en Rivesaltes y en Prades. Sacheverell era

mucho mayor que ella y su físico recordaba angustiosamente a una bala de cañón. Era un hombre hecho a sí mismo que no perdía ocasión de recordarlo a cada instante. Durante una comida familiar, empezó a reírse cuando su sobrino tiró sin querer una copa de vino sobre Veva que manchó el delicado vestido azul que llevaba. No dejó de reír mientras mostraba unos dientes amarillentos, pero su tez se tornó roja; luego pasó a morada y su risa desapareció de pronto. Con toda la fuerza que daba su voluminoso cuerpo, fue a caer con la cara dentro del enorme plato de sopa con pollo que tomaba. Veva apenas tenía veintitrés años y ya había enviudado dos veces. Un par de años después se casó con su actual marido, un joven arquitecto que había diseñado un buen número de casas en Céret y en los pueblos colindantes. No le faltaba trabajo.

Aunque el golpe que todo el mundo pensó que la destruiría fue cuando su único hijo de cuatro años falleció de gripe. La gente decía que ya eran demasiadas puñaladas seguidas para la dulce Veva, que era una de esas almas sin destino; una que la luz rehúye porque ve incapaz de penetrar. Su marido le ofrecía cada día su hombro para superar las horas oscuras. Con él tuvo otro niño, y con un esfuerzo sobrehumano, logró salir a flote.

Y ahí estaba de nuevo, plantándole cara a la vida, como el guerrero más intrépido en la fría tundra dispuesto a embarcar hacia un continente desconocido. Paseaba con su hijo, y mostraba en su rostro que no quedaba nada en esta vida ni en las que vinieran que pudiera hacerla tambalear.

Amélie seguía con su mirada profunda la estela de Veva y su hijo. Cuando los tuvo a una docena de metros se alzó sin apartar la vista de ellos. Parecía una estatua griega con sus pies hundidos en la arena blanca de Sarakiniko, temerosa de que los piratas sarracenos salieran de su guarida en las rocas para robarle los brazos. Sin bajar la cabeza, altiva y poderosa, dio media vuelta y se marchó por la calle en dirección contraria a Veva. La calle gemía, dolorida por los contundentes pasos de Amélie, y no dejó de hacerlo hasta que su agria figura desapareció tras la esquina.

Capítulo V

El amargo aroma del comino

Otoño de 1912. Céret

Irene calculó la espesura de la salsa de anchoas y, una vez satisfecha, se entretuvo dibujando olas que estallaban en el contorno de su plato. Había esperado tanto este momento.

Dejó la salsa y observó a Aurélie delante de ella. Estaba sentada junto a Álex, que llevaba toda la cena sin dejar de hablar. Se gustaba a sí mismo y lo mostraba sin pudor como tantas otras veces. Aurélie seguía todos sus comentarios con una fresca sonrisa sin dejar de retirarse los rizos que le caían por su cara. Irene supo enseguida que esos largos cabellos negros y rizados eran su orgullo, una pesadilla, pero al fin y al cabo su orgullo. Vio cómo la timidez le impedía hablar con libertad, e intentaba buscar el momento para entrar en la conversación. Por su rostro asustadizo, Irene sabía que era de esa gente que tiene la imperiosa necesidad de ser aceptada. Y para su desdicha, esa necesidad se mezclaba con el pánico a ser examinada con cada palabra que pronunciaba.

La pobre estaba en plena lucha, tratando de agradar a Álex. Tenía toda la pinta de ser de esas personas que nunca eran ellas mismas delante de alguien por quien se sintiesen atraídas. Esas que pasan de ser personas interesantes a trémulos idiotas en apenas un segundo. Quizás tan solo era consciente de la posición social de Álex, y pese a que la suya no estaba mal del todo, no llegaba al nivel de aquel y eso la cohibía aún un poco más. Algo de eso debía ser.

Se dio cuenta de que todo eran excusas para no pensar en Miguel. Este había llegado a Céret el día anterior en silencio, sin avisar. Sandrine les había dicho que vendría la semana siguiente, pero Miguel precipitó su regreso harto de las cuatro paredes del hospital. Parece que estaba convencido de que su estado no iba a cambiar mucho si pasaba otra semana más encerrado. Al conocer la noticia, Irene salió corriendo de

casa, sin importarle la cara de pánico de los transeúntes que veían su tranquilo paseo peligrar por el ímpetu de una joven.

Al llegar a casa de Miguel, Sandrine, extrañamente fría, prefirió dejarlo descansar. Tanto correr para nada. Irene insistió y rogó para quedarse un rato más, hasta que él hubiese descansado y así poder verlo. Sandrine no cedió, aunque esta vez sí mostró su reconfortante sonrisa. La citó para cenar al día siguiente, con Álex y una nueva conquista de este, una tal Aurélie. Un día es lo que necesitaba Miguel para recuperarse del ajetreado viaje desde Perpiñán.

Él entró cuando ya todos llevaban un buen rato sentados a la mesa, y lo primero que pensó Irene fue que Miguel, el auténtico, el suyo, el de la imaginación sobrecogedora, se quedó quebrado bajo aquella farola cerca de la casa de Étienne. Este caminaba despacio, ensimismado, con la mirada perdida, sin importarle que ella, Álex o la misma Sandrine, estuvieran junto a él. Cojeaba. Trataba de disimularlo, pero cojeaba bastante. Pero lo que destrozó a Irene fue ver que apenas era capaz de sostener los cubiertos entre sus dedos desgarrados. Irene se levantó de su lugar y se acercó a él. Le llenó la copa ofreciéndole la sonrisa más agradable que tenía. Ni rastro de cariño en su rostro. La copa bailó entre sus dedos amenazante, y con los nudillos de su otra mano la enderezó para llevársela a la boca. Regresó a su asiento, con la sonrisa por fuera y desconsolada por dentro. «¿Quién te reconfortará, Miguel?».

Álex luchaba con los colores de la espléndida cena que había preparado Doriane, cocinera, sirvienta, y mujer para todo, que había trabajado en casa de la familia de Miguel desde que este era un niño. La trucha con anchoas era una elección de la propia Doriane que tenía especial predilección por el pescado. Experta cocinera, sabía sorprender con una refrescante mezcla de aromas, sabores y tonalidades. Había preparado el pescado al horno, condimentado con bayas de pimienta rosa, combinadas con el verde intenso de las hojas de menta, cebolla cortada muy fina, champiñones bien picados con tomillo que le daba ese inconfundible sabor a tierra bañada por el sol, y laurel; todo ello aderezado con un buen aceite de oliva de los campos cercanos. Doriane descorchaba una nueva botella de vino a petición de Sandrine.

—Exquisita la trucha, algo mayor pero igualmente deliciosa —dijo Álex.

—¿Cómo que algo mayor? —preguntó Irene frunciendo el ceño con extrañeza.

—Pues eso. Esta trucha es vieja —respondió Álex.

—¿Cómo sabes si la trucha es vieja? ¿Tienen aros en algún sitio como los árboles o algo parecido? —preguntó Sandrine.

—No, no, pero como a todo el mundo, cuando llegan a cierta edad sus cabellos se vuelven blancos.

—Pero ¿de qué cabellos hablas? —quiso saber Irene incapaz de esconder una sonrisa.

Álex levantó el tenedor y deslizó con él un larguísimo cabello grisáceo que arrastraba consigo minúsculas gotitas de la salsa de anchoas.

—¡Ah! ¿Insinuáis qué el precioso cabello largo y blanco que tengo aquí no es del pez este?

Álex le dedicó una profunda mirada a Doriane. Esta se detuvo, le aguantó la dichosa mirada unos segundos y depositó el vino de un golpe sobre la mesa. Irene pensó que si las miradas matasen Álex estaría de muestra en la cocina de Doriane, ensartado junto a algún pollo, con algo que doliera mucho, de madera a ser posible. No pudo evitar sonreír, con timidez, para no molestarla. La mujer se retiró con los labios morados de tanto apretárselos, señal inequívoca de su disgusto.

—Algún día le diremos que vienes a cenar y nos contestará que lo hagamos nosotros —le recriminó Sandrine.

—Que se ponga una cofia o algo en ese moño —respondió Álex riéndole a la copa de vino.

Irene se dejó envolver por el ambiente distendido. Trataba de recuperar la ausencia de Miguel. Igual que hacía de niña cuando Álex regresó de su internado en Suiza. Los tres deseaban recobrar a borbotones el tiempo perdido.

Miguel se había desmarcado de la conversación y la observaba en silencio desde la cabeza de la mesa. Ella le dedicó una sonrisa fugaz que mostrase lo diferente que era todo en su ausencia, pero él no le devolvió el gesto, y entonces supo que Miguel no la estaba viendo en absoluto.

Lo que llamaba la atención de Miguel estaba justo detrás de ella, en el marco de la puerta que daba al recibidor. Irene quiso asegurarse y echó la vista atrás, despacio, acariciándose el cuello, temiendo romper

la magia si hacía un movimiento brusco. Lo que miraba él con frialdad era una pequeña porción de la escalera que subía a la segunda planta. Por un momento, a Irene le pareció ver a la madre de Miguel bajar lentamente, escalón por escalón, solemne, impasible como lo había sido toda su vida. Que bajara la madre por las escaleras era imposible, ya que ella y su marido se habían retirado a un pueblecito de pescadores en la costa. Por ese motivo, cedieron la casa a Miguel, y a Doriane con ella. El abuelo de Miguel, un hombre arisco que parecía el joyero de la reina, no de un pueblo, había nacido allí, así que a su padre se le ocurrió que podía ser un buen lugar para ir «cerrando la tienda», como le gustaba decir.

Irene sabía que a Miguel le preocupaban no solo los deprimentes inviernos junto al mar, sino su madre, una señora de ciudad que ya tuvo serios problemas para acostumbrarse a vivir en un pueblo cuando aceptó la mano de su esposo. La sola idea de imaginársela caminando por un pequeño paseo de apenas cuarenta metros una y otra vez, una y otra vez, lo martirizaba. Pero con Irene, Miguel era siempre sincero y, en una ocasión, cerca del viejo molino, le confesó que lo que le torturaba era la posibilidad de que cualquier día se la podía encontrar de vuelta en casa. Mal soñaba que un día al despertarse, desde el balcón de las escaleras, la vería en el recibidor. Allí junto a la puerta de entrada, con las maletas a sus pies, erguida como ella iba siempre, con sus manos apretadas con fuerza entre sí sobre su estómago. Lo miraba desde abajo sin mostrar el más leve atisbo de emoción, como una auténtica condesa rusa. Pero la desazón se tornaba en dicha cuando junto a ella, a media luz, aparecía Sandrine y segundos después la propia Irene. Los sueños son curiosos.

«El balcón de las escaleras», recordó Irene. La casa era grande, eso era indiscutible, y de decoración insípida, pero esas escaleras conseguían que cualquier visita frunciese el ceño, extrañada por la descompensación que suponían. Eran algo inesperado, como encontrarse un campo con flores de rabiosos colores en una ladera nevada en el más crudo de los inviernos. Un vestíbulo no muy amplio, decente, pero en ningún caso suficiente para unas escaleras que subían una por cada lateral del recibidor para encontrarse en un precioso balcón con baranda de mármol en el segundo piso.

Esas escaleras, desfasadas por su grandilocuencia si se comparaban con la casa en sí, fueron otra de las ideas de su madre para recordar al mundo que ella no pertenecía a un pueblo perdido de la mano de Dios. Era un hecho absurdo, y seguramente la idea la habría sacado de esa profunda admiración por Anna Karénina. La aristócrata se atrevió a vivir lo que ella jamás pudo y que, en lo más profundo de su

corazón, sin duda, había deseado. De hecho, la madre de Miguel comentaba sin reparos que Tolstói debía de ser una mujer. Según ella, el pobre conde del que todo el mundo hablaba solo pondría el nombre, y semejante obra de arte únicamente podía haberla escrito su esposa. Eso, si existía Tolstói, cosa que ella dudaba bastante.

Cuando salía a caminar en las noches de primavera con un abrigo de visón blanco que habría hecho sudar a un oso polar, la pobre mujer debía fantasear con los majestuosos palacios de San Petersburgo en lugar de con este pequeño pueblecito a los pies de los Pirineos, ahogado en el anonimato, y a pocas horas del mar Mediterráneo. Al bajar por la avenida del Viento Francés, con sus talones rompiendo el silencio sobre la acera reseca y los adoquines desiguales, no le costaba imaginar sus pasos sobre la nieve. Escuchaba el característico sonido algodonado, y buscaba con su mirada más allá del puente helado de Pevcheskiy. Sobre el ancho puente, la sencillez de las diversos tenderetes denotaba la precariedad de sus propietarios. Todos ellos vendían artículos religiosos, y velas, montones de ellas, de todas las formas, colores y tamaños posibles. Los vendedores trataban de llamar la atención con gestos porque el frío helaba las palabras. No descansaban. La venta de una pequeña estampa de madera de santa Olga o de Iliá en el santo sepulcro suponía que su familia podía comer casi toda la semana.

Pero ella solo veía el helado río Moika. Se acercó a una de las barandillas hechas de hierro forjado, pintadas de un verde herrumbroso, lo que daría al puente el perspicaz nombre de «el puente verde». El frío era doloroso. Dedicó unos segundos a contemplar las hojas forjadas en la barandilla cubierta de una fina capa de hielo, pero su vista se dirigió más allá del río, a las calles de San Petersburgo, cargadas de un inusual ajetreo para el frío reinante.

La luz proveniente de las farolas de gas daba pinceladas de ocre puro a las fachadas de las preciosas mansiones que correteaban a lo largo del río. Ese acogedor tono dorado que también salía vivaz de los ventanales, mezclado con el intenso azul del helado norte, la fascinaba. Soñaba con ser una de las muchachas que bajaban de los fastuosos carruajes. Esas chicas que entraban a toda prisa en los palacetes de la mano de apuestos caballeros, con un futuro deliciosamente misterioso por descubrir, y con una sonrisa que se combinaba con la dulce música que surgía de los pisos superiores.

Soñaba con todo eso hasta que la calle llegó a su fin. Llamarla avenida fue la broma de mal gusto de alguien, que, con toda probabilidad, el lugar más lejano en el que había estado en su vida era el pueblo de al

lado; alguien que compararía su triste arroyo con el Neva, su maltrecho ayuntamiento con el palacio de invierno, o esa raquítica calle con la promenade des Anglais; alguien que no sabía apreciar las oportunidades que te daba el mundo. «Sabrá lo que es una puñetera avenida», pensó la mujer con desprecio.

El atardecer de San Petersburgo se transformó en una pequeña plazoleta con una triste fuente en el centro. Un simple cono truncado de piedra, que escupía un agonizante chorro de agua por un surtidor tan oxidado como sus sueños. Ni señal de las majestuosas mansiones, ni de los carruajes, ni del azul intenso del cielo, tan solo una pequeña zapatería, un muro de piedra medio derruido, y un poco más allá un banco de piedra. Mucho más simple que cualquier banco que hubiera existido jamás en la Rusia imperial.

Desde allí, tres ancianos la escrutaban sin ningún tipo de pudor. Al verlos, aceleró la marcha para cruzar cuanto antes la pequeña plaza, y refugiarse en la estrecha calle del norte que nacía de uno de sus laterales. Cuchichearon, pero ella siguió su camino, alejada millones de años de San Petersburgo.

Así pues, la madre de Miguel ideó un plan para estar día tras día cerca de lo que ella se merecía: unas escaleras dignas de una duquesa para que todos los provincianos que entrasen en la casa supieran lo que hay más allá de los campos de trigo y el río. Cuando Miguel tuvo uso de razón le daba una vergüenza tremenda ese momento en el que alguien, conocido o no, visitaba la casa por primera vez. Las caras de estupor y de repulsión que solían poner aún se le aparecían en sueños.

De niños, a Irene y a Álex siempre les resultó graciosa la prisa que mostraba Miguel al entrar en su propia casa para evitar enfrentarse a las dichosas escaleras. Lo hacía caminando con total normalidad, pero al poner un pie en el recibidor, aceleraba sus pasos de una manera realmente cómica hasta la cocina, o donde fuera que estaba su destino. Con el tiempo, al entrar en la casa, Irene empezó a caminar más rápido que el propio Miguel, y este se veía sorprendido al ser adelantado por ella a su izquierda mientras le murmuraba al oído: «Escaleras… horribles escaleras». Alargaba la «s» final hasta que caían muertos de la risa.

El mismo día que Miguel anunció a su padre la intención de casarse con Sandrine, le preguntó por la ocurrencia de semejante atentado al buen gusto. Él se encogió de hombros y le contestó: «¿Y qué querías que hiciera? ¿Negarle más cosas? Quizás algún día tú también te veas en la necesidad de dejarte llevar por la corriente y harías mal en

resistirte agarrándote a cualquier rama seca y frágil. Se podría romper y darte en esa cabezota que tienes». Y no le faltaba razón, si su madre podía estar dos segundos en otro lugar, eran dos segundos más de felicidad al día en casa de Miguel.

—¿Dónde estabas? —preguntó Sandrine a Miguel con su habitual muestra de cariño.

Quien regresó de San Petersburgo en lo que tarda un pensamiento en desvanecerse fue Irene.

—Pensaba en que ya estoy cansado del frío. Y apenas llevo un día aquí —respondió Miguel insinuando una sonrisa.

—En verano lo echarás de menos… Siempre lo haces, mi loco soñador —le contestó Sandrine mientras le acariciaba el cabello.

Irene se sirvió un poco más de vino tinto, se llenó la boca con su sabor y se lo tragó de golpe. Le encantaba la sensación que dejaba el vino en todos los rincones de su boca, quizás más que el sabor de la propia bebida. Y entonces se dio cuenta. Álex observaba en silencio el esfuerzo de Miguel por mover un simple cubierto. El pecho de Álex empezó a subir y bajar descontrolado, y apretó con fuerza sus mandíbulas. Por un momento Irene se asustó de su aspecto feroz.

—Te juro que como me cruce con él de nuevo no va a salir tan airoso. Quemaré su sucio cuchitril con él dentro —dijo Álex.

Miguel lo miró a los ojos. Si Álex buscaba complicidad en él, no la encontró.

—Déjalo ya, ¿quieres? ¿Te parece que es buen momento para volver a sacar el tema? —preguntó Irene molesta.

—Ese tipo es un cavernícola, coño. Permite que nos regocijemos un poco —protestó Alex.

—Irene tiene razón. Déjalo ya. Pero si me preguntas, creo que actuasteis como unos críos —intervino Aurélie.

Fue una novedad que Aurélie rompiera su silencio para dar una opinión y que no fuese un «sí, gracias». Los cogió a todos tan por sorpresa que un silencio incómodo reinó en el comedor durante unos eternos segundos.

—El tipo será un cavernícola como dices —prosiguió Aurélie—, pero

os pasasteis. Tapiar la puerta de su casa es una broma demasiado pesada, incluso para él.

—No es el momento de hablar de Étienne. ¡Dejadlo correr de una vez! —protestó Irene.

—No se trata de ninguna broma. —Álex ignoró a Irene—. ¿Cuándo te ha parecido que hicimos algo así para reírnos todos juntos? Le teníamos que haber hecho algo peor, mucho peor. Tapiarle la entrada es lo mejor que le ha podido pasar.

—¿Lo mejor? —preguntó Miguel.

—Claro, ¿tú qué querías hacer? Si fuera por ti, le hubiéramos dado unas palmaditas en la espalda. Le hubiéramos dicho que eso que le hizo a Irene estaba un «poquito» mal, y que, por favor, no lo volviera a repetir. Si en el fondo es un encanto el tipo. Coño, voy a invitarlo a unas copas, después de todo no puede ser malo. Eso si lo encontramos, porque a estas alturas debe de estar camino de la India, como el tipo del cuento de Aspasia.

—Escúdate en el sarcasmo. Es tu punto fuerte —replicó Sandrine.

—Pues decidme, ¿qué teníamos que haber hecho? Os escucho, venga —preguntó Álex.

—Estoy agotada de todo esto —manifestó Irene.

—Pues nada, no teníais que haber hecho nada. No quiero sonar insensible, Irene, pero tampoco es tan grave. Quiero decir, es un mal trago, está claro, pero esas cosas pasan, la gente deja a la gente y cada vez ocurre más. Y no pasa nada, acepta que hablen las viejas. ¿Lo mejor? Pasar página, no hay necesidad de actuar como «cavernícolas». —Aurélie dijo esa última palabra, casi desafiante.

Irene sabía que el dulce desconocimiento de Aurélie no sería motivo suficiente para perdonarla.

—No solo la dejó. No tienes ni idea. Abres poco la boca, pero cuando lo haces… —intervino Álex.

—No sigas por ahí —le recriminó Irene con frialdad.

—¿Vosotros lo veis normal? —prosiguió Aurélie—. Si todo el mundo actuase así, al menor contratiempo esto sería la jungla.

—Pero ¿qué jungla…? ¿De qué coño hablas? La jungla… Qué sabrás tú de la jungla. —Álex negó con la cabeza—. Cierra la puñetera boca, anda.

Irene advirtió que Miguel bajó la mirada, tentado, pensó, de perderse en el Amazonas, pero el pálido rostro de Aurélie se lo impidió.

—No seas así. Aurélie no sabe todo lo que ocurrió —dijo Sandrine.

Demasiado tarde, Aurélie ya estaba herida. Irene lo sintió enseguida. A la pobre le pareció que ya tenía la confianza de todos para hablar con franqueza, pero ese cruel arrebato de Álex la hizo temblar. Y no porque Álex no fuese difícil, que lo era, sino porque la humillación es siempre doblemente amarga delante de otros, y te traspasa si es delante de los que intentas agradar. La mirada de Aurélie se quedó fija en una de las copas medio vacías que correteaban por el mantel. Se pasó una servilleta por los labios con delicadeza sin apartar la mirada de la copa, e Irene vio en ello un claro indicio de que esta iba a acabar en la frente de Álex. Y se lo tendría merecido. Sin embargo, con el rostro sereno, pero sin alzar la mirada de la mesa, se levantó.

—Disculpadme —dijo y abandonó el comedor, miró de reojo las ridículas escaleras y salió de la casa en silencio.

—Gracias. Muchas gracias. Hoy tenía que ser una noche especial. ¿No sabes comportarte? —le recriminó Irene a Álex.

—Pero si me he comportado. He dicho «puñetera boca» en vez de «puta boca».

—Con los años te vuelves más idiota —dijo Irene, y tiró su servilleta sobre el mantel.

—Joder —masculló Álex. Tomó entre sus dedos uno de sus cigarrillos, jugueteó con él mientras meditaba su respuesta y al final lo encendió. Dio una profunda calada, y con todo el humo aún en su interior, apuró la copa de vino que tenía enfrente. Miró el cigarrillo como si fuera culpable de algo. Con fuerza lo apagó en su plato—. ¡Joder! —repitió de nuevo, y se levantó apresuradamente.

—Por aquí nada ha cambiado, ¿verdad? —habló Miguel.

Álex no se inmutó por el comentario, pero al pasar por detrás de Miguel le soltó una sonora colleja que provocó la sonrisa cansada de este. Y salió de la sala a toda prisa.

—Esto no me lo pierdo. ¿Vienes? —le interpeló Sandrine a Irene.

Irene no tuvo tiempo de preguntarse adónde quería ir.

—Sígueme. Corre.

Las dos chicas subieron a toda prisa por las colosales escaleras. Entre risas apagadas llegaron al que fue el dormitorio de los padres de Miguel. A oscuras, y rodeadas de las brumosas siluetas de los muebles, Irene aún pudo ver los cabezales, de un dorado intenso, al igual que los pomos de las puertecitas de los armarios, y el recargado contorno del espejo que devolvió su fantasmal imagen envuelta en una luz que creía no poseer. Le recordó el altar dorado de la catedral de Narbona, que fue a ver con su tía un fin de semana que visitaban a una de sus misteriosas amistades. Esas amistades que aparecían de la nada; esas de las que no hablaba nunca, pero que conocía sus vidas como si las hubiese vivido ella misma. Un vínculo profundo e incomprensible, que aparecía y desaparecía sin hacer el menor ruido. Por Dios, el mismísimo zar dormía en una habitación menos dorada que esta.

Sandrine abrió despacio la ventana que daba al jardín. Espionaje. Qué diablos, Álex se lo tenía merecido. Cuando las dos iban a asomarse en su furtivo intento de fisgonear, Miguel reclamó a Sandrine desde abajo. Ella protestó, pero Miguel quería retirarse y subir las escaleras sin ayuda todavía era una tarea complicada en su estado. La esposa de Miguel salió a toda prisa del dormitorio, no sin antes pedir a Irene que estuviera atenta a cualquier detalle.

Al acercarse a la ventana sobre el pequeño jardín que custodiaba la entrada de la casa, Irene notó una brisa gélida que la despejó al instante. La encandiló el sonido que producía esta al colarse entre las secas hojas de las dos moreras que guardaban el portón enorme de hierro que daba a la calle. Observó con la poca luz que provenía del interior de la casa, las miles de piedrecitas redondas que formaban un camino estrecho desde la puerta de la casa hasta la mismísima calle. Iban perdiendo la batalla contra la mala hierba que crecía por los bordes y amenazaba con comerse el camino o la casa entera. Trató de ver en la oscuridad la verja que rodeaba la casa, sin suerte. Desconocía cuánto tiempo había estado dejándose llevar, pero de repente se le ocurrió que estaba ahí por otra razón que escuchar el sonido de la brisa entre las hojas de las moreras. Distinguió a Aurélie, aún sola. Se abrazaba a sus rodillas, sentada en el último escalón del rellano con los pies hundidos entre las piedrecitas. Su hombro y su cabeza reposaban en la estrecha columna de piedra natural que sostenía el porche. Pero… ¿Y Álex? ¿Dónde estaba Álex?

Lo descubrió acurrucado junto a la puerta, con las manos en la cabeza a escasos cinco metros de Aurélie, que ni siquiera se había percatado de su presencia. Tiritaba en silencio y se golpeaba con la palma de la mano. Irene tardó unos pocos segundos en entender la situación. Parecía enfermo. Entonces Álex alzó la cabeza y clavó la mirada en la oscuridad. Se le veía muy asustado. Abrió su mano y extendió el brazo. Quería parar esa oscuridad. ¿Pararla, o buscaba ayuda? No era fácil distinguir la diferencia. Se alzó despacio, continuaba en un silencio horrendo. Solo Dios sabe lo que veía, pero estaba aterrado.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Sandrine al acercarse entre risillas a la ventana.

—Álex. Le pasa algo —contestó Irene.

—Yo lo veo muy bien.

Fue nada más un instante. Menos de un segundo que Irene había apartado la vista de la ventana al entrar Sandrine, y cuando miró de nuevo, Álex estaba de pie, junto a Aurélie, encendiendo otro cigarrillo. Como si nada hubiese pasado.

—¿Puedo sentarme aquí? —dijo Álex y señaló un espacio en el escalón junto a Aurélie.

Irene tuvo que poner todos sus sentidos para escuchar lo que decían. La distancia no era insalvable, pero el silencio de la noche era tan violento que impedía oír con claridad.

—Haz lo que quieras.

Álex se apoyó en el hombro de Aurélie y se dejó caer junto a ella.

—Es horrible —comentó Aurélie sin mover un solo músculo.

—Lo sé, y tú no tienes que vivir conmigo. Yo lo hago desde hace un montón de años y estoy de acuerdo: es horrible.

—Tu tabaco. Es horrible —puntualizó Aurélie—. Me imagino que va a llegar un marinero egipcio sudoroso, gordo y peludo en cualquier momento y apareces tú.

—Mejor, ¿no? En cualquier caso, sería un marinero turco gordo y peludo. El tabaco es turco. Está visto que hoy no puedo dar más de dos caladas.

Álex lanzó el cigarro a medias contra las piedrecitas del camino, que estalló en un buen número de trazos incandescentes que llamaron su atención. Irene ya había notado que Aurélie estaba en conflicto constante consigo misma. A solas con él quizás era agradable, divertida, inteligente; alguien con quien cualquier hombre se plantearía una relación, pero no Álex. Era demasiado exigente para alguien tan vulnerable.

Durante la cena Irene la estudió. El nerviosismo la poseía, su mandíbula resaltaba el esfuerzo de los dientes apretados por la tensión y no parecía ser más interesante que un vetusto florero que podrías encontrar en la mesa de cualquier casa del pueblo. «No tiene nada que hacer con Álex. Cuanto antes se dé cuenta la pobre, mejor. Quizás Álex podría cambiarla», pensó un instante. Aunque él nunca había creído en eso de cambiar a la gente. «Lo que ves es lo que hay», solía decir.

Álex contaba cómo siempre había reprochado a su padre que hubiera hecho eso mismo con su madre. La abuela materna siempre recordaba entre lloros cómo era ella antes: una persona cariñosa, sencilla y alegre. Su padre la había convertido en alguien sin vida y vacía de cariño. No tenía pasión por nada, y así podía ajustarse a los cánones que él creía que necesitaba alguien de su posición. No se dio cuenta de que, al cambiarla, borraba de un plumazo todo lo que le gustaba de ella. Hacía años que no se soportaban, y se movían por el mundo con delicada estrategia para nunca coincidir a menos de dos mil kilómetros el uno del otro.

—Irene es como nuestra hermana pequeña. Solo nos tiene a Miguel y a mí. Bueno, también tenía una tía, pero estaba más para allá que para aquí —comentó, mientras se señalaba la cabeza—. Aunque como has podido observar ninguno de nosotros o de nuestras familias estamos perfectamente cuerdos. Los tres somos hijos únicos y supongo que eso nos unió aún más. Bueno, al menos ellos son hijos únicos, yo no estoy seguro… —Álex se quedó inmóvil unos segundos eternos—. Por las andanzas de mi padre, quiero decir.

Sin grandes detalles, Álex le comentó lo ocurrido con Étienne. Su voz parecía quebrada, cuando narraba el estado en que encontraron a Irene aquella tarde lluviosa de verano. A Irene le costó muchísimo esfuerzo escuchar el relato con claridad. Sandrine tomó la mano de Irene, la apretó con fuerza y le brindó una reconfortante sonrisa.

—Sí, lo entiendo, pero ¿qué culpa tenía yo?

—Ninguna. Sobreproteccionismo supongo.

Aurélie se volvió, acercó su rostro al de Álex, con la mirada fija en sus ojos. «Aurélie espera un beso que no le apetece darle», pensó Irene convencida de conocer a Álex mejor que él mismo. «Al menos no por ahora».

—No vuelvas a hacerlo, ¿me oyes? —sentenció Aurélie.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—Hecho.

—Y hablo en serio. Si vuelves a humillarme, no me verás nunca más.

Esa última frase sorprendió a Irene. Quizás se había equivocado en su apreciación de Aurélie, pero de lo que sí estaba segura es de que Álex nunca había llevado bien los ultimátums. Pero en ese preciso instante, y por primera vez, se dio cuenta de la voz de Aurélie. Era dulce pero seca, elegante y reconfortante, se mezclaba a la perfección con su sonrisa y su rostro cubierto de unos rizos negros como la noche en el jardín de Miguel. La voz que uno desearía escuchar antes de pasearse por los sueños ajenos, y el primer sonido que el mundo entero anhelaría oír al despertarse. El mundo entero menos él.

—Cuéntame algo más de ti. Algo interesante, algo que no sepa casi nadie —le propuso Álex.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Cualquier cosa que te apetezca, pero con detalles.

E Irene vio cómo Álex echó su cabeza atrás, retando a la oscuridad, y cerró los ojos.

Así Aurélie habló sobre su familia, sobre el negocio venido a menos de sus abuelos y lo mucho que tuvo que luchar su padre para mantener a flote el patrimonio de muchas generaciones. Le habló sobre su hermana, un encanto, y tan y tan felizmente casada con un capitán de la marina que solo lo veía una semana cada cinco meses. Comentó sin rubor cómo su madre había dado un salto de alegría al conocer la noticia de que se veía con Álex, y había concertado una reunión de vecinas únicamente para comentarles la buena nueva. Le insinuó que fue su madre quien preparó la estancia de Aurélie en casa de sus tíos para estar más cerca de él, eso sí, con el beneplácito de su padre. Habló sobre el pueblo, lo mucho que le gustaban sus calles, sus

campos dorados en verano, y el contraste de estos con los bosques que se abalanzaban como olas de mar verdoso sobre las serenas espigas. Mencionó lo mucho que echaría de menos todo eso cuando tuviera que coger el tren para regresar a casa de sus padres en unas semanas. La ternura en su voz revelaba que no era todo eso lo único que iba a echar de menos. Él asentía cada cierto tiempo como un autómata, e Irene sabía que hacía rato que se había perdido en el confort de la dulce voz de Aurélie, sin apenas interés en unas palabras que ella pronunciaba cálidamente y con desenvoltura, pero que él desechaba con igual facilidad.

—Se hace tarde. Debería irme. ¿Álex, no te habrás dormido? —le preguntó ella, y le dio un suave empujoncito.

Álex negó con la cabeza y sonrió con los ojos aún cerrados.

—Es pronto todavía. ¿No te apetece quedarte con nosotros un rato más? Mira que ahora empezará lo bueno ahí dentro.

—Deberíais permitir que Miguel se vaya a descansar temprano esta noche. No ha sido el mejor de sus días. —Hizo una breve pausa—. ¿Me acompañas? No me gusta caminar sola a estas horas.

—¿Eh?

Irene y Sandrine se rieron al ver cómo Álex buscaba una balsa de salvamento en el oscuro jardín, entre las piedrecillas, y entre la tenue luz que llegaba al porche. Pero a Irene se le heló la sonrisa cuando la frágil Aurélie se deslizó sin hacer ruido, como una gota de escarcha en la mañana, hasta llegar junto a Álex, y le dio un beso en los labios. Y él no protestó, ni salió corriendo. Solo le acarició el cabello.

—Debemos irnos, Sandrine. Ya no es divertido —dijo Irene.

Las dos mujeres se retiraron al oscuro dormitorio del zar. Y la ventana del palacio de invierno se congeló.

***

En las tardes dulces y tibias de los sábados, el otoño entraba en Irene. Su tarde libre la llenaba de recuerdos, algunos con luz, otros sin ella, y otros a media luz; pero eran suyos, y todos hacían que fuera lo que en

realidad era. Consciente de ello, sorbía el té amargo, sin azúcar. Le acariciaba los sentidos, y provocaba un torrente de sensaciones. Lo tomaba en pequeños sorbos, despacio, entreteniéndose entre uno y otro. El rechazo inicial del sabor agrio, pronto remitía y le daba una sensibilidad que acentuaba el gusto.

Desde el salón, contemplaba el jardín de las naranjas cuando sorprendió a su padre en sus recuerdos. Siempre había pensado que su progenitor desprendía un olor particular, agradable; fuerte pero dulce, como su personalidad. Lo recordaba delante de la chimenea en su antiguo hogar. Asaba a fuego lento unas cuantas costillas de cordero, mientras ella contemplaba hipnotizada el chisporroteo de la grasa que caía sobre las ascuas. En esos momentos junto a él, con el calor y el sudor, el olor a padre se acentuaba. «El olor a padre», pensó sonriendo por lo mal que sonaba su ocurrencia. Y cuando murió, ese aroma impregnaba toda la casa, los campos y los caminos cercanos. Podía notar su presencia muchas veces, y en cierto modo le gustaba. Se sentía acompañada. En los largos paseos por los senderos alrededor del pueblo, su padre aparecía junto a ella despacito, sin hablar, y perduraba hasta que regresaba de nuevo a casa. Y eso la reconfortaba.

Todo era normal para ella, casi mágico, hasta que un día, tendría doce o trece años, su tía la llamó a la cocina para que ayudase a pelar unas alcachofas que pretendía rellenar con piñones y algo de carne picada. Al entrar en la cocina, Irene se quedó petrificada. Su padre estaba ahí. No lo veía, pero sin duda estaba ahí. Toda la cocina rebosaba de olor a él.

Irene temía entrar. No tenía miedo de su padre, pero el olor era más fuerte que nunca y eso no era del todo normal.

—¿Te vas a quedar ahí plantada? —preguntó desesperada Aspasia, sin parar de moler en un mortero de porcelana.

Irene la miró con ojos temerosos sin responder.

—Haz el favor de ayudarme, ¿ves esas alcachofas? Quítales las hojas, al menos diez de cada una. ¿Sabes? Con las hojas puedes preparar té, que va bien para adelgazar. Al menos eso dicen, ¿te imaginas? Quién querría adelgazar y parecer que no está sano. —Se rio Aspasia.

La pequeña Irene tomó una alcachofa con sus manos y la miró sin saber muy bien qué hacer. Aspasia dejó el mortero y se acercó a la niña.

—Fíjate, tienes que retirar el tallo, así —le explicó al dar un golpe seco con un cuchillo a la pobre alcachofa—. Y no te cortes, ¿eh? Ve con cuidado. Luego, vas quitando las hojas hasta que empiece a aparecer la parte blanquita, y ya está. Yo ya haré el resto. ¿Entendido?

Irene asintió con la cabeza.

—Así me gusta, mi cielo —dijo Aspasia que acarició con delicadeza el mentón de la niña, y regresó a su mortero.

Entonces Irene lo sintió. No era su tía sino su padre quien la había acariciado. Su inconfundible y agudo aroma la cubrió. Era muchísimo más intenso que el que impregnaba la cocina. Creyó verlo. La acariciaba, le sonreía, y pedía que fuera fuerte, que lo perdonase por haberla dejado sola tan pronto. Pero eso era algo que ella todavía no estaba preparada para hacer. Aun así, lo echaba tanto de menos. Se detuvo a mirar a su tía que seguía moliendo. Se aproximó despacito a ella. El sabor dulzón del campo salía a borbotones de aquel mortero donde su tía molía con fuerza. Cuanto más se acercaba, más olía profunda y extrañamente a su padre.

—Parece que nunca antes hubieses visto moler comino —pronunció su tía sin parar de triturar las pequeñas semillas.

Irene no contestó. Descubrir que ese olor característico no era de su padre sino de una planta la perturbó. Trató de asimilarlo, pero se mezclaba la imagen de él, de la planta y de su tía, sin orden alguno. Todas luchaban por ser la primera en la importancia de sus recuerdos. Trataba de pensar dónde estaba el error, cómo podía haberlo confundido todo. Absolutamente todo.

—Tu padre fue quien me aficionó a cocinar con comino. Preparaba un queso rebozado en pan rallado, con comino, romero, un huevo, un poquito de pimienta negra y todo frito en aceite bien caliente, que era una delicia. ¿Te acuerdas, Irene?

—Sí —respondió Irene. Pero mentía. No podía recordarlo.

—Contaba que en su país cocinaban mucho así y él extrañaba esos sabores. Decidió aclimatarse a base de hacer la comida lo más parecida a lo que tenía en su tierra. Eso incluía montones de comino en la carne asada que él solía…

Irene ya estaba fuera de la cocina, pasillo arriba hasta el jardín que ahora contemplaba. Le faltaba el aire, y, al tocarse la frente sudada, le pareció que ardía. Contempló con detenimiento unas lilas que crecían

en el jardín y se preguntó si su tía se las comería pronto. No quería pensar en su padre, así que llenó su cabeza con miles de pensamientos estériles. Tantos, que quedó abrumada. Su tía, que estaba a las puertas del jardín, lo notó enseguida.

—Perdóname, mi niña, no debería haber hablado tanto de él.

Aspasia maldijo entre dientes su poco tacto. Se disculpó. Más adelante Irene sabría el motivo. Su tía, que siempre había odiado que en los funerales se dijera el nombre del difunto sin cesar, había hecho lo mismo con su sobrina. Solía contemplar cómo los familiares del muerto se ahogaban en dolor cada vez que el capellán pronunciaba su nombre, y lo repetía una y otra vez, una y otra vez. «Por Dios —decía —, no lo repitas más». Y el párroco seguía sin contemplaciones, deseando poner un nombre a ese cuerpo vacío: «Dominique siempre iba a trabajar como buen cristiano. Salía de casa y besaba a su esposa a la espera de un provechoso día. Anselme era un miembro importante de nuestra comunidad, y esta noche llegará a las puertas de Jerusalén. El recuerdo de la risa de Gauthier perdurará entre nosotros». Más de una vez, Irene pudo escucharla cómo decía muy bajito para que nadie pudiera oírla: «¡Deje de nombrarlo de una puñetera vez! ¡No va a volver y está desgarrando a esa pobre mujer! ¡Idiota!».

Aspasia se acercó a Irene y la abrazó.

—Todo va a ir bien, cariño. Ya lo verás —dijo, y le dio un beso tierno en la cabeza.

Su tía nunca supo que no tenía nada que reprocharle, y que después de aquello estuvo mucho tiempo sin perdonarse su propia ingenuidad. ¿Cómo podía haber sido tan tonta? ¿Cómo pasó todos esos años pensando que el dulce olor del comino era su padre?

***

Había escuchado a personas enfermas quejarse menos que la vieja puerta de su casa al cerrarse. La maltrató con un golpe seco, sin miramientos. Sus lamentos la dejaron impasible. No tenía prisa, iba camino del trabajo con tiempo suficiente, y no le importaba nada la maldita puerta. Quería salir de allí. El viento trepaba calle arriba y la inmovilizó tan pronto puso un pie en la acera. Como una serpiente traicionera, entró por todas las comisuras de su vestido, y en

segundos, le heló toda la piel hasta cubrir su cuerpo entero. Pero ya no se dejaba engañar. No era frío lo que tenía. Era miedo.

Unas horas antes, la despertó el primer rayo del día al ascender por la ventana de su dormitorio. Por primera vez, esa luz inicial no fue hostil. Se sintió descansada, envuelta en ese momento donde las preguntas tienen fácil respuesta y el tiempo se mueve al ritmo que uno quiera darle. Se quedó de lado en su cama, ensimismada, viendo cómo el sol ganaba centímetros en su ventana. Reflexionó si le gustaba esa sensación cuando la luz se convierte en una aliada poderosa. Y decidió que sí, esa mañana le encantaba. Pero una gota fría y solitaria que bajaba decidida por su espalda la descentró. Notó un súbito dolor intenso por esa zona, y en pocos segundos apenas quedaba un centímetro que no le doliera. Se movió intranquila, con un daño terrible. Entonces, sobrecogida, reparó en su hombro. Tenía un aspecto violáceo, con los bordes amarillentos. Era un golpe espantoso. No podía ser. ¿Qué estaba ocurriendo?

La gota volvió a llamar su atención. Continuaba un descenso espeso e hiriente por su espalda. Pasó su mano por allí, intentó frenar la maldita gota, para descubrirla de vuelta, cubierta en sangre. Se asustó muchísimo, y se quedó sentada sobre la cama sin poder apartar la mirada de la mano ensangrentada.

Entonces escuchó la respiración junto a ella. Recuperó un pánico, que ya casi había olvidado, al ver a Étienne durmiendo plácidamente. Pero no dormía, no, sonreía con los ojos cerrados.

Y volvió a mirar su mano ensangrentada, y esta se fue oscureciendo, despacio pero implacable, hasta que no pudo distinguirla en la oscuridad.

Aún era de noche afuera, y por su ventana no entraba ninguna luz traidora. Se había despertado con temblores, ajustando su vista en su mano sorprendida. No se giró, pero con su brazo dio un golpe rápido al rincón opuesto de su cama para asegurarse de que no existía ningún Étienne cerca de ella.

Le hubiera gustado preguntar a Aspasia ¿por qué no tenía a ninguno de esos caminantes de sueños que velase por ella? O, si lo tenía, por qué hacía tiempo que la había abandonado.

Ya no pudo dormirse de nuevo. Desayunó un huevo escalfado y un poco de pan con mantequilla sin poder quitarse el sueño de la cabeza. Y allí estaba, resistiendo al helado viento matinal. Desde fuera, su

caminar decidido podía ser reflejo de una persona poderosa y firme, pero tan solo era la muestra de su deseo en acortar las distancias para no tener que pensar demasiado.

Apenas se había cruzado con un par de personas, y ni siquiera las había mirado a los ojos, temerosa de no poder esconder su secreto. Siguió caminando así, cabizbaja, unas cuantas calles cuando pasó un carruaje cerrado junto a ella; tan cerca que casi la golpea en el brazo. A un grito del ocupante, el cochero detuvo a los caballos.

Ella ni se inmutó. Pasó junto a la ventanilla sin importarle el alejado mundo que podía haber en su interior y siguió su camino.

—¿Señorita Irene?

No pudo reconocer la voz. Quizás era la helada mañana, pero le pareció aterciopelada y suave, lo suficiente como para detener el frío penetrante. Al darse media vuelta, se sorprendió al descubrir a Philippe Ancel, el dueño del laboratorio de perfumes, en la acera, con la puerta del carruaje aún abierta.

—Señorita Irene, ¿desea que la acerque al trabajo? Me dirijo hacia allí. Tengo que hacerle unos pagos a la señora Clothilde —explicó Ancel.

—Se lo agradezco, pero ya voy a pie. No se moleste. El frío me despeja.

«El frío me despeja». Entre los millones de excusas idiotas que se le habían ocurrido esta era la peor con diferencia. Mil imágenes se agolparon en su cabeza, desde el confort del carruaje, a sus dedos helados, pasando por las caras en el trabajo si la veían descender del carruaje de Ancel y solo se le ocurrió: «El frío me despeja».

—Por favor, vamos al mismo lugar y esta mañana el frío es terrible.

Irene pensó que dos excusas tan seguidas dejaban atrás la cortesía y trascendían ya el terreno de la mala educación. Accedió y quiso pensar que fue porque la trató con dulzura. Llevarla era un simple detalle, pero ese día necesitaba a alguien que la protegiera, aunque solo fuera del frío. «El trayecto en carruaje no sería más de diez minutos», pensó. Podía vivir con ello.

Al sentarse frente a Ancel la invadió un aroma alejado de las calles de Céret. Al igual que las batas que llevaba a lavar, el carruaje desprendía un aroma delicioso a limón. Pero últimamente ella se

entretenía en buscar las sombras en sus sueños y le pareció un perfume demasiado fresco para esta época del año.

—¿Usted es de París, señor Ancel?

—Así es. ¿Lo conoce?

—No. Nunca he tenido el placer de visitarlo.

Jamás había estado en París, pero Aspasia le había hablado tanto de aquella ciudad que parecía una vida dejada atrás, más que una vida por existir.

—Vivía en la rue Norvins, a escasos metros de la esquina de la place du Tertre en Montmartre —contó Ancel—. Los domingos salía de mi apartamento y podía pasar horas enteras en la pequeña plaza rebosante de pintores y cafés con sus terrazas, que hacían de oficina a escritores y poetas. Había magia en ese ambiente bohemio, coronado por las cúpulas del Sagrado Corazón.

—Ojalá pueda conocerlo algún día.

—¿Por qué no? Es cuestión de que lo desees realmente desde tu corazón. Quizás es egoísmo, pero si no es así, el futuro te ignorará por completo.

—Si me permite la pregunta: ¿cómo dejó París y vino aquí? No es que me disguste Céret, al contrario, pero no es precisamente París.

—Se lo cuento si me promete no reírse.

—Trataré de no hacerlo. —Se rio Irene—. Perdón. Lo prometo.

Ancel le habló de la joven pecosa de cabello negro como el mar más profundo, que cada domingo a media mañana, lloviera o hiciera un sol de justicia, se subía a un cajón de madera en una esquina de la place du Tertre y empezaba a recitar poemas que había escrito días antes. La mayoría eran bastante pueriles, y la pobre muchacha no tenía especial porte para expresarlos delante del público. Solía hablar de los sentimientos de los árboles solitarios, y de las tormentas que se ciernen sobre los verdes prados de los países del Loira. Iba a escucharla porque cuando terminaba, le devolvía una sonrisa que le llenaba los días siguientes de oxígeno para seguir adelante con su vida. Ir cada domingo por la tarde a verla era la mejor manera de afrontar las luces agonizantes del único día libre que tenía. Irene no necesitó mucho más para imaginar una deliciosa plaza parisina llena

de pasión, luz y color.

Con el tiempo, Ancel notó un pequeño cambio en los poemas de la joven. Las sensaciones pasaron a ser emociones cada vez más personales. En poco tiempo, la gente que la rodeaba cada domingo pasó de ser una fiesta alegre a un grupo de maravillosos inadaptados que se sentaban junto a ella para escucharla, con la mirada perdida mucho más allá de la place du Tertre.

Sus poemas eran cada vez más bonitos y personales. Se notaba una creciente mejoría en sus versos, señal de que algo dentro de ella devoraba sus cimientos, y los reconstruía con una base de precioso mármol italiano. Aunque sus composiciones fueran cada vez más amargas, su sonrisa continuaba siendo el motor que los reunía a todos allí.

Pero todo cambió. Un domingo, la joven hizo su clásico ritual de llevar el cajón de madera que le guardaban en el Café du Nord hasta una esquina de la plazoleta. Se subió a él, dio tiempo suficiente a que la gente se agolpara a su alrededor, aspiró profundamente y se preparó para iniciar su poema.

Pero no empezó. Estuvo unos segundos eternos mirando a toda la plaza, fueran pintores, acróbatas, camareros o gente de paso. El silencio ya era a todas luces incómodo cuando la joven habló. Y su voz ya sonó desgarrada desde las primeras palabras. Esta vez, narraba la historia de un chico por el que ella sentía un lazo especial desde hacía muchos años.

Las primeras estrofas narraban cómo forjaron una amistad a golpes de risas y carreras, en su adolescencia. Ella era muy poco femenina, pero a él, un detalle así jamás le afectó. «¿Por qué debería importarme tu aspecto si solo te veo una hora al día, pero te pienso mil?», le gustaba decirle, pero ella únicamente le respondía con una risilla que ahora se le antojaba idiota. Eran cómplices, aliados en mil aventuras cuyos puertos eran las esquinas olvidadas de Montmartre. La joven, en silencio, no deseaba otra cosa que divertirse. Ya entonces solía escribir unos cuentos cortos que él le pedía que le narrase, bajo el mágico cielo de París.

Cada verso era un golpe al corazón de los oyentes, porque todos y cada uno de los que allí se encontraban tenían a alguien a quien recordar de un modo parecido.

—¿Ha tenido a alguien así? —preguntó Ancel.

Irene, que miraba por ventanilla y hacía rato que navegaba entre las palabras de Philippe, asintió.

Ancel continuó narrando el poema de la joven. Las siguientes estrofas los llevaban a él a la École Supérieure de Commerce y a ella a su casa, ahogada por un padre arrogante y de pocas luces. Pero, aun así, ella se escapaba para estar con él; para contarse los segundos y despachar a gusto a quienquiera que no fuese amigo. El joven cada vez estaba más ocupado y ella lo entendía, la amistad debe cuidarse, pero no imponerse.

Las salidas juntos por las luminosas noches de París iban disminuyendo. Una velada, él, envalentonado por el vino de Alsacia, se quedó mirándola. Sintió que su piel gritaba que ella era la única razón que le daba sentido a seguir respirando. Le acarició el cabello y, pese a la mirada confusa de ella, trató de besarla. Pero entre risas lo apartó. Hombres.

Y llovió en París. Llovió muchos días. Llovió en semanas diferentes y en meses que parecían lejanos. Y cada día de lluvia era otro día pasado. Y transcurrieron muchos, hasta que llegó el amor. Pero no el que los oyentes de la place du Tertre esperaban. El joven se enamoró de una carismática mujer algo mayor que él. Era una dama de buena familia que conocía mundo y disponía de un pasaporte ideal para poder mejorar su posición.

No era un reproche. En los versos rotos de la pecosa no hubo una sola recriminación al joven amigo. Ella quiso seguir escribiendo pese a las continuas ofensas de su padre. Empezó a recitar sus poemas en la plaza para avergonzar al viejo, porque estaba cerca de su casa y todo el mundo de por allí los conocían. Lo que empezó como un desafío, llenó su vida entera, y ya no pudo parar. Su amigo también iba a escucharla cada domingo con el grupo de bohemios que se reunía a su alrededor.

—Fue divertido cuando recitó esa parte, porque todos los que estaban en la plaza atentos al poema, se miraron y buscaron quién era la inspiración de la joven —dijo Ancel.

Irene se imaginó la escena: ojos extraños bajo el cielo quebrado de París, que se encontraban y trataban de descubrir si bajo la cansina mirada se hallaba el hombre que había despertado en la joven tal torrente de sentimientos.

El joven se prometió con la dama de alta cuna. Cuando le dio la

noticia, la pecosa fue la mujer más feliz del mundo. Verlo sonreír, feliz, con un futuro brillante, era lo que más deseaba. Solo odió un poquito al tiempo, por ir más deprisa de lo que sus versos eran capaces de asimilar. Casi era la mujer más dichosa de París.

Las últimas estrofas helaron a toda la congregación. Llegó el día de la boda, y después hubo un banquete espectacular, en un salón con mil ventanas por donde entraba la luz dichosa. Iluminaba a cada uno de los comensales con desigual intensidad, pero a él, la luz lo adoraba. Estaba radiante. Su risa fresca y sincera llenaba cada rincón del salón.

Y sacó a la pecosa a bailar. Ella era feliz, pero con rasgos de esa amargura que uno tiene cuando se presenta un tiempo incierto. Feliz por haber compartido tanto con él todos aquellos años, pero triste porque se le escapaba el futuro entre los dedos. Todo eso pertenecía a otra. Y entonces, el champán que la acompañaba le obligó a decir: «Al final, te rendiste. Eres tú el que te escapas. Sí me hubieses querido tan solo un poquito…».

Su poema se volvió aún más amargo. Los versos narraban el desconcierto en los ojos de él; en ellos vio cómo la noche se tragaba el día; vio miedo y desolación. Y rabia. En su reflejo descubrió rabia.

Las palabras contaron que él la atrajo con fuerza, lo justo para poder susurrarle al oído: «No digas estupideces. Nunca me quisiste. No tienes derecho a romperme el corazón más veces».

Hubo silencio en la plaza. La joven pecosa arremetió furiosa contra los últimos versos del poema. Su voz rota contó cómo allí mismo, entre la pegajosa música del festín, se dio cuenta de que estaba enamorada de él. Y él de ella. Y quiso morir. Bebió más champán, pero el dolor la hacía impenetrable a más alcohol. Él seguía riendo y hablando, pero cuando sus miradas se encontraban iban mucho más lejos. Ella se marchó sin mirar atrás. Y así acabó el poema.

Hubo un silencio desgarrador nada más roto por los trazos ásperos de los pinceles de los artistas sobre los lienzos. La chica se bajó del cajón de madera y apartó a la congregación silenciosa, entre lágrimas y unos ojos rojos como la luna tras la erupción de un volcán.

—Pero ¿el joven? ¿No hizo nada por detenerla?

—No. Nadie la detuvo. Y se perdió entre el silencio y las pinceladas de Matisse. Nadie en la place du Tertre la volvió a ver —respondió Ancel.

—¿Y cómo supo usted que estaba aquí? —preguntó Irene mirándolo a

los ojos.

—Después de bastantes años yo representaba a la compañía de perfumes Dolen y llevamos a cabo una muestra en una tienda de moda en París. En uno de los descansos, que aprovecharon las clientas para probar otros perfumes de nuestra colección, escuché a una señora comentar su último viaje desde la Provenza hasta Barcelona el verano anterior. No hice mucho caso, hasta que habló de la joven pecosa de cabello negro como la cueva más profunda que recitaba poemas frente al mar subida en un cajón de madera en Colliure. Aprovechaba el buen tiempo y la afluencia de paseantes para pedir unos francos.

—Y se dirigió a Colliure.

—Así es. Mi matrimonio ya era un auténtico desastre por entonces, así que no me costó mucho dejarlo todo y marcharme.

—No la encontró, ¿verdad? —manifestó Irene que sabía de antemano la respuesta.

—No. Y allí nadie pudo indicarme dónde había ido después. Parece que le comentó a la dueña de una taberna que pasaría por Céret. Me acerqué sin muchas esperanzas.

—Yo no recuerdo a nadie así. Lo siento.

—No se preocupe. Ni usted, ni nadie —añadió Ancel.

—Y si la encontrara, ¿qué le diría?

—Solo quiero pedirle perdón por lo que le dije en mi boda.

Ancel comentó lo mucho que se había arrepentido por esas palabras tan frías y secas. Y de no correr tras ella aquel domingo por la tarde en la place du Tertre. De tantas cosas. Había pasado todo ese tiempo deseando disculparse. Practicaba en sus noches a solas las palabras exactas que pronunciaría al verla, pero no a ella. Quería pedir perdón, pero ya no a la mujer que se encontrase. Él deseaba pedir perdón a la joven pecosa que se fue de la plaza entre lágrimas veinte años atrás. Y a ella, no la encontraría jamás.

El carruaje se detuvo. Irene quiso observar a Philippe como si nunca le hubiese contado esa historia. Le gustó saber que, tras su apariencia fría y seria, también había sufrido. Lo humanizaba. Se fijó por primera vez en sus ojos verdes y cómo su barba empezaba a clarear. Pero lo que atrajo su atención fue su postura. Tenía la cabeza echada hacia

atrás, ladeada; miraba por la ventanilla y parecía que intentaba cerciorarse de que lo que observaba tras ella era real. Marcaba su cuello perfecto y su mandíbula recta y poderosa, y a Irene le pareció un signo de seguridad. Tranquilidad y seguridad. Sí, eso era lo que transmitía Philippe Ancel. Por un segundo, al abrir la puerta, cuando la luz del día invadió el oscuro habitáculo, le pareció que su rostro rejuvenecía, desaparecían sus arrugas en torno a sus ojos y su barba se desvanecía. En ese momento entendió a la joven y pecosa poeta de París.

El hombre descendió del carruaje y la tomó de la mano para ayudarla a salir. Y sucedió lo que más temía. Ni, aunque lo hubiese planeado al detalle, habría salido peor. Irene se dio cuenta de que Clothilde ya estaba en el almacén. Daba explicaciones a Flavia y a Juliette, y en ese preciso instante llegaba Amélie. Pensó en lo mucho que se parecía a un aquelarre. Solo faltaban las escobas reposando en la pared junto a la entrada. Todas detuvieron lo que hacían para dirigir sus miradas al carruaje. La cara de sorpresa de todas ellas molestó a Irene. O quizás no. Flavia fue la única que sonrió.

Ancel saludó a Clothilde y la siguió por las escaleras que subían al primer piso.

—Tenga cuidado, señor Ancel, todos los hombres que van con Irene acaban desapareciendo —afirmó Amélie.

—Sí, igual que tu cerebro —respondió Irene al pasar junto a ella.

Irene siguió caminando sin levantar la vista. Abrió la puertecita que daba a las escaleras y, al verlas, por muy inofensivas que parecieran, se le hicieron demasiado duras. Al mirar a la cumbre, Ancel se encontraba allí, esperándola.

—Lo siento. No puedo con ella. Es una y otra vez, una y otra vez —comentó Irene a medida que subía las escaleras.

—¿Quiere venganza?

—Con toda mi alma —contestó Irene, y se le escapó una sonrisa.

—Sea feliz. Es la más dulce de las venganzas.

***

Las calles de Céret rebosaban de alegría como cada sábado por la tarde. La gente solía trabajar cinco días y medio a la semana, y cobraban los sábados, por lo que tenían los bolsillos llenos. Cuando eso ocurría, las pequeñas tiendas del pueblo estaban abarrotadas, los niños corrían con sus zapatos nuevos y más de un cabeza de familia se dirigía orgulloso a su casa con su conejo recién comprado, que debía ser suficiente para cinco durante varios días.

Irene quería mantenerse al margen, pero no podía evitar sentir que sobraba. Había encontrado a Álex y a Aurélie en el mercado, y buscaba el momento para interrogarlo sobre lo ocurrido en casa de Miguel. Pero se aburría. La conversación de Aurélie era de una intrascendencia desoladora, y Álex parecía estar perdido en sus fantasías. Iban de camino a la tienda de ultramarinos de Fabrice, porque Aurélie quería comprar un poco de queso de cabra para sus tíos.

Se fijó en la palidez extrema en el rostro de la joven, mucho más pronunciada que hacía pocos días durante la cena. Irene se había echado en cara varias veces el no tener la piel lo bastante blanca como era la moda en París y Londres, o como la de su tía, pero ya hacía tiempo que le preocupaban otras cosas. No pudo evitar preguntarle por la palidez repentina, que contrastaba con el negro intenso de sus cabellos y la brillantez de sus ojos.

Aurélie se mostró orgullosa de la nueva coloración de su piel y de su mirada cristalina. Su secreto era tomarse cada mañana una oblea de arsénico que la ayudaba a respirar, caminar mejor en zona montañosa, y sobre todo aclaraba su piel hasta darle ese tono blanquecino tan apreciado en la ciudad. Ya llevaba usándola poco más de una semana, pero hasta entonces no podían verse los frutos de la constancia. Aurélie examinó la tez morena de Irene, mostró su pesar y dudó de que tuviera buenos resultados, pero aun así rebuscó en su bolso, sacó un frasco lleno de obleas y se las puso a Irene en la mano. Esta observó el frasco como si hubiera aparecido de repente. Aspasia mataba ratas con eso. A quien no le gustara su piel canela, que no la mirase.

Desde lejos, los saludó el cartel magullado de la tienda de ultramarinos de Fabrice, que, si Irene no estaba equivocada, era el abuelo del actual Fabrice, un hombre gruñón y cascarrabias que ya hacía tiempo que había superado los sesenta. No podía evitar hacer cálculos mentales sobre la edad de la tienda. Con total seguridad, las

tropas de Bonaparte ya se pararon a comprar al abuelo en su camino hacia España.

Los tres se detuvieron frente al pequeño aparador. En una de las esquinas, confeccionado con amor y delicadeza, como si se tratase de un pesebre, Fabrice había creado un rincón dedicado al tabaco. Su mujer siempre se encargaba de la comida, verduras y telas, pero pobre de quien osara mover una sola pipa de su estuche sin el consentimiento de Fabrice. No había cambiado mucho ese rincón del aparador desde que una tarde con Miguel, la misma tarde que cumplía dieciocho años, pegó la nariz en el cristal como si no existiera nada más. El rincón era mágico para él. Desde niño siempre que pasaba por delante se detenía a observar «la esquina del tabaco». Todas esas cajas de puros abiertas mostraban su contenido encima de un elaboradísimo mantel color azafrán.

A Miguel el contenido le traía sin cuidado. Irene reconocía que había algo de magia en esos puros, algo de olor a tierras exóticas. Destilaban tierra «tan y tan diferente a lo que había conocido durante toda su vida» que hasta los pequeños escudos dorados en las vitolas le hacían imaginar salones en lejanas plantaciones de azúcar. A través de sus ventanales se podía observar el valle repleto de palmeras y allá al fondo, apenas visible, ese pequeño puerto que llevaba sus productos a todos los rincones del mundo. Aquella misma tarde le confesó a Irene que se sentía abatido. Él era joyero, igual que su padre y que su abuelo. Se consideraba bueno, pero ¿qué tenía que ver eso con los rascacielos en medio del desierto de Shibam, Acra o los minaretes de Estambul? La vista de Irene se detuvo en el delicioso vestido rojo de la chica cubana en la caja de los Beldina. Algún día le gustaría atravesar el ancho mar para comprobar si son ciertos sus sueños. Algún día, dulce Miguel, algún día.

—¿Vas a entrar o mejor esperamos al verano? —Parecía que Álex odiaba los sueños.

—¡Ya va! —protestó Aurélie.

La tienda estaba repleta, y los dos amigos decidieron esperar fuera reacios a quedar encajados sin un centímetro para respirar. Irene guardó unos minutos sin hablar, no sabía muy bien el motivo, pero tenía la falsa esperanza de que quizás Álex le confesase lo ocurrido aquella noche en el jardín de Miguel. Pero nada. Al ser preguntado, Álex protestó:

—¿Aún estamos con eso? ¡Ya me disculpé!

—Te vi en el jardín. Algo pasaba. Te golpeabas la cabeza y parecía que habías visto un fantasma, o algo peor.

—¿Me espiabas?

—Nada de eso. Subimos al dormitorio porque Sandrine quería enseñarme un vestido. Y te vi desde la ventana. Eso es todo.

—No tengo ni la más puñetera idea de qué estás hablando.

—O me estoy volviendo loca o te pasa algo de lo que nunca nos has contado nada —insistió Irene.

—¿Y tú? ¿No tienes nada que contarme?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué un mayor de la gendarmería con unos bigotes que le llegan al suelo se pasea por mi casa. Pregunta a todos los empleados si actúo de una manera extraña desde el verano pasado. Debido a una queja tuya.

—Entiéndelo, no es normal que haya desaparecido así.

—Claro que es normal. Un tipo con esa mentalidad cree que hizo el ridículo dejándose apalear por unos niñatos. Y no va a salir de su cueva hasta que nos haga daño. ¡Y lo hará de verdad! Solo falta que además tú vayas contando que hago cosas raras. Entre todos me vais a volver loco de verdad.

—Pero ¿me harás el favor de decirme qué te ocurría?

—¡Lista! Podemos irnos —interrumpió la pálida Aurélie que había salido en silencio de la tienda.

Irene esperó respuestas, luego las buscó, pero solo recibió una mirada de Álex. Dulce mirada cercana, pero de amargo horizonte.

Álex y Aurélie continuaron su camino. Ella los siguió a cierta distancia, como hacía con Étienne. ¡Maldita sea! ¿Por qué siempre se acababa colando en sus pensamientos?

Capítulo VI

Ojos color avellana tostada a fuego lento

Finales de otoño de 1912. Céret

Esa misma tarde había tenido un pequeño encontronazo con Amélie. Uno más. Quería ignorarla. Necesitaba sentir que tenía la capacidad de olvidarse de ella una vez salía del trabajo. Cogió su bolso de lino y se marchó. Nunca se iba la primera, pero aquel día era una prioridad. En su camino, visualizaba cómo bajaría hasta la plaza de la fuente de los seis chorros, y desde allí no sería más de cinco minutos a pie hasta el sendero que rodea el pueblo y se adentra unos cuantos metros por el bosque a la vera del río. Allí podría reflexionar, como si abrillantar tus ideas pudiera cambiar el destino. No quedaba mucha luz de otoño en la tarde que besaba las calles de Céret. Las figuras de los transeúntes empezaban a tomar formas inquietas e Irene sintió que quizás no sería tan buena idea rodear el pueblo con la oscuridad que acechaba.

Una de las sombras turbadoras era tan puntiaguda que agujereó el alma de Irene. Caminaba cansada por la plaza, deteniéndose cada dos pasos y retorciéndose de dolor. Era un buque a la deriva, arrasado por las tormentas amargas de otoño, donde su única esperanza residía en un pequeño banco de piedra.

Vio cómo Miguel se esforzaba por llegar y como al final, con un dolor que le llegaba a ella como el viento helado de las cumbres cercanas, logró sentarse con extrema dificultad. Sus manos temblorosas retiraron los anteojos y el dorso de su extremidad derecha se detuvo en uno de sus ojos cerrados. Y respiró con la dificultad que da llenar un espíritu vacío. Se mordió el labio inferior y rompió a llorar.

E Irene corrió. Y corrió como si su vida dependiera de ello. Corrió porque sintió que Miguel se iba. Y no quería. No podía. Miguel no, por favor. Él no.

Al llegar se arrodilló ante él, y tomó sus manos. Temblaban. Él, sorprendido, trató de sonreír, pero apenas mostró una mueca deforme.

—Hola, vida —alcanzó a decir Miguel.

«Vida». Llevaba meses con el deseo de escucharlo de nuevo llamarla así. Se había imaginado en muchas ocasiones el escenario. Él la acompañaría un sábado por la tarde a pasear, y la llenaría de «vidas», de sonrisas y recuerdos. Contaría lo feliz que es con Sandrine, y lo mucho que había echado de menos a todo el mundo. Todo habría pasado, y empezarían de nuevo. Como antes. Pero este «vida» resultó estar a mil días en barco de lo que ella había imaginado.

Sabía que nada podía reconfortar a Miguel. Le puso la mano en la mejilla y con el pulgar jugó con sus lágrimas a la espera de que se divirtieran hasta desaparecer.

—Vivir me cruje el aliento. ¿Me has visto? Mírame. ¿Por cuánto tiempo me querrá Sandrine así?

—Sandrine te adora. No digas esas cosas, ¿me oyes? Ella te adora. ¿Qué te ocurre? Puedes contármelo.

—Por primera vez, vida, creo que mis miedos son más grandes que mis sueños. ¿Sabes? Pensaba en lo mucho que me parezco a Marín. ¿Te acuerdas de Marín?

Por supuesto que lo recordaba. Ella lo había notado. Por un momento, al verlo caminar inseguro para llegar a un simple banco de piedra, identificó a Marín, desolado, paseando cerca del puerto de Brest.

***

Primavera de 1894. Céret

Su tía Aspasia era una mujer visceral que acostumbraba a dar exaltados bandazos de un extremo a otro de sus emociones. Aunque pocas veces se alteraba por las cosas importantes, solía conmoverse más por detalles pequeños, en lugares aún más insignificantes. Pero esta vez era diferente. La pequeña Irene, de poco más de diez años,

cogió su mano y la observó con detenimiento. Su tía estaba ahí, plantada con la boca abierta y la mirada fija en esa desmesurada escalera en casa de Miguel.

—¿Qué demonios es esta atrocidad? —preguntó Aspasia.

Irene tiró de ella escalera arriba sin contestar.

La tarde anterior, Miguel fue a cabalgar una joven yegua que le había regalado su padre unas semanas antes, contra los evidentes deseos de su esposa, que tenía miedo de cualquier cosa que pudiera ir más rápido que un repartidor de correos a pie por San Petersburgo. La cabalgó de la misma manera que suelen hacerlo los chicos, poniéndose retos más y más osados cada vez. La bajada por el camino hasta el río le pareció uno de los buenos. El problema fue que la yegua no compartía su entusiasmo y a la mitad del descenso dio media vuelta, se levantó sobre sus patas traseras, e hizo que el joven Miguel saliera despedido. Cayó sobre sus posaderas, en hierba mullida, excepto su pie izquierdo, que se llevó un buen golpe con una de las rocas húmedas de musgo que bordeaban el camino. Llegó a su casa como pudo, y su madre montó en cólera contra él y su marido, porque ella tenía razón. Obvio.

Al ver el pie inflado como una calabaza, juró que se había acabado la yegua y que todo el mundo en esa casa hiciera lo que quisiera. A partir de entonces existiría orden. Miguel ni se inmutó, la canción de que cada uno hacía lo que quería era un discurso recurrente de su madre en cada problema doméstico. El doctor lo obligó a guardar cama durante al menos una semana que él pensó, como le dijo a Irene, dedicarla a leer libros de viajes y examinar con detenimiento todo tipo de mapas.

Álex llevaba unos meses en Suiza internado, así que Irene aprovechaba cualquier ocasión para estar con Miguel. Entonces tuvo la feliz idea de pedir a su tía que la acompañase a verlo y les contase una historia de las suyas para animarlo. Si podía ser, de aventuras con viajes a lugares lejanos.

La madre de Miguel los observaba junto a la puerta del dormitorio, impasible, como si fueran una visita inesperada e incómoda. Apenas frunció el ceño cuando Aspasia e Irene la saludaron, y sin decir una palabra abrió la puerta del dormitorio. Entraron en la habitación seguidas de la madre que se mantuvo en el umbral, como si fuera parte de la decoración.

Miguel estaba tumbado en la cama, con la espalda reclinada contra un par de cojines y el pie vendado, libre por fuera de las sábanas. Se alegró al verlas entrar. Irene, cariñosa como siempre, le dio un beso en la mejilla que él agradeció. Sus ojos se emocionaron al ver a la tía Aspasia.

—Está demostrado. A los caballos los carga el diablo, ¿eh? —dijo Aspasia con su risilla característica. Al vislumbrar la cara de pan rancio de la madre de Miguel que la miraba como si estuviera loca, trató de arreglar el comentario—. No era así, ¿verdad?

La madre de Miguel hizo un gesto frío, como su figura, dio media vuelta y salió del dormitorio como si nunca hubiese estado allí antes. Y eso no parecía algo improbable.

—Está bien —continuó Aspasia sentándose con cuidado en la cama—. Esto que os voy a contar lo sabe todo el mundo que vive cerca del mar. Si viviéramos allí, veríamos en algunas tardes de otoño, cuando el frío sale a navegar, a gente solitaria que mira al horizonte durante horas. Parecen gente normal como vosotros y como yo, pero no es cierto, no lo son. Nunca sabremos sus historias, pero yo conozco la de una mujer especial; una mujer que miraba el mar.

—¿En serio? ¿No son gente normal? —preguntó Miguel.

—Todo ocurrió hace muchos años. Yo tenía una amiga que vivía en Arcachón, cerquita de Burdeos. Se llamaba Claudine. Habíamos sido inseparables desde niñas. Yo no tenía muchas amigas en el colegio, porque me decían cosas como «Eres tan fea, requetefea, que de pequeña tu familia te acariciaba con un palo» y cosas así. Ella siempre me defendía. Nuestros padres eran buenos amigos, el mío, el abuelo de Irene que en gloria esté, era sargento de artilleros en la 12.ª División de Infantería en Reims. Sí, ya sé que Reims está en la otra punta del país, pero él no quería que abandonáramos Céret. Le gustaba decir que había nacido aquí y aquí moriría. Pensaba que, si íbamos a Reims con él, jamás regresaríamos. Viejo orgulloso… Lo único que consiguió fue que nos viésemos tres o cuatro veces al año. Aún tengo su imagen ante mí, vanidoso, en su traje de gala, con los queridos leones de su insignia separados por una espada. Lo mandaron a China, a un alzamiento que ocurrió por allí. Hubo una batalla, en Zhangjiawan…

—Zajuán —interrumpió Miguel. Trató de repetir el complicadísimo nombre, sin éxito.

Irene se preguntó cómo su tía era capaz de recordar esos nombres tan raros.

—Eso mismo, Zajuán. —Sonrió Aspasia con cierta amargura—. De diez mil hombres, aliados franco-británicos, murieron treinta y pocos. Si no recuerdo mal, unos veinte ingleses y quince franceses. Nunca tuvo suerte mi padre. —Aspasia se detuvo un segundo. Parecía buscarlo en los rincones de la habitación. Irene sabía que el aire dolía en los pulmones de su tía siempre que el abuelo aparecía en sus pensamientos—. ¿Qué decía? —se preguntó—. Ah, sí, Claudine…

—Tía —trató de interrumpir Irene sin éxito.

—Claudine estaba loca. Era muy pizpireta y no podías parar de reír si te encontrabas a su lado. Por entonces estábamos en Perpiñán, en un colegio de niñas. Era invierno, uno durísimo, y había un palmo y medio de nieve por las calles. Una nieve helada que se colaba por nuestras botitas y nos hacía caminar más deprisa mientras nuestros dientes castañeteaban al compás de nuestras piernecitas a causa del frío. Claudine contaba historias divertidas, inventadas, por supuesto, pero me hacían reír y lograban mostrar un camino menos pesado. Por aquel entonces teníamos una profesora, la señora Ramió, que tenía la fea costumbre de preguntar por sorpresa en mitad de la lección. Bueno, esa no era la fea costumbre en realidad. Lo feo era que después de plantear la pregunta se quedaba esperando una respuesta con la boca abierta y la lengua fuera.

»Esa mañana se nos hizo tarde, una costumbre, por otra parte, nada inusual en nosotras. Al llegar, avanzábamos por una calle adoquinada que bajaba hasta el pequeño patio de la escuela. El problema es que discurría justo por delante de los ventanales de la clase principal, y todas las alumnas, con el profesor incluido, podían ver quién era la pobre que llegaba tarde. En el tramo final de la calle, justo donde el lateral quedaba abierto para mostrar el patio, había un pasamanos de hierro. Aún recuerdo su tacto en invierno. Dolía pasar tu mano por allí, de lo frío que estaba. En aquel lugar nos detuvimos Claudine y yo. Esperábamos que la señora Ramió se pusiera a escribir alguna de sus frases de latín en la pizarra. Era profesora de latín. Si ella estaba distraída, podíamos caminar agachadas hasta la puerta lateral y colarnos en clase, siempre y cuando a ninguna niña tonta le diese por reír. Pero esa mañana, la señora Ramió se quedó con la boca abierta más de lo acostumbrado. Nos impacientábamos, pero no nos decidíamos.

»Entonces a Claudine le dio por empezar a imitarla y sacó la lengua

exageradamente. Se paseaba de arriba abajo de la calle con la lengua fuera y con los ojos en blanco gritando: “Zoy Damió, zoy Damió”. Yo trataba de que no hiciera tanto escándalo, pero ya era imposible. Las otras chicas se dieron cuenta y a duras penas aguantaban la risa. Lo peor es que al llegar al final del pasamanos lo miró con curiosidad, soltó un “Zoy Damió…”, y le dio por lamerlo. En un periquete, la lengua se le quedó pegada en el hierro helado. Empezó a agitar los brazos, tanto que pensé que estaba a punto de levantar el vuelo. Chilló: “Pazia… Paziaaaa”. Claudine me llamaba Pasia. Yo no sabía qué hacer, miré a los ventanales de la clase y todas las niñas estaban ya pegadas al cristal sin parar de reír. La señora Ramió salió al patio como una exhalación, aunque para entonces ya se había guardado la lengua dentro —dijo Aspasia riendo su propia ocurrencia no correspondida por los niños—. “Claudine Bissette, niña idiota, ¿se puede saber qué estás haciendo?”, le gritó la Ramió. Claudine, colorada como un tomate, continuaba: “Paziaaaa… Paziaaaa”. Yo ya estaba nerviosa y algo asustada al ver la lengua de mi amiga que estaba poniéndose morada y todas las babas le caían y…

—Tíaaaa —la interrumpió Irene.

—Vale, vale —prosiguió Aspasia—. Entonces la Ramió empezó a estirarle de la oreja entre los gritos de Claudine y no paraba de chillarle: «¡Deja eso, niña malcriada!». En ese momento se paró en seco. Se arrodilló delante de Claudine, la observó, y pude sentir el pánico en los ojos de mi amiga. La Ramió le dijo: «Tiene mala pinta, tendremos que amputar».

—¿Qué? —soltaron Irene y Miguel al mismo tiempo.

—Resulta que la profesora tenía sentido del humor. —Sonrió Aspasia —. Pero Claudine no dejaba de llamarme asustadísima por lo que tuve que agarrarle la mano con fuerza. La señorita Ramió comentó que necesitaba calor, y acto seguido empezó a echarle el aliento. Claudine gritaba: «Paziiiia, qué azcoooo… Paziaaaa, qué azcooo». Yo no sabía qué hacer, así que me limitaba a apretar con más fuerza su mano. Poco a poco, el sistema de la Ramió funcionó, no sin antes frotarle la lengua con un pañuelo viejo. Al despegarse, Claudine se quedó quieta, intentó mirarse la lengua con los ojos cruzados, así —Aspasia se puso bizca y sacó la lengua para deleite de los dos chicos—, y soltó una carcajada. «Duele», dijo, pero continuaba riendo. Reía tanto que su risa contagiaba a cualquiera que estaba a su alrededor. Pronto estábamos las dos riendo, hasta que la profesora le soltó una colleja y le preguntó: «¿Qué es lo que te hace gracia, Claudine Bissette?». Mi amiga soltó un sonoro «Ay» y se frotó la cabeza golpeada. La señorita

Ramió nos mandó a todas al aula mientras se llevaba a Claudine a que le mirasen que la lengua no estuviera dañada. La vi alejarse con la profesora, entonces echó la vista atrás, y sonriendo me mostró su mano con evidentes gestos de dolor de tanto que se la había estrujado.

—Pero ¿era Claudine la mujer que miraba al mar? —preguntó Irene.

—¿Claudine? Por Dios, no, qué ocurrencia. —Se rio Aspasia con esa risilla parecida a un pequeño roedor herido—. Ya de mayor se casó con un joven de Arcachón. Jean-Luc o Jean algo se llamaba… Quizás Edouard… bueno, no sé. El caso es que se fue con él a su ciudad. Ahí perdimos el contacto diario. Me dolió porque habíamos sido tan buenas amigas. Aun así, nos carteábamos siempre que podíamos, y fue en una de esas cartas donde noté que algo no iba bien. Estaba un poco triste porque siempre había querido tener hijos y estos no llegaban. Así que me decidí a ir a pasar una temporada con ella. Me habría odiado si ella hubiese caído en la melancolía y yo no hubiera hecho nada al respecto. Entonces, al día siguiente de recibir su carta, fui hasta Perpiñán y tomé un tren a Arcachón. Solo paraba unas horas en Toulouse y Burdeos, y luego ya circulaba directo hasta la ciudad de mi amiga. Hummm —suspiró Aspasia pensativa—, y creo que también paraba en Montauban, pero solo durante unos minutos. Bueno, pues fue en esa parada en Toulouse cuando subió un joven espigado, elegante y muy pálido. Una gorra ladeada le tapaba media cara. Era apuesto, pero se le veía desmejorado, como si hubiese pasado una reciente enfermedad. Al entrar recorrió el vagón, buscaba un asiento libre. Parecía desconcertado. Mostraba una cojera importante. Hasta ese momento ni me di cuenta de que llevaba un bastón de madera negra.

»El joven tan solo dio unos pasos, como si el caminar hacia el interior del vagón abriera espacios libres en los ya abarrotados asientos de cuero. Yo estaba sentada en primera fila, justo donde empieza el vagón. A mi lado, junto a la ventana, se sentaba una anciana vestida de negro. Había subido minutos antes y vino directa a acomodarse junto a mí. Cada pocos segundos balbuceaba algo incomprensible, cruzaba sus brazos y ladeaba la cabeza. El único lugar libre era un incómodo asiento que estaba frente a nosotras, de madera, rígido y pegado a la pared del vagón. El joven, al percibir que no había dónde sentarse, y ante la posibilidad de que en el siguiente vagón la situación no fuese diferente, dio media vuelta y se acercó con paso cansado a nosotras. Se quitó la gorra, y mostró una cabeza casi rasurada con menos de una uña de cabello. Saludó muy educadamente y se sentó. La mujer a mi lado ni contestó, pero a mí, el hombre que no debía de ser mucho mayor que yo, me enterneció.

—Señorita Aspasia, esta historia es un poco aburrida —comentó el pequeño Miguel con cierto cansancio no disimulado.

—Si me dejas continuar, comprobarás cómo no es aburrida, jovencito.

—Está bien.

—El viaje transcurría con cierta normalidad —prosiguió Aspasia—. La señora que se sentaba a mi lado siguió balbuceando mientras observaba al joven con excesiva seriedad. Yo me inundé de los campos que rodean la casa de la familia Bennet en uno de mis libros favoritos. El chico sudaba copiosamente, y utilizaba un pañuelo para secar su frente y el cuello. Era tímido y solo lo hacía cuando creía que nadie lo observaba. Sufría. Se veía en sus ojos.

—¿Era verano? —preguntó Irene.

—No. —Negó Aspasia con la cabeza—. Eso era lo curioso, era un otoño fresco, y no hacía nada de calor en ese tren, más bien todo lo contrario, pero el joven no paraba de sudar. Sufría y parecía exhausto. Sin quejarse, acabó durmiéndose, con la cabeza apoyada en la ventanilla. Bueno, hasta aquí todo normal, más o menos, pero después de un tiempo empezó a agitarse. Hablaba de cosas que yo apenas podía entender, sobre barcos, tormentas, angustias y sueños. Yo no sabía qué hacer. En realidad, nunca sé qué hacer con la gente que sufre, así que me quedé observándolo. El hombre seguía moviéndose nervioso, hasta que la anciana que estaba a mi lado puso con dulzura la mano en su rodilla y este despertó de golpe. Nos miró, y sus profundos ojos grises se preguntaron dónde se hallaba. Parecieron encontrar respuesta en los verdes prados que recorrían las ventanillas del tren. Tomó aire y se disculpó por cualquier problema causado.

»Era un auténtico caballero, gentil y tremendamente amable. Buscó entre los bolsillos de su americana y sacó una pipa y una preciosa cajita de plata. La abrió como si fuera un cofre del tesoro y tomó entre sus dedos una brizna de tabaco. Al ponerse la pipa en la boca se percató de mi cara de sorpresa, volvió a disculparse y se la guardó de nuevo en su chaqueta. Se disculpó por fumar. —Se rio Aspasia—. ¿Os lo podéis imaginar? Le dije que no me molestaba que fumase, que lo que me había sorprendido era la cajita. Él sonrió, con una sonrisa en la que pude detectar cierta aflicción, y me mostró una de las piezas de plata más lindas que he visto nunca. La caja, ya desgastada por el uso, tenía un precioso grabado que seguía el marco. Era una serpiente que se enroscaba por allí donde pasaba y acababa mordiéndose la cola. La tapa estaba dividida en cuatro rectángulos: uno mostraba una ciudad

antigua en la cima de una montaña, con las nubes que acariciaban las cumbres que la rodeaban; otro, un mercado abarrotado; el tercero, una muralla de piedras enormes con gente que paseaba a su vera, y el último, en una esquina, mostraba un acantilado frente a un mar terrible. En el centro de los rectángulos había una esfera solar, inquietante. Su cara redonda con pequeños ojos y boca rectangulares hipnotizaba, y de su esférico cuerpo salían decenas de rayos solares en forma de serpiente aterradora. Era sencillo y precioso al mismo tiempo. El hombre, al observar mi curiosidad, me comentó que se trataba de Inti, el dios sol de los incas.

—¿Incas? —interrumpió Miguel.

—Un imperio que existió en América del Sur. Muy poderoso.

—¿Cómo de poderosos eran?

—Miguel, si quieres saber más sobre los incas, cómprate un libro de historia, pero deja que continúe mi relato.

—Ah… vale.

—Como decía… —continuó Aspasia—, estaba maravillada por aquel objeto. Le pregunté al joven si conocía esa parte del mundo. Él, con aspecto agotado, me preguntó si quería escuchar una historia un tanto fantástica. La verdad es que, si de algo dispones en un viaje en tren es de tiempo, y como además quería conocer la historia de aquella cajita de tabaco, le contesté que sí. Entonces empezó su relato diciendo que era originario de Brest, donde trabajaba en el negocio de su familia. No entró mucho en detalles, pero creo recordar que hacían galletas o dulces... galletas. Sí, eso era… galletas…

—¿Galletas? —exclamaron los dos niños al unísono.

Aspasia los miró en silencio, y arqueó una ceja.

—Parecéis dos loros, ¿lo sabíais?... ¿Galletas? —volvió a decir con voz exagerada—. Pues sí, galletas. ¿Qué hay de malo en tener una fábrica de galletas? Cualquier niño desearía nacer en una familia que se dedicase a la elaboración de galletas. En cambio, vosotros ponéis caras raras. ¿Galletas? Repito… ¿qué hay de malo en tener una fábrica de galletas?

—No. Nada —respondió Irene como si hubiera roto una pieza importante de un museo.

—Bueno, el caso es que el hombre solía pasar los domingos paseando por la orilla del Penfeld, un río que tienen allí y que cruza la ciudad. Al joven Marín, porque así se llamaba el chico, le encantaban esos senderos verdes de aire fresco y bonitas vistas. Pasear en sus días libres por los caminos junto al río que desembocaba en el puerto, bajo la atenta mirada del castillo majestuoso de Brest, lo ayudaba a continuar su rutina entre el aire dulzón en exceso de la fábrica de galletas. Marín observaba con curiosidad y detenimiento los preciosos clíperes de tres mástiles, vestigio de un tiempo pasado en el que las velas al viento recorrían los mares de todo el mundo. Sin embargo, ya hacía años que los barcos de vapor entraban en el puerto de Brest e inundaban el horizonte con columnas de humo que bien podría ser materia de sueños. Algunos barcos se resistían a perder sus mástiles y tenían tanto velas como chimeneas. No esperaba nada de sus paseos por el puerto, pero aun así, cada vez que regresaba a su casa los domingos al atardecer, sentía pesar. No podía explicar la razón. Y fue en uno de esos domingos cuando empezó todo.

Aspasia se detuvo unos segundos mientras observaba a los niños.

—¿Qué sucedió, tía? —preguntó Irene.

—Fue una noche fría de otoño. Marín había ido a acostarse temprano, tan pronto como acabó de cenar. Le gustaba descansar en la cama leyendo un poco algunos de sus libros favoritos. Le apasionaba Dickens, y en esos días estaba enfrascado leyendo Dombey e hijo. Desde entonces sería su libro favorito, aunque no sabía si era porque el drama familiar de la obra le recordaba a la suya propia, o si solo era porque lo estaba leyendo en el momento en que empezó todo.

—Pero ¿qué empezó? —insistió Miguel.

—La noche era cerrada sobre Brest y, cuando Marín comenzaba a dejarse ir para entrar en los sueños, llegó la lluvia. El repiqueteo de las gotas contra las ventanas le sumergió en un sueño plácido. ¿Sabéis cuando os dormís escuchando la lluvia en el exterior, que pensáis que sois los seres humanos más afortunados del mundo por estar en una cama mullida y no ahí afuera?

—Sí, sí —asintió Irene divertida.

—Pues en ese sonido tranquilizador, el joven se durmió. Al poco tiempo, contempló un cielo gris y una lluvia fina que fue en aumento hasta crear un riachuelo minúsculo de agua, que seguía un camino tortuoso para acabar cayendo por un acantilado sobre un mar tan gris

como el cielo. Y notó una respiración agitada. Buscó a su alrededor, pero no había nadie. Solo ese acantilado y un pequeño pueblo en el horizonte cuyas calles diminutas apenas podía distinguir. Trató de ir hacia las casas más cercanas, pero no pudo. Ahí se despertó.

—¿Ya está? —preguntó Miguel—. Pues vaya historia más…

—Miguel, ¿dónde te dolía? ¿Aquí? —interrumpió Aspasia al mismo tiempo que su dedo índice se dirigía al pie vendado del chico. Llegó a su objetivo con un golpe seco.

—¡¡¡Ay!!! —chilló Miguel.

—¡¡Tía!! —exclamó Irene.

—Es que tu amigo es muy pesado, Irene. Y tú —Aspasia se dirigió a Miguel—, no exageres porque apenas te he tocado. Por supuesto que no está, pero ese fue el inicio. Cada domingo, al regresar de su paseo por el puerto, agotado por la caminata, porque Marín vivía lejos del muelle, tomaba una cena ligera y se acostaba. No había dado importancia al primer sueño, como esos miles de sueños que tenemos en nuestra vida, pero no son parte de nosotros. Soñó de nuevo con el cielo gris y con el mar desde el acantilado, aunque ya no llovía. A lo lejos esta vez distinguió un pequeño puerto, bueno no tan pequeño, en realidad, repleto de mástiles que rasgaban el horizonte como árboles en un bosque quemado. Podía reconocer algunas fragatas que entraban en el puerto, y más allá, justo donde el mar se une al cielo, la figura borrosa de unas velas desplegadas al viento. Era curioso, pensaba Marín, porque era capaz de dominar el tiempo y no como en la mayoría de los sueños en los que parece que vas en una balsa de madera corriente abajo; vives momentos maravillosos, pero no puedes detenerte a disfrutar de ellos. No, para Marín ese sueño era un viaje a tierras extrañas, y el despertar no lo asustaba.

»Así pues, el joven decidió caminar hacia el puerto. Solo había dado unos pasos cuando escuchó un lamento. Era el llanto de un niño o de una mujer, que mezclado con el sonido del viento hacía dudar al joven de si se trataba realmente de una persona o únicamente era su imaginación. ¿Comprendéis la situación? Estás en un sueño, eres consciente de ello y además puedes percibir cosas, incluso otros sueños. Marín era alguien especial. Entonces, en uno de los salientes que daban sobre el puerto, a lo lejos, divisó la figura de una mujer con un traje color crema de una sola pieza con un suave cinturón gris que caía libre. Él supo al momento que los lamentos eran de la mujer, pero era difícil de asegurar, porque apenas era una figura imperceptible en

la distancia y el pesar podía sentirlo junto a su oído. Entonces despertó. Y su habitación se impregnó del inconfundible olor a mar. Lo notaba en las viejas colchas de la cama, en las sábanas, en las cortinas roídas del dormitorio, y en el aire. Incluso pudo jurar que le llegaba cierta brisa marina. Pero su habitación estaba cerrada a cal y canto.

—Pero Brest es una ciudad junto al mar, no es muy raro que huela a eso, a mar —puntualizó Miguel.

—Marín vivía muy cerca de la fábrica de galletas de su familia, y esta se localizaba a varios kilómetros del puerto. Sus padres le habían dejado una de las casas que poseía la familia junto a la fábrica. Así que jamás, en toda su existencia, había llegado el olor a mar hasta esa zona de Brest. Y no os olvidéis que la habitación estaba cerrada. El olor era tan intenso que Marín se levantó para abrir la ventana, sin importarle que entrara el aire helado del norte, pero lo único que entró fue el molesto olor dulzón proveniente de la fábrica de galletas.

»Marín trató de no darle más importancia de la que debería al suceso, pero los sueños se repetían cada vez que iba al puerto.

—Yo habría dejado de ir —apuntó Miguel.

—Se lo planteó, pero no eran pesadillas, así que la curiosidad le podía. Y para entonces tampoco asociaba sus paseos con esos sueños. Pues como decía, los sueños se repetían, con mayor o menor intensidad, pero seguían regresando y siempre se despertaba con el olor a mar en su dormitorio. Una noche pudo acercarse a la mujer por detrás. Tan solo contemplaba el mar y los veleros que entraban y salían del lejano puerto. Todo estaba igual, el cielo gris, el viento y los acantilados, todo estaba allí. La mujer era joven, bueno, eso lo dedujo porque ella estaba de espaldas, y vieja no parecía. Llevaba el mismo vestido de una pieza color crema, de manga corta, con el delicado cinturón gris. Su cabello rizado y negro como una noche cerrada sobre los Pirineos le llegaba un poco más abajo de los hombros.

»Él se quedó prendado de la libertad de su cabello. El fuerte viento del mar jugueteaba con él sin descanso. Podía adivinar que tenía los brazos cruzados, o quizás se abrazaba con fuerza para que la soledad no la invadiese. Quiso saber más de ella. Lo tenía clarísimo. Había desaparecido todo interés por la tierra yerma del interior, por el puerto y por la ciudad que se distinguía en el horizonte. Los caminos que serpenteaban siguiendo el acantilado infinito ya no eran más que polvo por el que pasar para llegar a ella. No la conocía, pero en ese

instante ya sabía que no podía estar sin ella. Se aproximó despacito, como si un acercamiento más brusco fuese a romperlo todo. Marín apenas alcanzó a decir un delicado “Hola, ¿se encuentra bien?”, cuando despertó en su oscuro dormitorio con la vista perdida en el no menos oscuro, y alto, techo de la estancia. Adormecido, trató de recomponer su último encuentro, mientras su mirada cansada seguía fija en el techo del dormitorio. Pero entonces ocurrió algo que lo aterrorizó.

—¿Qué fue? ¿Qué fue? —preguntó Miguel con evidente excitación.

—Escuchó el llanto de una mujer —sentenció Aspasia.

—¿En… en su habitación? —preguntó Irene.

—Así es —replicó su tía haciéndose la interesante.

—¡Genial! —soltó Miguel sin poder ocultar su emoción.

—Marín abrió los ojos como platos y se incorporó de golpe. Buscaba la procedencia del llanto y, al descubrirla, saltó de un respingo de la comodidad de su lecho, retrocediendo como un cangrejo asustado por encima de la cama hasta que se quedó sentado con la espalda contra el cabecero. Sí, se dio un buen golpe.

—Pero ¿qué vio? —insistió Miguel.

—Allí a los pies de su cama, entre la tenue oscuridad de su dormitorio, había una mujer. Lloraba. Con las dos manos abiertas ocultaba su rostro. Marín estaba aterrado. Empezó a gritarle «Vete, vete, lárgate, vete, déjame en paz», pero la mujer ni se inmutó y siguió devastada por las lágrimas.

—¡Un fantasma! —gritó Miguel.

Irene asentía, pero su cara demostraba que no le hacía ninguna gracia el asunto.

—A gatas por encima de la cama, despacio y aterrorizado como un cachorro que descubre el mundo que lo rodea, se acercó a la mujer. Solo cuando estuvo a pocos centímetros apreció que su ropa estaba empapada, su cabello negro mojado, y tiritaba de puro frío. Con delicadeza, tomó una de sus manos con intención de apartarla de su cara. La mujer estaba helada, y Marín tenía miedo. Le asustaba ver ese rostro, porque no sabía qué se encontraría. Pero quedó fascinado. El rostro era tranquilo, suave, joven, de piel oliva intensa que

contrastaba con su viejo vestido crema. Marín se conmovió por unos delicados ojos tristes color avellana tostada a fuego lento.

—¿Color avellana tostada a fuego lento? —preguntó Miguel extrañado.

—Él nunca supo cuánto tiempo estuvo contemplándola, pero algo ocurría porque, aunque la tenía delante, todo parecía indicar que ella no lo veía. Sus ojos miraban a un punto distante detrás de él, y pensó que, con toda probabilidad, aún observaban el horizonte de un mar lejano. Marín no sabía qué hacer, aunque tanteaba la idea de que por fin se hubiese vuelto loco. Pero, en ese momento, la luz entró sin miramientos en los ojos de ella y lo descubrió. Se inundaron de lágrimas sin sal, mientras la sonrisa más bella que había visto jamás iluminaba su cara. La chica se tapó la boca, emocionada, mientras alargaba la otra mano para tocar a Marín y, al sentirlo, las lágrimas corrieron mejilla abajo para mezclarse con su ropa empapada. Lloraba, pero era feliz. Le faltaba el aire, pero era feliz. Temblaba de frío, pero era feliz. Y Marín supo que él también lo era. Como si hubiese encontrado un alma gemela perdida hace mucho tiempo, vete tú a saber en qué caminos. Quiso abrazarla, pero los temblores de la joven lo asustaron, así que le dijo: «Quédate ahí, no te muevas, voy a por algo seco. No te muevas de aquí. ¿De acuerdo?». La joven asintió con la cabeza, pero su rostro parecía preocupado. Marín salió de su dormitorio en busca de un par de mantas secas. Trató de ir tan rápido como podía porque pensaba que la chica estaría muerta de frío, pero…

—¿Pero? —interrumpieron los dos chicos expectantes.

—Al regresar no había nadie.

—¿Nadie? —repitió Irene con las palmas de sus manitas abiertas en busca de una explicación.

—Nadie. Marín se encontraba allí, en la puerta de su dormitorio, con las mantas colgando de su brazo, y las puntas descansando sobre el suelo, incrédulo. Buscó con la mirada por toda la habitación señales de la mujer. Lo único que quedaba era un considerable charco de agua salada, justo donde había aparecido ella. Marín estaba confundido y sobre todo…

—¿Agua salada? —preguntó extrañado Miguel.

—Sí, salada.

—Pero ¿cómo sabía que el agua era salada?

—Quizás la probó —respondió Irene.

—Pues qué asco.

—Hijo, de verdad, santa paciencia la que tiene tu madre contigo. Sueña con una mujer frente al mar, todo su dormitorio huele a mar, se le aparece la mujer empapada de agua de mar… ¿De qué va a ser el charco? ¿De anís?

—Visto así… —reconoció Miguel.

—¿Y qué hizo Marín, tía? —preguntó la pequeña Irene.

—Estaba muy confundido. No sabía lo que ocurría, pero, sobre todo, lo que le revolvió por dentro fue una sensación que antes no había sentido jamás.

—¿Cuál? —preguntó Irene.

—Incompleto. Hay gente que se siente así toda la vida. Algunos se dan cuenta pronto, y otros después, pero lo peor es darse cuenta cuando ya es demasiado tarde. Un día te despiertas y resulta que has pasado tu vida navegando entre la niebla más espesa, sin divisar una pequeña isla con agua fresca donde poder descansar. Así se sentía Marín: como si hubiera perdido la ocasión de ser feliz.

—Pobre Marín —dijo la pequeña Irene.

—No se rindió. La buscó infructuosamente por toda la casa, incluso bajó hasta la calle y miró por todas partes. Necesitaba alguna señal de ella en la oscuridad; pero no había nadie. Volvió a toda prisa a su dormitorio, se obligó a dormir, pero…, como descubriréis de mayores, el obligarte a dormir solo consigue que sea más difícil lograrlo. Al día siguiente se quería morir. Todo se unía en su contra: el no haber dormido, el aire dulzón de la fábrica, la incomprensible arrogancia de su padre, y el inexplicable vacío que sentía, porque, y esto es cierto, ya extrañaba a alguien que ni siquiera estaba seguro de que existiera.

—¿La mujer era un fantasma, sí o no? —preguntó Miguel.

—Entonces —prosiguió Aspasia mientras con su mano detenía el ímpetu del niño—, se propuso bajar al puerto cada día al salir de la fábrica. Así pues, cada atardecer, cuando el sol se iba camino de América, Marín bajaba hasta el puerto. No era agradable porque

aquella zona del muelle, oscura y húmeda, se llenaba de marineros borrachos y de gente indeseable, como mujeres de... mala… Malas… Mujeres malas. —Aspasia suspiró aliviada—. Caminaba por aquel lugar, deprisa y con los puños cerrados, preparado por si alguien le saltaba encima poder defenderse de inmediato. En ese momento no era consciente de que, si alguien tenía miedo, eran aquellos desdichados que se cruzaban con su triste figura. Al doblar una esquina, evitó pisar un montón de desechos, y su mirada quedó atrapada en una pequeña taberna. Tenía un pequeñísimo ventanal en uno de los extremos de su deteriorada fachada y otro bastante más grande, rectangular, junto a una puerta estrecha de madera verde.

»A los pies de la fachada, justo por debajo de los ventanales, había un montón de telas retorcidas por el paso del tiempo, de un azul perdido, como los que se usan para proteger las pequeñas embarcaciones pesqueras. De los dos ventanales salía una luz blanquecina, estéril y falta de vida, que, al mezclarse con los toldos, iluminaba parte de la fachada de la taberna con ese azul frío y distante. Marín se detuvo y, por un momento, se sintió tranquilo, al borde de un acantilado, hipnotizado por el horizonte.

—Yo no tendría miedo. Me parece un lugar bonito —apuntó Irene.

—¿Una taberna vieja y asquerosa en un callejón de mala muerte te parece algo bonito? A veces dices cosas raras —comentó Miguel.

—Nunca entiendes nada, Miguel. Te quiero, pero nunca entiendes nada —soltó Irene, y miró a su tía con una amplia sonrisa.

Aspasia le devolvió la sonrisa. Sabía que su tía estaba orgullosa de ella. Le había dicho, no hacía mucho, que prefería aprender de Irene en lugar de mostrarle un camino, que en su caso no era precisamente de rosas.

—Esto... ¿me quieres?

—Claro —respondió ella sin mirarlo a los ojos. Quería saber cómo continuaba la historia.

—El deteriorado letrero de madera bretona que anunciaba la taberna a duras penas dejaba leer el nombre del lugar: Le Fronton de Saint Laurent. Al entrar, el humo de las pipas se le incrustó en los pulmones e irritó sus cansados ojos. Distinguió con dificultad cuatro o cinco mesas con otras tantas sillas ocupadas por marineros o lo que parecían serlo y gente de puerto. Se detuvo a observar la suciedad que reposaba en el suelo desde hacía décadas y la rancia decoración marina del

local. Unas redes deshilachadas, un ancla, incluso la vela de una pequeña embarcación colgada de una pared trataban de animar sin éxito el establecimiento. Podía haber entrado el mismísimo Napoleón por esa puerta que hubiese sido igualmente ignorado. Tan solo un abuelo con más agujeros en la dentadura que Miguel en sus calzones…

—Eh —protestó Miguel—. Yo no tengo agujeros en mis cal…

—… Lo observó con detenimiento sin dejar de beber. Al pasar a su lado, depositó la copa en la mesa y soltó una risotada un tanto tétrica. El local tenía una barra a media altura que rodeaba una pequeña tarima rectangular desde donde Marcel, el propietario, servía. La barra había perdido completamente el color y ahora tan solo era un puñado de madera negruzca de origen incierto y de olor especial. Especial por decir algo, claro está —apuntó Aspasia—. A sus pies, cada metro o metro y medio, había unas escupideras que se vaciaban únicamente el 14 de julio —Irene no pudo evitar la cara de repulsión—, y por el aspecto del suelo a su alrededor, quizás el dueño debía de haber comprado unas con una boca un poco más ancha. Marcel era un cincuentón de aspecto agradable con muy poco cabello castaño y una panza que sus secas piernas apenas podían sostener. Tenía unos ojos amables, pero tristes, y una enorme cicatriz en su mejilla que recorría la blanquecina piel hasta la comisura de sus labios. Era el resultado de su corazón inquieto cuando unos pocos años antes se dejó llevar por la vehemencia que nunca tuvo de joven y corrió a la capital a luchar en la comuna de París. Sabía cantar muy bien. Desde pequeño, en la iglesia de Saint Amet en Pont-Aven, el párroco ya le solía dejar cantar los domingos para regocijo de la congregación.

»Dejadme volver a Marín. Comentaba lo de Marcel, porque cada medianoche, en recuerdo de los camaradas caídos, un hombre cadavérico, de piel seca y cruzada por diez mil arrugas tocaba un viejo y amarillento acordeón. Bajo un silencio sepulcral de toda la taberna, empezaba a entonar Le temps des cerises. Luego, Marcel, solemne y con la misma dulce voz que traspasaba las barricadas de París, se unía cantando. Hombres duros como rocas callaban en respeto por los que faltaban para que ellos pudieran beber cada noche y, durante esos pocos minutos —suspiró Aspasia—, el reproche les invadía. Y desde entonces Marín se sentaba a llenar sus noches de calvados de manzana y pera. A cada desconocido que entraba por la puerta le preguntaba si conocía un lugar con acantilados verdes y un cielo gris perpetuo, una antigua ciudad a lo lejos, un puerto lleno de veleros y dos islas blancas como la espuma del mar. Intentaba no parecer demasiado chiflado. La respuesta siempre era la misma: no, no, y no. Alguna vez le habían indicado Dover o la costa de Cornualles. Un marinero le habló de unas

islas al norte de Escocia y otro de los acantilados de los Gigantes en las islas Canarias, pero todos… ¿Qué haces, Miguel? —preguntó Aspasia al ver al chico con los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás recitando nombres.

—Trato de recordar todos esos lugares para buscarlos luego en los mapas.

—¿Y no sería mejor anotarlos con un lápiz en un papel? —preguntó Aspasia.

—¡Bien pensado! —exclamó riendo—. Irene, me alcanzas uno, allí, encima de la mesa junto a los libros.

—Claro.

Irene se levantó de un salto y le acercó el lápiz. Al tomarlo, Miguel la observó fijamente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Irene intimidada por la mirada del chico.

—¿Y dónde escribo? ¿En mi nariz?

—Mi tía tiene razón. Eres un pesado, Miguel —afirmó Irene mientras rebuscaba en los cuadernos del colegio alguno con hojas en blanco. Al hallarlo, se lo lanzó con dulzura.

Enseguida Miguel se puso a anotar todos esos nombres antes de que se le fueran de su cabeza para siempre.

—Dejadme proseguir. Y siempre, en la última estrofa de la canción, donde dice: «Cuando estemos en tiempo de cerezas, si acaso temes a las penas de amor, evita a las mujeres hermosas. Yo, que no le temo a las crueles penas, no viviré ya un día sin sufrir» —recitó Aspasia y tatareó con su voz la bella melodía—, Marín apuraba su copa y, tras dejar unas monedas en la mesa, se retiraba a su casa junto a la fábrica de galletas. Al salir de Le fronton de Saint Laurent, Marín caminaba por las sombras del puerto; unas sombras que no penetraban la impermeable piel que el calvados le proporcionaba. Se sentía valiente. Caminaba despacio para impregnarse de lo que fuera que activaba sus sueños. Cuando ya subía la rampa del muelle en dirección a la ciudad, aceleraba el paso con la pretensión de agotarse y conseguir un sueño rápido. Al acostarse, el sueño no lo invadía, tal era su ansiedad por dormirse rápido y visitar a la bella mujer en los acantilados. Cada noche se encontraban junto al mar, bajo aquel cielo gris imperturbable…

—¿Cómo se llamaba la mujer? —preguntó Miguel.

—Fíjate que también se lo pregunté en el tren, pero me contestó que no era sabedor de ello durante mucho tiempo. Cada día solo esperaba la noche para verla y preguntárselo, pero jamás recordaba hacerlo. Más adelante, entendió que su nombre era lo que menos le importaba de ella. Después de todo, un nombre es algo insignificante y ella no lo necesitaba, aunque lo tenía. Y muy bello, por cierto. Bueno, el caso es que…

—Pero ¿cómo se llamaba? —insistió Miguel.

Irene imploró con un gesto que no continuara, y desistió.

—El caso es que… empezaron a quererse, no como dos extraños en un sueño, sino como dos personas que, viviendo en el mismo lugar, se encontrarían, se conocerían y se amarían. Él no podía olvidar la primera vez que la vio después de la desaparición en su dormitorio. Se encontró caminando por el sendero de tierra que serpenteaba junto al acantilado, cuando a lo lejos pudo distinguirla, como siempre, observando el horizonte. Pero esta vez se dio la vuelta y, apenas distinguirlo, empezó a correr hacia él. Aún estaba lejos, pero él ya podía contemplar la sonrisa en su cara. Brillaba. Su rostro brillaba. No le dio tiempo a decir una sola palabra que ella se abalanzó sobre él abrazándolo con fuerza suficiente para no perderlo jamás. «Sabía que volverías, lo sabía», le dijo ella, y él se fundió en el dulce aroma de sus cabellos. Nunca supo a qué se refería, con ese «volverías», pero no le importaba mucho. En la fábrica de galletas, Marín tenía fama de introvertido, de esquivo. Demasiado serio decían. Además, físicamente se le veía maltrecho, débil y con unas ojeras que le llegaban al suelo. Ojalá lo hubiesen visto con ella. Llenos de vida los dos, reían sin parar. No importaba el cielo siempre gris, el mar desgarrado, esa llovizna molesta día sí y día también; no. Lo importante es que, por fin, pese al tiempo, la distancia, o todo junto, se entrelazaban los dos. Se compraron una casa, a medio camino entre la ciudad y el puerto. Allí vivían ajenos al resto del mundo, o quizás debería decir del sueño.

—No entiendo cómo se compra uno una casa en un sueño —señaló Miguel.

—Yo tampoco —coincidió Irene.

—Cómo sabes que tu vida no es un sueño que estás teniendo en este preciso instante. Y también compras cosas, ¿no? —preguntó Aspasia —. Quizás, ni siquiera eres un niño; quizás eres una matrona fea y

gorda, con bigote, que se sorbe los mocos continuamente, que ronca tan fuerte que hace llorar a los gatitos en la calle; no habla, ladra; arisca, vieja, desagradable, egoísta, agarrada, antipática y con el pelo de loca. Una mujer que cuando sale a comprar el pan, las madres asustadas encierran a sus hijos en su casa. Quizás duermes todo el día porque despierta ya no te quiere ver nadie y hueles mal porque la última vez que te tocó el agua fue durante una tormenta al cumplir los diez años. Alguien que nadie quiere por pesada. Mira, ahí sí se parece a ti en algo —apuntó la tía de Irene.

Un incómodo silencio reinó en la habitación.

—Pero yo… —dijo Miguel.

—Pero tú nada. O quizás era porque Marín llenaba su vida real cada noche. Bien pudiera ser que, para él, su vida en Brest, sus padres y su fábrica de galletas eran el sueño. No lo sé. Pero desde su casa veían llegar los veleros cada tarde, y juntos seguían el camino que los llevaba hasta las estrechas calles que había junto al puerto y, desde allí, iban a contemplar la solemne entrada de los formidables barcos en el fondeadero. Eran cómplices, alientos inseparables. Reían juntos porque tenían ideas similares sobre aquello de lo que es bueno reírse. Ella era decidida, nada dócil, pero eran esa frescura y ese atrevimiento lo que volvía loco a Marín. La observaba cuando ella no se daba cuenta. Solía sentarse en el marco de la ventana de su dormitorio mientras él se tumbaba a descansar. La mujer contemplaba el ir y venir de los carros que trasladaban mercancía del puerto a la ciudad. El amistoso sol de la media tarde realzaba el intenso color negro de su cabello y de sus preciosos ojos color avellana…

—Tostada a fuego lento —interrumpió Irene con una encantadora sonrisa dedicada a su tía especial.

—Tostada a fuego lento —repitió devolviéndole la sonrisa—. Marín la miraba con esa delicadez que da el temor de que se te pueda escapar un detalle de la persona amada y no puedas recuperarlo jamás. Podía encontrar una paz que nunca había pensado que existía. La halló tan solo mirando a alguien que amaba con toda la intensidad que su media vida le permitía. Seguía sus rasgos y le gustaba todo: sus manos, sus orejas, su sonrisa. Ah, su sonrisa… deliciosa. Aunque siempre solía terminarla mordiéndose ligeramente el labio, como recordando que no es bueno sonreír siempre. Y fue esa sonrisa de la mujer desde la ventana la que se quedó grabada en su pensamiento para siempre. Pasarían mil años y él la seguiría viendo ahí sentada, bañada en el sol del atardecer, sonriendo. Cuando él se dormía, era

ella quien lo observa desde la ventana, ajena a todo el ajetreo del camino. Al despertar, Marín era incapaz de que la felicidad de sus noches iluminara sus amaneceres en el oscuro Brest. Caminaba taciturno, sin prestar atención. Solo deseaba regresar a Le Fronton de Saint Laurent y salir de allí con prisas para regresar a su tierra, porque para él, Brest, su calle y su fábrica de galletas, cada vez eran lugares más extraños. Cada noche regresaba allá donde era feliz. Cada noche durante años. Hasta que un día, allí, en una de las extensas playas debajo de los acantilados, tumbado con ella, riendo, bajo un resquicio de cielo azul, ocurrió algo. Entre el sol y la arena ella se acercó a su oído, apenas fue un susurro, pero él creyó morir de felicidad. Esperaban un bebé.

—Ay, madre…, embarazada de un sueño. Pero ¿cuándo se habían casado? No lo ha dicho, señorita Aspasia —le recriminó Miguel.

—¿No crees que no hay nada más bonito a los ojos de Dios que dos personas amándose tanto? Todo lo que Él ha creado es únicamente para ese momento. ¿Qué importa un papel, un cura o una iglesia, o la distancia? El papel puede estar sucio de moho; el cura, ser una mala persona; la iglesia, un cuchitril inmundo, y la distancia, insalvable. ¿Mejoraría eso lo que piensa Dios de ellos dos? No lo creo.

—Pero es pecado.

—Tu cerebro sí es un pecado, y nadie te lo ha dicho.

—Tíaaaa.

—Bueno, vale. Perdón, Miguel, perdóóóón. No se lo cuentes a nadie y así no nos quemarán en la plaza mayor. ¿Hecho?

—Vale —respondió Miguel asintiendo sin mucho convencimiento.

—Naida. Así se llamó su hija.

—Es precioso. Me encanta —intervino Irene.

—Marín la vio crecer en su media vida. Durante el día se retorcía de dolor por no poder estar con sus dos mujeres y lo martirizaba el no contárselo a nadie. Cuando amas en silencio y tus huesos se quiebran e intentas aparentar normalidad, cuánto duele una sonrisa a veces.

—¿Cómo era Naida? —preguntó Irene indiscreta.

—Era de piel tostada y cabello oscuro como su madre, pero liso.

Traviesa, y muy muy curiosa. Lo preguntaba todo. Quería saberlo todo. Risueña como pocos, era tan alegre que el primer regalo que recibía su madre por la mañana era una sonrisa, y al acostarse, poco antes de que su padre se fuera dándole un beso tierno en la frente, recibían otra aún más resplandeciente. Incluso cuando se daba un golpe o se caía, algo habitual porque siempre iba corriendo como gallina sin cabeza, su padre, con acierto, se reía para minimizar el dolor de la situación. La pequeña, al ver que su caída provocaba la risa de Marín, pasaba un segundo de incerteza, pero al momento dejaba libre una risilla que iluminaba toda la casa y de rebote, la vida de su padre.

»Adoraba a su padre. Lo iba a esperar a la puerta de su casa, a que él llegase cada día por el sendero. Marín jamás olvidaría, cuando se acercaba a la solitaria casa junto al camino, cómo su hija, atenta, salía corriendo del maltrecho portal a buscar a su madre para anunciarle su llegada. Y entonces, las dos salían a esperarlo, con la niña pegada a la falda de su madre, mientras la mano de esta en su hombro le acariciaba la mejilla con un dedo. No habría cambiado ese momento ni por todas las fábricas de galletas del mundo. Naida tenía los ojos profundos y verdes. Pequeñas ventanas que mostraban el color del mar que acaricia Brest en otoño. Esos ojos que al mirarte ven más allá de lo que deseas mostrar. Y una marca de nacimiento preciosa, cerca de su ojo derecho, junto a la naricita. Alargada en un extremo, la marca formaba una ola que rompía sobre el mar. Quizás el mismo que miraba su madre cada tarde —apuntó Aspasia convencida.

Los dos niños se miraron entre sí tratando de recordar por qué les sonaba esa marca de nacimiento.

—Pero como todas las cosas: las buenas y las malas, las grandes y las pequeñas, las claras y las oscuras, las rectas y las torcidas, todas en un momento dado se acaban. Y se acaban no por algo en concreto, se acaban porque así debe ser. Hasta la felicidad eterna debe ser un castigo. Una tarde, cuando Marín llegó a su casa, no había nadie. Tan solo un plato de sopa de verduras aún caliente sobre la mesa, pero ni rastro ni de su mujer ni de su hija. Al principio no le dio mucha importancia porque, si la tarde acompañaba, a ella le gustaba pasear cerca del mar. Lo hacía antes sola y ahora con Naida. Se tomó la sopa, se sentó afuera, junto al camino, y saludó a los pocos viandantes que pasaban por delante de su casa.

»Se dejó acariciar por la brisa marina y el reconfortante pensamiento de que pronto llegarían. Pero no lo hicieron. El gris del horizonte dio paso al rojo, y este al azul finito, y Marín seguía afuera. Ya no

quedaba nadie a quien saludar. Despacio, la noche llenó sin piedad cada rincón de la casa. Desesperado, salió a buscarlas a lo largo del camino, bajó por los acantilados hasta la arena, y gritó sus nombres. Nada. A cada minuto se desesperaba más y más. Fue al puerto, y de los pocos que aún quedaban por allí nadie las había visto. Agotado, bien entrada la noche, regresó a su hogar. Hizo un débil y casi ridículo último intento por llamarlas. Digo ridículo porque apenas tenía voz, y la poca que tenía quedaba oculta por el llanto, así que sus nombres apenas se pudieron escuchar ni unos míseros pasos más allá de donde se encontraba él. Arrastrándose, subió hasta su dormitorio y se tumbó en la cama sin quitarse la ropa. Rendido, se durmió con la esperanza de que al amanecer todo hubiese sido un mal sueño. Se despertó al alba, en Brest, y se sintió solo como nunca se había sentido jamás.

—Me da mucha pena, tía —dijo Irene con un hilillo de voz.

Aspasia asintió con cierta amargura reflejada en su rostro.

—Siguió visitando cada día la casa, pero no soportaba verla vacía, así que con el tiempo sus visitas eran cada vez más infrecuentes y, las pocas veces que iba, prefería caminar junto al borde del acantilado con la vaga esperanza de volver a verla frente al mar. En Brest su vida se derrumbaba. Marín empezó a tener serios problemas de salud. Pero una noche febril de calvados alguien entró en Le Fronton de Saint Laurent.

—¿Quién? —preguntaron los dos chiquillos a la vez.

—Un marinero español. Alto, de cabello largo y oscuro, con barba de varios días, algo gordinflón, aunque él prefería decir que tenía buenos huesos. Entró riendo, con esa forma de saborear la vida a cada segundo como solo en el sur saben hacer. El marinero miró a su alrededor y se acercó a Marín. En un francés algo arcaico le preguntó: «¿Le importa compartir mesa? No es por nada, pero usted es el único que parece haber nacido después de Cristo en este lugar. Y eso incluye a las mujeres». Al tomar asiento, el español lo miró con detenimiento: «Aunque por su aspecto, creo que usted ya vivía cuando nacieron ellos» —dijo Aspasia imitando la voz del marinero, y se rio como un conejillo por su ocurrencia—. Al incorporarse para poner distancia entre ellos, Marín, vacío de esperanza, le preguntó la misma frase que dirigía a cualquier extraño que entraba en la taberna: «¿Conoce un puerto frente a dos islas blancas como el mármol, rodeado de acantilados verdes y un camino que lleva a una gran ciudad desde el mismo puerto?». «Claro, El Callao en Lima», dijo el español, indiferente, mientras buscaba en toda la taberna a quién arrimarse

para compartir bebida.

»Marín levantó la mirada y, entre las nubes de alcohol, vio por primera vez un pequeño resquicio de cordura. “¿En serio que lo conoce?”, preguntó. “Mierda, siempre me tocan los tipos raros”, afirmó el español, secándose el sudor de la frente con la palma de la mano porque la situación lo incomodaba, y continuó: “Aunque dígame un puerto que no tenga un camino que lleva a una gran ciudad. Los acantilados están lejos del puerto y las islas están peladas, no ha crecido allí ni un mal hierbajo, pero blancas lo que se dice blancas, no son, y menos como el mármol”. Marín saltó de golpe quedándose a unos centímetros de la cara del marinero que lo miró con ojos desorbitados. “¿Seguro que es Lima? ¿Así lo cree?”, le preguntó con insistencia. El marinero parecía tan agotado que lo único que hizo fue volver a sentarse y decirle ya con voz más cansada: “Tengo treinta y dos años pese a que parece que haya cumplido ya los cincuenta. Soy de un pequeño pueblo de Extremadura, tierra valiente, inalterable y apta únicamente para hombres duros, pero sin mar. Yo quería ver el mar desde que en el hospicio un hermano que cuidaba de nosotros, y cuidar es un decir, nos contaba las historias de los misioneros jesuitas en América. Así que a los doce me largué hacia el oeste, crucé Portugal a pie, algunas veces en carro, pero casi siempre a pie, hasta un pueblecito de apenas cuatro casas llamado Sines. Allí había un anciano, sentado en una silla de madera a las puertas de una casa tan blanca que dolía mirarla. Fumaba en una pipa que debía conservar desde joven porque estaba peor que él. Le pregunté: ‘Señor, ¿está el mar detrás de esos campos de legumbres?’. ‘¿Qué campos de legumbres?’, dijo el anciano. Yo se los señalé con el dedo. El anciano miró en la dirección que yo le mostraba e impasible me contestó: ‘Eso es el mar, idiota’. Fue la primera vez que lo vi, y lo había confundido con un campo infinito. Fui corriendo hasta la orilla, lo toqué, me senté en la arena con los pies en el agua y supe que quería estar toda mi vida así. Me marché hacia el norte siguiendo la costa hasta Lisboa, allí me embarqué como grumete en un mercante que iba a África y hasta ahora no he parado. Ojalá me hubiese atraído más la siega de trigo, porque la vida en el mar es dura amigo, muy dura. Pero al menos he visitado lugares que la mayoría solo pueden soñar; me han compensado las semanas embadurnado en sal y rodeado de apestosos marineros. Y uno de esos lugares es Lima. Pues sí, estoy seguro que es Lima. Ahora, me tomaría de buen grado un poco de ese calvados que lo acompaña”.

—Es agradable ese marinero. Borrachín, pero agradable —señaló Irene.

—Le preguntó al español el camino más rápido para llegar. Cuando acabó de reírse, por lo de rápido claro está, le comentó que, para él, el mejor itinerario sería bajar hasta Cádiz y tomar un barco a Panamá. Desde allí, debía cruzar el estrecho continente en el nuevo ferrocarril y, una vez en el otro lado, tomar uno de los barcos que zarpan a diario hacia todos los grandes puertos del Pacífico. Marín no quiso saber nada más. Regresó a su casa, empezó a sacar toda la ropa que tenía aprovechable y la metió en una vieja maleta. La observó con detenimiento y decidió que era demasiado grande. Probó con otra que no era siquiera la mitad y aún le parecía enorme. Al final, encontró una bolsa de tela vieja, introdujo un par de camisas, igual cantidad de pantalones, cuatro libros, y otro par de zapatos. Nada más. Se sentó un buen rato en el suelo y examinó la bolsa. Sabía que tenía que dar ese paso, pero aun así la escudriñaba buscando cualquier excusa, fuera un descosido, o un agujero en la tela, para dejarla e ir más ligero de equipaje. Al final, cerró la bolsa con una cuerda y se fue a dormir.

»Y regresó al camino junto a los acantilados, a su casa, a su dormitorio donde aún sentía el aroma de ellas. Salió al porche, y por primera vez supo distinguir el idioma de los carreteros que lo saludaban al pasar por delante de la casa. Distinguió sus caras curtidas por el polvo y el esfuerzo, su tez morena y sus peculiares prendas. El español tenía razón, debía ser Lima. Salió de la casa sin mirar atrás, siguió el sendero del puerto, consciente de que la próxima vez que regresara sería caminando desde fuera de los sueños. Al despertarse, se vistió con prendas resistentes, a sabiendas de que quizás las debería llevar por mucho tiempo. Tomó su bolsa de ropa al hombro y salió en dirección al puerto de Brest. No había ningún barco hasta Cádiz, por lo que tanteó sus opciones y se decidió por un pequeño vapor que iba a buscar un cargamento de vino a Lisboa. Desde allí tendría el camino más fácil para llegar al sur de España. Pagó su viaje y se embarcó sin muchos remordimientos por lo que dejaba atrás, tal era la necesidad de buscar su verdadera vida.

»El viaje duró poco más de una semana a lo largo de la costa francesa. El seductor clima lo alejaba más y más de su anterior vida y lo acercaba a ellas. Incluso se preguntó si por las noches volvería a verlas, pero no fue así. Le encantó Lisboa, tierra de aventureros y hombres orgullosos, que forjaron el mundo tal y como lo conocemos hoy: para bien o para mal. Le gustó la gente, el azul del cielo, las vistas desde el castillo de San Jorge, las aceras empedradas de manera desigual y el empinado barrio de Alfama, retorcido por su propia belleza. En los callejones, al atardecer, se escuchaban tristísimos cantos de mujer, cantos de profunda melancolía; al menos eso le parecían a él, pero lo cierto es que nunca encontró a una mujer triste

en toda la ciudad. Incluso era difícil saber el origen de aquellas canciones. Nada sobrenatural, por supuesto, pero los infinitos y minúsculos callejones eran un acertijo demasiado cruel para Marín, que desistía de encontrar la fuente original, y se sentaba en unos peldaños a escuchar la música mientras se rodeaba de la vida en la ciudad. No quería perderse ningún detalle.

»Marín tomó el vapor y estuvo varias semanas en el Atlántico. El caso es que, por fin, llegó a Colón, en Panamá. Ahora hablan de hacer un canal que lo atraviese, pero entonces eso no era más que un sueño, y él se sintió afortunado porque existía el ferrocarril que podía ayudarlo a superar los pocos kilómetros que separan las dos costas. Tiempo atrás, cruzar el territorio era horroroso. Tenías que hacerlo a pie a través de un estrecho camino que habían creado los españoles cuyo nombre era El Camino Real. Solo los últimos tramos eran lo bastante anchos como para utilizar mulas de carga. Se tardaba muchos días en poder atravesarlo; los suficientes para que la malaria, el cólera y demás enfermedades se llevaran a más de la mitad de los que lo intentaban cruzar. Hay tantas esperanzas, tantos sueños, tantos amores, tantos deseos, tantos gritos a madres muertas enterrados junto a El Camino Real y en los pantanos que lo rodean, que dicen que los que sobrevivían al viaje se les encogía el corazón de tal forma que su alma no volvía a ser feliz jamás. Rostros llenos de luz y esperanza no volverían a mostrar más una sonrisa. Al desembarcar Marín en el puerto de la pequeña ciudad, pueblo más bien diría, no solo le fascinó el colorido de los bosques tropicales que rodeaban la bahía Limón…

Miguel soltó una risilla imperceptible.

—Bahía Limón… —repitió por lo bajini.

—… sino que los sonidos que cruzaban el pueblo eran increíbles. Decenas de cantos de aves tropicales de todo tipo, un sonido misterioso y embriagador al mismo tiempo, que llegaban desde todas partes. Y eso que Colón estaba abarrotada de gente. Montones de barcos llegaban cada día portando aventureros de todo el mundo: principalmente inmigrantes que iban a Alaska o América del Sur en busca de un mundo mejor del que habían conocido aquí, en Europa. Al menos uno que les permitiera dormir sabiendo que al día siguiente comerían.

Aspasia siguió narrando cómo el tren iba abarrotado pese a los elevadísimos precios y que lo máximo que consiguió Marín fue salir en dos días, previo pago de su reloj a un vendedor de taquilla de mirada viscosa. Tras patearse medio pueblo, consiguió una habitación

compartida con seis buscadores de oro alemanes a precio de suite imperial en París. Al día siguiente, Marín quería apreciar por sí mismo los colores y los sonidos del trópico. No podía esperar a verlo desde la ventanilla del tren, y caminó hasta los límites del pueblo, allí donde los frondosos bosques tropicales amenazaban con engullir a aquella población al menor despiste. No llevaba ni media hora andando cuando se plantó delante de la selva. En ese lugar, sin el bullicio de las calles, podía escuchar los sonidos con claridad. Aves de todo tipo y de colores increíbles pasaban rozando con impertinencia su cabeza.

—Jamás desde su casa en Brest hubiera podido imaginar que existía algo tan hermoso —explicó Aspasia.

—Era un mundo diferente, pero ya era parte de él. ¿No, tía?

—Así es. Desde lo más profundo, dio las gracias a su mujer y a su hija por haberle permitido conocer cosas tan bellas y lugares tan increíbles. A pocos metros había un grupo de hombres que talaban árboles. Esa zona es muy rica en árboles madereros. Cortaban la madera en trozos de unos dos metros para poderla apilar en una carreta que necesitaba mejor materia prima que su propia carga. Marín se acercó y les deseó los buenos días en su español, cada vez más fluido. Recibió miradas extrañas al principio, y sonrisas y saludos con los sombreros de paja, después. Se aproximó a un árbol bello y frondoso, con unos frutos peculiares, pues parecían manzanas en miniatura. Llegaba un aroma dulzón proveniente de él y sintió el irrefrenable deseo de probar una de esas pequeñas manzanas. Al alzar la mano para arrancarla, uno de los hombres que talaban los árboles saltó y, sin dejar de gritar, corrió hacia Marín. Lo detuvo a tiempo. Si arrancaba ese fruto, le dejaría la mano en carne viva, siempre y cuando tuviera la suerte de no comérselo. Si lo hacía, moriría en pocos minutos. Era el árbol más mortífero conocido. «Manzanilla de la muerte», lo llamaban.

—¿Existe ese árbol por aquí, tía?

—No, cielo. Solo crece en los climas tropicales de América y mejor que así sea, porque si estuviera por aquí, con toda probabilidad el pueblo tendría la mitad de habitantes que tiene ahora. Marín le agradeció al hombre su advertencia y trató de tranquilizarse observando cómo trabajaban la madera. Estaba allí junto a ellos, relajado. Pensaba lo afortunado que había sido por no comerse la fruta venenosa cuando la rueda retorcida por el paso de los años del carro de los madereros cedió. No tuvo tiempo de nada más que ver cómo uno de los troncos superiores se deslizó quejoso, pero sin miramientos,

directo a su rodilla izquierda, y la aplastó.

—¡Ah! —chilló Irene—. ¡No!

—Marín, desconcertado, apenas sintió dolor. Solo perdió el equilibrio y cayó en silencio. Examinaba el cielo de Colón cuando el dolor le invadió cada uno de los poros de su piel. Empezó a gritar hasta que su voz se secó y perdió el sentido.

—Qué dolor —exclamó Miguel—. Pero ¿por qué no saltó o hizo algo similar?

—Lo trasladaron a una casa cercana. Llamaron a un doctor que tardó más de un día y medio en llegar, pero al menos cuando apareció llevó litros de alcohol. El problema era que todo el alcohol iba en su interior. Por aquel entonces empezaba a utilizarse para curar las heridas. Examinó la pierna de un moribundo Marín desde lejos… y se durmió a su lado. Al despertar, la habitación estaba repleta de gente que lo observaba con reproche, mientras el joven alucinaba devorado por la fiebre. Pero el doctor, cuando no bebía, era un buen profesional. Examinó de nuevo la pierna, le extrajo astillas y huesos destrozados. La gente quería saber si tendría que amputar. Al principio no decía nada, pero cuando el tercer «observador» le preguntó si podía esperar a amputar por la tarde, justo cuando su mujer saliera de limpiar la casa de unos ricos para que no se perdiera el espectáculo, montó en cólera, gritó que eso no era un circo y los sacó a todos a gorrazos. Desinfectó la herida con algunos antisépticos que había hecho traer de su consulta y entablilló la pierna. Marín todavía era incapaz de razonar, pero aun así el doctor le dijo que no podían hacer nada más que esperar. Si no se infectaba se salvaría, pero que se olvidara de caminar como hasta entonces, y con mala suerte se infectaría y tendría que cortar y a esa altura era muy peligroso. Bueno, a esa altura y a cualquier altura —señaló Aspasia desconcertada por su propia puntualización.

—Pero se salvó, o no estaría en ese tren, tía. —Sonrió Irene.

—Se salvó. La fiebre tardó aún varios días en bajar, pero lo hizo. La señora de la casa donde lo habían llevado le proporcionaba alimentos: básicamente verdura triturada y sopas. El hijo de esta, un joven mulato no mucho mayor que vosotros, se sentaba cada tarde a contarle historias sobre El Camino Real que el bueno de Marín apreciaba. Estaba inquieto y ansioso por no poder llegar a toda prisa a Lima, pero se conjuró para tener paciencia. El suyo era un viaje que tenía que hacer, por muchas piedras en el camino y por muchos

troncos «romperrodillas» que se encontrase en él. La mujer que lo cuidaba era muy reservada, de fuertes huesos como el español de la taberna de Brest —precisó Aspasia divertida por la ocurrencia—. A diferencia de su hijo que era alegre, y en cierta forma comprensivo, ella era áspera como chupar un limón. Marín era consciente de que lo dejaba estar allí por el poco dinero que habían acordado que le pasaría. Nunca quiso cenar con ellos, prefería molestar lo mínimo posible. Se sentaba como podía en su precaria cama y así transcurrían sus días. Pálido como la cal…

—O la luna —interrumpió Miguel y se tapó la boca de inmediato en señal de arrepentimiento.

—… o la luna —prosiguió Aspasia con la mirada fija en él—. No sin dificultad, empezó a salir con la ayuda de un bastón que le había conseguido el doctor que aún, de vez en cuando, iba a verlo. Los primeros días tan solo unos pasos apoyándose en el chico, pero con esfuerzo cada día iba un poco más lejos. En pocas semanas ya paseaban, despacio, por supuesto, pero compartían una tarde agradable, sin dejar de hablar con el joven y respondiendo a su infinita curiosidad. Quería saber todo sobre Europa, sus viejos callejones, sus costumbres y el clima. Le contó que se dirigía al Perú a reunirse con su hija y su esposa. Él lo miró con ternura, tanta que por un momento pensó que él era el niño y el niño era el adulto. A Marín le hacía gracia y, en cierto modo, le recordaba a la pequeña Naida. Tenía una sonrisa compasiva y limpia como la de ella. Cuando ya se sintió con fuerzas para comprar un billete de tren y alcanzar Panamá, llegó el momento de despedirse y se lo dijo. Para su sorpresa, el chico no se entristeció, al contrario, se alegró por él.

»Después de un buen rato sentados bajo una palmera, en una piedra que hacía de asiento improvisado frente al Atlántico, el chico cambió su rostro y le comentó: “Marín, andas perdido, pero no te preocupes, ella cuidará de ti… y de muchos como tú. Ya lo hace”. Confuso, quiso saber a qué se refería, pero el joven solo contestó: “Ya es tarde y mañana tienes un viaje largo en tren, volvamos a casa”. Al día siguiente, cuando Marín fue a despedirse de la mujer, se sintió decepcionado por no encontrar al joven para que lo acompañara a la estación. No porque necesitase a alguien que lo ayudara con la bolsa, porque él, a su manera, había recuperado fuerzas para moverse sin auxilio. Se sintió triste por no poder despedirse de él. Le dijo a la mujer que se despidiera de su hijo en su nombre, pero la mujer lo miró como aquel que mira a un loco y le preguntó: “Pero ¿de qué hijo me habla?”. Marín intuyó que se habían peleado y le respondió: “Bueno, cuando hayan hecho las paces de nuevo se lo dice”. La mujer

se alteró y repitió: “Pero ¿se puede saber de qué demonios habla?”.

Aspasia contó cómo Marín también se hartó de la cabezonería de la mujer y de su desprecio constante durante el tiempo que estuvo allí y cómo le gritó: «Oiga, haga lo que le dé la gana, si quiere me despide de él, o si no, no lo haga, me da igual. Parece mentira que sean madre e hijo. Me largo». Tomó su bolsa, se la ató al hombro con un nudo marinero y salió de la casa cojeando, más preocupado en no tropezar que en su prisa. La mujer no tardó en salir tras él y desde la puerta le gritó: «Pero ¿qué hijo? ¡Quizás el tronco le dio en la cabeza, no en la rodilla! ¡Menos mal que ya se marcha! Vaya un tipo raro». No paró de mascullar mientras entraba de nuevo en la casa.

—No lo entiendo. ¿Por qué no reconocía a su hijo? —preguntó Irene.

—Quién sabe. A Marín no le importaba demasiado ella, pero odiaba dejar al chico con alguien a todas luces tan inestable. Aunque siempre tuvo la sensación de que ese crío iba por delante de todo el mundo. Por fin llegó al tren, se acomodó junto a la ventanilla con la esperanza de que el aire entrara a borbotones una vez en marcha y se llevara con él algo de ese calor pegajoso que lo aprisionaba. El tren empezó a circular y, entre los chasquidos de las vías y el vapor, Marín sonrió por volver a estar en camino. No hacía ni media hora que habían dejado la localidad y el tren ya se adentraba en la selva tropical, cuando a lo lejos, en un pequeño claro entre la maleza, distinguió una mujer sentada que jugaba con un niño. A Marín le dio un vuelco el corazón. La mujer estaba de espaldas, sentada en la hierba. Le era familiar, pero no podía ser ella. Entonces, el niño se apartó de la mujer y corriendo se acercó al tren. Marín se levantó de golpe para sorpresa del hombre de barba y cabello blanco como la nieve suiza y porte elegante que se sentaba a su lado, y gritó: «¡Ometéo, Ometéo!».

»El niño se detuvo en la distancia, y le mostró la cálida sonrisa que lo acompañó junto a la cama los días que lo devoraba la fiebre, y asintió con un ligero movimiento de su cabeza mientras lo despedía con la mano. El anciano acompañante miró también en dirección a donde Marín gritaba y dijo: “Más de diez mil personas murieron construyendo este ferrocarril y muchos días los más sensibles de entre nosotros, aquellos a los que la vida les exige espantosamente por vete tú a saber qué designio de Dios, aún pueden verlos entre el sudor y las lágrimas, entre la fiebre y el cólera, entre las vías y la selva”. El hombre reflexionó un segundo: “Son sombras hermanas”, sentenció. Marín, agotado, reposó su espalda contra el asiento y le contestó: “No. No son sombras. Todo lo contrario”.

—Oh, entonces el niño… —intervino Irene.

—El viaje fue relativamente bien, y cada puente que cruzaba, y los hay a decenas, lo acercaba más a ellas. Se sorprendió al llegar a la ciudad de Panamá. Pensaba encontrarse una ciudad de paso, pero descubrió un crisol de colores, ideas y esperanzas de todo tipo. Al poner un pie en la estación fue a buscar un transporte que lo trasladase al puerto y allí poder comprar un pasaje para el siguiente barco a Lima. No fue muy complicado porque zarpaban barcos a diario. Para ese mismo día ya era tarde, pero consiguió plaza en el siguiente que partía al amanecer. Con todo un día de espera, como era costumbre, subió a la cima del cerro Ancón para divisar la ciudad. Le gustaba hacer eso en cada ciudad que visitaba para, en su justa medida, poder contemplarla, estudiarla, e imaginar qué ocurría en cada pequeña línea recta o vertical del horizonte de la villa. ¿Quién vivía? ¿Quién trabajaba? ¿Dónde? ¿Qué hacían sus gentes? Alegrías, miedos, todo. Se lo imaginaba todo. Contempló el Pacífico, el mismo mar que observó durante tantas noches cuando iba a visitar a su familia. ¿Quién sabe si las mismas aguas que estaban delante del puerto de Panamá, tan solo unas semanas atrás bañaron los pies de su mujer en la playa?

»No quiso perderse en ensoñaciones cuando estaba tan cerca de descubrir qué había sucedido. Podía sentirse tan cerca de ellas ya. Tomó un pequeño barco que tardó apenas una semana en llegar a Lima. Marín ya estaba en cubierta horas antes de que se divisaran las dos islas enfrente del puerto. Las reconoció enseguida. Esta vez, sin embargo, eran claras. La niebla que envolvía sus recuerdos se disipaba por el soplo del Pacífico y ahí estaban. Su rostro formó una sonrisa al viento. Sonrisa cruel, de dolor al morderse el labio como hacía su mujer junto a la ventana, porque algo no andaba bien. Reconocía el puerto, las islas, pero algo le era extraño. Mientras entraba en el puerto se dio cuenta por primera vez de que los barcos eran diferentes a los que observaba con ellas al romper la tarde. Apenas ninguno utilizaba las velas al aproximarse al puerto y, pese a tener mástiles, el vapor era utilizado por casi todos, a excepción de embarcaciones pequeñas. No sé por qué se extrañaba por ello. Venía de una ciudad de mar, con un puerto casi tan importante como en el que ahora se encontraba, y con los mismos tipos de barcos. ¿Por qué le parecía todo tan distinto? La segunda sorpresa fue el mismo puerto; mucho más grande de lo que podía recordar. Incluso las pocas casas que había a su alrededor se habían convertido en calles rabiosas de gente, que abrazaban protectoras el muelle.

—Buf —resopló Miguel—. ¿A que se equivocó de ciudad?

Aspasia negó con la cabeza.

—Al desembarcar, Marín convenció a un joven que llevaba un cargamento de telas al almacén de su padre para que le dejara un rincón de su carro hasta llegar a Lima. El joven lo miró con desconfianza, pero a los pocos segundos cedió. Tal era la cara de desesperación de Marín. El carro se dirigió hacia Lima por el camino que tantas veces había recorrido. Tumbado, abrazado a su magullada bolsa de tela, observó pálido el camino, antaño apenas transitado, como en ese momento lo cruzaban sin cesar decenas de carretas. Donde antes había un solitario camino sin apenas más casas que la suya, ahora era una calle con multitud de casitas a lo largo del trayecto. Si la bolsa de tela hubiese podido, habría gritado de dolor porque sus manos estaban encendidas de tanta fuerza con que la sujetaba. Pero no gritó la bolsa, no, el que gritó fue Marín. Pidió al joven que detuviese el carro, le agradeció el corto viaje y se despidió. Después de tanto tiempo y tanta distancia había llegado a casa.

—¡Al fin! ¿Salieron su mujer y su hija a recibirlo? —preguntó Irene.

—No.

—Oh…

—Allí plantado, con cada respiración se le escapaba un poquito de alma. Miró con detenimiento el portal resquebrajado por el tiempo. Los restos de la que una vez fue la puerta de madera yacían en el suelo con medio cuerpo dentro y el otro medio fuera de la casa… como su vida. Infinidad de matojos y malas hierbas trataban de escalar su ya destartalada fachada. Siguió con la mirada hasta la ventana, donde su mujer solía acompañarlo cuando él descansaba. Entró derrotado. Paseaba con el ruido de los escombros bajo sus pies como única compañía. No quedaba nada tal como lo recordaba. Subió despacito al piso superior, como cuando llevaba dormida en brazos a Naida para acostarla. Creyó escuchar sus pasos por los pasillos, a la mujer de su vida llamándolo, risillas de su hija en las habitaciones. Pero no había nadie. Entró en su dormitorio y se reclinó en la ventana, aquella donde se acomodaba ella siempre, y de repente el aroma de su cabello inundó la habitación con tal intensidad que desconcertó a Marín. La llamó con fuerza; llamó a su hija con más fuerza todavía, pero seguía sin haber respuesta. Y tal como vino se fue.

—¿Quién? —preguntó Miguel.

—El aroma. Se fue, así —respondió Aspasia mientras chasqueaba los

dedos—. Y Marín se derrumbó. Se sentó en el suelo, justo donde estaba la cama donde solía descansar por las tardes y lloró. Lloró tanto que creyó morir. Se despreció por su mala suerte. Golpeó el suelo con rabia. Cada lágrima que caía era un puñal que le recordaba su futuro sin ellas. Cuando la suave claridad de la luna entró por la ventana, Marín ya se había quedado sin fuerzas y dormía entre los llantos del derrotado. Al despertar, su primer pensamiento fueron los acantilados. Debía ir allí. Su pierna le dolía horrores. Trató de levantarse con dificultad, arrastrándose hasta la ventana, y con la poca fuerza que le quedaba logró levantarse. Descansó unos segundos en el alféizar para recuperar el aliento cuando un anciano desde la calle le gritó: «Oiga, ¿qué hace ahí? Haga el favor de bajar. Toda la casa está a punto de derrumbarse. ¿Quiere que se le caiga encima?». En ese momento a nuestro amigo no le pareció tan mala idea, pero saludó al viejo que le había hablado y le pidió que esperase. Intentó ir todo lo deprisa que pudo, pero su pierna no ayudaba en absoluto. Aun así, al salir el hombre seguía esperando. Marín forzó una amable sonrisa que el anciano no compró en absoluto: «¿Se encuentra usted bien? Parece que se haya caído por los acantilados», le dijo. Marín sonrió por la ocurrencia y esta vez con sinceridad. Le explicó que solo buscaba información sobre la casa, y de una mujer y su hija que vivían en ella. El hombre lo miró con desconfianza, pero al ver al joven más frágil que una solitaria espiga delante de la tramontana le dijo: «Que yo recuerde no… No sé, la verdad es que ya no recuerdo muchas cosas… pero mi esposa ha vivido aquí toda su vida, quizás ella sabe algo más. Venga y coma con nosotros, creo que lo necesita. Es aquí mismo». Marín aceptó con agrado. Su estómago aún estaba cerrado, pero ya era más de mediodía, y necesitaba reponer fuerzas, aunque no tuviese hambre. Además, pensó que era una buena excusa para preguntar sobre ellas.

»La casa del anciano era húmeda y angosta, pero, a su manera, había logrado que fuera acogedora. Al menos el comedor lo era. Le presentó a su esposa que, al ver al maltrecho Marín, sonrió y lo ayudó a sentarse a la mesa con ellos. Preparó un estofado sabrosísimo, por estar hecho a fuego lento con mucha pimienta y grasa. A los pocos minutos ya preguntó sin muchos miramientos sobre la mujer y la niña que vivían en la casa. Les dijo a los ancianos que él venía de Europa tras su rastro porque eran familia. Ya no tenía paciencia. La mujer entornó los ojos y buscó la respuesta. “Sí, las recuerdo”, dijo. “La madre era bellísima, dulce y amable, pero también la mujer más triste que he conocido jamás. Ella sola crio a la niña y eso aquí era durísimo”. Marín le preguntó sobre su marido. “Ella decía que lo tenía, pero nunca lo vimos. Cada mañana iba hasta los acantilados a

esperar su llegada, pero al atardecer, cuando regresaba, siempre estaba un poco más débil. La gente cuchicheaba, ya sabe, madre soltera y esas cosas. La evitaban. Así que cada día estaba más sola. Incluso cuando iba con su hijita de la mano alguna víbora las insultaba. Ella seguía diciendo que su marido vendría a buscarlas. La pobre chica se fue apagando como una vela sobre el acantilado que tanto le gustaba visitar. Parecía enferma y dormía mucho. Cuando estaba bien no le faltaban pretendientes. Ella se sentaba en la ventana superior de su casa, cada atardecer, y los hombres que pasaban por el camino no podían hacer nada más que admirarla, pero ella sonreía a su hija que se hallaba dentro de la casa e ignoraba a los demás. Luego, cada noche se la podía oír llorar". Marín se odiaba por no haber estado con ellas para protegerlas en esos momentos. La mujer continuó: "Un día, ella salió hacia los acantilados como siempre, y ya no regresó más. Se la buscó durante varias jornadas por las playas, por si hubiese ocurrido algún accidente o si, Dios no lo quiera, se hubiese tirado al océano".

—¿Y la niña? —preguntó Miguel.

—Eso mismo preguntó Marín. La mujer le dijo: «La encontraron solita en la casa. Ella, que era tan divertida, siempre reía y saltaba de aquí para allá. La hallaron en un rincón, sin hablar. Sí, la recuerdo bien. Guapísima como su madre, de ojos de un precioso verde intenso. Un ángel. Naida, eso es, Naida. Creo que ya no habló más». Marín quiso saber qué fue de ella. La mujer no estaba segura: «La llevarían al hospicio; al Jesús Nazareno, al Navarrete y Vargas, o quizás al Ruiz Dávila en Lima». Justo antes de salir de la casa, el joven le preguntó a la mujer si conocía bien a la pequeña. «Así es. Jugaba con ella», le contestó. Marín le agradeció a la anciana que se tomara las molestias de jugar con una niña. La pobrecilla debía de sentirse muy sola. La anciana mujer no pudo evitar una franca carcajada. «Qué cosas dice usted. Naida y yo teníamos la misma edad, más o menos. Creo que ella era un poco mayor, uno o dos años, quizás». Marín disimuló, pero una vez fuera de la casa se sentó en la acera y trató de controlar el súbito mareo que le provocó encontrar a la persona perfecta a océanos de distancia. Y, por si no era todo demasiado complicado, que además fuera en el tiempo equivocado.

Irene se tapó la boca con la mano por la sorpresa. Y Miguel abrió sus ojos como platos.

—Aturdido, caminó hasta Lima, visitó los hospicios que le nombró la anciana. Preguntaba por el nombre de la niña y negaban y negaban. Le dejaban ver a las niñas, pero cuando le pedían la edad él dudaba.

Daba igual, nadie la reconocía. Caminó por las calles parándose cada pocos metros por el dolor en su pierna. Pasaba por delante de las picanterías con sus comidas frías como pescado en escabeche, salchichas y aves, todo con un fuerte sabor a ajo al que él aún no se había acostumbrado. Se sintió mareado de nuevo al llegar al Ruiz Dávila. Al entrar en el hospicio, cruzó un pequeño portal que daba a un patio no mucho más grande. Una de las hermanas le pidió que la siguiera. Al caminar, Marín se fijó en los gruesos pilares que aguantaban los arcos que cubrían todos los laterales del hospicio. Pasaron por debajo de un puente que formaba la segunda planta, compuesta también por finos arcos de madera con pilares mucho más frágiles detrás de los cuales había multitud de puertas de las habitaciones. Al llegar al claustro, la hermana le preguntó el motivo de su visita. Él le habló de Naida, de su mirada, de cómo había perdido a su madre, de sus risas, y de su peculiar marca de nacimiento bajo el ojo. Entonces el rostro de la hermana cambió de repente. De la comprensión pasó a la seriedad más absoluta. Lo acompañó hasta la capilla cercana a la entrada y le pidió que, por favor, esperase unos minutos. Marín no era mucho de rezos, pero allí en silencio le pidió a Dios si no había tenido ya bastante. Si, por favor, podía ya descansar. Observó el altar de la capilla, alto con dos columnas griegas pegadas a la pared y entre ellas un habitáculo azul donde reposaba la estatua de una virgen. A él le pareció una ventana. Era una ventana. Si miraba más allá de la estatua podía ver el mar, y más allá Brest y el Fronton de Saint Laurent, vio a Naida y a su mujer, a su madre y la fábrica de galletas y a… —Aspasia se detuvo de golpe y guardó silencio—. La puerta de la capilla se abrió, e iluminó con la luz del sol la ventana por la que miraba Marín. Al cerrarse, este se levantó con esfuerzo, se volvió lastimosamente hacia la puerta y allí… —Aspasia se detuvo de nuevo.

—¿Y allí qué, tía? ¿Allí qué? —imploró Irene.

—El revisor anunció que el tren llegaba a Burdeos. Y Marín se incorporó lentamente con muestras claras de dolor. Entonces, la anciana que se sentaba a mi lado se levantó como si tuviera veinte años menos y ayudó al joven a incorporarse. Me sentí avergonzada, yo no tenía más de treinta años y una anciana se había levantado rauda a ayudar a un necesitado, y yo como una idiota allí quieta. El caso es que Marín sonrió con ternura a la anciana, y se apoyó en ella. Se despidió de mí con un ligero movimiento de su gorra, deseándome suerte en mi viaje. En ese momento justo cuando se iba, la anciana me miró fijamente y con una sonrisa me saludó con la cabeza. Tenía los ojos verdes más bonitos y profundos que había visto jamás, y bajo su ojo derecho una preciosa marca de nacimiento que formaba una ola

rompiendo en el mar.

—¡Ah! —chilló Irene—. ¡¡Era ella!!

—Pero ya era anciana —balbuceó Miguel.

—Así es. Vamos, Irene, despídete que ya es tardísimo y debemos regresar a casa.

—Tía —la llamó Irene, y saltó a los brazos de Aspasia.

—Vamos, no es para tanto —respondió Aspasia mientras acariciaba el cabello rubio de su sobrina.

—¡No! ¡No! ¡No puede acabar así! ¡Tengo mil preguntas! —gritó Miguel.

—No todas las preguntas en la vida tienen respuesta, Miguel. Pero aun así es importante que nos las hagamos, para saber que nuestro camino no acaba bajo la sombra del sauce que nos refrescó en el verano de nuestra existencia.

Miguel se dejó caer en la cama, e Irene supo que ya soñaba con descubrir nuevos mundos en el techo de su dormitorio.

—Señorita Aspasia, ¿y dónde consiguió la cajita de tabaco?

—¿La caja? Ah... pues no lo sé. Olvidé preguntárselo —contestó, y se encogió de hombros.

Irene se despidió de Miguel con un beso en la mejilla, pero él ya estaba a medio camino de América. Justo antes de salir de la habitación, Aspasia se acercó al pequeño Miguel y le susurró algo al oído. Él le devolvió una mirada brillante y una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias —dijo Miguel.

Aspasia le regaló una sonrisa sincera.

—Mejórate.

La tía Aspasia tomó de la mano a Irene y abandonaron la habitación. La pequeña salió complacida, pero no por tener una tía tan especial; estaba contenta por Miguel. Solo él conocía el nombre de la mujer de Marín.

Capítulo VII

El hermano de Gaëtan

Invierno de 1912. Céret

Clothilde refunfuñó al acercarse a la ventana. El mayor Dugès llevaba toda la mañana plantado en la calle comiendo nueces; tantas que había dejado un reguero de cáscaras en el pequeño espacio de la acera por el que se había movido. La mujer se quejó. Todo el mundo sabía que su negocio no era una boutique de París, pero que el extraño gendarme llevase unas cuantas horas sin hacer nada más que roer frutos secos, sin apartar la mirada de las ventanas del piso superior, espantaba a cualquier persona sensata que quisiera acercarse por cualquier motivo.

—Juliette, baja a ver qué quiere.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Déjeme bajar a mí —dijo Amélie con una sonrisa que no hacía prever nada bueno.

—No. Tú, no. Ya tuvimos un Waterloo y perdimos. Irene, ¿puedes ir a ver qué tripa se le ha roto?

Irene pensó en las guerras y en los muertos que dejaban las encarnizadas batallas. Como aquel soldado de intendencia, a resguardo de cualquier peligro y rebozado en su seguridad porque el fragor de la batalla ocurría a decenas de kilómetros de donde se encontraba, pero que moría atraganta-do por un hueso de pollo. Era ese soldado. ¿Por qué demonios tenía que ir ella si no había abierto la boca en toda la mañana?

Bajó a regañadientes. Dugès la miró con atención mientras se acercaba. Era tenebroso. Le aguantó la profunda mirada hasta que se encontró a apenas un paso de él.

—¿Le podemos ayudar en algo, mayor?

El hombre no respondió. Rompió otra nuez con sus manos, hurgó en ella y se la metió en la boca. Su vista se dirigió de nuevo a la ventana del edificio. Irene se sintió invisible.

—¿Mayor?

Irene no recordaba si cuando fue a ver al mayor a la gendarmería hizo lo mismo con las pobres cerezas, pero sus mandíbulas trituraban las nueces sin el menor pudor. Trocitos de ellas caían por las comisuras de sus labios.

—¿Cuántos hombres trabajan ahí con ustedes?

El mayor tenía la peculiaridad de los despojados de alma. Esa facilidad para preguntar las cosas más increíbles hasta dejarte desarmado. Si le dabas la hora, seguro que preguntaría el porqué de que fuesen las ocho y media.

Irene trató de no parecer demasiado desconcertada.

—Bueno, hay muchos que vienen a descargar prendas y llevarse las limpias durante todo el día, pero…

—Ninguno. Entran y salen hombres continuamente y ninguno trabaja aquí. Interesante.

«¡Qué interesante ni qué puñetas!», pensó Irene. La edad de la luz pasó de largo cuando tuvo que entrar en la casa de los antepasados de Dugès. Se mordió la lengua para no contestarle alguna barbaridad que hubiese complicado aún más las cosas y se fue por donde había venido. Pero un fantasma la detuvo en seco.

Era Amélie. De pie, en la entrada del almacén, tenía el rostro desencajado y pálido como el mármol en el palacio del archiduque vienés. Por un momento sintió lástima de ese rostro agotado. Vacío de su habitual acidez corrosiva, parecía alguien a quien se le pudiera confiar pedacitos de vida. Su mirada petrificada se dirigía a la anciana señora Lestoreau y a su hija, la joven Veva. Caminaban las dos cogidas del brazo, mientras reían a la fría calle ajenas a la mirada hostil de Amélie. Era bonito ver reír a Veva por fin.

No sabía el motivo, pero por un segundo Irene creyó que Amélie

saltaría sobre las dos mujeres y les haría pagar su profunda e irreconocible desgracia. Si eso ocurría, quizás Dugès serviría para algo. Buscó al mayor pero ya se había ido. De él ya solo quedaban los restos de las cáscaras sobre la acera. Y pronto, los restos de las nueces crujieron bajo el peso de los zapatos de Veva y su madre.

El pecho de Amélie estaba enfurecido; subía y bajaba a un ritmo infernal y su boca necesitaba aire para sostenerse en pie. Altiva, se recompuso, alzó la barbilla desafiante y se secó las palmas de las manos en su larga falda. Irene quiso preguntarle si podía ayudarla, de verdad qué quiso hacerlo, pero era Amélie. Veva y su madre ya habían desaparecido tras la esquina. La bella, solitaria y esquiva Amélie se refugió en el almacén.

***

Al salir del trabajo Irene no quiso regresar a casa de inmediato. En silencio, se buscó con la mirada en las aceras quebradas y se reconoció en las pequeñas desigualdades del camino. Como tantas otras veces, dio un rodeo, bajó hasta el río y siguió su cauce. Caminó arropada por el reconfortante sonido de la corriente cuando su corazón se saltó un latido. En una fracción de segundo la invadió el pánico, su boca se secó y el río desapareció. El más leve sonido proveniente del bosque le perforaba la mente. Le costaba respirar, su corazón la golpeó sin piedad y le inundó una sensación inexplicable. Se tumbó en el suelo, y, en pocos segundos, su vestido quedó empapado de sudor frío. Cerró los ojos y la invadió la desesperanza. Lloró. Nunca la soledad había tomado una forma tan física como en ese momento. Jamás.

Poco a poco, el sonido apaciguado del río volvió a llenarla. Empezó por los pies y fue subiendo. Sintió que la invadía la tranquilidad. Una invasión donde los soldados eran pequeños ángeles que la reconfortaban con sus alas. Percibió cómo la sonrisa regresaba a sus labios. Al abrir los ojos todo había cambiado. El río seguía fluyendo con la misma sobriedad, los sonidos del bosque no eran perversos, y los colores no la abrumaban. Se sentó. Estaba empapada como si le hubiese caído un aguacero encima. Con delicadeza se frotó los ojos, desparramó la humedad por sus mejillas y respiró profundamente.

Pensó en esos seres de los cuentos de Aspasia. Recordó cómo buscaba de pequeña por todo su cuerpo señales que pudieran significar que era

uno de ellos. Por aquel entonces estaba convencida de que su tía lo era, y no quería quedarse atrás. Cualquier lunar o pequeña imperfección en su piel era motivo suficiente para que saliera corriendo y la buscara por toda la casa para preguntarle si eso era una «señal» de que ella había caído de un sueño. Un día dejó de hacerlo. Observó que su obsesión solo conseguía que Aspasia fuera reacia a contar más cuentos, así que aparcó cualquier indicio que tuviera, por el amor a sus historias.

Le vino a la mente el nombre de la mujer de Marín. Ese nombre que su tía jamás reveló a nadie excepto a Miguel. Durante años, rogó a su amigo que se lo dijera. Años de pacífica extorsión con dulces, tareas de la escuela, recados detestables; cualquier cosa que ella pudiera pensar que resultaría atractiva a los ojos de Miguel como para contárselo.

Hasta que una noche de verano, cuando la edad adulta empezaba a aflorar, los tres se tumbaron acompañados de un Château Rieussec, no muy lejos de donde se encontraba en ese momento. El Rieussec era un vino blanco que Álex les dio a probar, una mañana que bajaron a escondidas a la espectacular bodega que poseía su padre en la mansión.

Modeste, el mayordomo, los encontró a los tres en un estado deplorable, y fue lo bastante hábil para sacarlos antes de que el padre de Álex hiciera la habitual ronda matinal por la bodega. Un ritual que lleva a cabo siempre que se encontraba en la casa.

Esa noche, Álex trajo tres botellas, ya que calculó que necesitarían una por cabeza para lograr que fuera una noche memorable. Ya habían derrotado una botella entera, y otra ya había presentado su rendición. Un grito a la vera del río rompió la tranquilidad con la facilidad con la que se fragmenta una copa de vino.

Dicen que en todos los pueblos hay un loco, y el de Céret se llamaba Gaëtan. El anciano y espigado Gaëtan. Esa tranquila noche había bajado al río, no muy lejos de donde se encontraban los tres amigos. El hombre vociferaba su demencia a los cuatro vientos. Estaba convencido de que su tatarabuelo vendría a buscarlo una noche para llevarlo a su castillo. Según él, su tatarabuelo era Carlomagno. Muchas noches como esta, lo llamaba. En su locura tenía la frágil lucidez de ir a llamarlo a las afueras del pueblo. Si Gaëtan hubiese tenido la costumbre de hacerlo en el pueblo, ya se lo habrían llevado atado tiempo atrás.

Irene protestó cuando el hombre empezó a gritarle al río: «¡Abuelo Carlo! ¡Abuelo! ¿Vendrás hoy, abuelo? ¿Vendrás?».

—¡Gaëtan! ¡Lárgate! ¡No seas pesado! —gritó Álex.

El hombre dejó de chillar, miró a los tres amigos y se acercó en un silencio solo roto por el sonido de sus pies al arrastrarse por el lodo.

—Genial —protestó Irene.

Gaëtan se detuvo delante de ellos.

—Mi abuelo es Carlomagno —afirmó balbuceante.

—Por Dios —dijo Irene.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo lo sabes? Si no puedes ni encontrarte el culo cuando te pica —intervino Álex.

—Mi hermano y yo somos descendientes de Carlomagno.

—¿Los dos? Qué coincidencia, ¿no?

El hombre dio media vuelta y empezó a gritar: «¡Carlo! ¡Abuelo! ¡Carlo!».

Lo siguiente que ocurrió dejó a Miguel y a Álex sin habla. Irene se levantó y dio un fuerte golpe con el puño cerrado en la espalda de Gaëtan. El hombre se giró. Sus ojos desencajados juraban haber visto al mismo diablo. Salió corriendo en dirección al bosque mientras gritaba: «¡Carlo! ¡Carlo!». Ella le persiguió con el puño alzado para golpearlo de nuevo hasta que el hombre desapareció en la oscuridad.

Irene regresó de entre la penumbra, agotada por la carrera. Su rostro era de mármol. Pasó junto a sus dos amigos que aún tenían la boca abierta, y se tumbó de nuevo en la hierba.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Miguel.

—Eso no ha sido muy femenino. Y tampoco era necesario. Gaëtan es inofensivo —apuntó Álex.

—¿Ahora te has vuelto moralista? Si fuera una mujer guapa, por muy loca que estuviera, te habrías ido con ella.

—No te voy a mentir. Mi habilidad para tomar decisiones morales puede estar altamente influenciada por mi pene, pero eso era

innecesario.

Álex tenía toda la razón del mundo, pero ella tenía pánico a la locura. Los chicos del pueblo se burlaron de ella hasta la saciedad desde que su padre apareció muerto; había escuchado miles de veces a los vecinos llamar «loca de atar» a su tía, pero sabía que había un mundo entre Gaëtan y Aspasia. No le daba miedo en absoluto la «locura» de la gente como su tía, al contrario, echaba de menos a más personas con la magia y la sonrisa de ella. Se repetía a sí misma que no era una mala persona. Se arrepintió de inmediato de lo que había hecho, pero no permitiría que esa locura se le acercase. Decían que no se contagia, pero ella no estaba tan segura.

Los tres amigos se tumbaron de nuevo y se reconfortaron con el vino. A los pocos minutos la alegría regresó a sus caras. Irene suspiró satisfecha. El conflicto con Gaëtan parecía lejano cuando su vista quedó clavada en un firmamento que no alcanzaba a iluminar los oscuros bosques del Pirineo.

—¿No os da miedo? —preguntó Irene.

—¿El qué? ¿Que te caiga una de esas estrellas en la cabezota? Rebotaría —dijo Álex.

—No. Me da miedo que allí haya tres amigos que nos busquen y no nos vean. Que todos esos soles tengan gente feliz que no nos vea. Que la felicidad esté allí y no aquí. ¿Conocéis a alguien que pudiera estar contento en una esquina del universo? Quizás estemos en el rincón que a nadie le importe…

—Por Dios, Irene. Bebe más vino, no has tenido suficiente.

—Por una vez estoy de acuerdo con Álex —dijo Miguel sin poder esconder la risa que le daba el alcohol.

Apenas había pasado un segundo cuando Irene cambió de tema.

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó a Miguel.

Y se lo dijo. Al oído. Un susurro de un nombre encadenado en el tiempo y en los sueños. Un nombre que llevaba años preguntando y que Miguel jamás quiso dar. Esa noche decidió ofrecérselo, sin más. Irene dio un respingo y se levantó emocionada. No podía creérselo. Le preguntó a Miguel varias veces sobre la veracidad del nombre, o si le

tomaba el pelo. Miguel simplemente sonrió y expresó que ese era el nombre.

—¿De quién habláis? —preguntó Álex que seguía tumbado ajeno a la emoción de Irene.

—Del nombre de la mujer de Marín. ¿Quieres saberlo? —dijo Irene.

—¿Aún estáis con esas idioteces? Parecéis críos. Me da igual el nombre de la mujer de Marín.

Irene se arrodilló junto a Álex y se lo dijo igualmente. También al oído, como si pronunciarlo en voz alta pudiera hacer que se perdiera en la oscuridad y que nadie lo volviera a recordar en la vida.

Pero no fue la reacción esperada. Álex la empujó de un manotazo hasta hacerla tambalear y se levantó con la botella de vino todavía en su mano.

—¿Qué puta broma es esta? ¿Tengo cara de que me haga gracia? —gritó Álex.

Los dos amigos se miraron sin comprender.

—Sois un par de idiotas. Iros a la mierda. —Y tiró la botella de vino que sujetaba contra el suelo estallando en mil pedazos.

Álex se alejó hasta que se lo tragó la noche. Miguel se encogió de hombros, pero Irene salió tras él. Lo encontró no mucho más lejos, gemía y se golpeaba la frente. Tenía frío, murmuraba. Pero cuando trató de consolarlo, él la observó como si no la viera, y dijo: «¿Mamá? Aléjate de Werner, mamá», y acto seguido la apartó y se marchó corriendo.

La tenue calidez del sol de media tarde en invierno desvaneció el recuerdo. Estaba mucho más tranquila. Observó los tejados de las casas en la colina que rodea el río. Ella que solía criticar el pueblo con frecuencia, lo encontró precioso. Cada una de las calles que la había acompañado desde su niñez era un escenario en su memoria, uno difuso y atractivo, por donde correteaban tres amigos inseparables. Álex era muy joven entonces, pero había actuado de la misma manera que aquella noche después de la cena de bienvenida a Miguel, cuando pensaba que nadie lo veía y, acurrucado y tiritando, se golpeaba la cabeza.

—¿Gaëtan tenía un hermano? —se preguntó en voz alta.

***

Irene se reprochó el no saber decir que no. Pensaba que aquel que sabía decir que no era dueño de su propio destino, pero ella era incapaz. Sentía un sudor frío y su cabeza asentía cuando quería gritar un «no» tan profundo que saliera de su alma para decirle a la gente que ya nunca más se aprovecharían de su bondad. Pero pronunció «Por supuesto» cuando Clothilde le pidió que se quedara a echarle una mano con los pedidos un sábado por la tarde.

Al regresar a casa, como tantas otras veces, sintió que llegaba a un lugar solitario que la apartaba de las personas que quería. Era extraño, hacía tiempo que había dejado de ser un refugio. A medida que se acercaba, los sonidos reconfortantes de las carretas y la gente se desvanecían poco a poco y la dejaban sola, subiendo por la calle de Aspasia. Esa que jamás fue suya.

Fue un fulgor. Al principio no le dio importancia, como un pequeño rayo de sol quejoso que lucha contra el cristal de la cocina, allí donde yacían los restos de la dama triste de Mindoro. Pero el sol hacía tiempo que había recogido los rayos para sí mismo. La luz en el interior de su cocina no era del sol. Un día organizado en tu cabeza puede saltar por los aires por un simple destello que no debería estar ahí. A partir de ese momento, solo tuvo preguntas acerca del origen.

Tenía miedo. Ella no había encendido la chimenea en la cocina antes de irse. Estaba segura. No tenía tiempo de encender el fuego para tostar pan duro si tenía que trabajar, prefería robarle unos minutos al amanecer que levantarse con la casa enfundada en frío y «ponerse a encender un fuego» que apenas podría disfrutar unos minutos. Era una tontería, sí, pero el fuego estaba bien vivo.

Debía ser Étienne. Por unos instantes pensó que debía buscar ayuda. Pero Miguel no iba a ser de mucho apoyo dado su estado, e ir al encuentro de Álex tenía tanto sentido como buscar un grano de arena blanco en el desierto. ¿Y Philippe Ancel? No. No necesitaba a nadie. Quizás lo único que debía plantearse era irse de allí como si jamás hubiese vivido en esa casa. La casa de Aspasia, que tampoco era suya.

Cuando irse parecía un sueño ajeno, empujó la puerta temerosa de que estuviese abierta pese a que a todas luces estaba cerrada. Y sí, todavía lo estaba.

La golpeó varias veces antes de colocar las llaves. Buscó sentido a sus acciones: si hacía ruido para espantar a quien estuviera dentro, también lo hacía para avisarle de su llegada.

Abrió la puerta unos centímetros. Preguntó varias veces si había alguien con la absurda esperanza de que fuera un amigo que hubiera decidido entrar en su casa desde el jardín, sentarse a encender un cálido fuego y servirse un té, mientras que esperaba que regresara ella del trabajo. Era lo más lógico.

Al abrir la puerta por completo, la oscuridad del pasillo la avasalló. Prestó atención. Intentaba escuchar el mínimo ruido que delatase al visitante. Quizás solo era miedo a entrar. La cocina estaba a unos pocos pasos. Fue hacia allí, pero se detuvo apenas a un metro de la puerta. Se encontró en ese punto de no retorno: demasiado lejos para regresar corriendo a la entrada si alguien cruzaba el pasillo hacia ella, y demasiado cerca para evitar un ataque desde el interior de la cocina. Y si era Étienne, golpearía fuerte. Muy fuerte.

Sabía de la ridiculez de sus actos, pero eso no evitó que los hiciera. Asomó la cabeza por el marco de la puerta de la cocina, una fracción de segundo, para mirar de nuevo al pasillo, y cerciorarse de que nadie venía a por ella. No había nadie en la cocina. Los restos de pequeños troncos chisporroteaban ante un fuego que ya estaba casi extinguido. Hacía horas que estaba encendido. Levantó la nariz, y en el aire intentó encontrar una pista de quién podía haber estado en su cocina. Sin suerte. Despacio, temerosa a cada paso que daba, examinó toda la casa, los dormitorios, los armarios, y debajo de la cama de Aspasia donde le gustaba esconderse de pequeña.

Ya no quedaba nada por inspeccionar y no había nadie. Salió al jardín en busca de un poco de aire fresco que le confirmara que todo se encontraba en su lugar. Y así era. Todo excepto el fuego y unas naranjas resecas que Aspasia había tirado en un rincón a pocos metros de donde se encontraba.

Por cada uno de los poros de su piel entró un escalofrío que le consumió todo el aire. Su corazón buscó un poco de refugio en su estrecho pecho y lo golpeó con fuerza en busca de más sitio. Por Dios, ¿qué hacían esas naranjas allí?

Quiso llorar. Pero no de miedo por Étienne o por quien fuera que jugaba con ella. Quiso llorar porque sentía a Aspasia. La sintió cerca. Le narraba uno de sus cuentos en el jardín, ella sentada a sus pies mientras le acariciaba el cabello hasta que por fin se perdía en sus

mágicas historias.

Tomó una de las enjutas naranjas y se acarició la mejilla con ella, como si la rugosa piel fuese la mano de su tía.

Percibió que la observaban y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió fuerte. Lo suficiente como para enfrentarse a quien fuera, y en mitad del jardín empezó a gritar:

—¡Aquí estoy! ¿Me quieres asustar? ¡No voy a pasar más miedo ahora que estoy lejos de ti que cuando dormía contigo! Ya no me asustas. ¿Qué puedes hacerme? ¿Matarme? ¡Infeliz ignorante! Como si en el cielo pudiera echar de menos nada de lo que me habéis dado aquí. ¡Vamos! ¡Ven!

Unos golpes secos llegaron desde el interior de la casa y acallaron la valiente revolución que había emprendido.

—Joder —alcanzó a decir entre sus labios apretados.

Notó cómo el silencio salía del interior de la casa y llenaba hasta el último rincón del jardín de las naranjas. El silencio retrocedió rápido, incluso la acarició y se perdió de nuevo en la casa cuando los golpes sonaron esta vez más fuertes y seguidos. Ya no hubo más silencio. Su nombre. Alguien lo gritó desde la calle. A ella le pareció que provenía del interior de la casa. Un susurro, casi una amenaza. La noche había caído de golpe sobre el jardín.

Caminó despacio por la casa hasta llegar a la cocina. Miró por la ventana que daba al exterior para tratar de identificar quién la había llamado. Pero no había nadie.

Salió afuera y la oscuridad consiguió que la calle pareciese más hostil que nunca. El silencio era aterrador. Miró con detenimiento el final de la calzada. Esperaba algo, cualquier señal que disipara la penumbra y convirtiera su ansiedad en algo bello. Una sonrisa de Miguel que le daba la buena noticia de que su cuerpo ya no estaba quebrado, o Álex, con su reconfortante seguridad, que la invitaba a tomar un chocolate caliente en el Café du Square en Perpiñán. Pero no ocurrió nada.

Estaba casi segura de que eran imaginaciones suyas: que nadie había golpeado su puerta con furia, y mucho menos la había llamado por su nombre, cuando escuchó con claridad el sonido de pasos a su espalda. Se giró de inmediato, pero estos ya se habían perdido en la esquina. Lo único que alcanzó a ver fue una sombra bajo la tenue luz de la farola que delimitaba su calle con la pequeña y verde «plaza de la

república de otoño».

Tuvo miedo. Gritó y esperó respuesta, pero el frio viento de las montañas se llevó sus palabras tan rápido que ni ella misma pudo comprender lo que salía de su boca. ¿Qué debía hacer? ¿Entrar de nuevo en casa? Por supuesto. Y eso iba a hacer cuando le inundó un vértigo tan feroz que tuvo que apoyarse en la puerta. A sus pies junto a la puerta, descubrió tres naranjas. Dos de ellas eran grandes, redondas y apetitosas. Pero el problema era la tercera: estaba aplastada, reventada por todo el pavimento. Irene pudo distinguir los restos de huellas húmedas del individuo que había descuartizado la naranja. La sombra de la esquina ya había desaparecido.

Un pensamiento extraño le cruzó la mente. Esa sombra no era otra que el mayor Dugès, que la espiaba de nuevo desde esa esquina, solo que esta vez no comía ni nueces ni cerezas bañadas en coñac. A Dugès, esta noche le dio por comer naranjas. Eso era. Salió corriendo hacia el lugar donde instantes antes se encontraba la sombra.

Dobló la esquina que daba a la pequeña plaza de la República de Otoño. La insignificante plaza estaba rodeada por seis serbales que en esa época del año encendían el lugar con el fuego de sus hojas. Hechizaba. En el centro de tierra, tres bancos de piedra custodiaban una estatua de un ángel pensativo sobre una roca. Era de esos lugares que parece que comprimen el tiempo, pero aún más el mundo. Era fácil ver el jardín de las Tullerías en la tierra del centro, los cerezos en flor de las avenidas de Tokio en los serbales, Grecia en los balcones azulados de las casas o la estatua del arcángel san Miguel del castillo de Sant'Angelo en el ángel de la fuente.

Pero lo único que vio Irene fue a un hombre sentado de espaldas a ella en uno de los bancos de piedra. No era tan tarde, pero hacía un buen rato que ya nadie tenía ningún interés por las calles de Céret y se habían recluido en sus casas. Estudió las posibles vías de escape de la plaza por si era Étienne. Se acercó despacio. Una botella estalló contra el suelo. El hombre soltó una retahíla de improperios e hizo ademán de querer coger los restos.

—¿Álex? ¿Qué haces aquí?

El hombre se movió confuso. Estaba borracho. Mucho.

—Me han echado a patadas de la taberna. Y aún es pronto para que me vean llegar a casa así.

Irene ignoró por completo el estado de su amigo. Después de todo, la

imagen de Álex con unas cuantas copas de más no era algo inusual. A ella lo que le importaba era saber adónde había ido la maldita sombra.

—¿Has visto pasar a alguien? —preguntó Irene.

—Sí, a un montón de gente. La condesa de Céret con el zar al frente y luego tu tía con unos cuantos desgraciados repletos de opio que decían venir de los sueños. ¡Ah, sí! Y el fantasma de esa mujer envuelta en luz.

A Irene no le hizo gracia el sarcasmo.

—Estás borracho y tienes una pinta horrible.

Álex se quedó un segundo con la mirada fija en el pequeño rectángulo de piedra que daba el nombre a la plaza.

—La plaza de la República de Otoño. Yo soy el presidente de la república, pero de la república de no dormir una puta mierda.

—¡Cada día hablas peor! Te ríes mucho de los jornaleros, pero a tu lado parecen Alejandro Dumas. Dime: ¿por qué no duermes? ¿Qué te preocupa?

—Nada.

—¿Y si Aurélie te viera así? Ven a casa, te prepararé algo de cenar.

—No, gracias. No tengo nada en contra de tu manera de cocinar, pero antes me corto un dedo. Y deja a Aurélie en paz.

—Idiota. No cocino tan mal. Álex… ¿qué te ocurre con el nombre de la mujer de Marín?

—¿De qué hablas?

Irene se plantó delante de él.

—Pues bien, lo gritaré tan fuerte como pueda. Quizás despierte a algún vecino que ya esté durmiendo. Supongo que no te importará.

Entonces el rostro de Álex se transformó. Irene habría jurado que su amigo jamás había tomado alcohol en su vida. Sus ojos cristalinos perdieron su vida y pasaron a mostrar el vacío. No había nada ahí dentro.

—No lo digas. ¿Me oyes? No lo digas jamás —ordenó Álex.

No lo reconoció. No le tenía miedo, por Dios, era Álex, pero no le gustaba lo que podría suceder si continuaba.

—Perdón. Deja que te ayude —rogó Irene.

—Ve a casa a resguardarte. El maldito invierno acabará pasando.

Álex se levantó, cruzó la plaza de la República de Otoño y se perdió por las calles vacías. No parecía borracho.

Capítulo VIII

La leyenda del chocolate de agosto

Finales de invierno de 1913. Céret

Era el día. Esperaba su visita desde que el viejo reloj del salón cantó la medianoche. No pegó ojo. Sabía que vendría a recordarle qué día era. La última vez, apestaba a vino rancio y la insultó tras cada palabra que ella pronunciaba. Le prometió que cada aniversario que él cumpliera iba a ser así. Humillaciones y golpes. Para siempre.

Se quedó acurrucada en un rincón de su cuarto, aún vestida. Ni siquiera se había metido en la cama, tensa por cada sonido proveniente de los rincones más oscuros del pueblo. De pequeña le encantaba escuchar a los perros aullar durante la noche. No era lúgubre, sino al contrario. Era reconfortante. Uno aullaba en alguna granja a las afueras e inmediatamente después otro le contestaba desde el extremo opuesto del pueblo. En pocos segundos un coro de tres o cuatro perros la acompañaba hasta que se dormía con una sonrisa. Daban vida a la oscuridad. A lo largo de la noche, su madre entreabría la puerta de su habitación de vez en cuando para ver si todo seguía en orden. Cómo echaba de menos esa seguridad. ¿Por qué pensaba tan poco en ella?

Pasó toda la noche en el rincón hasta que el amanecer entró igual de frío que el helado cristal de la ventana de su dormitorio. No había dormido y su mente estaba vencida. No sabía cuánto tiempo llevaba observando las pequeñas lenguas de hielo caer por el cristal; parecían maldecir al temprano sol que las condenaba. Pensó que esa imagen bastaría para que Miguel fantaseara con una aventura por el norte de Europa, o quizás en la mismísima Alaska, pero ella tan solo veía hielo caer.

Llegó el sonido de las campanas de la iglesia, lejano y cercano al mismo tiempo. Lo bastante poderoso como para arrastrar su pensamiento a campanarios vecinos. Saltaba de uno en uno hasta

llegar a los lugares de los que hablaba Aspasia en sus historias: Lima, Brest, Puerto Said, Edimburgo... Era un viaje a ras del suelo, a vista de pájaro intrépido, por valles, montañas y ruinas olvidadas hasta el siguiente campanario. Incluso Miguel habría tenido envidia de ella. Sonrió porque en el sonido seco de las campanadas encontró pedacitos de esas ciudades exóticas. Se equivocaba, no solo veía hielo caer.

Era domingo. No iba a ir a misa, ni recordaba cuándo fue la última vez que había asistido. No porque tuviera nada en contra, ni mucho menos. No le importaban los rostros serios y las miradas profundas de quienes le recordaban que nunca se acercaba a la iglesia, ni tampoco el anticlericalismo de Álex. Simplemente buscaba a Dios más cerca. En el poso del té, en la esquina del cuadro más insignificante, en las amapolas de las cunetas o en el hielo de la ventana. Ese pequeño trazo que era suficiente para transportarla a un mundo distinto, siempre bendecido, un mundo ansiado. Todo eso no podía ser más que obra de alguien poderoso, un Dios o lo que sea. A pesar de todo, había aprendido mucho de Miguel.

Cansada, se dirigió a la cocina con la intención de prepararse un poco de leche caliente. Tomó una lata de leche evaporada de una de las viejas estanterías y se dispuso a empezar una lucha cruel con el abrelatas como aliado y la lata como enemigo mortal. Se acercó a la ventana para que la claridad también actuase a su favor.

Vio a las familias con traje de domingo desfilar delante de su casa. Esos trajes comprados años atrás a costa de comer menos durante meses, solo para lucirlos los domingos y que su honestidad pudiera medirse por su ropa pulcra. Irene se entretuvo a mirar sus caras. La mayoría eran felices. El domingo les sacaba de sus oscuros trabajos y casas para mostrarle a la sociedad del pueblo que ellos también existían. Sus rostros contrastaban con los de los niños que veían su día libre esfumarse bajo plegarias ajenas a sus juegos.

«Hoy, la iglesia estará a reventar porque por la calle baja un número inusual de feligreses», pensó Irene. Aunque por el aspecto de algunos, quizás no todos ellos lo eran. Los semblantes alegres habían dejado el paso a otros con una preocupación bastante notable.

Salió hasta la puerta de su casa, y su mirada se detuvo en el hielo preso entre los viejos adoquines de la calzada. Se resistía a desaparecer bajo la sombra de las casas. Intentó buscar el viento del norte como excusa para la excesiva velocidad que llevaban los transeúntes cuando desfilaban por delante de su puerta. Preguntó a quien quisiera escuchar por el motivo de tanta preocupación. Pero

parecía que nadie estaba por la faena. Bajó del confortable marco de su puerta hasta la acera con el único propósito de parar a la siguiente persona que conociera y preguntarle sin apartar la vista de sus ojos: «¿Qué demonios ocurre?».

Entonces vio a Isabelle. La pequeña Mallet. Siempre sería la pequeña para todo el pueblo. Su madre la tuvo a los treinta cinco años, y por delante de ella tenía a once hermanos. Hubo cierto temor entre los habitantes de que si los doce hermanos tuvieran la misma capacidad reproductiva que sus padres pronto el pueblo cambiaría de nombre a Mallet. En cambio, Isabelle no tenía hijos. Era encantadora pero su porte se había tornado brusco después de toda una vida de ayudar a sus progenitores en la granja. Ella también iba con el paso acelerado con una amiga colgada literalmente de uno de sus fuertes brazos.

Irene se detuvo delante de ella.

—Isabelle, ¿qué pasa?

—Es en casa de los Gobert —contestó Isabelle que la esquivó y continuó su camino.

Los Gobert eran los tíos de Aurélie. Sabía que se encontraban fuera del pueblo por un par de semanas porque Álex se lo comentó. Buscaban evitar las largas y frías sombras de los Pirineos y llegaron hasta los pinares que se vuelcan en el mar en el Empordà. Álex llevaba días feliz con esa situación. Nunca había sido una persona que le gustara esconderse y ahora entraba y salía de casa de los tíos de Aurélie cuando le apetecía. El pueblo cuchicheaba, como todo buen pueblo que se precie, pero Álex tenía un aire de misterio que hipnotizaba a todos los habitantes, hasta el punto de que perdonaban todos sus actos.

Los grupitos de gente se perdieron por la esquina, hasta que hubo un momento que ya no pasó nadie más por la calle. Un silencio absoluto envolvió la calzada e intranquilizó a Irene. Habían desaparecido los pasos precipitados, las palabras en voz baja para no mostrar interés en algo indebido, las campanas de la iglesia, y solo había quedado el silencio.

Caminó por la calle despacio. Esta vez no siguió el consejo de Miguel de mirar a todas partes para hacer de un viaje rutinario algo especial y únicamente alcanzaba a verse la punta de sus castigados botines. Temía la incertidumbre. Todo el pueblo parecía estar de acuerdo en que algo grave había ocurrido en casa de los tíos de Aurélie, e Irene

pensó en desgracias. La más probable es que fuese un incendio. No era algo fuera de lo común. No hacía ni dos años que unas cuantas casas se incendiaron en el pueblo después de que el propietario de una de ellas, molesto con las ramas de un castaño del vecino que traspasaban su jardín, decidió quemarlas. Estuvo un buen tiempo recogiendo madera vieja de todos los rincones del pueblo. Construyó una torre con cajones, sillas y patas de mesas que llegó hasta pocos centímetros de las siniestras ramas. Prendió fuego con la esperanza de quemar solo las ramas que tenía sobre el jardín, sin miedo a demostrar que sus propias luces hacía tiempo que se apagaron. Y pasó lo que tenía que pasar: la torre de madera sucumbió a los pocos segundos, y entró por la ventana de su escritorio. Su casa era pasto de las llamas mucho antes de que hubiese cerrado la boca. Para cuando quiso reaccionar, la casa de su vecino había dejado de existir. El fuego saltó de casa en casa hasta convertir en cenizas un total de siete viviendas. De toda la manzana, lo único que se salvó de ser quemado fue el dichoso castaño. En cuanto al pirómano, los gendarmes lo salvaron in extremis cuando sus vecinos lo iban a colgar de una de las famosas ramas.

Pero no podía ser eso. Si se hubiese quemado la casa de los tíos de Aurélie, habría señales que no apreciaba por ningún lado. Olor a chamuscado, un fuego negro que cruzaba el cielo. Algo.

Al enfilar la calle de la Noche de Marsella vio una multitud agolpada alrededor de la verja que separaba el pequeño patio frontal de los Gobert de la acera. Todos trataban de mirar en el interior, el espectáculo debía ser impresionante cuando ni en la fiesta mayor se reunía tanta gente para seguir los desfiles de gigantes y cabezudos. Pero había un detalle que desmarcaba lo que ocurría en esa casa de cualquier festejo: el silencio. Nadie de las decenas de personas allí congregadas hacía ni el mínimo sonido.

Irene preguntó a las últimas filas sobre el motivo de semejante función, pero nadie le dio una respuesta. Ni siquiera un gesto de desconocimiento. Pasó unos minutos desesperada. Buscó un buen lugar para ver alguna cosa, pero sin suerte. Cuando se hartó, gritó que era amiga de la familia y se coló entre la multitud como un cuchillo caliente al cortar mantequilla. Ojalá hubiese pensado en eso nada más llegar.

No contempló la escena en su totalidad. En parte porque en la misma entrada del patio había apostado uno de los gendarmes de Dugès, y en parte porque le sorprendió ver a Miguel y a Álex en el interior del patio.

Irene intentó bordear al gendarme, pero este, con un movimiento rápido se lo impidió.

—¿Qué hace? —preguntó molesto.

—Soy amiga de la familia.

—Su vida me interesa poco y sus amistades, menos. Pero aquí no va a entrar.

El gendarme era digno aprendiz de Dugès, un pozo rebosante de amabilidad. Era de esas personas que tienes ganas de gritarle: «Pero ¿tú te has visto? ¿Tienes algún espejo en tu casa que muestre tu cara de vinagre? Por amor de Dios, al menos sé amable. ¡Es lo único que te queda!».

—Déjela pasar —dijo Dugès.

El mayor Dugès. Esa era otra parte de la escena que no había visto. En su mano tenía un cucurucho hecho de papel de periódico. Las puntas del cucurucho estaban húmedas y dobladas de tanto introducir su mano viscosa para picar de lo que hubiese en su interior. El gendarme se hizo a un lado e Irene entró en el patio.

—Gracias —dijo Irene al pasar junto a Dugès.

El mayor giró la cabeza y escupió un hueso de aceituna. Aún no había llegado al suelo cuando rebuscó en su cucurucho de papel, sacó otra aceituna y se la llevó a la boca. Irene se arrepintió de haberse mostrado cortés. Nunca aprendería.

Por un instante, se sintió como la protagonista de una obra de teatro, quieta sobre el escenario mientras la multitud de detrás de la verja esperaba su siguiente línea de diálogo. Incluso le divirtió la situación, hasta que se dio cuenta de que era invisible para los ojos de los espectadores. Todos los de la primera fila miraban detrás de ella, justo donde se encontraba Álex. Junto a él, un Miguel con el rostro agotado. Un bastón negro como el ébano sostenía todo su cuerpo. Y entonces, Álex se apartó. Un murmuro de incredulidad flotó por toda la calle y a Irene el aliento se le escapó de su cuerpo.

Aurélie se hallaba en el suelo del patio, sentada, con la espalda apoyada en la pared y las piernas estiradas. Parecía una marioneta que se había visto sorprendida cuando su amo cortó los hilos sin previo aviso. Tenía el vestido hecho trizas, y la sangre seca en el rostro casi cubría por completo su delicada palidez. Frotaba sus

piernas desnudas contra los pequeños guijarros del patio como si quisiera escapar a toda prisa de la bestia que la atacó. Moradas y sanguinolentas, magulladas y sucias de tierra, poco quedaba de hermoso en sus piernas. Sus manos rígidas desgarraban los bordes del vestido. Todo ello en un inquietante silencio.

Irene buscó respuestas en los rostros de Álex o de Miguel, pero ninguno de los dos parecía tener valor para levantar la vista. Maldito Étienne. Cómo es posible que nadie lo viera venir. Llevaba meses anunciando que haría algo así. Tenía que ser hoy. El maldito día de su cumpleaños.

Hubo un momento que a Irene le dio vergüenza ser humana. La gente miraba desde la barrera la función, pero sin mostrar ninguna señal de apoyo. Quizás se equivocaba, pero le pareció ver reproche en los rostros. Un «algo habría hecho». Después de todo Aurélie no era del pueblo. El pecado de ser mujer en esos perversos tiempos.

Irene se reprochó casi al instante esos pensamientos y se arrodilló junto a Aurélie.

—¿Ninguno de vosotros ha tenido la decencia de consolarla? ¿Taparla al menos?

—¡Cuidado! —gritó Álex.

Pero ya era demasiado tarde. Aurélie había soltado un zarpazo que pilló a Irene por sorpresa y grabó un trazo de uñas en su cuello.

—Por Dios Santo —exclamó una voz desde la multitud.

Aurélie tenía los ojos perdidos en un rincón del patio. Parecía un cuadro de la Anunciación, en el que la Virgen escucha con detenimiento al ángel, aunque ella mostraba sus dientes amenazantes. El mundo tal y como lo conocemos había decidido dejarla de lado. Se había quedado en el camino, tirada en la cuneta, con sus sueños y sus obleas de arsénico. Nadie podía parar a esperarla.

Irene se cubrió la herida con la mano, e instantes después se la miró buscando sangre. No era tan profunda, se trataba de un simple arañazo. Se levantó decidida y se acercó a Álex.

—¿Ha sido él?

—¿A ti que te parece? —En las palabras de Álex había un profundo reproche.

—Tenía que venir a por mí. Yo lo esperaba. Me pasé la noche en blanco porque sabía que vendría a por mí.

—Pues no. Mira a por quién fue.

Un incómodo silencio volvió a apoderarse del lugar. Solo un pequeño lamento de Aurélie lo rompió. Era difícil discernir qué fue primero, si el lamento o ese extraño sonido calle arriba. Algo se arrastraba por los fríos adoquines. Esta vez, Aurélie soltó un doloroso grito. Cada vez más desgarrador a medida que el ruido se aproximaba a donde se encontraban todos. Aurélie se tapó los oídos y ya empezó a gritar descontrolada cuando era evidente que el sonido no iba a detenerse.

Albert, el hermano de Étienne, caminaba con dificultad, arrastrando su pie como siempre hacía. Mostró sorpresa al descubrir que medio pueblo lo observaba. Quizás tu asombro era solo una treta, ¿verdad, Albert?

Se detuvo. El pobre diablo apenas alcanzó a preguntar qué ocurría cuando de entre el grupo de gente apareció Álex. Detrás de él, unos cuantos chicos del pueblo. Por su rostro, parecía que Albert había adivinado lo que iba a ocurrir. No hacía falta engañarse. Cualquiera lo hubiera sabido. El primer golpe le hizo caer como un peso muerto. Parecía que no tuviera derecho a estar de pie.

Los gritos de la gente que se agolpaban alrededor se elevaron hasta que fue reconocible el nombre de Étienne, su familia, y todo el mal que habían hecho al pueblo y a sus habitantes.

El gendarme que estaba en la entrada del patio trató de detener la pelea. Buscó hacerse un hueco entre la multitud para llegar hasta Albert, pero Dugès, de un grito, lo dejó helado. Cabizbajo, regresó a su puesto en la entrada del patio.

Irene empezó a moverse de un lado para otro en busca de algún cómplice para detener esa barbarie. El castillo se derrumbaba encima de ella y no podía hacer nada por evitarlo. Dugès podía hacer algo más aparte de comer aceitunas.

—¡Mayor! ¡Haga algo! ¡Lo van a matar!

Pero Dugès parecía ponerse más nervioso con la caída de una hoja en otoño que por los ruegos de una mujer. Miró a Irene con esa mirada profunda que lo caracterizaba, y se llevó otra aceituna a la boca. Los gritos de Albert se mezclaban con los de Aurélie.

—¡Miguel! ¡Páralo, por favor! ¡Miguel!

Pero Miguel no estaba allí. Su cuerpo sí, pero su mente parecía viajar por el pozo más profundo de toda Francia. Lloraba como un niño, mientras su mano temblorosa trataba de proteger su rostro de miradas indiscretas. La mano estaba tan retorcida que apenas cubría nada. Sus anteojos habían caído a sus pies y las lágrimas no parecían echarlos de menos.

—Miguel —lo interpeló Irene, esta vez con la voz más dulce que pudo.

Se acercó a él. Trató de buscar una rendija para penetrar en su dolor y poder ayudarlo, pero solo se le ocurrió abrazarlo. Lo más fuerte que pudo.

—Todo irá bien, vida. Todo irá bien —manifestó Irene.

***

Le preocupaba Miguel. Después de lo ocurrido con Aurélie no había hecho más que encerrarse en sí mismo. Hacía ya un par de semanas de todo aquello, e incluso Sandrine sentía que, poco a poco, su marido se le escapaba. El día anterior fue a ver a Irene y le confesó que no sabía cómo actuar. El cambio en Miguel había sido demasiado para ella. Tenía miedo de no poder aguantar una situación así, y de no ser justa con él. No quería hacerle ningún daño, pero llevaba demasiado tiempo sin ser el hombre que la encandilaba con sus sueños.

Sandrine sabía con toda certeza que ella trataría de ayudarlo sin necesidad de extender sus ruegos. Conocía el vínculo que los ligaba desde niños a través de años de sueños y desalientos, pero sobre todo conocía a Irene.

Unos metros antes de llegar a la pequeña joyería, Sandrine le abrió la puerta. No le dijo nada, tan solo hizo un ligero gesto con la cabeza para indicar que él se encontraba en el taller.

Los dos amplios ventanales estaban abiertos de par en par, pero la luz que penetraba por ellos parecía ignorar a Miguel. Se encontraba en el extremo opuesto, sentado con un carboncillo en la mano y, con un esfuerzo desolador, esperaba que este siguiera sus instrucciones. Por el temblor de su mano parecía que dibujar una simple línea era una

tarea digna de un dios griego. Irene habría jurado que estaba envuelto en una oscura neblina que borraba sus facciones hasta hacerlo irreconocible. No sabía si esa oscuridad lo rodeaba, o si salía de él para envolver todo cuanto tocaba. Jamás había visto a alguien tan abandonado por los ángeles como Miguel. El taller ya no olía a canela y menta como antaño. No olía a nada.

—¿Me dejas que te haga compañía? —preguntó Irene.

No hubo respuesta. Irene tomó uno de los taburetes y se lo acercó al ventanal. Se sentó de espaldas a Miguel y observó el solitario roble junto al taller y, más allá, el duro campo que en pocos meses reviviría para construir un manto dorado de cebada que bajaría hasta tocar las casas más alejadas del pueblo. Imaginó a Philippe Ancel en mangas de camisa por el camino colindante con las manos en los bolsillos y el sombrero sobre sus frondosas cejas. Le invadió una sensación placentera cuando pensó en él. Un instante después, para su desconcierto, se vio a sí misma junto al roble, golpeándolo con furia, tanto que sus nudillos sangraron. Lloraba desesperada hasta que se rindió y se dejó caer llena de desesperanza a pies del árbol. Por el camino ya no subía el señor Ancel, era Álex quien corría hacia ella.

Esa ensoñación la perturbó. Era demasiado real. Se sacudió la cabeza como si tratase de deshacerse de un molesto insecto y pensó de nuevo en Miguel: si él no quería hablar, ella tampoco. Solo permitiría que notara su presencia, lo suficiente como para que él supiera que no estaba solo.

—¿Recuerdas aquel día de verano que fuimos al Café du Square en Perpiñán? —preguntó Miguel.

Irene sonrió. Por supuesto que lo recordaba. No fue un día diferente a tantos otros, cuando el calor se adueña de todos los pensamientos en la cuenca mediterránea y los reduce a pura subsistencia.

—¿El día de la foto? Claro que sí.

Se dio media vuelta para mirarlo y la escena la sorprendió. El efecto era extraño, casi fantasmagórico. Miguel salía de la nube oscura, despacio, sonriente, con los ojos amables. Ella no sabía si la nube se retiraba o era él quien aparecía tras ella. La tormenta se quedó detrás de Miguel, expectante, al acecho para volver a saltar sobre su persona al menor descuido. Pero estaba radiante, parecido al Miguel que adoraba.

—Me gusta compartir recuerdos contigo —afirmó Miguel.

Y eso hicieron. Irene regresó su vista al campo. Quiso volver a pensar en Ancel, imaginar un futuro con él, pero, en cambio, viajó algunos años atrás hasta su casa.

Verano de 1909. Céret

Irene dio un profundo sorbo al té cuando llamaron a la puerta. Sabía quién era. Álex daba siempre cuatro golpes rápidos y un quinto más seco. Depositó la taza de té sobre la mesa del salón y fue pasillo abajo hasta la puerta. Al abrirla, el siniestro pasillo quedó iluminado a medias porque Álex estaba ya en el mismo marco de la puerta. Con su rostro irónico y sereno, la miraba sin pronunciar palabra alguna.

Irene miró a su alrededor.

—¿Qué? —dijo ella sin poder evitar una sonrisa.

—¿Tienes un compromiso esta tarde? ¿Una cena en la embajada o algo parecido? —preguntó Álex.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Te apetece bajar hasta Perpiñán, nos tomamos una foto y luego cenamos algo por allí? Pero tendríamos que salir ya, hay un par de horas de camino y si tardamos más llegaríamos demasiado tarde.

—¿Foto? ¿A Perpiñán?

—Sí, foto. ¿Acaso tienes alguna?

Irene nunca había experimentado la necesidad de tener una foto suya, ni de nadie. Como esas necesidades creadas, la idea de tener una foto de los tres juntos empezó a gustarle.

—Pues venga, vamos —la apremió Álex.

—Espérate, ¿no? Deja que me ponga un poco decente.

—No. Nunca he conocido a nadie con más ganas de arreglarse y que lo necesitara tan poco. Los fotógrafos ya tienen espejos, peines y cepillos. No hay tiempo, no quiero llegar de noche a la ciudad.

Irene echó un vistazo a su vestido y se lo alisó, en un gesto tan

inconsciente como infructuoso.

—¿Qué? ¿Vamos? —insistió Álex.

Irene, en silencio, con su arrebatadora sonrisa, asintió varias veces.

Se dirigieron al carruaje que los esperaba a pocos pasos de la puerta de su casa. Irene saludó a Pons, el veterano cochero de la familia de Álex, que le respondió educadamente con un movimiento de su sombrero.

—Creo que me compraré un automóvil y así no tendré que depender siempre de un tercero.

Irene vio el rostro amargo de Pons al escuchar el comentario de su amigo. Álex jamás tendría empatía con los demás, eso era una batalla perdida, pero se preguntó en qué momento alguien con su inteligencia dejaba de preocuparse por nadie más que por sí mismo.

—No seas boba, no tengo nada contra Pons, sino contra los caballos. Si hay tormenta y tengo un automóvil, podemos estar seguros de que los truenos no ahuyentarán a nuestro medio de transporte como le pasó a Miguel ¿Te acuerdas?

—Claro. —Se rio Irene—. Aún recuerdo cómo llegó, empapado con esa carita de niño con su juguete roto porque su caballo lo dejó tirado en mitad del campo… Y bobo lo serás tú. ¿Dónde has quedado con él? ¿En su casa o lo vamos a buscar a la tienda?

Álex sonrió. A Irene le pareció que no se esperaba esa pregunta. Quizás ni había pensado en Miguel para aquella misión.

—Pasaremos por su casa, es una sorpresa. Se me ocurrió de repente y vine a decírtelo a ti. Estabas más cerca y me paré antes a buscarte. Eso es todo.

El carruaje se detuvo delante de la casa de Miguel. Irene hizo ademán de bajar, pero él la frenó. Ella lo miró sin comprender. Álex sacó su mano por la ventanilla y presionó con fuerza una bocina que había instalado en el exterior del carruaje, cerca del techo. Emitió un desagradable graznido. Irene dio un respingo y sintió vergüenza ajena por Pons. Seguro que ahí afuera se habría bajado el sombrero hasta la barbilla en un vano intento por pasar desapercibido.

—Por el amor de Dios, mata a esa vaca, está malherida —dijo Irene.

A los pocos segundos la puerta de la casa se abrió, y dio a luz a un Miguel que se partía de risa.

—Nadie en todo el pueblo podría sentirse orgulloso de un sonido tan repulsivo —comentó Miguel mientras se acercaba al carruaje.

Los dos amigos le contaron a Miguel los planes para esa misma tarde. A él le encantó la idea, casi como si le quitasen un buen peso de encima. Sin pensárselo mucho corrió veloz hacia el interior de su casa.

—¡Dile a Sandrine que venga! —gritó Irene—. Es capaz de no decirle nada.

No había acabado la frase que Miguel ya salía con una fina chaqueta de verano color crema bajo el brazo. Subió al carruaje de un salto.

—¿No viene Sandrine? —preguntó Irene.

—Su hermana no está bien, y alguien tiene que cuidar de sus sobrinos. Su madre sola ya no puede, así que se quedará en su casa un par de días.

—¿Didiane está enferma? —preguntó Irene.

—Sí, y si te soy sincero, no pinta muy bien. ¡Venga, vamos a tomarnos esa foto!

El carruaje se alejó de Céret, y dejó atrás un sábado rural por uno más caluroso pero fascinante.

Se bajaron a pocos pasos del café. Despidieron a Pons citándolo al anochecer cerca del restaurante La Cour Triste de Santaló.

El Café du Square llevaba abierto poco más de un año. Crecía majestuoso en uno de los rincones del transitado paseo de los plátanos de sombra. Perfectamente rectangular, en cada uno de sus lados más estrechos tenía tres enormes puertas cubiertas de cristal, coronadas por tres vidrieras más pequeñas de vivos colores que descansaban sobre ellas. La fachada principal constaba de cinco puertas que saludaban solemnes a la interminable hilera de árboles que se perdía en la lejanía. Retiro nuevo y agradable, con espíritu bohemio, estaba sitiado de mesas al aire libre, donde muchos habitantes de la ciudad se bañaban con el frescor entre las hojas de los plátanos. En la parte superior, una barandilla de piedra revelaba un balcón inexistente, cuyo único sentido era mostrar en piedra romántica el nombre del café. Anchas aceras lo rodeaban cubiertas por los árboles que llegaban

hasta una entrada custodiada por dos enormes columnas que sostenían una altísima puerta abierta de más de dos metros de hierro forjado, acabadas en una cortante legión de picas.

Álex ya se había dirigido a una de las mesas libres cuando Miguel se detuvo frente a una de las columnas.

—Nunca lo entenderé.

—¿Eh? —preguntó Irene sorprendida—. ¿A qué te refieres?

—Hacen una entrada de tres metros de alto, con una puerta que debe pesar toneladas, imposible de escalar cuando está cerrada. Pero… —se movió unos pasos hacia el lateral de la columna— … pero aquí hay una barandilla de piedra de apenas medio metro. En un saltito estás dentro.

—Tú siempre buscas el camino fácil de las cosas, ¿verdad, Miguel? —comentó Irene sin poder evitar el cariño que un frágil Miguel suscitaba en ella.

—Ya está todo el pescado vendido, no voy a cambiar ahora. —Se rio.

Los dos entraron en el recinto siguiendo los pasos de Álex que observaba con detenimiento, como siempre hacía, todo lo que le rodeaba, con especial atención a la gente. Solía decir que la química estaba en la primera sensación que te suscitaba una cara. No es que fuera el espejo del alma ni tonterías similares, pero siempre comentaba que solo necesitabas un primer vistazo a una cara para saber si había complicidad con esa persona. Y eso debería tener una explicación, no religiosa, por supuesto, pero alguna tendría.

Álex y Miguel decidieron compartir un vino tinto, con un poco de queso curado y unas aceitunas. Irene, en cambio, pidió un chocolate caliente, para horror de los dos chicos al igual que el camarero de bigotes subversivos que también participó de su sorpresa para retirarse poco después meneando la cabeza. Álex, con un rostro amargo, acercó su silla a la de Irene y le tomó la mano.

—Irene, tengo que decirte algo. Pero sobre todo… no te asustes, ¿de acuerdo?

Ella se alarmó un poco hasta el punto de llevarse la mano al pecho con delicadeza.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —Escudriñó los rostros de sus dos queridos

amigos. Una profunda seriedad los invadía.

—Prométemelo —insistió Álex.

—Sí, sí, te lo prometo. Cuéntame qué pasa de una vez —dijo ella que empezaba a estar preocupada de verdad.

—Es verano.

Irene pareció confusa hasta que vio a Miguel que se tapaba la boca para no reír abiertamente.

—Eres un idiota —respondió ella alargando las letras, como si le doliera, aunque no era así.

—Ya parecemos bastante raros con Miguel aquí, como para que además pidas chocolate caliente en agosto.

—¡Eh! A mí no me metas —protestó Miguel.

—Pero ¿por qué no puedo pedirlo? A mí me gusta. No hago daño a nadie, ¿no?

—¿Has visto la cara del camarero? Esta noche se lo contará a sus hijos, y estos a sus nietos, y de aquí cien años contarán la leyenda de la mujer que pedía chocolate caliente en el paseo de los plátanos de sombra. Que solo aparece en verano, cuando el calor es más asfixiante —relató Álex.

Hubo un silencio de verano entre sus miradas, pero los semblantes de ella y de Miguel eran joviales.

—Eres un idiota, Álex. Eso está claro —sentenció Irene sin poder reprimir la risa.

Con más calma, los dos hombres se lanzaron a saborear el vino, y estudiaron su textura a contraluz.

—Oye, ¿qué es eso que me han contado de cierto tipo que suele visitar con frecuencia el negocio de Clothilde? —preguntó Miguel.

—Oh, Clothilde tiene un amante…. fascinante —dijo Álex.

Irene ya sabía por dónde iba Miguel, pero no pudo evitar detenerse en el rostro de Álex. Este no apartaba la vista de una joven niñera apoyada en la barandilla de piedra del café. Su cabello azabache, corto y revoltoso, resaltaba una sonrisa luminosa. Hasta a Irene le

gustó el contraste.

—Pues me han dicho que no es a Clothilde a quien quiere ver en cada visita —apuntó Miguel.

—¿Qué tipo? —preguntó Álex.

Irene advirtió que Álex había perdido el interés por la pobre chica de cabello corto cuya mirada ya no tenía respuesta.

—El señor Richoux.

—¿El del ferrocarril? —preguntó Álex.

Miguel asintió.

—Pero está casado, ¿no? —preguntó Álex.

La niñera se levantó, lanzó una última mirada que sin duda buscaba la de Álex, pero ya no volvió a cruzarse en su camino. Se fue paseo abajo, hasta perderse a orillas del río.

—No sé —comentó Miguel.

—Bien, lo que le falta a Irene, liarse con un casado. Al pueblo le va a encantar. Además, es un energúmeno —señaló Álex sin ocultar cierto desprecio.

—¿Queréis dejar de hablar como si yo no estuviera presente? No me gusta nada, es como si estuviese ya muerta —apuntó Irene sin esconder su desesperación.

—Entonces, cuenta.

Miguel se reclinó en su silla y dio un largo sorbo de vino.

—Está casado —repitió Álex—. ¿No puedes complicarte más la vida? Creo que podrías tener unos cuantos hijos con algunos marineros, trata de que no sean del mismo color para que sea más emocionante.

—Pero ¿de qué habláis? —dijo Irene exasperada—. ¡No está casado! Es cierto que Étienne viene con frecuencia, pero siempre a buscar las prendas limpias de trabajo de sus compañeros.

—¿Étienne? —preguntó Álex.

—Oh Dios… Entonces es cierto —sentenció Miguel.

—¿Queréis parar los dos? Se suponía que iba a ser una tarde agradable y está siendo de todo menos eso. Si tienes tantas ganas de hablar —dijo dirigiéndose a Álex—, hablemos de tu última conquista. ¡Caroline!

—Catherine —corrigió Miguel.

—¡Esa misma!

—Hummm… ¿Quién? —Álex sonrió mientras tomaba un par de aceitunas y se las ponía en la boca.

—Con él tienes la batalla perdida, vida —dijo Miguel.

No era tonta, y en el juego de miradas y sonrisas, sabía que no era indiferente a Étienne. Otra cosa distinta es que se plantease tener algo con él. Pero era alto y bien apersonado, fuerte y seguro. Y no, no estaba casado.

Como era costumbre, las aguas se calmaron y pasaron una hora encantadora, de charla sin preocupaciones más allá de la luz de un sol que, tapado por la edad de ciertos comensales, le recordaba a Irene que ese verano era efímero. Quiso ver más allá del café. Siempre le pareció un lugar solitario, pese a que durante los fines de semana se llenaba de la despreocupación infantil, de paseos de descubrimiento en los primeros encuentros y de grupos de niñeras que esperaban este día para combatir la monotonía y llenar las siguientes noches con cuentos, sueños y anécdotas. Observó la fragilidad de los cochecitos de bebé, y pensó que cualquier giro del viento podría mandar al cochecito a París y a la niñera con él.

Al acabar, los tres bajaron por el paseo hasta llegar a la Basse, el pequeño afluente del Têt que atraviesa toda la ciudad. Siguieron caminando contracorriente; pasaron a pocos metros del rojizo Castillet, antigua puerta de la ciudad y más tarde prisión del Estado. Aun así, era imponente. Entre risas llegaron al pont de Guerre. Álex se detuvo en seco justo antes de cruzarlo. Miró el puente durante unos interminables segundos. Irene descansó un momento apoyada a la corroída barandilla y observó la otra orilla. Divisó una pequeña rampa por donde solían bajar las lavanderas. A esta hora no quedaba ninguna, pero recordaba cómo se llenaba por las mañanas esta zona del río. Flavia se le apareció en su mente. Tal como era ella, chispeante y fugaz.

—No me gusta ir por aquí, mejor vamos por otro sitio —dijo Álex. Dio la vuelta sin esperarlos y deshizo el camino andado.

—¿Cómo que no te gusta ir por aquí? ¿Qué tiene de malo? —preguntó Miguel.

Irene y Miguel se miraron, protestaron, y fueron tras él.

—Te has equivocado de camino, ¿no? Reconócelo, no pasa nada. Todos los grandes hombres lo hacen alguna vez —gritó con sorna Irene para que Álex pudiera escucharla.

—No me he equivocado. Vamos a otro fotógrafo, no me gusta Werner, eso es todo.

—¿Quién es Werner? —preguntó Irene. Le sonaba el nombre.

—No le hagas caso, se ha equivocado —reiteró Miguel.

A poco más de cien metros giraron hacia la rue de la Barre, llamada así por las barras donde colgaban las piezas de carne y de ave los tenderos para que la gente pudiese escoger la que más le apetecía. Angustiosa y estrecha, de adoquines húmedos, los raíles del tranvía partían la calle por la mitad. Tenías que caminar con ojo para no ser añadido a la interminable lista de golpes y huesos rotos que el ajetreo diario junto al tranvía provocaba con frecuencia. Un poco más adelante, la calle se ensanchaba cuando uno de los laterales cubierto por pórticos con lisas columnas toscanas refugiaba a los viandantes. Bajo uno de esos pórticos se encontraba el oscuro taller de fotografía de monsieur Cantineau, un hombre huraño y de pocos compromisos sociales. Su fina piel, casi transparente, resaltaba cada uno de los huesos de su cuerpo. En su afilada cara surcada por el viento de los Pirineos sobresalía un bigote descuidado que se abalanzaba sobre sus labios cubriéndolos casi por completo. Cada vez que alguien entraba en su taller alzaba una de sus cejas y el visitante no podía evitar sentir la molestia en el rostro del fotógrafo. Y aquella vez no fue diferente.

El taller era largo y estrecho, ajeno a la magia de la luz esencial para la fotografía. A mano derecha, nada más entrar, había un mostrador de un mármol amarillento por su continua lucha perdida contra el polvo y la suciedad. Sobre él se encontraban varias piezas de antiguas cámaras que parecían haber olvidado ya la esperanza de volver a formar parte de algo. Las estanterías cubiertas de polvo y mugre no invitaban al arte que se suponía se llevaba a en ese antro.

Monsieur Cantineau ordenó a los tres amigos que se colocaran junto a unas vetustas cortinas amarillentas a unos tres metros de la cámara. Irene debía sentarse en una silla de madera que por su aspecto quizás ya sostuviera a Julio César en su conquista de la Galia, mientras Álex y

Miguel la escoltaban a su lado, de pie.

—No os mováis —ordenó—. En un segundo estoy con vosotros.

Esperaron pacientemente mientras Cantineau bajaba un pequeño saco de tela de una vieja estantería donde se acumulaban libros antiguos y un mar de papeles de origen incierto. El saco estaba atado con una estrecha cuerda y debía contener algo importante para la foto, vista la insistencia de monsieur Cantineau por abrirlo. Pero no podía. Sus frágiles dedos trataban de que el aire pudiese abrirse paso por el endiablado nudo, pero sin suerte.

Dejó el saquito encima del mostrador, apartó las piezas mecánicas de otras cámaras con peor estrella y lo observó con atención. Se hizo eterno. Irene empezó a estar incómoda, y por los movimientos de los dos chicos ellos no estaban mucho mejor.

Cantineau volvió a la carga, esta vez con las dos manos mientras estiraba el saco y emitía ciertos sonidos más propios de un lobo que devora una pequeña presa en mitad del bosque.

—¿Qué? ¿Hemos olvidado la combinación? —preguntó Álex con su habitual sarcasmo.

El codo de Irene salió disparado y golpeó con fuerza la pierna de Álex que emitió un quejido de dolor. Cantineau había detenido su aventura particular para mirar a Álex con hiriente frialdad. Mantuvo la mirada unos segundos para luego retomar su intento de abertura del saquito impenetrable.

—Qué quieres que te diga, iríamos más rápido si nos pintase en vez de sacarnos una foto —cuchicheó Álex cerca de la oreja de Irene.

—¡Chisssst, silencio! —pidió ella.

De repente, Cantineau gritó de rabia, cogió un extremo del saco y empezó a golpearlo contra el mostrador; una vez y otra y otra…

—Esto no puede estar sucediendo —dijo Miguel entre dientes.

En uno de los golpes el saco se abrió y creó una nube de unas virutas oscuras que cayeron decididas hasta su cabello y en buena parte del mostrador. Cantineau se las sacudió, y las entrelazadas virutas volaron hasta el suelo. El hombre se detuvo, pareció darse cuenta de que las desperdiciaba, así que acercó su cabeza al mostrador, la inclinó y para sorpresa de los tres amigos empezó a frotarse el cabello con tanto

vigor que dejó caer un sinfín de las que habían quedado atrapadas. Su cabello imitó al de un triste espantapájaros después de que las urracas decidieran ignorarlo, pero Cantineau dio un saltito y soltó un «¡Eureka!». Acto seguido entonó una cantinela ridícula, más propia de un jovencito, mientras agrupaba todas las virutas en un pequeño montón. Entonces, sacó de su abultado bolsillo una roída pipa y procedió a colocar las virutas en su interior mientras seguía con la cantinela.

Las caras de los tres amigos mezclaban incredulidad con cierta repulsión por el desgarbado monsieur Cantineau y su tabaco.

—La madre que lo parió. —Miguel se detuvo antes de continuar con los improperios.

—A mí me reconforta que sea una pipa, desde que entramos pensaba que le gustaba Irene —comentó Álex.

—Aquí está, el mejor tabaco de pipa de este lado del Mediterráneo —dijo Cantineau feliz—. Bien, bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, la foto.

En pocos segundos el taller comenzó a llenarse de un espeso humo, y de un insoportable olor a tabaco tan rancio como su dueño. Se dirigió a la vieja cámara y, al llegar junto a ella, observó con detenimiento a los tres amigos.

—¿Así que queréis una foto? —volvió a preguntar Cantineau.

—No, hemos venido a ver su espectácu…

—Por supuesto —interrumpió Irene.

—Muy bien —prosiguió monsieur Cantineau—. No os mováis, cualquier gesto o mueca hará que la foto salga movida y se os vea borroso. Y si salís borrosos no es mi problema, pagáis la foto igualmente. Por supuesto nada de reír, aparte de que no hay nada más bajo y horrible que alguien riendo en una foto. ¿Entendido?

Irene asintió con la cabeza. Miguel la imitó, pero Álex miró con despecho a un rincón del taller.

—Si en el futuro ven nuestra foto, pensarán que somos unos serios hijos de puta —apuntó Álex, y volvió su vista al objetivo de la cámara.

En ese preciso instante el fogonazo provocado por el polvo de magnesio iluminó la estancia cogiendo a los tres chicos por sorpresa.

Tardaron unos segundos en recomponerse y volver a llenar sus caras de sonrisas.

Sintieron cierto alivio al salir de nuevo a la rue de la Barre como si hubieran escapado del paréntesis donde estaban atascados y se movieran de nuevo. Caminaron unas calles más allá, en dirección a La Cour Triste de Santaló, el acogedor restaurante con un pequeño patio donde apenas cabían cinco mesas. Allí cenaron y se rieron del futuro. Allí donde las bignonias rosadas trepaban sin descanso rozando los hombros de los comensales, podían escucharse los miles de historias en el tiempo que perdurarían tan solo una estación. Irene se sintió orgullosa, de Álex, de Miguel, de estar allí en ese momento, aunque solo fuera una noche más. Y pensó en todas las personas que esa misma noche en toda Francia vivirían algo para recordar; pensó en si el tiempo sería generoso y guardaría en la memoria esos momentos para que al menos alguien en años venideros, incluso siglos, pudiese siquiera oler la vida que fluyó sin detenerse. Alguien se sentaría justo donde estaba ella, cuando quizás ya no existiera el restaurante, ni el patio ni las bignonias, y ni por un segundo pensaría que ella estuvo allí riendo cien años atrás; ni le importarán sus problemas, ni sus preocupaciones ni a quien amó o dejó de amar. Maldito tiempo. «Que la recordasen como la protagonista de la leyenda de la mujer del chocolate caliente quizá no era tan mala idea después de todo», pensó. Los dos chicos reían despreocupados, y ella también. Era dichosa a su manera.

Y así, el verano y Perpiñán desaparecieron de su pensamiento y el taller de Miguel fue penetrando en ella; primero por su piel, y después por la vista.

—Debo contarte algo —dijo Miguel.

Irene lo miró de reojo, lo suficiente para ver cómo su amigo se perdía de nuevo en las entrañas de la espesa y negruzca niebla.

Quedó desconcertada. Caminó unos pasos atrás, hasta que la luz de los ventanales le dieron un poco de aliento. Buscó a través de ellos y el cristal detuvo su mano para recordarle que la claridad aún no le pertenecía.

A su espalda pudo escuchar el esfuerzo de Miguel por levantarse. Se le acercaba despacio, como un soldado herido. Entonces su sangre se heló con asombrosa rapidez. No podía ser. Tú no, dulce Miguel. Tú no.

Los ojos de Irene se asustaron, buscaban un sentido a lo que acababa

de escuchar. El sonido de los pies de Miguel al arrastrarse por el suelo. Por un instante Aurélie apareció en la esquina del taller, con su tez de porcelana, gritando a cada paso que Miguel daba.

Irene se apartó del ventanal sin mirar atrás. Alzó sus manos, para protegerse; intentaba parar un golpe a su alma, rota, defraudada y estafada.

—¿Vida? ¿Qué te ocurre?

Irene se dirigió a la puerta del taller totalmente consternada. En su cabeza se luchaba una desigual batalla en la que el amor por Miguel debería vencer sin reparos cualquier duda que pudiera albergar sobre él. Pero para su propia sorpresa, las dudas se hacían más grandes con cada paso que daba. ¿Cómo podía hacerle eso a Miguel? Abrió la puerta del taller con violencia. No le importaba demasiado el sufrimiento de una simple puerta cuando su mundo se quebraba. Una vez fuera, empezó a correr camino abajo, con un mar de lágrimas que arrasaban su bello rostro, sin mirar atrás. Tú no.

***

No había pegado ojo. Se estaba convirtiendo en una fea costumbre que luego su rostro pagaba con amargura. Durante la noche, la oscuridad le había llenado la cabeza de pensamientos tenebrosos que reforzaban la idea de que Miguel mentía. Toda su vida era una mentira: los consejos, las palabras dulces, los «vida» y sus heridas. Todo. La asustaba muchísimo la posibilidad de haber sido engañada desde la infancia. Era tal la rabia que sentía que se propuso llamarle «Míja» tan pronto le viera de nuevo. Pensó en ir a ver a Dugès, y hablarle del sonido de los pies al arrastrarse, pero se odió al instante por pensar algo así.

La luz del día fue una bendición, porque no solo apartó las sombras erráticas en el dormitorio sino que fulminó las tinieblas sobre Miguel. Él no fingía. Era su sostén desde la infancia, mucho antes de que las sombras y los recuerdos llegaran a sus vidas y jamás le había mentido. Era una completa idiota por haber pensado una cosa así. Había visto con sus propios ojos cómo Étienne le destrozó el cuerpo, los meses encerrado en el hospital, y su dolor cuando pensaba que nadie lo observaba. Además, ¿por qué le haría algo así a Aurélie? ¿Qué sentido tenía? Miguel era incapaz. Alguien que podía emocionarse leyendo las

tribulaciones de Heathcliff en Cumbres borrascosas, u odiar a una sociedad entera después de acabar Jude el oscuro, jamás haría algo así. Él no.

Irene salió de su casa con una sonrisa, convencida de que el sol la acompañaba en su totalidad, y por fin no se sintió perdida a media luz. De alguna manera, había recuperado a Miguel después de esa sinrazón nocturna.

***

Llevaba toda la tarde dando los últimos retoques al vestido de la viuda Vipond. Era un encargo realizado un mes atrás, y debería haber estado listo al menos la semana anterior. Clothilde iba de acá para allá nerviosa, a sabiendas de que la viuda tenía un temperamento demasiado volátil. Preguntaba sin cesar a Irene si todas las medidas habían sido comprobadas hasta la saciedad y sin esperar respuesta se acercaba a la ventana para ver si ya llegaba su carruaje negro. Clothilde había dispuesto que todas fuesen arregladas como si viniera de visita el mismo presidente de la república. Incluso Flavia parecía otra con su ropa nueva. La joven se examinaba sin perder detalle, y miraba a todo el mundo con una sonrisa bajo su chata naricilla. Juliette y Amélie estaban en la sala junto a Irene y el vestido, aunque en realidad observaban más que ayudaban. Nadie debía hablar sin el consentimiento de Clothilde, y en caso de que la viuda preguntase algo diferente a las medidas del vestido, como mucho podían contestar un «sí, señora». «Monosílabos», eso decía, «monosílabos».

En realidad, la viuda Vipond no era de las mujeres más acaudaladas del pueblo, pese a que su marido le dejó un buen pellizco y varias decenas de hectáreas de campos de trigo, pero sí que era la más influyente. Tenía una cohorte de seguidoras que se reunían en su casa cada jueves por la noche y manejaban los hilos del futuro del pueblo. Daban y quitaban a su conveniencia, en un auténtico aquelarre. Un saludo tardío era suficiente para que los turnos en la fábrica del desdichado infractor se volvieran casi insoportables; o si no eran atendidas las primeras durante la compra, era razón suficiente como para que hablasen mal del establecimiento y pronto sufriese las consecuencias. Era normal que Clothilde estuviera asustada, gran parte de los ingresos que percibía pasaban por las manos de estas señoras, de las fábricas de sus maridos y de los pedidos de París que le

encargaban ellas mismas. La viuda Vipond era muy consciente de la posición que ostentaba y se paseaba a sabiendas que era especial.

Su marido había sido un hombre igual de irritante que ella. Botánico de prestigio en los Pirineos Orientales, desapareció en el delta de Sundarbans mientras examinaba la flora de los bosques del golfo de Bengala. Todo el mundo sabía, aunque no lo reconocieran en voz alta, que el señor Vipond había desaparecido en el estómago de un tigre que no se tomó muy bien que alguien arrancase las flores de su territorio para aplastarlas en un libro.

El sonido de un carruaje al detenerse en la calle le cortó la respiración, y a juzgar por el aspecto de Clothilde, esta no lo llevaba mucho mejor. Amélie se acercó a la ventana para observar a la viuda. «Es la única vez que podrá mirarla desde arriba», pensó Irene.

—Dios mío, ¿cómo puede alguien convertirse en Moby Dick en tan solo un mes? —dijo Amélie.

Clothilde se acercó a la ventana extrañada.

—¿Convertirse en quién? ¡Ah! —exclamó Clothilde espantada.

Algo no iba bien a juzgar por el rostro desencajado de Clothilde. Se aproximó con Juliette a toda prisa a la ventana. La viuda Vipond había engordado, y no un poco. Era evidente que nada tenía que ver con la mujer que fue a tomarse medidas para el vestido hacía poco más de un mes.

—¡Ay, Virgen santísima! —exclamó Clothilde mientras se santiguaba —. Ahora sí que estamos perdidas. El negocio se irá a la quiebra, y yo acabaré vendiendo tabaco en tabernas de mala muerte rodeada de marineros borrachos.

Todas se miraron entre sí. Irene pensó que lo único que ayudaría sería que se abriesen las aguas del mar Rojo y las engullese a todas hasta desaparecer, y que la viuda Vipond no encontrase más que cangrejos, algas marinas, y quizás, a la mujer de Marín.

Escucharon en silencio los pasos de la viuda y su dama de compañía, la dulce señorita Marie Deveroux, que subían por la escalera.

Al abrir la puerta, Clothilde no supo disimular su asombro. Irene se pasó la mano por la cara, como si eso fuese a ocultar la dura realidad. Era peor de lo que habían imaginado en un principio. A la viuda parecía que la habían alimentado con fuagrás durante estas semanas y

temió que si tropezaba iría rodando hasta el mar.

—Pase, señora Vipond. Es un placer tenerla con nosotras, como siempre. ¡Niñas, saludad a la señora Vipond! —dijo Clothilde.

Los ojos de Clothilde no sabían disimular lo más mínimo. Buscaba la salvación en las caras de las mujeres que allí se encontraban, pero nadie podía salvarla esta vez, ni la señorita Deveroux que con su cara de circunstancias parecía consciente de lo que se venía encima.

La viuda se plantó delante del espejo de cuerpo entero que se encontraba en una de las esquinas de la habitación.

—Bien, veamos ese vestido.

Clothilde ordenó a Irene con la mano para que se apresurase con la prenda. La Vipond agarró el vestido con fuerza y se fue con la dama de compañía a la habitación contigua. Nadie se atrevió a hablar. Se miraban entre ellas, bajaban la vista y estrujaban sus manos sudorosas. Por un momento, Irene pensó que estaba en un entierro, en el que no se podía escuchar ni la respiración de la persona que tenías al lado. Clothilde le cogió el antebrazo con vigor, buscaba un puntal donde sostenerse. Su cara palidecía, y su respiración sonaba más agitada. Irene sabía que esperaba el grito histérico de la viuda, antes incluso de mirarse al espejo; con toda probabilidad no podría ni ponerse el vestido, saldría chillando y amenazando con acabar con el negocio, derruir el edificio y echar sal sobre las ruinas.

Para su sorpresa, la señora Vipond salió con paso firme hasta el espejo, se plantó delante de él y se observó desde todos los ángulos. Irene tragó saliva, había visto salchichas reventar con mucha menos presión de la que tenía el vestido. No sabía ni cómo la viuda podía respirar. Se acercó a ella con el vano intento de buscar entre las costuras un poco de aire para dilatar ligeramente la prenda, pero sus dedos eran incapaces de separar la tela de la piel de la viuda. Entonces tuvo la feliz idea de arrodillarse y perder el tiempo con el dobladillo de la falda.

La mujer continuaba buscando un espejismo en su reflejo. Ladeaba las caderas, estiraba los brazos y el cuello como si eso fuese a arreglar nada. Irene se apartó como quien se aleja despavorido de un edificio en ruinas a punto de caer sobre tu cabeza, y se quedó de pie junto a Juliette y Amélie.

—No está mal, nada mal —dijo la viuda Vipond.

La viuda continúo con las ridículas poses, mientras Clothilde hacía observaciones sobre la calidad de la tela. No paraba de decir: «Qué bien trabajan en París», y «En París sí saben lo que hacen». Juliette miraba la escena con la boca abierta; llevaba así desde que apareció la viuda.

—Cierra la boca que como salga un botón disparado y te lo tragues, te mueres seguro —dijo Irene por lo bajo para que solo pudieran escucharla Juliette y Amélie.

El comentario las pilló por sorpresa y las dos soltaron una risilla campechana e inocente. Ella también sonrió, porque pensó que Amélie no debía reír con esa naturalidad desde que era una niña. Le pareció una Amélie diferente.

—¿Nos cuenta el chiste, Amélie? —preguntó la viuda.

—No, señora. No era ningún chiste.

—¿Y de qué se reía?

Amélie la fuerte, la dura, el azote de Dios, parecía desconcertada. Se mostraba frágil y balbuceaba.

—Yo no…

—Amélie, baja a echar una mano a Flavia —ordenó Clothilde.

Así lo hizo. Con las manos apretadas entre sí y la cabeza gacha, salió de la sala. «Está muy diferente», pensó Irene. La Amélie que ella conocía habría saltado sobre su yugular y la acusaría de ser ella quien dijo tal ocurrencia, pero a esta Amélie parecía no importarle nada.

—No sé si tenerla aquí trabajando con usted es lo más conveniente. Corren rumores sobre ella —manifestó con voz exageradamente alta la viuda Vipond.

Para Irene, la intención de la viuda era clara. Que Amélie la escuchase desde la escalera.

—Pobrecilla, si no tiene a nadie —contestó Clothilde.

Sabía que algo había cambiado a Amélie, pero no tanto como para quedarse impasible a las conspiraciones provincianas de la viuda. Sin llamar la atención, Irene salió de la sala a toda prisa en dirección a la escalera. Allí detuvo a Amélie que regresaba con el rostro encendido

para darle un escarmiento a la Vipond.

—¿Quieres que te fulmine del trabajo? —preguntó Irene.

—¿Ahora te importa lo que me ocurra?

—No mucho, pero ¿qué harías? ¿Dónde ibas a ir? Y si te pongo en una balanza a ti y a la viuda, casi te prefiero a ti.

—Déjame al menos decirle que si no se atragantara a bollos de crema no se le pondría el culo como la plaza de la República. Creo que fue ella quien se comió al pobre señor Vipond —soltó Amélie.

A Irene se le escapó una sonrisa auténtica. Pudo ver en la cristalina mirada de Amélie cómo nacía cierta complicidad entre las dos.

—Hay ropa por doblar abajo. Yo iré a echar esa mano a Flavia —dijo Irene.

Amélie refunfuñó un poco, pero acabó claudicando.

Irene salió al patio donde Flavia seguía lavando la ropa. Su vestido nuevo no le había servido para cambiar su situación.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Flavia.

—La señorita Clothilde le acaba de vender a la Vipond un vestido que no le cabe ni a…

Hay veces que unos gestos te llenan, otros te entristecen, y los que más te alteran de un modo u otro, y el gesto de Flavia, al secarse las manos en la parte posterior de la falda, vació a Irene de tal manera que lo único que le quedó dentro fue el recuerdo de su madre.

Y allí estaba ella, de niña, en la cocina de su antigua casa con una taza de leche caliente mientras la observaba a través de la ventana que daba al patio. Limpiaba ropa frenéticamente con un enorme bloque de jabón de Marsella que debía pesar medio kilo. Su madre se secó las manos en la vieja falda, se dio media vuelta y la miró. Creyó morir de amor por ella. Mejor dicho, por el recuerdo de ella, de su sonrisa, del cabello de un rubio intenso, y de amor por un futuro que jamás tuvieron.

La pequeña Irene dejó la taza, salió corriendo al patio y, sin mediar palabra, se abrazó a la falda de su madre. Todo el aroma que desprendía el jabón de Marsella la envolvió y le dio confort. Ya

entonces necesitaba seguridad. Ojalá hubiese levantado la vista para compartir su mirada con ella, si lo hubiese hecho, quizás podría recordar su cara. Pero no lo hizo. Lo único que le venía a la memoria era que, en ese preciso instante, su madre tosió.

Capítulo IX

San Juan de Madagascar

Verano de 1913. Céret

La vida tiene muchas noches, algunas oscuras y espesas como la grasa que rebosa entre los pernos de una vieja locomotora, pero otras destilan tanta luz que podrán pasar generaciones y las imágenes de los que las vivieron se reflejan en cada uno de los rincones del pueblo. Una de ellas es la Noche de San Juan.

Todos los pueblos del país encienden fogatas para dar la bienvenida al verano y quitarse de una vez la asfixiante manta del invierno. La gente danza iluminada por los fogonazos de luz que desprenden las hogueras mientras las risas y la música acompañan a la deliciosa noche. Es la noche de las brujas, de los duendes y de los misterios en los cálidos bosques. El fuego purifica y espanta a las almas en pena que pululan por los caminos. En esta noche, los espíritus triplican su presencia y la gente evita estar sola para no encontrarse de cara con una de esas desdichadas estampas.

Montones de jóvenes se reúnen a escondidas para robar los primeros besos entre cuentos de miedo sobre casas aisladas en las laderas de las montañas. Jovencitas ponen bajo la cama las iniciales de sus pretendientes grabadas en habas y, al amanecer, con suavidad, la primera haba que cojan mostrará la inicial del pretendiente adecuado.

Decidir toda una vida a la elección de un haba era otra de las magias de la Noche de San Juan.

Las mujeres que ven cómo la belleza se niega a permanecer a su lado se lavan la cara a medianoche mientras recitan: «San Juan apóstol, san Juan apóstol, por la virtud que Dios os ha dado, hacedme más guapa que el año pasado». Cuántos desengaños provocó este verso.

La oscuridad mostraba un Céret sereno y cálido. La noche no

conseguía penetrar las calles iluminadas por cientos de lámparas ocres provenientes del interior de las casas y de los balcones. El sonido suave de guitarra subía por la calle y se hacía más intenso a medida que se acercaban a la plaza de la República.

Bajaban despacio por la calle del Comerciante Holandés. No podían ir más deprisa debido al lento caminar de Miguel. No importaba. La noche se prestaba a disfrutar cada paso, y a dejar que el fresco aire de las montañas acariciase la castigada piel por el sol del mediodía. Se apoyaba en Sandrine, y seguía taciturno, pero de vez en cuando, Irene creía ver una sonrisa, lo que le daba esperanza para recuperarlo algún día. «Pero», pensó, «bien podían ser las sombras amargas de las luces sobre su figura».

Álex caminaba junto a ella en silencio. Decidido, seguro, y con esa insolencia que lo caracterizaba. Se cruzaban con un torrente de habitantes protegidos por la oscuridad y el anonimato que les otorgaba.

La calle daba a la puerta de Francia, un arco custodiado por dos torres que formaba parte de la antigua muralla. La gente se hacinaba en la estrecha calle bajo el arco, señal de que la movilidad en el interior de la plaza iba a ser bastante complicada. Los cuatro amigos se abrieron paso como su personalidad: Álex a empujones, con prisa por saborear la vida como si nunca lo hubiese hecho antes; Miguel y Sandrine, con delicadeza, con miedo a ser heridos y pánico a molestar; e Irene, indecisa, hasta que el temor a quedarse sola la enfurecía y se adentraba con rabia en la multitud.

En el lateral opuesto a la puerta de Francia, junto al camino que salía del pueblo, habían levantado una tarima de madera de apenas metro y medio de altura y unos tres de ancho. Sobre ella, una mujer morena, de unos treinta años, cantaba acompañada de un guitarrista que no levantaba la mirada del suelo. Entonaba una canción muy triste, sobre un soldado que regresa a su granja después de luchar en la guerra de Cuba junto a los españoles, y descubre que su amada se ha casado con su hermano. Este se arrepiente, lo daba por muerto y dice que se irá, que, por favor, lo perdone; pero ya no importa, porque la mujer ha dejado de amarlo.

La cantante bien podía ser la protagonista de la canción. El cabello azabache le caía sobre los hombros desnudos, y se retorcía con cada palabra como si fuesen pinceladas de su alma oscura. Irene sintió envidia, y no solo de la voz, no, sino de la expresividad de su rostro. Esa mujer no podía esconder las cicatrices, la música simplemente las

encubría. Reconoció a un espíritu afín en ella. «Seguro que le habrían encantado las historias de Aspasia», pensó, «hasta quizás las cantaría». Le vinieron a la mente los caminantes de sueños, alguien que de pronto en el mundo de los mortales se da cuenta de que su pasado no es suyo, ni su familia, ni su calle, ni su vida. Una persona así tendría un rostro sereno pero vacío de esperanza, alguien que rompiera su vida por haber sido tan desdichado. Alguien con un rostro como el de esa cantante sobre la tarima de la plaza de la República.

El silencio reinaba en la plaza bajo los plátanos de sombra, tal era el poder hipnótico de la voz de esa mujer. Parecía que el tiempo se había detenido para escuchar también su voz y la nostálgica melodía. La inmovilidad general ayudó a que todos llegaran hasta una mesa en el café de la esquina. Álex observó con detenimiento el viejo toldo blanco sobre sus cabezas, o quizás solo contemplaba las estrellas. Pidió una ratafía de casis, y obligó al camarero a dejar la botella una vez llenó la copa; Miguel y Sandrine tomaron retsina, un vino blanco griego con sabor a resina de pino, e Irene, un licor de violetas. La cara de asco de Álex fue imposible de no ver, en realidad no hizo ningún gesto por disimularla.

—¿Crema de violetas? Qué asco ¿Quieres que nos de...?

—Deja que tome lo que le dé la gana, ¿no? —lo interrumpió Miguel—. ¡Haz el favor de dejarla en paz! Siempre estás igual. ¡Siempre! ¡No dejas vivir a nadie!

Qué lejos estaba este Miguel del que se reía en Perpiñán cuando ella pidió el chocolate caliente en verano. Para Álex fue un golpe en toda regla. Nadie esperaba una reacción así de Miguel. Sandrine puso una mano en su hombro para detenerlo. El joven parecía estar a pocos segundos de arrepentirse para siempre de lo que pudiera decir.

Los ojos de Álex no miraban a Miguel, no, estaban fijos en Irene, y ella creyó ver perdón en ellos. Un sentido y sincero perdón. Pero no lo manifestó.

Tomó la crema de casis de un sorbo, se llenó la copa de nuevo y también se la acabó de un trago, y una tercera vez para espanto de sus amigos. Irene le sujetó la botella y evitó una cuarta vez. Álex se acercó a pocos centímetros de la cara de Irene, la miró con ojos traslúcidos que se movían a una velocidad endiablada y ella pensó en lo afortunada que sería la mujer que por fin pudiera domarlo. Y su piel se erizó al descubrir a un Álex diferente, atractivo en su rebeldía, y guardián de un secreto que ella quería conocer.

—Si canta otra canción así de alegre, saltaré desde lo alto del puente del diablo —dijo Álex.

Álex se salvó, porque la siguiente canción fue mucho más animada. Hablaba de cosechas, de la alegría común en la mesa y de los verdes montes de los Pirineos. De repente, toda la plaza empezó a saltar, palmear, bailar y reír para dar la bienvenida al verano tal como la Noche de San Juan lo requiere.

—Menos mal.

Álex se levantó con rapidez. Aún conservaba el equilibrio, aunque entornó los ojos como si eso pudiera centrar la imagen de lo que veía. Sonrió desafiante a sus amigos, se giró hacia la multitud, gritó «¡La que no folle que no entretenga!», y desapareció entre la gente.

—A veces creo que lo estamos perdiendo —afirmó Irene.

—Nunca va a cambiar. Olvídate —apuntó Miguel.

—Pero algo no está bien en todo esto, Miguel. En todo lo que nos ocurre.

—Él no necesita ayuda. Él no.

Pero ella tenía el pálpito de que, si alguien necesitaba ayuda, ese era Álex. Y no por el alcohol, o su rebeldía, sino por la creciente soledad que destilaba por cada centímetro de su piel. Aurélie ya solo era un recuerdo. Poco sabían de la amiga de Álex aparte de que la habían recluido en algún tipo de institución privada cerca de Clermont-Ferrand. Él había asumido todos los gastos, algo a lo que se negaron los padres de Aurélie. Al menos hasta que descubrieron como eran esas «instituciones» a cargo del Estado y decidieron aceptar el dineral que costaba una privada. Irene pensaba que con toda probabilidad culpaban a Álex de lo ocurrido y que, si tenía que pagar, a los padres no les iba a remover la conciencia.

Miguel reseguía con la yema del pulgar la etiqueta frontal de la retsina, en la que estaba plasmado un dibujo de la Acrópolis a lápiz, con un majestuoso Partenón sobre ocre descolorido.

Ella sabía que Miguel ya caminaba por las calles de Atenas, ágil y libre de bastón. Los ojos brillantes lo delataban. Caminaba por la acera bajo los verticales toldos estampados que protegían los comercios del implacable sol. Pintados a mano, sobre ellos se podían leer los nombres de los negocios que de otro modo estarían ocultos para el

peatón. Pasaba por delante de una zapatería con decenas de zapatos colgados en barras de madera que se adentraban en la tienda hasta perderse en la oscuridad. El zapatero, un hombre maduro de ojos claros y tez oscura agrietada por mil arrugas que el propio sol le esculpió ya en su juventud, estaba sentado en la puerta trabajando en unos zuecos de madera, mientras un aprendiz de poco más de diez años lo observaba con asombro. En el otro extremo de la puerta, un anciano de cabello blanco como las cumbres del monte Athos tras una tormenta de verano combatía la ansiedad de ver que sus días pasaban en un suspiro jugando con un kombolói entre los dedos.

O quizás paseaba por las estrechas calles de algún pueblo de las montañas del norte. Bajaba por el pavimento desigual, evitaba golpearse la cabeza con los soportes de los balcones de madera que se abalanzaban sobre los desprotegidos viandantes sin compasión. Miguel saltaba de un lado a otro de la calle en un intento por no pisar el riachuelo de procedencia incierta que lo acompañaba por el centro de la vía. Todos los hombres ataviados con la tradicional fustanella lo observaban con curiosidad, pero de repente Irene se extrañó: Miguel ya no era Miguel. Su rostro se difuminó y se transformó en el de un extraño. Un rubio de aspecto británico.

—¿Sabías que la falda de la fustanella tiene cuatrocientos pliegues en memoria de todos los años que estuvieron bajo el dominio turco? —preguntó Miguel sin esperar contestación.

Irene ya no creía en las coincidencias.

—No hace ni un siglo, durante la Revolución griega, los turcos que se encontraban apostados en el Partenón se quedaron sin munición. Su idea era fundir el corazón de plomo de las columnas para fabricar balas. Ante tal atrocidad, los griegos que sitiaban el monte decidieron enviarles munición para que la usaran contra ellos mismos. Cualquier cosa con tal de salvar el templo. Es un cuento chino, pero es bonito.

Quizás no paseaba por calles tranquilas y, en cambio, revivía combates épicos. Irene tomó otro sorbo del perfumado licor de violetas, se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Necesitaba sentir la noche mágica, a los duendes y las brujas, a la alegría y la tristeza, a las parejas por los caminos del pueblo y a la caricia de una noche de principio de verano en la piel. Y entonces, el sabor de las violetas en su boca se mezcló con uno más intenso de lavanda, con notas de naranja y albahaca. Por debajo, y de forma más sutil, se podía apreciar canela y algo de menta. Flavia estaría tan orgullosa de ella.

La curiosidad la obligó a abrir algo los ojos en busca de la procedencia del aroma, pero era una simple comprobación, no tenía duda del origen.

Philippe Ancel les daba la espalda a pocos pasos de su mesa. Observaba el jolgorio con atención, con su particular rostro inescrutable. Pero buscaba a alguien: movía la cabeza en todas las direcciones, incluso sus intentos por quedarse de puntillas con disimulo lo delataban.

Irene se disculpó con Miguel y Sandrine, y se acercó a Ancel. No sabía el motivo, pero desde que le contó aquella extraña historia sobre su amada en el carruaje ya no la intimidaba tanto. Todo lo contrario.

—¿Puedo preguntarle a quién busca, señor Ancel? Quizás entre los dos tengamos más suerte.

Ancel pareció sorprendido de escuchar a Irene a su lado. El hombre le respondió con una sonrisa de inmediato y ella pensó que si le contestaba «A usted» caería rendida en sus brazos.

—Philippe, por favor —puntualizó el hombre.

—¿Y bien, Philippe?

—¿Y bien?

—¿A quién buscamos?

—Oh, a nadie en particular. Solo quería echar un vistazo a la gente. Hay algo en las Noches de San Juan alejadas de las grandes ciudades que me atrae. El misterio en los caminos oscuros y en las luces de fogatas en la lejanía que me obliga a salir de mi encierro.

—¿Qué tienen de atractivo los caminos oscuros?

—Que no ves el final. La gente cree que por ser oscuros van a deparar algo infernal, pero ¿acaso no es oscura una noche tan mágica como esta? ¿No son oscuros nuestros recuerdos? Incluso los más bellos están envueltos en sombras. Es simple desconocimiento, y aventurarse en ellos, o imaginar qué hay en el otro extremo, es un viaje que todo el mundo debería hacer. ¿Te apetece caminar un poco?

—Claro. Mientras no sea por uno de esos caminos lejanos y oscuros. —Se rio Irene.

—No, no. Por aquí, por las calles.

—Está bien. Bromeaba.

Los dos se alejaron del bullicio, subieron por la avenida del General Ocioso, e Irene tuvo miedo. No de Ancel, por supuesto, si no de Étienne. Pensó que, si los atacaba desde la oscuridad, no tendrían ninguna posibilidad de defenderse. Su pensamiento se alejaba de Ancel y la cubría con ese corroído manto del miedo. ¿Iba a pasarse el resto de la vida con miedo a Étienne? Esta noche no. Miró a Philippe, y se sintió a gusto de inmediato. Pensó en los caminos oscuros de los que hablaba, aunque ella prefería llamarlos «inciertos» y supuso que recorrerlos al lado de Ancel podía ser agradable. No debería ser fácil pensar en otra cosa que no fuera él.

Y mientras hablaba con él de las cosas más pequeñas y efímeras fue cuando descubrió que ese hombre de rostro amargo, prudente y formal era cálido como las noches de Panamá.

Fue en un pequeño detalle. Bajo la ventana rota de una casa abandonada hacía años, encontraron una palangana de metal esmaltado, ya oxidada y medio llena por las recientes lluvias del final de la primavera. Philippe se arrodilló e introdujo la mano en ella.

—Los detalles son los que nos hacen ser como somos. No creas que nuestra familia o donde nos criamos consiguen pulirnos, no, son los detalles. Fragmentos de vida que se van sumando y conforman nuestro propio camino. De estudiante, allá en París, tenía como vecinos a una familia originaria de la Baja Normandía. El padre había sido pescador toda la vida, pero quiso probar fortuna en una fábrica de la capital, y arrastró a su familia con él. El pobre hombre no se adaptó jamás. Regresó al norte y se alistó en un navío que comerciaba con vainilla y especias de Madagascar.

—Hay tanta gente separada en estos tiempos. Las distancias son tan grandes que nunca sabes si podrás volver a ver a tus seres queridos si se marchan —dijo Irene.

—El hombre regresaba cada dos o tres meses, tenía dos niñas de… no sé, nueve o quizás diez años y un chico un poco más joven que ellas. Gustaba de una buena conversación y a mí me entretenían mucho sus aventuras marineras, pero lo que hacía especial a aquel hombre era cómo narraba las historias a sus hijos. Antes de iniciar el relato, tenía por costumbre sacar una palangana, bastante más grande que esta, llenarla de agua, y tirar un corcho perfilado como un navío con un

trozo de tela como mástil para que navegara en ella.

—Un escenario un poco pobre, ¿no?

Ancel mostró la palma de su mano a Irene en señal de que aguardase un segundo.

—Ese día yo estaba presente y pensé lo mismo, pero de golpe, el hombre cerró todas las cortinas de la casa. Apenas podía ver mi mano a pocos centímetros de mi cara, cuando agitó algo. Súbitamente, dentro de un frasco, empezaron a destellar decenas de lucecillas. Habló de cómo la noche había caído sobre el barco en el océano Índico. Abrió el frasco y todas las luciérnagas revolotearon espantadas como estrellas parpadeantes. Los críos suspiraban encantados y la esposa estaba horrorizada por tener montones de insectos que correteaban por la casa. Entonces, el hombre dijo que al alba alguien gritó: «¡Tierra!». Salieron a cubierta, vieron la costa de Madagascar y delfines que saltaban junto al barco. Entonces, corrió como un poseso a abrir las cortinas. Para sorpresa de todos, y yo me incluyo, la palangana tenía un lateral lleno de musgo y piedras que recreaban la selvática costa de la isla, y varios pececillos minúsculos brincaban tratando de escapar de su encierro. El pequeño navío de corcho se deslizó tranquilo hasta que llegó a buen puerto.

—Pero ¿cómo lo hizo? —preguntó Irene sorprendida.

—Jamás lo supe. No tenía tiempo material de llevar a cabo todo eso a oscuras, pero lo hizo. Le pregunté sobre ello, pero solo se reía y encendía la pipa para cambiar de tema. No sé ni dónde encontró musgo en París ni dónde llevaba escondidos los «delfines».

—Los niños debían disfrutar muchísimo.

—Cierto. En verdad, todos lo hacíamos. Incluso la madre que refunfuñaba todo el tiempo, en el fondo, también disfrutaba. El caso es que un día les llegó la noticia de que el barco había desaparecido frente a las costas de África. Lo curioso es que cada Navidad recibían una pequeña estatuilla de marfil no más grande que mi pulgar con nombres de pueblos y ciudades de Madagascar grabados en su base.

—No era él, ¿verdad?

—Supongo que no. Él habría regresado con su familia en lugar de mandar estatuillas. Pero el hijo pequeño las adoraba. Las tenía todas en fila en su mesita de noche, y, antes de dormirse, recitaba cada una de las ciudades grabadas. Un día dejaron de llegar estatuillas, pero el

niño ya era un hombre y se hizo marino. Llegó a ser capitán y se estableció con sus hermanas en Tulear, una pequeña ciudad de Madagascar que daba nombre a la última estatuilla que le llegó.

—Te debió costar mucho encontrar esas estatuillas.

—No te podré ocultar nunca nada, ¿verdad? —Sonrió Philippe—. No me costó mucho. Tenía amigos en bellas artes que me ayudaban por una buena causa. Bueno, no eran todas de marfil, ya que eran demasiado caras y tuve que sustituirlas por madera de ébano.

—Pero ¿crees que fue ese detalle el que llevó a los hijos a establecerse allá abajo y no el deseo de reencontrar a su padre?

—El detalle era la esperanza. Sin estatuillas, su padre descansaría en el fondo del océano.

Y fue en ese momento que le gustó ese hombre. Le gustó mucho. La mirada, el porte tranquilo, sus largos dedos y las historias. Tomó su mano húmeda por el agua de la palangana y la secó con un pañuelo con suma delicadeza. Se acercó a él. Mucho.

—Irene, yo…

Pero ella no quería escucharlo. Quería sentirlo cerca. Le pasó la mano por la nuca y lo atrajo hacia ella hasta que las dos frentes reposaron la una sobre la otra. Y así estuvieron más de un minuto, respirándose el alma, acompañados por los lejanos acordes de una pequeña orquesta. Y besó sus labios delicados; buscó su sabor, su aliento, parte del espíritu bondadoso de él, de sus historias y de sus detalles. Notó la lengua de Ancel recorrer sus labios, sin querer entrar, tan solo ofreciendo un poco de él. Se sintió abrumada de sensaciones, pero le preocupó no poder evitar reír por las cosquillas que le producía la barba. Sus bocas se separaron y las frentes volvieron a unirse. Así a escasos centímetros buscaron señales del tiempo perdido el uno sin el otro cuando una figura oscura y tambaleante se acercó a ellos.

Ancel trató de proteger a Irene en un acto reflejo, pero la figura pasó de largo sin percatarse de ellos dos. Unos metros después se tambaleó, cayó de rodillas y fue a darse de bruces contra el suelo. Una sonora y melancólica risotada provino de la sombra tendida. Trató de alzarse de nuevo, con esfuerzo, y entonces mostró su rostro ensangrentado.

—¡Dios mío! ¿Álex? —gritó Irene.

Salió corriendo hacia él y lo abrazó con fuerza para que no cayera de

nuevo. Lo habían golpeado sin miramientos. Apenas podía abrir el ojo izquierdo y sangraba en abundancia por la nariz, que ya tenía una tonalidad púrpura preocupante, y por los labios.

—¿Qué te ha pasado?

Álex tomó sus labios hinchados entre dos dedos y se los mostró a Irene.

—Mira, parece que me ha besado una morsa. —Se rio Álex.

—¿Me vas a decir qué te ha pasado, o no?

—Yo qué sé. Un tipo ha dicho que he insultado a su hermana, o algo así.

—Vamos. Te llevaré a casa —dijo Irene.

No había dado ni un paso cuando pensó en él. Se giró y aún seguía allí junto a la palangana.

—Dejadme que os acompañe —rogó Ancel.

Irene meneó la cabeza.

—Tengo que hablar muy seriamente con este. ¿Nos vemos mañana?

La calidez de su sonrisa llegó hasta Irene.

—Por supuesto.

Los dos amigos empezaron a andar, despacio, un poco a trompicones, pero sin detenerse.

—Todo va a salir bien, ¿me oyes? —le dijo Irene al oído.

—No. Nada va a salir bien. ¿Usted entiende de sueños, señor Ancel? —gritó Álex—. Porque nosotros lo sabemos todo acerca de ellos. Todo.

Capítulo X

El comerciante de jade

Irene sabía que el pueblo no estaba preparado para que una mujer soltera y un hombre casado pasearan como dos enamorados por sus calles sin importarles el qué dirán. Decidieron llevar su romance de la manera más discreta posible. Apenas se saludaban cuando coincidían donde Clothilde, e intentaban verse a solas en los caminos alejados del pueblo para andar juntos, aunque solo fueran unos metros. Pronto se desviaban del camino y se amaban envueltos entre el centeno y el verde intenso que desborda los bosques en esta época del año. Pero cuando regresaba al pueblo y recorría las calles, se odiaba. Maldecía su desdicha, y pese a que adoraba a Ancel, en su cabeza todo se resumía a que volvía a caminar sola. Se sentía amada, cierto, lo cual era una bendición, pero no podía sentir su piel cuando quería, cuando lo necesitaba; ni el hablar pausado tan característico de él, ni tan siquiera el fresco aroma de su ropa. En ese instante, y en esa calle, Irene estaba sola.

A cada paso que daba notaba que se ponía más y más tensa. Hubiese jurado que su sangre hervía como el caldo de pollo y verduras que le gustaba tanto. El calor la sofocaba y la injusticia de la situación le consumía el aliento. Buscó frescor, y no pudo encontrarlo más allá que en los recuerdos con su tía.

Aquella tarde de 1895 hacía frío en Céret. Iba de la mano de Aspasia porque venían del zapatero que les había puesto suelas nuevas a las ya desgastadas botas de la pequeña. Su tía se detuvo. Irene no se había dado cuenta de que cerca de ellas, en un banco de la plaza del Sol de Noruega, se encontraba Miguel. Recordó verlo sentado, con el rostro enrojecido. Sollozaba preso de una desolación inextinguible. Irene soltó la mano de Aspasia y corrió junto a él, pero se detuvo a su lado, incapaz de abrir la boca. Le pareció que el frío viento que bajaba con decisión de las montañas quería reírse de él y así se lo hacía saber. Solo era un niño llorando, con una mano temblorosa que apenas podía cubrir sus ojos, así que el gélido viento se apiadó de él y le acarició la mejilla.

La mano de la tía Aspasia se retiró de su mejilla y le adecentó el flequillo.

—¿Por qué lloras, Miguel? Un niño de tu edad debería empezar a apoyarse en aquellos que lo quieren. ¿Qué haces sentado aquí solo?

—Hola, señora Aspasia —dijo el niño sin poder disimular su profunda tristeza.

—Suerte que no viviremos tres mil años, o me seguirías llamando señora, aunque sea señorita —contestó mientras se sentaba a su lado.

—Perdón, señorita Aspasia.

—Cuéntame, ¿qué te ocurre?

—Es mi madre, siempre está enfadada con mi padre y conmigo. Grita todo el tiempo. Luego, él se va para no escucharla y el que se queda a solas con ella soy yo. Me dice que soy como él y que soy tonto por dibujar mapas, porque nunca voy a salir de aquí. Que ella se merecía algo mejor, que por culpa mía se ha quedado en este pueblo. Que no piense que a mí me va a ir mejor, que si ella no había podido ya se encargaría de que yo tampoco saliera de aquí —le contestó el niño.

—La madre que trajo a la condesa rusa —comentó Aspasia bajísimo después de volver la cara y asegurarse de que Miguel no podía escucharla.

—No llores, por favor —suplicó Irene.

—No va a pasarte lo mismo —prosiguió Aspasia—. Sois muy diferentes. Ella soñaba con algo mejor porque creía que por no sé qué poder divino se lo merecía; tú, en cambio, sueñas porque tienes diez mil mundos en tu cabeza. Mundos que necesitas sentir, ver, oler, respirar. Quieres ser parte de ellos, no porque los vayas a hacer mejores si los conoces, como piensa tu madre, sino porque ellos te van a hacer mejor a ti. Siempre que viajes a otros lugares no vayas con afán de descubrir, ve a que ellos te descubran a ti. Que dentro de este cuerpecito aparezcan nuevas ideas, sensaciones y experiencias que, poco a poco, te descubran como alguien aún mejor de lo que ya eres.

Miguel se quedó pensativo.

—No entiendo nada.

—Algún día lo entenderás. No debes estar triste, todos deseamos que

nos quieran y cuando alguien cercano a nosotros no lo hace tenemos tendencia a pensar que estamos solos. ¿Y no tienes a Irene junto a ti siempre que la necesitas?

—Sí.

—¿Y a Álex? Aunque sea rarito, no es malo. —Sonrió—. A tu papá, incluso a mí. Lo negaré siempre, pero no me caes mal del todo.

—Gracias.

—Y a tu madre también. A su manera, pero te quiere. Los mayores solemos decir idioteces cuando estamos enfadados. No es mala, solo que preferiría que fueras hijo del zar —expresó en voz baja.

—¿Cree que cuando crezca seré bueno? ¿Y viajaré?

Aspasia soltó una carcajada ante la ocurrencia.

—Estoy segura. Esto me recuerda a alguien que conocí en París. Me contó una historia la mar de curiosa. ¿Te apetece oírla?

—¿Hay viajes?

—Por supuesto —respondió, guiñándole el ojo.

—Entonces sí.

—He escuchado mi nombre y he pensado que no podéis estar sin mí —intervino Álex que apareció de la nada para sorpresa de todos.

Irene se alegró de que viniera. No le gustaba tener que ser ella quien le contase los cuentos de Aspasia, porque se dejaba la mitad de las cosas por no decir todos los detalles importantes. Además, era el escenario ideal, todos juntos para escuchar una nueva historia de su tía.

—No recuerdo qué día de la semana era, pero era agradable. Una mañana de principios de primavera, paseaba por el jardín de las Tullerías. Se podría decir que toda la ciudad estaba allí, así que supongo que sería un fin de semana.

—¿Iba sola? —preguntó Álex.

—¿Eh? —vaciló Aspasia—. Pues sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque siempre va sola a los sitios.

Por cómo desvió la mirada, a Irene le pareció que su tía lo sabía perfectamente.

—Bueno, a mí me gustaba pasear si el día acompañaba. Todo el mundo sonreía de oreja a oreja. Los hombres apuestos, con sus sombreros de copa, acompañaban a sus bellas esposas, ajenos a lo que ocurría a tan solo unos metros más allá.

—¿Y qué ocurría unos metros más allá? —preguntó Miguel.

—Nada, y no empieces. Digo que estaban tan a gusto que no les importaba nada que no estuviera cerca de ellos.

—Ah, entiendo.

—Las Tullerías se ponían preciosas, habían colocado hacía poco la estatua de Diana cazadora y a mí me fascinaba. Le tenía cierta envidia, desde luego, pero no por su belleza, que también, sino más por la sobriedad que transmitía. Ahí estaba, tranquila sobre un escueto pedestal cuya altura conseguía que el cielo fuera un lienzo de azul intenso que la envolvía en su totalidad. Había teatros de marionetas, pequeños puestos con juguetes de madera para los niños consentidos, acróbatas… en fin, todo lo que falta en un pueblo pequeño como el nuestro se encuentra en un parque de una ciudad como París. Al salir del jardín, pasas por delante del edificio del Juego de Palma, que por entonces también era muy nuevo. ¿Sabíais que antiguamente cuando jugaban utilizaban una pelota de corcho, con una gruesa tela, que, si le daban unos cuantos golpes, se descosía sin remedio hasta que encontraron la solución?

Por un segundo, Irene se extrañó por las recurrentes digresiones en sus narraciones, pero ya la conocía. Era su tía.

—Piel de rata —dijo sin esperar la respuesta—. Era resistente como pocas, y así, bien cosida a mano alrededor del corcho, la hacía muy resistente a los golpes de la raqueta. Porque, aunque se llame de palma, eso solo fue al principio, luego se jugó con raqueta.

—¡Qué asco! —exclamó Miguel con una mueca de desagrado.

—Sí, eso pensé yo. Imagina que te da en la boca abierta mientras estás esforzándote en un partido. Aunque el lado positivo es que se creaba empleo donde nunca lo hubierais imaginado. ¿A qué se dedica tu marido? —preguntó con voz grave—. ¿Mi marido? Es cazador de ratas para pelotas. Le va muy bien. Está muy contento. —Se rio Aspasia.

Irene la miró con incertidumbre. Pensó que su tía era complicada.

—Está bien, está bien —prosiguió—. Como el día era tan bueno decidí ir a la plaza de la Madeleine donde había un mercado de flores precioso. Así que abandoné el jardín, doblé la esquina del ministerio de la Marina y enfilé la rue Royal. Es una calle ancha, que acaba en la iglesia de la Madeleine. En los laterales de la iglesia se montaban un gran número de puestos de un color exultante y su aroma ya se podía percibir mucho antes de llegar a la plaza. Había rosas de un rojo salvaje, mares de orquídeas, las elegantes dalias, montañas de jazmín con su delicada fragancia, malvavisco y las hechizantes azucenas; todas estaban allí presentes y perfectamente expuestas para acompañar con delicadeza la visita de los parisinos que solían acercarse al mercado. Incluso en las oscuras tardes de lluvia es delicioso pasear por allí, porque el color de las flores se refleja en los pequeños charcos en la ancha acera, y con la tenue luz de las farolas consigue que todo el lugar se convierta en algo mágico. En verdad te digo, Miguel, que si allí apareciera algún duende o un hada, ni te inmutarías. Lo verías como lo más normal del mundo.

Miguel asintió, pero Irene sabía que un mercado de flores no era la ruta ideal en el manual de aventurero de Miguel.

—Pero no apareció ningún duende. En cambio, en un tenderete con flores exóticas que solía visitar, encontré a una joven con un vestido largo granate que miraba con atención las peonías. —Ante la cara de extrañeza de los niños puntualizó—: Son flores originarias de Asia… Hay que contároslo todo.

Miguel quiso protestar.

—«Son preciosas ¿verdad?», le pregunté. La chica me miró con cierta sorpresa y me devolvió una tímida sonrisa. Asintió con la cabeza. «Su nombre en China significa “la más bella”. Conozco bien el país, allí las adoran». «¿Por qué no las compra?», pregunté de nuevo. Ella negó con la cabeza. Fui torpe y descuidada. Al observarla con detenimiento comprobé que no podía. Su vestido granate había sido precioso, pero ahora se caía en pedazos. Tenía los codos roídos y las mangas desgastadas, y la parte inferior de la falda deshilachada. Sus botines estaban sucios por haber recorrido mil caminos y el del pie izquierdo tenía la punta tan usada que seguro que le entraba el agua de los charcos. Como soy incapaz de disimular mi incompetencia, me sorprendí al ver que le faltaba el dedo meñique. Más tarde me contaría que fue de niña al ayudar a un empleado de su padre en la cocina, pero en ese momento la joven observó mi cara de

circunstancias, me devolvió una sonrisa, se excusó y se alejó caminando. Me dio pena, estaba pálida y demasiado delgada, todo ello síntomas de que cuando se vestía por las mañanas, jamás sabía dónde dormiría esa noche.

—¿Supo todo eso con solo un vistazo? —preguntó Miguel.

—Las grandes ciudades, querido Miguel, son despiadadas con la gente que, por un motivo u otro, no ha sido capaz de encontrar su camino. No es difícil descubrir esas almas desdichadas. Todo se resume en si tú quieres verlas o si, en cambio, prefieres vivir en tu mundo de cristal. El caso es que la llamé, le dije que estaba muy interesada en Asia y que me gustaría que me contara cosas de allí mientras almorzábamos juntas. Declinó mi invitación con amabilidad, pero no me di por vencida. Insistí hasta que la pobre ya no supo qué excusas darme y, al final, accedió. Fuimos al restaurante de Marie Bonnet donde hacen una buena cocina casera sin grandes alardes y creí que sería el lugar ideal para que mi nueva amiga no se sintiera desplazada. Al sentarnos nos trajeron una pequeña bandeja con pan de centeno que imaginé que devoraría en segundos, pero una vez más me equivoqué. La joven le echó una mirada furtiva y la ignoró. Yo sabía que se moría de ganas por empezar a comérselo, pero se contuvo. Cuando pedimos el almuerzo, dejé bien claro que la invitaría, y que sería dichosa de hacerlo a cambio de sus historias orientales.

—Seguro que era rara. Toda la gente de sus historias es muy rara —apuntó Álex.

Irene lo fulminó con la mirada.

—«Mi nombre es Jocasta», me dijo, «y aunque mi tez no acompañe, nací en Hong Kong, donde mis padres vivían desde hacía un par de años antes de que llegara yo». Su padre era de Manchester, comerciaba con seda, jade y perlas. Se afincó en Hong Kong después de vivir en la India y Australia. Tenían dinero, y ella se crio en una buena escuela para señoritas en la misma China. Apenas tenía amigas aparte de las dos hijas de un juez que creían que lo más divertido en este mundo era cuando su padre les contaba los casos que había tenido durante la semana. No eran el tipo de historias que a Jocasta le encantaba escuchar. Echaba de menos hablar, compañía, un alma afín, pero no la encontraba. Se escapaba muchas veces sola por las calles de Hong Kong, junto al barrio de los pescadores, donde el mero hecho de caminar por las calles es un desafío sensorial.

—¿Sensorial? —preguntó Miguel.

—Es una zona de Hong Kong donde se concentran los mercados de pescado y de cualquier cosa que tenga que ver con el mar. Deambulas por la calle y tropiezas con sacos llenos de pescado seco y salado, o cualquier tipo de animal marino lo bastante sabroso como para condimentar una buena sopa. Cuando en una calle estrecha hay quince o veinte puestos que venden lo mismo, el olor es penetrante.

—Ah, ya entiendo.

—¿Recordáis a Marín? Pues Jocasta tenía algo en común con él. Le gustaba bajar hasta el puerto de la isla, y contemplar los cientos de juncos con sus velas de un rojo intenso al cruzar el estrecho, camino de algún exótico puerto del sudeste asiático. Otros rayaban el horizonte con las velas en dirección norte siguiendo la costa china, hasta Shanghái o Pekín. Un día le llamó la atención el nombre de un clíper británico que había atracado no mucho antes a juzgar por la cantidad de barriles que desembarcaban. La Dama Blanca de Leith se llamaba el barco. Quedó cautivada por el nombre y estuvo observando embobada el velero de tres mástiles toda la tarde. No quería sonar demasiado curiosa y no se hubiera perdonado el ser indiscreta, pero pretendía saber quién era esa dama blanca. Estuvo un buen rato dando vueltas, sorteó un grupo de cinco locales que estiraban con cuerdas de un robusto carro cargado de barriles provenientes del barco, hasta que al final venció su timidez y se acercó a un marinero que, por su aspecto y edad, debería de haber estado fumándose sus últimos días en pipa en su casa frente al mar del Norte en lugar de estar en el sur de China. Le preguntó por el nombre del barco y el marinero la mandó a un lugar que prefiero no mencionaros. Eso sí, antes la llamó «señorita». Jocasta se marchó cabizbaja. Pensaba que jamás conocería el origen del nombre cuando alguien a su espalda afirmó: «Es una dama que en ocasiones aparece en los sueños de los navegantes escoceses».

Jocasta se dio media vuelta. Ante ella había un joven marinero, alto y delgado, con barba de pocos días y un largo cabello castaño. Llevaba la raya en medio que le daba un aspecto juvenil, fresco y saludable.

—¿Y qué hacía la dama en los sueños de los marineros? —preguntó Irene.

—Eso mismo quiso saber Jocasta. La dama blanca es un fantasma que se aparece en sueños a algunos navegantes escoceses y, cuando eso ocurre, significa que van a morir pronto. Si aparece con el cabello y la ropa mojados es que van a morir en un naufragio; si va seca, morirán de cualquier otra cosa, pero fallecer, fallecen, le explicó sonriente el

joven marinero. Ella quiso saber qué sentido tenía ponerle a un barco el nombre de alguien tan nefasto a menos que fuese un «antídoto». El joven afirmó que el dueño de la compañía así lo quiso. El mismo dueño sufrió las penurias de haberse encontrado con la dama. Fue un atardecer cuando uno de sus barcos partió de Edimburgo y, al pasar por delante de la ciudadela de Leith, vieron a la mujer en lo alto de una torre. Toda la tripulación, aterrorizada, se dirigió a estribor. La divisaron inerte, con su vestido blanco empapado.

—¿Estribor? ¿Qué es estribor? —preguntó Miguel.

—La parte derecha de un barco —contestó Aspasia.

—¿Y por qué no la llaman derecha y ya está?

—Porque si ordenan que vayan todos a la derecha y hay alguno de espaldas en ese momento, su derecha es la izquierda. Se volvería loco. Empezaría a correr a su derecha cuando le ordenaban ir a su izquierda. Chocarían todos contra todos, caerían inconscientes y el barco iría a la deriva durante días hasta embarrancar con unas rocas. Se hundiría poco después. Bueno, ¡ya me entiendes!

—Pero podrían ponerle un nombre que se pareciese más a la derecha. A ver, no sé, «derechor», «derechamiente», o que el capitán gritara: «¡A mi derecha, maldita sea!».

—Miguel —lo llamó Aspasia con voz suave.

—¿Sí?

—¿Te callas?

—Vale.

A Irene se le escapó una risilla que contrastaba con el rostro pétreo del pequeño Álex.

—El capitán del barco, al avistar a la dama blanca en la fortaleza, decidió dar media vuelta y regresar al puerto. El propietario de la compañía se enfureció y trató a toda la tripulación de cobardes y de niñas lloronas. Eran hombres duros y las palabras de un necio no podían afectarles en demasía; lo que les afligía era la amenaza de despido y el miedo a ser tachados de hombres temerosos incapaces de volver a navegar con seguridad. Era una sentencia de muerte, peor que encontrarse cara a cara con la dama blanca. Discutieron poco y se volvieron a echar a la mar.

—¿Y qué les pasó, tía?

—Pues pasó lo que tenía que pasar, que naufragaron frente a las costas de Galicia y murieron todos. Hubo gente en Edimburgo que culpó al dueño de la compañía, por haberlos obligado a regresar al mar incluso después de haber visto a la dama de blanco. Quizás fue redención lo que buscaba aquel hombre, o algún tipo de perdón, pero al final llamó a su otro barco La Dama Blanca de Leith. No fue fácil al principio, porque para la mayoría de marineros un nombre así era tentar al diablo, pero pronto se presentaron varios irlandeses que huían de la gran hambruna que asoló el país. No tenían donde caerse muertos, así que un fantasma no les preocupaba mucho más de lo que estaban. El propietario pudo completar su tripulación y mandó su barco a comerciar por Asia.

—¿Y ponerle ese nombre funcionó? —preguntó Miguel.

—El barco llevaba una larga temporada por los mares del sur y buena parte de los hombres ya eran escoceses, como el amigo de Jocasta, y no hubo ninguna señal de ninguna dama blanca. Por cierto, el joven marinero escocés, cuyo nombre era Creighton, quedó encandilado con Jocasta. Es fácil de entender: después de haber intercambiado unas pocas palabras con ella yo también supe que era un alma hermosa. Una de esas personas jóvenes, pero ancianas y sabias en lo más profundo de su ser. Jocasta y Creighton volvieron a encontrarse. Al principio furtivamente, con pequeñas citas en los mercados de Hong Kong. Los encuentros eran tan breves que cada vez que se despedían apenas habían intercambiado el próximo lugar de su cita. El joven suponía un soplo de aire fresco a su rígida familia y a su entorno asfixiante. La hacía reír. Eso es lo que más ansiaba de él. La facilidad que tenía para hacerla reír. La sorprendía con agudas observaciones, detalles, o gestos que ella jamás habría visto si no fuese por él. El joven ofrecía una nueva dimensión a su aburrida vida.

»En el siguiente encuentro fue más rápida, y lo citó en una vieja casa de té que había en el interior, justo debajo de la Cumbre Victoria. No penséis en una altísima montaña con picos nevados como el Canigó, no: tiene poco más de quinientos metros, con unas vistas preciosas de la isla. Creighton le habló de su pueblo, Balloch, un conjunto de casas aisladas a las afueras de Inverness. De niño solía recorrer a pie el par de leguas que lo separaba hasta Inverness, para pasear junto a la desembocadura del río Ness e imaginar barcos que partían de allí hacia tierras lejanas. Su padre, un católico radical, quería que se ordenase sacerdote y que, si tenía ganas de ver mundo, se marchara a África o Sudamérica a impartir la voz de Cristo. Su madre, en cambio,

pretendía casarlo con la hija de unos vecinos, una tal Moira Hume, pero a él no le hacía la menor gracia que ella fuera demasiado bajita, rechoncha, de piel sonrosada y sin dientes en la parte superior de la boca. Al cumplir dieciséis años, él y su mejor amigo se embarcaron. Prometió a sus padres que regresaría rico, y les compraría una preciosa casa en el centro del pueblo. Mientras tanto, les enviaría una buena parte de la paga.

—¿Y el amigo?

—Tuvieron una fea pelea en una taberna de Mallorca, y se fueron cada uno por su lado. Jocasta dijo que Creighton reprochó a su amigo que se excediera con una de las mesoneras y se enfureció tanto que llegó a golpearlo.

—Me cae bien Creighton —afirmó Irene—. ¡Ay! Me haces daño, Álex. —Su joven amigo la sujetaba del brazo con los ojos abiertos como platos desde el inicio del relato, pero al escuchar las peripecias de Creighton en Mallorca había aumentado la intensidad hasta dejar una huella de su mano en el enrojecido brazo de Irene.

—Perdona.

—A Jocasta también le caía bien, hasta el punto de que sintió que empezaba a enamorarse de él. Era tan bueno y agradable que no le importaba que el pobre no llevara nunca una moneda encima. Era comedido y se avergonzaba de ello, tanto como hacía ella conmigo mientras almorzábamos. Creighton nunca quería tomar un té de más y siempre pedía los platos más humildes. Invitaba a esas meriendas, pero sabía que él lo pasaba mal para poder pagarlas. Imaginaba que las visitas al baño eran para contar su pobre economía y descubrir si llegaba para otra pasta más. El problema de Jocasta residía en que su padre no era tonto. Nadie amasa una fortuna en el otro lado del mundo si no eres decidido, perspicaz, y con pocos escrúpulos. La compañía de su padre tenía un nombre… Ahora no lo recuerdo, pero tenía algo que ver con los coyotes.

—¿Coyotes? —preguntó Miguel.

—Sí, los coyotes son extremadamente inteligentes. Envían a los más jóvenes de la manada a que jueguen con los perros de las granjas. Luego, empieza el típico juego de yo te persigo un rato hasta que me canso para que después tú me persigas a mí. El perro va cogiendo confianza, hasta que se aleja unos cuantos metros y, ¡zas!, los coyotes saltan sobre él hasta que no queda nada del ingenuo animal.

—Pobrecillo. ¿Por aquí tenemos de esos bichos, tía?

—No, cielo, no. Solo viven en América. Pero el padre de Jocasta estuvo allí de joven, presenció estos hechos y decidió que en el futuro llevaría su empresa con la misma agresividad e inteligencia que los coyotes. Y dicho y hecho. Cuando le interesaba adquirir un negocio, se acercaba a sus propietarios, se mostraba de lo más cordial, y los invitaba a ellos y a sus familiares a pasar unos días en la casa de verano. Después los invitados creían que ya eran uno más de la familia, y su padre dejaba a las mujeres y los críos tomando pastas de menta y té, y se llevaba a los maridos a dar un pequeño paseo. Nadie excepto Jocasta veía la sonrisa maquiavélica de su madre en esas falsas reuniones. El resultado era siempre el mismo: el hombre regresaba pálido como si hubiese visto un fantasma. Su esposa se interesaba por su salud, y a las pocas horas ya se habían marchado. Algunos lo hacían cabizbajos y otros gritaban los insultos más dolientes, pero su padre ya poseía una nueva empresa. Luego, se sentaba junto a su madre y se tomaba un té frío con total tranquilidad mientras los dos se vanagloriaban de su buen hacer en los negocios.

—Qué encanto de hombre —dijo Álex.

Irene lo miró: tenía la mirada perdida. Pensó que Álex no debía ver muchas diferencias entre su padre y el de Jocasta. Nunca hablaba de él, pero en el pueblo corrían rumores, y en ninguno lo dejaban mejor que al negociante británico.

—La familia de Jocasta empezó a extrañarse de sus salidas cada vez más frecuentes. Sus excusas eran del todo inverosímiles. Decía que iba a partidos de polo cuando jamás había estado interesada ni por los caballos ni por el deporte, pero su madre guardaba la esperanza de que regresara con uno de los jugadores. Un hombre de buena familia que les diera un porte más noble a su apellido. Sus padres no perdían la esperanza hasta que un día se excedió con la excusa. Dijo que iba a escuchar a un coro de la escuela británica. Regresó fascinada por el concierto. Alabó con pasión las vocecillas de los pequeños. No sabía que habían pospuesto el concierto por algo que comieron los niños y les sentó mal. Su padre no le dijo nada, mandó a uno de sus hombres de confianza para que la siguiera. Pronto supo de los encuentros de Jocasta con Creighton. Una tarde le recriminó todos los esfuerzos que hacía por mantener esa familia a flote mientras ella pensaba en irse con un simple marinero escocés. Le prohibió verlo más, pero ella trató de jugar con su padre. Se mostró arrepentida de su conducta, le dijo que no era más que un pasatiempo. Le mintió. Insistió en que jamás había tenido la intención de nada serio con él. Su padre era más de

acción que de palabras y no solía avisar dos veces. Eso lo sabía Jocasta de sobra, así que esta dejó pasar unas semanas a la espera de que se calmasen las aguas. Fue duro para ella y, en las largas tardes que pasó encerrada, pensó que le faltaba la vida.

—¿Cómo que le faltaba la vida?

—Aislada del mundo, ajena a cualquier influencia del exterior, Jocasta se dio cuenta de lo mucho que necesitaba a Creighton. Y allí, en las cuatro paredes de su dormitorio, empezó a imaginarse una vida sin él. Y no tenía sentido. Nada tenía sentido. Llegó a la convicción de que, si no merecía la pena vivir sin él, era porque Creighton era su vida. Por algún designio divino, su propia vida no estaba en su interior, sino en el de un joven marinero escocés.

—Su vida. ¡Me gusta mucho eso! —exclamó Miguel.

—Por las noches, desde la ventana, podía ver una figura en la calle más allá de la alta tapia que rodeaba su casa. Estaba segura de que era Creighton, pero la mala iluminación y la distancia imposibilitaban la certeza. Saludaba a la sombra con la esperanza de que esta saliera a la luz. Pero no ocurría nada. Cuando su padre le permitió seguir con su quehacer diario, lo primero que hizo fue ir a buscar a Creighton. Tomó un tranvía que cruzaba la ciudad y se dirigió a la pensión donde vivía él. La dueña le entregó una carta y la echó de allí.

—¿Qué decía la carta, tía?

—No quiso leerla allí, aunque ya se imaginaba el contenido. Quería leerla en casa, temerosa de que esas líneas supusieran una separación demasiado larga para ella. Cuando llegó, se tumbó en la cama como una colegiala. Creighton le explicaba que había intentado verla pero que los matones de su padre se lo habían impedido. Cada línea era una declaración de amor, de lo mucho que la necesitaba. Debía partir por tres semanas a recoger un cargamento en el norte. La extrañaría cada segundo. Al final, sin darle mucha importancia, dijo que quiso verla porque había soñado con la dama blanca. Se reía de lo influenciable que era, pero necesitaba verla para que le dijera que no le podía ocurrir nada porque lo amaba. Jocasta se sintió vacía, y un pensamiento fugaz le cruzó la mente. Tan pronto Creighton pusiera los pies en Hong Kong, se escaparía con él. Al diablo con su padre y el dinero. No le preocupaba el cuento de la dama blanca, pero le habría gustado estar con él para reírse juntos del sueño.

—¿Y qué ocurrió cuando regresó, tía? ¿Se escaparon?

—Jocasta esperó las tres semanas. Y luego tres semanas más, y Creighton no aparecía. Empezó a ir a diario al puerto para preguntar por el barco. Nadie sabía nada, aparte de que ya debía haber regresado. Se fue consumiendo poco a poco como cualquier flor que apartas del sol. Su padre esperaba que floreciera en un rincón oscuro y eso no funciona así. Hasta que un par de meses después de que Creighton partiera, el padre de Jocasta llegó a casa con el rostro más compungido de lo normal. Ella estaba con su madre, tomando un té frío en el jardín. No es que le apeteciera, pero su madre había insistido tanto en la bondad del aire libre que accedió para que la dejara en paz. Su padre fue directo hacia ella con un telegrama abierto en la mano.

»Eran pocas líneas. Solo alcanzó a leer: "Leith, tormenta y Dios les guarde en su santa gloria". No recordaba el orden, y al intentar leerlo de nuevo, las palabras restantes no tenían sentido. Su cabeza regresaba a esas tan fatídicas. Lo intentó de nuevo. Seis, siete veces, no sé, muchas. Estaba convencida de que a la siguiente lectura podría descubrir lo que ponía en realidad: que estaba sano y salvo e iría a por ella tan pronto se hubiera recuperado. Pero se engañaba. La carta ponía lo que ponía, y Creighton no iba a volver. Su madre la ignoró por completo y preguntó al marido si habían perdido la mercancía junto con el barco. Lanzó un suspiro de alivio cuando él le comunicó que todavía no habían llegado a recogerla, así que ellos no habían perdido nada. Entonces Jocasta lo entendió todo. El último viaje de La Dama Blanca de Leith era un encargo de su padre. Ese era el motivo de que el telegrama estuviera en su poder.

—Pobre Jocasta —dijo Irene.

—Lo odió. Buscaba un culpable, y su padre era la persona idónea. No quiso pensar en el destino y en que quizás hubiera muerto igualmente, no. Solo podía verlo empujando a su amado a la muerte. La melancolía la invadió. Algo normal por otra parte. Si no te invade la melancolía tras unos hechos así, es que nadie lleva las riendas ahí arriba —dijo Aspasia y dio un suave golpe en la cabecita de Miguel, que protestó—. La llenaron de hierba de San Juan, pero no mostraba ningún signo de mejoría. Su padre, que empezaba a perder la paciencia, decidió que lo mejor para ella sería mandarla a Melbourne, en Australia, a casa de una hermana de su esposa. Pero Jocasta tenía otros planes. Quería ir a Escocia. Necesitaba recorrer los caminos y las calles por los que caminó Creighton. Deseaba conocer a sus padres y llorar con ellos. Quería recuperar algo de su vida en los fríos páramos de las Tierras Altas. Además, había una cosa que la preocupaba: ella también había empezado a soñar con la dama blanca.

Irene notó de nuevo la intranquilidad de Álex cada vez que su tía nombraba a la dama blanca. Apenas era perceptible y no se había fijado con anterioridad, pero cuando su tía se refería a aquel personaje, Álex apartaba la mirada de Aspasia, y sus ojos no paraban quietos, parecía que buscaba una explicación. Solo eran unos breves segundos, pero lo repetía una y otra vez.

—Jocasta trazó un plan hasta el mínimo detalle. Tomaría el barco con destino a Melbourne tal y como deseaba su padre. Hasta aquí todo normal. Estaba previsto que el barco hiciera escala en Manila. Allí bajaría con cualquier excusa, dejaría que el equipaje continuara hasta Australia y se embarcaría con lo puesto en el primer barco que llegase a las costas de Europa. No le importaba irse sin nada, pues no podía descargarlo todo y esperar que nadie de la tripulación se preguntase el motivo.

—¿Lo consiguió? —quiso saber Irene, y se sentó junto a Miguel. Le pasó la mano por la mejilla, como hiciera Aspasia minutos antes. Descubrió que los ojos de su amigo ya habían perdido el resplandor de la tristeza y sonrió.

—Despacio, cielo, ya llegará. Durante los días previos a la partida fue la hija ideal. Todo lo ideal que el alma atormentada de la joven pudo ofrecer. Cuando llegó el día, para sorpresa de Jocasta, el barco no se dirigía primero a Manila, sino que debía hacer una corta escala en Macao para recoger un equipo de ingenieros australianos que regresaban a su tierra. La distancia es más bien poca, y esa misma tarde, el barco llegaba a Macao. Salió a cubierta. El sol se ponía sobre la antigua colonia portuguesa cuando los últimos rayos del día resbalaban del cielo para iluminar de un fulgor cobrizo un monumento en la lejanía. Era curioso. Se podía apreciar que el monumento tenía ventanas por las cuales se colaban los endebles destellos de luz. Ella nunca había estado en Macao con anterioridad, y pese a la corta distancia entre la colonia portuguesa y Hong Kong, jamás le había interesado lo más mínimo. Le gustó saber que podía haber belleza en lugares que ni siquiera sabía que existían. Los marineros se preparaban para empezar a cargar una multitud de utensilios de los ingenieros: lo que en principio parecía que iba a ser una escala breve se preveía que podía durar varias horas. Preguntó a un miembro de la tripulación sobre el monumento. No era tal cosa. Se trataba de la fachada de la antigua iglesia de Sao Paulo, que sucumbió a un incendio unos treinta o cuarenta años atrás.

»Desde la lejanía, con el moribundo sol derramado sobre la fachada que se alzaba orgullosa sobre un pequeño montículo, Jocasta entendió

por qué se había preservado de esa manera. Era un altar. Se encontraba bajo la cúpula de una iglesia celestial, donde los tejados de las casas no eran más que pequeños hombres que se inclinaban para despedir el día. Ella se consideraba un alma libre, jamás había prestado mucha atención al sermón de los domingos y no le importaba demasiado si había un buen Dios, pero se le hacía difícil de imaginar que esa imagen se debiera al simple capricho de la luz. Uno de los ingenieros, que echó una última vista atrás, le dijo: "Precioso, ¿no lo cree?". Y le comentó que la gente que pasaba por la puerta principal cambiaba su vida por completo. O eso se comentaba. Ya oscurecía y los marineros continuaban cargando el pesado material cuando Jocasta se decidió.

»Se había enterado de que esa misma noche partía un barco hacia Londres con escala en Rodas. Sería una buena alternativa. No era un barco de pasajeros así que ayudaría a despistar a su padre que no pensaría que fuese capaz de viajar en un carguero. Solían reservar algunos camarotes para viajeros de última hora que les podían suponer una buena suma extra aparte del cargamento. Ya había llegado a un acuerdo con el precio y la hora de la partida, por lo que el siguiente paso era ir a ver de primera mano la fachada de esa iglesia.

A Irene le fascinó la idea de un altar rodeado de casitas orientales y, por el brillo en los ojos y la sonrisa de Miguel, él también paseaba ya por esas calles.

—Al final llegó a los pies del montículo de la iglesia. Contempló los sesenta y ocho escalones hasta la cima. Esperaba ver algo. No sabía el qué, pero algo. Empezó a subir. No era fácil, el calor ya era sofocante. Cada escalón le recordaba que lo que hacía no era algo muy seguro. Abandonar toda su vida, solo para honrar el recuerdo de un muerto. Estaba loca se decía. No podía evitarlo. Así, entre dudas y esperanzas, llegó a la cima. La fachada era más majestuosa de lo que había imaginado. Tenía una puerta central de unos tres metros de altura, y un par de puertas laterales un poco más pequeñas. Jocasta avanzó unos pasos dispuesta a cruzar la más grande, pero se detuvo. Sobre el dintel de esta estaba escrito «Mater Dei» y en las pequeñas, «IHS». Sabía que eran las tres primeras letras del sagrado nombre de Jesús en griego. Le parecieron curiosas esas puertas con unos símbolos cristianos tan poderosos en China y, sobre todo, pensó que no eran más que intentos de poner puertas al campo.

»Entonces un hombre que estaba tumbado con cierto desparpajo sobre los restos de una pequeña muralla adyacente le dijo: "¿Usted también

viene a cruzar la puerta?". El hombre se incorporó. Debía de tener algo más de cincuenta años, de cabello oscuro y un poco canoso que le caía sobre los hombros. Lucía una perilla abundante e iba elegantemente vestido. Sin pedirle permiso le habló del misterio de las puertas, incluso las que tenemos en casa. Cruzarlas era iniciar un viaje a una disposición diferente de nuestro cuerpo. Como cuando dejas la cocina para ir al dormitorio. Era el cambio hacia algo nuevo. Siempre podemos quedarnos donde estamos, pero nuestra vida no nos habrá enseñado nada. El hombre se levantó y soltó una carcajada al distinguir el rostro confuso de Jocasta. "Aunque si le digo la verdad, mejor que la cruce. Ya verá cómo le cambian las cosas. Cuando regrese del otro lado y todo siga igual, échele la culpa a la puerta", dijo el hombre.

—¿La gente en el extranjero tiene por costumbre hablar con extraños, tía? Aquí como no lo conozcas del pueblo y alguien te diga algo, mejor salir corriendo.

—Y haces bien, Irene, pero el hombre parecía amable y cortés. Jocasta le respondió: «No necesito cambiar más, ya lo hice. No quiero arriesgarme a volver a lo que era antes». Él se le acercó y le respondió con voz pausada: «Llevo toda la tarde aquí y usted es la primera persona que no cruza la puerta riendo y dando saltitos, para regresar después con una risita estúpida y el necio sentimiento de que su vida ahora sí valdrá la pena. Mi nombre es Sebastián De Marcos». Y sonrió. Jocasta se quedó petrificada. El hombre había adornado sus dientes haciendo minúsculos agujeros donde había encajado piedras de jade. Se quedó aturdida, jamás había visto nada igual. Sebastián se disculpó. Por momentos olvidaba su «adorno», le confesó. Vivía en Londres, en Cavendish Square, pero era portugués, natural de Lisboa, y de joven había vivido en el sur de México. Envalentonado por insensatez de la juventud y algunos litros de ron, unos cuantos decidieron hacerse los agujeros en los dientes a imagen de los acaudalados mayas. Como no tenían dinero, se pusieron pirita en los agujeros, el jade vino más tarde. No quiso entrar en detalles, pero el dolor que le produjo semejante salvajada aún lo dejaba noches sin dormir.

Miguel apretó los dientes y con la uña del índice empezó a golpeárselos.

—¿Aquí? —preguntó.

Irene cedió al impulso de hacer lo mismo y no pudo evitar pensar qué pasaría si la sopa entraba por esos agujeritos. ¿Y si se tragaba alguna

de las piezas de jade? ¿Se podría morir? Iba a preguntárselo a Aspasia, pero su tía ya continuaba con la historia:

—Sí, Miguel. Esos mismos. Pasado el susto, a Jocasta le gustó ese individuo. Se le notaba incómodo, y ya no abrió los labios para reír más. El hombre se despidió con educación y ella agradeció que no se hiciera pesado. Odiaba esa gente que habla y habla sin decir nada. De Marcos parecía alguien interesante. Cuando ya había bajado la mitad de la escalera, Jocasta le pidió si podía acompañarlo. Él se detuvo, le preguntó si iba a cruzar la puerta, y ella negó con firmeza. Él aceptó, aunque le previno que su destino era el puerto; abandonaba Macao y había ido a despedirse de la iglesia. En el paseo hasta el puerto ella pudo apreciar que se trataba de un hombre muy culto, y aunque no ahondaba mucho en su propia vida, sí comentaba curiosidades de lugares que había visitado. «Querida Jocasta, aunque des la vuelta al mundo cien veces, y aunque pudieras dar mil pasos atrás en el tiempo, te das cuenta de que los miedos y las esperanzas son universales. Todos tenemos miedo a las mismas cosas, aunque adopten formas diferentes. Y todos amamos de una manera muy parecida, aunque el proceso del amor sea distinto. Bueno, hay una tribu en Papúa que cuando se ríen es que están molestos, pero el resto de las emociones son universales».

»Se detuvo delante de El Iphigeneia, un velero con nombre griego y bandera británica. Se despidió deseándole un feliz camino en su búsqueda de Creighton. Pero Jocasta estaba pálida. No podía creer que se dirigieran a Europa en el mismo barco. De Marcos también se extrañó. Supuso que habría subido el equipaje mientras él paseaba por última vez por la ciudad, pero ella le indicó su error. No llevaba más que lo puesto. El hombre le dijo: “Entonces el camino que has escogido es más tortuoso de lo que había pensado en un principio”. Y que no era buena idea que una joven hiciera viajes tan largos sola. Si se lo permitía, sería su tío en la travesía de más de noventa jornadas hasta Londres. A ella le gustó la idea, no únicamente por no estar sola en el largo trayecto, sino porque era sensato que la tripulación pensara que viajaba con un familiar. Le pidió máxima sinceridad. Siempre que se sintiera molesta o sobreprotegida debía decírselo. Jocasta estuvo de acuerdo. De Marcos le ofrecía seguridad. Apenas había pensado en ello, pero tres meses atrapada en mitad del océano con una tripulación de rudos marineros la aterraba.

—Señorita Aspasia —interrumpió Álex—. O sea, de los miles de barcos que deben cruzar Asia cada día, Jocasta conoce, casualmente, a un tipo que, casualmente, va en el mismo barco que, casualmente, ha escogido ella. O ese hombre quiere algo de ella o su relato hace aguas

por todas partes.

—¿Y si casualmente te doy un guantazo? ¿Por qué tu mundo es siempre tan medido? ¿Cuándo dejaste de soñar, Álex?

El joven permaneció en silencio, y Aspasia continuó:

—El barco partió esa misma noche dejando atrás la vida que había conocido y la fachada de la iglesia de Sao Paulo. Su camarote apenas era más grande que el vestidor que tenía en casa. De madera de caoba, presentaba miles de arañazos provocados por antiguos pasajeros en un portentoso esfuerzo por no sucumbir a las cuatro paredes. Cualquier movimiento que hacía golpeaba la puerta, el minúsculo ropero, o la misma cama raquítica encogida en un rincón. Jocasta se sentó en ella y comprobó el mal estado del colchón y, al dar unos saltitos para comprobar su inexistente confort, le invadió un aire rancio proveniente de las sábanas. Tenía que pasar tres meses ahí dentro, pensó. Qué tiempos tan difíciles le había tocado vivir. La tripulación la ignoraba y para ella eso era buena señal.

Irene casi pierde el hilo de la historia, pero llevaba un par de minutos pensando por qué Aspasia era siempre tan dura con Álex.

—La sonrisa del portugués la alegraba. Le contagiaba la sensación reconfortante de la dicha. Pero ella pensaba demasiado en Creighton y, cuando lo hacía, algo vaciaba su cuerpo hasta el punto de que creía que solo era piel sin nada en su interior. Y ocurría más veces de las que quería mostrar. El viaje continuó apacible. Los días pasaban y ella misma se dejaba llevar por el flujo del tiempo. Pero una noche ocurrió algo extraño. Muy extraño. Estaban a pocos días de hacer escala en Bombay, y el océano presentaba una de esas noches que parece querer sacudirse de su lomo cualquier cosa ajena.

»Una tormenta con olas indescriptibles zarandeaba el barco como una hoja seca por una cascada. Jocasta llevaba varias horas encerrada en su camarote. La lluvia golpeaba el ojo de buey, y trataba de echar abajo la débil resistencia del cristal. Se encontraba tan mareada que no le pareció mala idea abrir unos centímetros el ojo de buey para que el aire y la lluvia la despejaran un poco. Arrastrándose, como una tortuga de las Galápagos, acercó la cara a la abertura. De golpe, apareció fugaz, una mano pálida sobre el cristal. Una mano de mujer. A Jocasta le dio un vuelco el corazón. No solo por el susto inicial, pues sabía que era la única mujer en aquel viaje. Se incorporó en la cama, estudió cada uno de los rincones de su desnuda cabina a la espera de que cualquier detalle le diera la respuesta a lo que acababa de ver.

Deseó que fuera un sueño, pero el olor a mar embravecido, el agua fría y el rugido del viento le confirmaron que estaba más despierta que nunca.

—Me está empezando a dar miedo esta historia —declaró Irene.

—¿Miedo? ¿A plena luz del día? No ha pasado nada… todavía —bromeó Miguel.

—Jocasta se envolvió en una manta y salió del camarote. Todo estaba en silencio. Ella esperaba que hubiera un trajín tremendo de tripulantes arriba y abajo, pero no había nadie. Se detuvo delante de la puerta del portugués. Primero, dio unos golpecitos y lo llamó por su nombre: «Sebastián, Sebastián». Su voz quedó ahogada por el temporal, así que lo llamó con más fuerza. Esperó un minuto que se hizo eterno, pero nadie abrió esa puerta. Quizás estaban todos en cubierta, pensó. Salió a un estrecho pasillo exterior que pasaba por delante de su ojo de buey. El sabor salado de la tormenta le cubrió la piel y la bañó en el recuerdo de Creighton. Se preguntó si la tormenta que se lo llevó fue parecida. Empezó a caminar por la cubierta, la lluvia arreciaba y ella se movía despacio. Su mareo había remitido, pero aún tenía miedo a caer por la borda. Era de noche, con el cielo cubierto, apenas podía ver más que la luz de pequeños candiles en el interior del barco. Un relámpago espectacular iluminó todo el océano, y entonces la vio.

—Ay, Dios —exclamó Irene asustada.

—¡Sí! —gritó Miguel

—En la proa del barco…

—Ya empezamos —protestó Miguel.

—¡Silencio! —pidió Irene.

—Subida en el bauprés, que es el mástil de madera que sale de la punta del barco, Miguel, una siniestra mujer de espaldas, con un vestido blanco al viento contemplaba el peligroso horizonte ajena a todo lo demás. Jocasta se acercó a proa, calada hasta los huesos. No le importaba nada más que Creighton. Quería pedir explicaciones: cuál era el motivo de atormentar a cientos de marineros, y con qué derecho se llevó a su amado. Cuando estaba a punto de llamarla, escuchó un grito detrás de ella. Se giró sorprendida para descubrir a De Marcos que observaba aterrorizado la escena. Detrás de él, un tripulante con el rostro desencajado por el pánico. Era extraño, pero ella no tenía

miedo. Se sorprendió de ser más valiente que dos rudos hombres que habían recorrido medio mundo. Estaban tan aterrados, con la mirada fija en la mujer, que apenas se percataron de la propia Jocasta. De Marcos alargó la mano como si pudiera agarrar a la mujer, pero estaba al menos a veinte metros de ella. La aparición hizo ademán de volver su rostro hacia ellos, pero una gigantesca ola sacudió la proa y hundió el bauprés en el mar. Cuando el barco emergió, la dama había desaparecido. Sebastián De Marcos se derrumbó. El tripulante trató sin éxito mantenerlo de pie, pero el portugués no podía detener su desesperación. Solo cuando Jocasta lo abrazó, dejó de gritar. Jamás hubiera pensado que el portugués se hundiría como la cáscara de una nuez en el océano.

—¿Tú crees en fantasmas, Álex? —preguntó Irene.

—Claro. En casa tengo dos.

—¿Dos fantasmas?

—Sí, mi padre y mi madre. Aparecen únicamente en Navidad.

—Qué tonto eres, ¿eh?

—Nadie supo quién era o de dónde había salido, pero en las siguientes semanas el carácter de Sebastián De Marcos cambió por completo. Se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su camarote y apenas salía para tomar una comida al día. A ella le daba tanta pena, que trató de acompañarlo siempre que pudo. Solo entonces se podía atisbar un poco de paz en el rostro del hombre. «Nunca pensé que vería algo así. Nadie te prepara para esto. Oyes multitud de historias, que a alguien le sucedió algo parecido, pero nunca cerca de ti», manifestó él un día. «¿Tienes miedo de que anuncie tu muerte?», le preguntó ella. El portugués abatido contestó: «Mi muerte ya ha dejado de preocuparme».

»Una vez cruzado el canal de Suez, la entrada en el Mediterráneo iluminó el casco del barco que resplandeció como si hubiera salido de una profunda noche. Jocasta aún sorprendía a De Marcos contemplando el bauprés como si el fantasma todavía siguiera allí. El mar que acariciaba la costa de Rodas con un monótono vaivén era de un azul penetrante, y el sol de media tarde asomaba por encima de las murallas de la ciudad vieja. Un poco más al interior, el palacio del gran maestre de los caballeros de Rodas mostraba una imponencia que rayaba la ofensa. El Iphigeneia estaría detenido un par de días en la isla. Acompañó al compungido De Marcos por las estrechas calles,

atestadas de enormes pórticos con blasones de piedra sobre ellos. Fue solo doblar una esquina, pero a Jocasta le pareció un mundo, y le invadió la angustia. Las calles de la judería gemían el injusto viaje de sus habitantes expulsados de España cuatro siglos atrás. Podía sentirlo. Las piedras eran más oscuras, reventadas por el inclemente sol durante años. La prudencia envolvía a los caminantes que se cruzaban con ellos. Anchas y solitarias escaleras conducían a puertas que llevaban decenios sin abrirse. Siguiendo el símil marinero —bromeó Aspasia—, Jocasta iba tras la estela del portugués. Lo hacía en silencio, conocedora del trance por el que pasaba el bueno de Sebastián, cuando una de las viejas puertas en lo alto de una de las escaleras se abrió. No mucho, quizás un palmo; lo suficiente para dejar ver el rostro de una anciana de mirada perdida que hizo gestos a Jocasta para que subiera. Por supuesto se negó. Pensó en seguir a De Marcos que entró en un pequeño comercio a comprar el cargamento de esponjas que debía recoger de la isla de Symi. Pero echó un último vistazo a la anciana de la puerta. Esa última mirada que todos hacemos antes de partir de donde sea, temerosos de que en el instante final algo cambie nuestro destino; y se le heló la sangre.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió, tía?

—El rostro de la anciana ya no era un viejo pergamino lleno de arrugas. Se había convertido en una joven vestida de blanco.

—Debía de ser su hija o su nuera, o lo que sea. Tampoco es para helar la sangre —apuntó Álex.

—Si era muy fea, quizás sí —bromeó Miguel.

—¡Silencio! —exclamó Aspasia—. La cara desapareció en la oscuridad detrás de la puerta, pero esta permaneció medio abierta. Jocasta se quedó embobada, el aire se resistía a llenarle los pulmones. Empezó a subir los escalones con la mano apoyada en la pared. Buscaba coraje en las expectantes piedras y descubrió junto a la puerta un bello blasón con una daga tallada bajo una montaña. De improviso, cuando ya estaba a punto de entrar, del oscuro interior apareció el rostro de la joven. Sonrió con dulzura, y con la palma de su mano le acarició la mejilla.

—Hacía frío, ¿verdad? —preguntó Álex.

—¿Frío? No, que yo sepa. La mujer, sin duda, era la dama blanca de Leith. La misma aparición que vieron desvanecerse en el mar, cerca de Bombay.

—¡El mismo fantasma! —exclamó Miguel.

—Así es. Aunque a ella la desconcertaba y asustaba como a todo el mundo estar delante de un espectro, se plantó decidida para saber qué había sido de Creighton. Estaba convencida de que había muerto, pero quería saber si el joven sufría por ella. Quería decirle que lo amaba, que siempre lo amaría, pero que debía seguir su camino.

—No sé si me da más pena ella o Creighton —declaró Irene.

—La dama le dijo: «Acompaña al buen portugués hasta Londres, y allí déjalo. Si te suplica, déjalo. Si anhela tu presencia, déjalo. Si llora, déjalo. Si se vuelve loco, déjalo. Debes seguir tu camino». Jocasta estaba paralizada, pensó que todo debía tratarse de un sueño; el anhelo por Creighton aparecía de la forma más insospechada. Sin duda, eso era. La mujer desapareció en el oscuro interior. Hizo ademán de seguirla, pero de repente salió la anciana gritando y le cerró la puerta en las narices. Huyó a toda prisa, pero al apoyarse en el marco de la puerta, su mano reposó sobre el blasón tallado en piedra y el pequeño muñón donde antes tenía el meñique se rasgó y se hizo una herida. Maldijo la daga y la montaña sobre ella. Sacó un pañuelo para detener la hemorragia que pronto quedó teñido de rojo. La herida apenas dolía.

—Había olvidado por completo que le faltaba un dedo. Voy a tener que imaginarme de nuevo la historia, pero con ese detalle —dijo Miguel. Cerró los ojos, se puso las manos en las sienes y dejó pasar unos segundos y gritó—. ¡Ya está!

—Qué le vamos a hacer, habrá que quererlo igual —murmuró Aspasia —. Jocasta bajó las escaleras a toda prisa y se reunió con De Marcos que ya había comprado el cargamento de esponjas al intermediario que vivía allí. Debían ir a la pequeña isla de Symi, a pocas horas en barco desde Rodas, a recogerlo. No quería dejarlo solo, el hombre todavía zozobraba como un viejo cascarón en una tormenta desde la visión de la dama. El portugués asumió que lo acompañaría y se fue sin esperarla por las enrevesadas calles mientras farfullaba algo sobre la belleza de la isla de las esponjas. Saldrían al día siguiente de madrugada, con un velero más pequeño. Estarían tan solo una noche en la isla; regresarían con el cargamento, lo subirían a El Iphigeneia y pondrían rumbo a Londres.

—¿No es un poco exagerado que se comporte así el «dientes de jade»? —preguntó Álex.

—¿Cómo te comportarías tú si vieses a un fantasma a diez metros? Como de aquí a aquel banco —preguntó Irene.

—Pero yo soy un crío; él, un abuelo que ha vivido mucho.

—Por raro que pueda parecer, aquí el pequeño marqués tiene algo de razón —intervino Aspasia—. A Jocasta también empezó a parecerle raro el comportamiento de Sebastián. Tenía que haber algo más. Quizás aquella no era la primera vez que veía a la dama blanca de Leith. O a lo peor no estaba para asustar a la tripulación: estaba allí por él. ¿Qué secreto guardaba Sebastián De Marcos? ¿Conocía al fantasma? Se propuso sonsacarle todo lo que pudiera en la isla de Symi, quizás así, el hombre pudiera aligerar la pesada carga que recaía en sus hombros.

»Al igual que Rodas, la isla de Symi era parte del Imperio otomano, pese a que buena parte de sus habitantes jamás renegarían de su condición de griegos. Llegaron poco después del mediodía. El calor era abrasador y los abruptos montes que rodeaban el pueblecito que daba nombre a la isla estaban completamente despellejados. Las casas de estilo neoclásico, pintadas de mil colores, rodeaban la bahía y subían por las laderas empeñadas en no desvanecerse por el sol. Era precioso. Las viviendas a pie de las montañas se abalanzaban sobre el puerto y apenas había una separación de tres o cuatro metros entre los amarres y las puertas.

»Al desembarcar, un anciano de tez chamuscada y piernas encorvadas que le provocaban un gracioso vaivén al andar se acercó y saludó efusivamente a De Marcos. Tenía un cabello frondoso y de un blanco violento, y un bigote que le subía por la mejilla hasta casi alcanzar las orejas. Se llamaba Nikandros.

»Jocasta decidió dejarlos en paz con sus negocios, y se alejó mientras cargaban en el barco cientos de esponjas destinadas a las mujeres de la alta sociedad londinense. Paseó por el puerto y observó curiosa como un joven pintor inglés pintaba al pastel el muelle, el velero en el que habían llegado y las montañas que caían sobre el mar con montones de tonalidades diferentes. El dibujo era bello, con un contraste entre el azul intenso del cielo vacío de nubes, el azul profundo del mar que se defendía de la gama de tostados de las montañas, y el aislado verde de las arboledas que crecían entre el manto de colores de las casas. Pese al implacable sol, subió la cuesta por un camino que cruzaba serpenteante todo el pueblo, solo interrumpido por interminables escaleras hasta la cima, desde donde se divisaba un panorama de una belleza que se le antojó dolorosa.

Agotada, se sentó en unas rocas para contemplar una de las vistas más bonitas del Mediterráneo. Al poco tiempo, escuchó unos pasos detrás de ella. Se trataba de un niño mulato, con ojos profundos de adulto, casi de anciano, y una sonrisa que iluminaba todo su rostro. Se sentó junto a ella y contempló el paisaje. Jocasta le preguntó de dónde era y qué hacía allí. El crío contestó en un perfecto inglés que provenía de muy lejos y empezó a hablar de la belleza y la fragilidad mientras escrutaba el vergel de matices que yacía a sus pies.

—Qué crío más aburrido, ¿no? Debía ser la alegría de la isla —dijo Álex.

Irene le dio un empujoncito para que se callara.

—«Al sur de la isla», le dijo el niño, «hay un monasterio. En barco llegas en apenas una hora, pero si cruzas la isla por ese camino que tenemos a nuestras espaldas, te llevará por las montañas durante casi un día con la única compañía de rocas quebradas moldeadas por el viento y un sol que evapora el aliento. ¿Qué camino elegirías, Jocasta?», le preguntó el muchacho. Ella no supo qué decir. No era la pregunta lo que la turbó, sino que un niño salido de la nada supiera su nombre. El pequeño sonrió y continuó: «¿Te hará aprender sobre la vida el camino más largo? No lo creo. ¿Su dureza y el sudor de tu frente sobre el árido camino te harán más fuerte? Nada de eso, llegarás exhausta. No aprenderás nada que no sepas, pero en ese camino tortuoso por las montañas, al menos tendrás buenas vistas. Ya has contemplado demasiadas cosas horribles, Jocasta. Avanza y admira el paisaje, porque el camino es largo. El futuro que ahora tan solo es un sueño pintará cada uno de tus instantes de un color sorprendente. Uno, que muy poca gente ha podido ver». El niño se levantó y le pasó la mano por el hombro con delicadeza.

—¿De qué me suena ese niño? —preguntó Miguel.

Irene observó cómo su amigo se puso serio y frunció el ceño. Ella también se había dado cuenta de la coincidencia con el niño del cuento de Marín.

—Jocasta se levantó de un respingo y gritó: «¿Cómo sabes mi nombre?». Pero al darse la vuelta, no había nadie. Se alarmó muchísimo. Ni siquiera estar en la misma habitación con la dama blanca de Leith le dio tanto pánico. Que empezara a ser normal que le sucedieran cosas raras la hizo temblar. Bajó todo lo rápido que pudo. Cuando estaba ya cerca del puerto vio al portugués sentado en una playa junto a las casas. Era muy estrecha, apenas cinco metros,

protegida por las rocas de la montaña. A medida que se acercaba a él, le pareció más viejo que nunca. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo, pero estaba mucho más canoso de lo que recordaba unas horas antes.

»Cuando lo llamó por su nombre este la observó con atención. Jocasta divisó su rostro cruzado por unas ojeras que le invadían las mejillas, y la barba crecía descuidada. Se sentó junto a él, pero no iba a contarle ni lo de Rodas ni lo del niño, tan solo escucharía. "¿Quieres que hablemos de lo que vimos?". No respondió. El hombre dirigió la mirada al sol, ya herido en el horizonte, y transcurridos unos segundos le dijo: "Nikandros perdió a dos hijos que se ahogaron mientras buscaban esponjas. No entiendo su entereza en una isla tan pequeña que cada piedra y grano de arena debe de recordártelos. No lo entiendo".

—¿Cómo puede alguien morir recogiendo esponjas? —preguntó Miguel.

—Jocasta le dijo que la entereza se acicala como una joven en busca de novio un domingo. El día tiene muchas horas y muy largas y, aunque alguien parezca que puede con todo, tendríamos que verlo en la soledad de su hogar de madrugada. De Marcos se tranquilizó y contestó: «Nunca un hombre debería ver algo como lo que sucedió en el barco. Jamás. Quizás me equivoque, pero si hay un Dios no debería permitirlo. No sé si podré continuar mucho más». Jocasta trató de calmar su amargura. Descansó la cabeza en el hombro del portugués y le habló al oído sobre lo bien que se sentía cuando él estaba cerca. No mentía, le estaba agradecida por todo lo que había hecho por ella. Le susurró que ahora se tenían el uno al otro y que lo ayudaría hasta que al fin descansaran en Inglaterra. De Marcos alzó su triste rostro a las montañas, desvaneció una lágrima con la palma de la mano y sonrió. Hacía muchos días que no lo veía sonreír. El hombre se levantó y se sacudió los restos de arena pegados al pantalón y abandonó con esfuerzo la playa, ignorándola.

Irene volvió a estudiar a Álex. Parecía no interesarse por la narración, pero era todo lo contrario. No se perdía detalle. Había recogido una ramita seca del suelo que torturaba con ahínco. Algo no le gustaba. Era obvio.

—En el norte, el mar era frío y oscuro como las tempranas noches de invierno. El cielo se resquebrajaba sin dejar pasar nada más que unas míseras centellas de luz que portaban el recuerdo del cegador Mediterráneo. Al acercarse a los acantilados, Jocasta sintió como si

llegara por fin a casa. Nunca había estado en Inglaterra, pero las bonitas historias rurales que le contaba su padre sobre ella la transportaban a valles donde la bruma le acariciaba los pies y el horizonte era algo indefinido. «¿Su padre le contaba bonitas historias? ¿De dónde sacó semejante idea?», se preguntó. El barco atracó en las dársenas de las Indias Occidentales, en la Isla de los Perros de Londres. En carruaje, el trayecto hasta Cavendish Square les llevaría poco más de una hora. Jocasta estaba impresionada. Una hora en carruaje sin salir de la ciudad y ni siquiera habían puesto los pies en la superficie del verdadero tamaño de Londres.

»La inmensidad de la ciudad, con las calles abarrotadas de vida, tranvías a caballo y tiendas de todo tipo, la fascinó. Era una puerta. El lugar donde latía el corazón del mundo y desde donde los soñadores viajaban a ansiadas tierras inhóspitas. Cuando el carruaje pasó junto a la Torre de Londres ella se entristeció. La había visto en varios dibujos y era aún más fría de lo que se había imaginado. De niña leyó sobre la fatídica suerte que corrieron los pequeños "príncipes de la Torre" que desaparecieron por obra y gracia de su tío, Ricardo III. Jamás se supo qué destino sufrieron. Fue a la biblioteca para consultar la historia de ese villano y quedó sorprendida por su imagen. Un tipo pálido en exceso, con manos de mujer y ojos verdes; tristes por su condición de hombre sin alma. Seguro que tenía una vocecilla ridícula que hacía temblar a sus súbditos envueltos en una falsa y reseca lealtad. Había controversia entre historiadores sobre si Ricardo III era el causante de la desaparición de los pequeños. A Jocasta le parecía ridículo. Todo suele ser más simple en esta vida: dos príncipes son puestos a cargo de su tío, el lord protector, hasta que lleguen a la mayoría de edad. En lugar de eso, el lord se corona rey y los niños desaparecen para siempre jamás. Uy, sí, qué misterio —bromeó Aspasia—. Dejad que piense qué puede haber ocurrido, por favor. Le gustó saber que le habían pateado el culo en la batalla de Bosworth. Ojalá sufriera dentro de su roída armadura.

Álex parecía más tranquilo. Tomó unas cuantas piedrecillas del suelo y empezó a tirarlas contra un pequeño grupo de hojas secas que había a pocos metros de distancia. Su falta de interés por el cuento parecía genuina. Era imposible que alguien no pudiera estar interesado en esa historia.

—¡Bien! —exclamó Álex cuando una de las piedrecillas dio de lleno en el montón de hojas dispersándolas.

—¡Álex! —gritó Irene.

Álex emitió un chasquido con la lengua, y negó con la cabeza.

—Todos los países ensalzan figuras emblemáticas y héroes —prosiguió Aspasia—, cuando en realidad deberían ponerse de rodillas, pedir perdón y ocultar el rostro durante generaciones enteras por pura vergüenza. En cambio, los entierran en lugares prominentes, como si solo fueran estatuas que venerar y jamás hubieran hecho el daño que hicieron. La mayoría de esos reyes medievales eran una panda de criminales a los que se les permitió todo tipo de atrocidades desde niños. «¡Ay, mira, papá rey, he matado a la cocinera sin querer!» —exclamó Aspasia con voz de niño—. «Me has asustado, hijo, pensé que era tu caballo el muerto». —Se rio.

»Se aproximaban a su destino y ella sintió que era el momento de dar las gracias al portugués. Le agradeció todos y cada uno de los segundos que había estado con ella. Le sonrió con dulzura, porque él había cubierto los miedos que había imaginado por dejar a su familia y embarcarse sola. Temía haberle trasladado esos desasosiegos al pobre hombre. De Marcos le devolvió una sonrisa triste del color del jade. El carruaje se detuvo. El hombre salió con esfuerzo y se sentó en un banco de madera junto a la estatua de lord Bentinck. El conductor aparcó el carruaje y subió con dificultad el equipaje a uno de los edificios que hacía esquina con la plaza. Jocasta se sentó junto a De Marcos, le cogió la mano y le dijo que debía partir hacia Escocia. Entonces el hombre se derrumbó. Le pidió que, por favor, no se marchara. Ella era parte de él, y no podía dejarlo así. Lloró tanto y tan fuerte que temió que llamasen demasiado la atención, pero ningún transeúnte parecía interesado. Lo abrazó con fuerza. Quería a ese hombre. El portugués recobró la compostura, aunque a juzgar por sus ojos continuaba devastado. Entonces, con voz entrecortada, dijo: “Espero que la inmensidad de Londres cobije mis miedos. Aquí nos separamos, no te olvidaré jamás. Guardaré dentro de mí el deseo de volver a verte algún día”. Jocasta le dio un tierno beso en la mejilla y le prometió volver una vez hubiera visitado a los padres de Creighton, pero el portugués ya le había dado la espalda y caminaba con dificultad hacia su hogar. Parecía un anciano. A ella la invadió un frío helado, que amenazaba con partirla en dos. Recordó a la dama blanca de Leith en Rodas, y lo que le dijo: tenía que dejar a De Marcos en Londres. No podía quedarse junto a él de ninguna de las maneras. Y eso fue lo que hizo. La estación no quedaba lejos, y debía apresurarse para no perder el expreso a Edimburgo.

Aspasia se detuvo un segundo. Irene la vio frágil, inquieta, pero sobre todo vulnerable. Y recordó aquella noche de invierno cuando su tía ante su insistencia le comentó: «No entiendo por qué vienen a mí. No

entiendo por qué yo veo muchas cosas y el resto de la gente no».

—Se despertó en el tren a causa de los gritos agudos del revisor que anunciaban la inminente parada en York. Estaba agotada, hasta el punto de que no recordaba su paseo por Londres hasta la estación de King's Cross, ni haber comprado el billete y ni siquiera subir al tren. Pensó en las trampas a las que te somete la mente para minimizar daños físicos.

Álex los observaba a todos con frialdad, rayando en la burla, mientras volvía a amontonar las hojas para seguir con su particular guerra. Fue en ese momento, al ver a Álex arrodillado en el suelo, cuando Irene creyó saber la razón de su desprecio.

Aspasia prosiguió su relato. Contó cómo Jocasta se quedó en el pasillo un poco más mientras el tren dejaba atrás las últimas casas de York y se adentraba en la campiña inglesa. Y en ese instante, cuando las sombras de los árboles pasaron a toda velocidad delante de su ventanilla, se notó diferente. Las luces y las sombras conformaron un arco iris de mil días y noches en su piel que la hipnotizaron. Se mareó un poco y sintió cómo sus extremidades se entumecían. Tuvo vergüenza, porque su vestido granate ya empezaba a dar señales de serio desgaste. Un elegante anciano quiso entablar conversación con ella. Fue muy amable, pero no paraba de hablar. Pronto Jocasta se sintió sobrepasada por el alud de lugares, de nombres de familiares y negocios, que el hombre dictaba sin respiro. Era atento y, como poca gente hace, se dio cuenta de que se había vuelto pesado y se disculpó.

—Cuánta gente tendría que aprender de él. Niños, cuando alguien lleve cinco minutos respondiendo con monosílabos, no es que sea soso, lo más probable es que vosotros seáis unos pesados. Recordadlo.

—Sí —dijeron los niños y rompieron a reír. Fue el único momento que Irene vio reír a Álex con sinceridad.

—Se despertó de nuevo cuando el tren se detuvo en la estación de Edimburgo. Era noche cerrada. El edificio apenas cobijaba a una decena de sombras. Los pasajeros descendieron del tren, cada uno con su vida a cuestas y desaparecieron para continuarla en lugares remotos y antiguas calles escondidas. Todo ello lejos de Jocasta. Encontró un lugar para pasar la noche, no muy lejos de la estación. Allí le informaron que el tren no saldría para Inverness debido a un desprendimiento cerca de Perth. La aconsejaron que tomara un carruaje que salía en dos días.

»A la mañana siguiente, el sol trataba de quitar las telarañas de la vieja y humeante ciudad. Pasó junto al colosal monumento del escritor Walter Scott y se adentró en los jardines de la calle de los Príncipes. Quizás era porque siempre imaginó a Creighton como un príncipe escocés, o quizás por la historia de los pequeños príncipes de la Torre de Londres, pero lo cierto es que le gustaban los hijos de los reyes. Escuchaba la palabra «príncipe» y hacia allá que iba. Así que se adentró en los caminos del inmenso jardín, rodeados de viejos bancos de madera. Era sábado y, después del desayuno, había bastante gente que paseaba contenta y distendida. Los más jóvenes descansaban bajo la sombra de los árboles acolchados por un manto de fina hierba, y reían sin dejar alegría alguna para el invierno. Jocasta notaba miradas indiscretas en ella, pero no le importó. Se sentó en un banco de madera junto a una fuente de al menos cuatro metros de altura y se maravilló por la vista. Detrás de la fuente, en una pared casi vertical, el castillo de Edimburgo parecía el casco de un barco que cabalgaba sobre una gigantesca ola a punto de romper sobre su cabeza. No pudo evitar pensar en La Dama Blanca de Leith, en lo ocurrido, y en el pobre Sebastián De Marcos. El castillo era precioso, allá arriba, inmóvil y desafiante, sin tormenta cercana, más allá de unas temerosas nubes, ajeno a las desdichas y esperanzas de los habitantes de la ciudad. Ya que ¿desde cuándo un castillo debía mostrar ni el más mínimo interés por lo que yacía a sus pies? Retrocedió sobre sus pasos, dejó atrás los jardines y la Scottish National Gallery y subió por las empinadas calles que rodean al imponente, a la par que intimidatorio, New College, una universidad especializada en estudios religiosos y teología.

Irene no tenía ni idea de lo que hablaba su tía, y por el rostro de Miguel, él tampoco. Aspasia resopló.

—Hacen curas universitarios. Tenemos tanto que aprender de ellos, los nuestros, por ejemplo... —Aspasia calló de inmediato y cambió de tema—: Jocasta siguió subiendo la calle cada vez con más pendiente, así que se detenía cada veintena de metros y admiraba los jardines y aquella parte de la ciudad. Le recordaba a las cuestas de la isla de las esponjas, pero bajo un sol distinto. Al llegar arriba, una calle transversal la detuvo. A su derecha la entrada al majestuoso castillo; a su izquierda la calle descendía ligera, repleta de pubs y tiendas, y abarrotada de felices habitantes de Edimburgo. Observó el castillo y pensó que no le interesaba. Creighton jamás habría entrado en él. Seguro que cuando estuvo en la ciudad pasó por esa misma calle y disfrutó, en su timidez, de una buena pinta con algún compañero. Así que caminó sin entrar en ningún lugar, dejándose acariciar por el ir y venir de sus habitantes. Paseó despacio, admirando los aparadores de

cristal y madera que engalanaban la calle. Necesitaba ver la ciudad en su esplendor. Tomó un carruaje hasta lo alto del Calton Hill, una empinada colina que ofrece una de las vistas más espectaculares. Allí se sentó en la hierba, junto a un monumento a semejanza de la Linterna de Lisícrates en Atenas.

—¿La qué de quién? —preguntó Miguel.

—Desde allí contempló —Aspasia ignoró la interrupción— una de las vistas más espectaculares que alguien puede admirar en su existencia. El castillo de Edimburgo en la lejanía y, a sus pies, los jardines y las calles con los tejados negruzcos, el verde que invadía todos los puntos de la ciudad. Podía divisar la ancha calle de los Príncipes rasgada por carruajes, y la afilada punta del monumento a Walter Scott, en la distancia. Caminó unos metros por el sendero que rodeaba la montaña. En el horizonte, el mar en su frialdad coqueteaba con las costas de Leith; allí donde apareció la dama blanca. Mucho más allá, los páramos que suben hasta las tierras altas, y su destino final: Inverness. Contempló las minúsculas hormigas que acudían a sus trabajos, hogares o citas. Pensó en que en cada una de las ventanas que veía en las casas de la ciudad, alguien habría mirado alguna vez preguntándose lo mismo que ella en ese momento. ¿Es esto lo que quiero para mí? ¿Vivir entre recuerdos de alguien que se fue? Quería ir a la ciudadela donde la dama de blanco se apareció al barco. El cochero puso cara de desconcierto cuando le pidió que la llevara a la ciudadela de Leith. Era imposible llegar antes de que anocheciera si iba a pie, y aquel no era un lugar para que una mujer anduviera sola de noche. No le importó. Al llegar dejó el carruaje sin mirar atrás, y ascendió por la derruida torre de la ciudadela. Una casa destartalada pero aún habitada había sido edificada sobre uno de los arcos que la sostenía. La rodeó y subió por unas escaleras de piedra hasta la cima. El viento helado hacía volar su vestido granate y le recordaba que el mundo en el norte siempre es más oscuro. Imaginó qué debería pensar un fantasma en su misma posición. Para colmo, un velero había zarpado del puerto hacía poco y se dirigía al sur. Estuvo tentada de gritar igual que un fantasma, si hubiera sabido cómo diablos gritan los fantasmas.

»El viaje hasta Inverness fue más tranquilo de lo esperado. Iba ella sola en el carruaje, y la excesiva tranquilidad de los caminos le dio bastante miedo en algunos tramos. Cada vez que miraba por la ventanilla esperaba que algo surgiera de los páramos, así que al final decidió tumbarse en el asiento y no mirar más que sus botines sucios. El carruaje se detuvo junto a la oficina de correos. Jocasta pensó que sería el lugar ideal para que le indicaran dónde encontrar el hogar de

los padres de Creighton. La informaron de que poseían una granja entre Inverness y Belloch. No quiso esperar más y se dirigió hacia allí. Su mente empezaba a estar agotada. Enfiló el trayecto dos o tres leguas más, siguió un poco el margen del río Ness, hasta que el camino se desvió tierra adentro. Observó con detenimiento cada calle, cada rincón, y cada árbol por el simple hecho de que Creighton lo había visto en algún momento de su vida. Sonrió con su recuerdo. El atardecer caía sobre el camino, y tuvo tiempo de pensar cómo reaccionarían sus padres. Era difícil de predecir, pero con un poco de suerte la tratarían como a una hija, quizás la invitarían a cenar, algo ligero puesto que eran gente modesta, y ella aceptaría gustosa. Les hablaría de la relación que mantuvieron en Hong Kong y lo especial que era Creighton. Perdida en sus pensamientos, llegó a la casa indicada, pero para su sorpresa, era todo menos modesta. Esperaba algo viejo, incluso descuidado, pero la vivienda era de reciente construcción. De dos plantas, con bonitas enredaderas que subían hasta el balcón del piso superior, y un jardín frontal cuidado con esmero. No debía tener menos de seis dormitorios.

Un sentimiento extraño invadió a Irene. Temía por Jocasta, aunque aún temía más que se acabara el cuento. Muchas veces había pensado qué sería de esas tardes de domingo sin una historia de Aspasia. No era el momento de pensar en ello. Ahora no.

—Atado a un pequeño poste de piedra junto a la puerta —continuó Aspasia—, un precioso corcel negro. Jocasta tuvo miedo de haber recorrido medio mundo y que al final los padres de Creighton no quisieran saber nada de ella. Pero no había vivido una vida corta, aunque intensa, para volver atrás en ese momento. Apretó los puños con fuerza y empezó a caminar hacia la casa. La puerta se abrió, la débil luz del interior luchó contra la creciente oscuridad exterior y apenas ganó unos metros. Sin embargo, fue suficiente para ver una pareja de ancianos que se colocaron bajo el dintel. El hombre reía a carcajadas acompañado por una oronda mujer que abrazó con efusión a un joven envuelto en sombras. No parecían estar pasándolo muy mal para haber perdido a un hijo hacía poco.

»El joven se despidió y Jocasta quiso morir. Era él. Ya no era la daga de la traición la que desgarró su corazón. Era sentir el desprecio que podía experimentar su amado por ella como para dejarla creyendo que había muerto, cuando en realidad vivía en Escocia. Creía que se iba a desmayar. Se sentó en el suelo para dominar el vértigo, y apenas pudo evitar a Creighton que pasó a galope junto a ella sin verla. La oscuridad cubría los caminos, pero podía reconocer la silueta del caballo en las colinas. Lo siguió casi a tientas. Iba a desenmascararlo.

Notó cómo la rabia la poseía. Quizás habría alguna explicación, pensó, pero la cólera ahogaba esas absurdas excusas. El caballo se detuvo no muy lejos, en otra casa igual de pomposa que la anterior. Fue hasta allí y cuando llegó, tan solo una luz provenía del piso inferior. Se acercó a la ventana y apenas pudo ver en el interior nada más que figuras desdibujadas. Le sudaban las manos y el aire ardía en sus pulmones, pero se dirigió a la enorme puerta y la golpeó tan fuerte que pensó que podía tirarla abajo. Una, dos, tres veces y cada vez más fuerte. La puerta se abrió y una mujer con un candelabro la observó entre el miedo y la sorpresa. Era muy bella: alta, de cabello rojizo como el atardecer en las Tierras Altas, y una mirada sincera. Jocasta se quedó sin habla, no sabía qué pensar, por qué su mundo se desmoronaba pedazo a pedazo como la iglesia de Sao Paulo. La mujer le preguntó qué deseaba, pero fue incapaz de articular ninguna palabra. Detrás de la pelirroja, Creighton bajaba por una ancha escalera y preguntó: "¿Quién es, Moira?". Y entonces, la vio. Jocasta sonrió, sin duda había una explicación; quizás tenía una hermana. Pero el semblante enfadado, casi repulsivo de él, no auguraba nada bueno. Creighton aceleró su paso hasta la puerta, evitó a Moira, agarró por el cuello a Jocasta y la empujó con tanta violencia que la pobre salió despedida. Le gritó que se largara, tomó a Moira por el brazo, la empujó al interior y dio un sonoro portazo.

—¡Por Dios! —gritó Irene saltando de su asiento.

—Pero ¿es la Moira baja, fea y sin dientes que decía?

—La misma. Solo que no era ni baja, ni fea, ni le faltaba ningún diente. Jocasta estaba más confusa que dolida. Se quedó varias horas cerca de la casa intentando comprender qué ocurría. Transcurrió mucho tiempo hasta que el amanecer empezó a ganar terreno en los bosques cercanos. Y lo entendió todo. Habría sido su padre. Como siempre, la culpa era de él. Había pagado a Creighton tanto dinero que pudo comprar una casa nueva para sus progenitores, y otra para sí mismo y su Moira. Había sido tan tonta. Si pensáis que alguna vez habéis cometido una estupidez, probad a viajar por medio mundo para dar el pésame a los padres de vuestro ser querido y que os lo encontréis de bruces. ¡Ah! Y que además os desprecie. Tardareis años en recomponer los pedazos de vuestra alma. Odió desde lo más profundo a su padre, a Creighton y a esa bella tierra. Maldijo a los barcos, las esponjas y el sol del Mediterráneo. Deseó transformarse en una bruja que arrasara todo cuanto veía y acabar con la vida de los marineros como la dama blanca, pero solo era una simple mujercita con un vestido roído y la esperanza hecha trizas.

Irene vio cómo Álex había dejado de hacer ningún movimiento. Seguía arrodillado junto al montón de hojas, pero ya no levantaba la vista de ellas.

—¿Y qué hizo, tía?

—Sus historias inventadas siempre acaban mal —manifestó Álex.

—Decidió irse a Londres, a vivir con Sebastián De Marcos —respondió ignorando a Álex.

—Pero… ¿por qué se la encontró en París?

—En Londres no había nadie. La casa donde dejó al portugués se hallaba vacía y cerrada a cal y canto. Preguntó a los vecinos, y la informaron de que el hombre cerró una mañana la puerta y no había regresado. No sabían nada. Esperó unos cuantos días, después de todo no hacía tanto que se había ido, pero los días se hicieron semanas y el hombre se había esfumado. Pensó que era el momento de enfrentarse a su padre y regresar a Asia. Y así terminó nuestra comida. Todas las malas experiencias no habían podido borrarle esa sonrisa del rostro. Ahora era triste, pero una sonrisa incrustada en la tristeza y en la desesperación es la señal de los héroes. Sentí mucha lástima por ella, pero la dejé marchar.

Los niños se movieron intranquilos y descontentos por el final de la historia.

—¿Y acaba así, sin más? —preguntó Miguel.

—No puede ser. Quedan demasiadas preguntas pendientes —apuntó Irene.

—Las preguntas son solo útiles mientras recuerdas su propósito, después pasan a ser un espejismo sin mucho más interés.

—Pues ahora lo recordamos —dijo Álex con frialdad.

Para Irene era señal de que Álex creía en la historia pese a que trataba por todos los medios de que pareciera lo contrario.

—Yo ya había olvidado la extraña historia de Jocasta hasta muchos años después —continuó Aspasia—. Fui a Londres a pasar una semana con una amiga, y me dirigí a Oxford Street, a una vieja librería donde me habían dicho que podía encontrar una primera edición de Jane Eyre. No hubo suerte, ya la habían vendido. Eso me puso de muy mal

humor, y antes de hacer ningún disparate, fui hasta Cavendish Square, donde se suponía que vivió el portugués con el único afán de imaginarme a ambos el día que se despidieron. Me senté en un banco de piedra a contemplar las casas que me rodeaban cuando un anciano renqueante se sentó junto a mí. Llevaba un bastón maltrecho que apoyó en el banco junto a él. Iba bastante desaliñado, su ropa habría sido elegante una vez. Se quitó el sombrero de copa para saludarme y dejó al descubierto un cabello rapado, blanco como la cuajada, que contrastaba con la abundante barba. Estuvimos un buen rato así, sin decirnos nada, hasta que, sin querer, le tiré su bastón al suelo. El hombre hizo ademán de recogerlo, pero era muy mayor y apenas se podía mover, así que lo recuperé y se lo devolví. Al tomarlo entre sus manos, saludó con la cabeza en señal de reconocimiento y me mostró una sonrisa con mil estrellas de jade.

—¡Era él!

—Al ver mi consternación, dijo aquello de «Perdón, a veces olvido…». Le indiqué que eso no era lo que me había asombrado, le pregunté si era Sebastián De Marcos y se quedó pensativo. Parecía dudar, pero asintió. Entonces salté como una niña pequeña a la que llevan a una feria por primera vez: «¿De verdad es usted?», grité como una loca. «¡Conocí a Jocasta!», le dije. Al hombre se le escapó un tenue brillo en sus ojos y, con voz cansada, me preguntó si yo había vivido en Asia. Al responderle que no, que la conocí en París unos años atrás, De Marcos bajó la mirada y me dijo: «Entonces no era ella». Yo quedé desconcertada, claro, pero insistí. Le conté todo lo que me había narrado Jocasta: el viaje desde Macao, la isla de las esponjas, su incidente en el barco cerca de Bombay… El rostro del portugués se transformó. «¿Incidente?», dijo con voz grave. «¡Ese incidente era mi hija!».

Tanto Irene como Miguel se llevaron la mano a la boca en señal de asombro, pero Álex parecía estar de nuevo perdido en su mundo.

—Creí entenderlo todo. Le dije que eso explicaría su comportamiento posterior, pero que era raro que Jocasta no se diera cuenta de que Sebastián De Marcos tenía una hija a bordo. «Pero ¿de qué habla?», dijo el hombre. «Jocasta era mi hija».

Irene sintió cómo se le erizaba la piel y agarró con fuerza el brazo de Miguel, que protestó con tanto ímpetu que llamó la atención de Álex.

—Yo estaba desconcertada. El hombre prosiguió: «La madre de Jocasta nos abandonó cuando ella apenas levantaba un palmo del

suelo. Vivíamos en Hong Kong, donde yo negociaba con jade. No nos iba nada mal, y traté de educarla lo mejor que pude. Le contaba historias sobre Inglaterra casi todas las noches. Era muy curiosa y me planteaba siempre un montón de preguntas. Si todo era tan verde y tan frondoso como describían las novelas, si los pueblos en la campiña eran agradables para vivir, o si vendríamos alguna vez de visita. Mi pequeña se dormía entre frases de Austen y Brontë, con la sonrisa más bella que jamás he vuelto a ver. Pero creció, y sus intereses cambiaron. Lo normal. Empezó a ir a bailes, y a salir con amigos para almorzar en el lado opuesto de la isla, hasta que un día, el brillo en sus ojos delató que yo había dejado de ser la parte más importante en su vida. Lo acepté, no vaya a pensar lo contrario, pero para un padre ver que sus hijos lo relegan es un momento que, por esperado, no es menos duro».

»El hombre se levantó y me pidió que lo acompañase. Pasó con delicadeza el brazo por el mío. Necesitaba estirar las piernas, porque su edad lo martirizaba si estaba demasiado tiempo sentado. Entonces prosiguió el relato: “Traté de interesarme por el joven que tenía enamorada a mi hija, pero no pude sacarle nada, excepto que era escocés. Y, querida, no sé si era por temor o por curiosidad, pero mandé que la siguieran. Sí, es imperdonable, pero su creciente negativa a que yo lo conociera, me hizo sospechar. Se trataba de un tal Creighton Tulach, un malnacido que regentaba varias casas de opio, prostíbulos y juego; era lo peor de lo peor. Jocasta no quiso saber nada de lo que le dije, para ella era un joven marinero, apuesto y con problemas de dinero. No era el mismo, decía. Claro que lo era, pequeña, claro que lo era”.

Miguel e Irene seguían el discurso de Aspasia en silencio, con los ojos abiertos como platos.

—La historia me tenía paralizada. De Marcos buscó apoyo en mi brazo y continúo: «Le ofrecí dinero. Mucho. Con la condición de que se marchara de Hong Kong. La víbora aceptó y me quité un peso de encima. Al principio Jocasta se quedó en casa, confusa. Yo pensé que sería cuestión de tiempo, pero en pocas semanas volvió a reír y a salir, a dar señales de que aún continuaba viéndose con ese maldito. Esta vez fue él quien me buscó. Se lo había pensado mejor y me pidió tal suma de dinero que tuve que negarme. No disponía de tanto. Me amenazó y dijo cosas horribles sobre Jocasta. Una húmeda noche, cuando Jocasta estaba más enamorada que nunca, se la llevó a una casa bajo la Cumbre Victoria, y allí, ayudado por sus secuaces, un grupo de marineros escoceses, le cortó el dedo meñique con una afilada daga».

—¡Ay, no! ¡Tía, no! ¡Por favor! ¿Por qué hizo eso?

—«Me la dejaron delante de la puerta de casa, pálida como el ángel abatido de un mausoleo, con la mano envuelta en un trapo cubierto de sangre», señaló el portugués. El bastardo le dijo que le hacía un favor, ese lunar en el meñique era lo más feo que había visto jamás. «A mí me gustaba. Su madre tenía uno igual, parecía una ola rompiendo en el mar».

Irene reconoció enseguida el signo de los caminantes de sueños, y por la risilla nerviosa de Miguel, él también.

—«Me volqué en ella. Traté de hacerla feliz lo mejor que pude. Tenía una vida por delante y escollos como los de Creighton no son más que guijarros que con el tiempo te alegras de haber echado del camino. Pero ella estaba destrozada por haber sido engañada, por ser tan inocente. Lloraba a todas horas y nada de lo que hacía calmaba su espíritu. La melancolía la poseyó, y la sonrisa desapareció de su cara. La perdía. No me quedó otra cosa que dejarlo todo y regresar con ella de vuelta a Inglaterra. Traerla a esos cuentos e historias de su niñez que tanto anhelaba. Solo pareció animarse en una breve parada que hicimos en Macao, pero al partir volvió a encerrarse en sí misma y ya no dejó entrar a nadie más». Al pobre hombre le costaba seguir en pie. Le indiqué que nos sentáramos, pero se negó. «Jocasta», dijo el portugués, «apenas salía de su camarote. Y una noche de tormenta en el Índico, escuché gritos en la cubierta. Llovía a cántaros y apenas se veía nada, pero mi alma me abandonó cuando pude distinguir el vestido granate de mi hija subida en el bauprés del barco. Me quedé quieto, como si mi conciencia negase lo que ocurría. Jocasta me miró y se dejó caer en las frías y terribles aguas. Grité desde lo más profundo de mi ser, y solo los marineros impidieron que siguiera el camino de mi hija. Fue el viaje más triste que un padre podría tener».

»Me dio mucha lástima ese anciano. Lo acerqué hasta su casa y le costó un mundo poder subir los pocos escalones hasta la puerta. Había una cosa que no podía entender: ¿qué pintaba la dama blanca de Leith en todo aquello? Se lo pregunté. El hombre dudó por un instante: «¿Cree que un padre sufre por perder a su hija? Imagínese lo que es que además la señalen como un espectro que aniquila marineros escoceses. Ella que jamás hizo daño a nadie. La dama jamás fue blanca. La llaman la dama roja de Leith». El portugués esbozó una triste sonrisa, me saludó con un par de dedos sobre el ala del sombrero de copa y entró en la casa.

—Pero Jocasta vio a la dama blanca de Leith en Rodas, ¿no? ¿Quién

era? —preguntó Irene.

—Nadie lo sabe —respondió Aspasia—. ¿Verdad, Álex?

Irene se sorprendió por la pregunta directa a su amigo. Supuso que era por los constantes desaires de Álex, porque ¿qué otra cosa podía ser?

—¡No existe ninguna dama blanca, ni roja, ni de todos los colores del arco iris! —gritó Álex—. No dejan de ser cuentos, historias para niñas. Nadie viaja por los sueños, ni nadie cuida de ellos cuando caen.

Su rostro había enrojecido de furia, resoplaba al igual que un caballo después de una larga carrera. Dio media vuelta y salió corriendo calle abajo.

Irene buscó a su tía con la mirada, y esta, con un leve gesto de su cabeza, le indicó que fuera tras él. Álex corría como si el mismo diablo pidiera su alma. Le costaba seguirlo y temió perderlo, pero al fin se detuvo bajo el sauce junto al río. Lo observó desde la distancia, agotada y jadeante por la carrera. Alex se sentó, tomó una pequeña rama quebrada del suelo y empezó a dibujar algo en la tierra. Se acercó y se sentó junto a él. Estuvieron los dos un buen rato en silencio, escuchando los susurros del agua.

—Me da pena Jocasta, porque ¿qué ocurrió cuando llegó a China y se dio cuenta de que era un fantasma?

Álex la miró con los ojos tristes y asustados. Mucho más tristes que asustados.

—Tú has visto a la dama blanca, ¿no es cierto? —preguntó Irene.

—Déjame, por favor —respondió Álex, y se levantó, sin prisas, como si para él el tiempo fuera indiferente, y se alejó siguiendo el fluir de la corriente.

Ella lo vio alejarse, solo; casi tanto como ella. Y se quedó allí, sentada, pensando en Jocasta, en De Marcos, en la dama roja de Leith, y resiguiendo con su pequeño dedo la ola que rompía en el mar que Álex había dibujado en la tierra húmeda.

Capítulo XI

En el mar de Kara

Finales de verano de 1913. Céret

A Irene no le apetecía nada acompañarla, pero Sandrine se lo había pedido con tanta insistencia que no pudo negarse. La entendía. Tener de suegra a la condesa rusa era uno de esos caminos por los que la vida te lleva y que desearías evitar a toda costa. La madre de Miguel se encontraba en Perpiñán de visita en casa de su hermana, y quería ir a Céret a pasar unos días con ellos. Odiaba el tren y viajar sola, así que pidió que la fueran a buscar, y ese «fueran» quería decir «Sandrine». Así que tocaba ir a recogerla. A la pobre mujer de Miguel, la idea de un trayecto de vuelta a solas con la condesa se le hacía imposible. «Prefiero que me crucifiquen con agujas de coser y me dejen al aire libre para que se me coman los cuervos», fueron sus palabras exactas.

El traqueteo del carruaje la relajaba, le ayudaba a pensar en Philippe, en aquel día que la acompañó al trabajo y ella descubrió a alguien diferente a todo lo que había conocido hasta entonces. Sandrine llevaba buena parte del trayecto hasta la casa de su suegra en silencio, y para sorpresa de Irene, se mostraba tranquila. Incluso creyó ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

Recordó cómo se había derrumbado Amélie la tarde anterior. Se la encontró vagando por los caminos que rodean Céret. Se mantuvo a cierta distancia porque pensó que Amélie preferiría estar sola. La tarde era oscura, amenazaba lluvia e Irene pretendía estar en casa cuando el temporal empezara. Pero la amarga compañera de trabajo se desvió de la senda y entró en el bosque por la zona más espesa. Fue eso lo que llamó la atención de Irene. La manera en la que se abalanzó sobre el bosque, como un alma en pena, sin importarle que los arbustos ni las zarzas rasgaran su piel. La siguió, maldiciendo el espinoso camino que había tomado Amélie. La encontró sentada bajo una encina cerca de un claro, con la vista perdida en los espesos montes de los Pirineos.

Dudó si regresar por donde había venido o interrumpirla.

—¿Te vas a quedar ahí escondida como una idiota? —preguntó Amélie.

«No había perdido ni una pizca de su dulzura habitual», pensó Irene. Se acercó y se sentó junto a ella.

—¿Recuerdas a Veva Lestoreau? —preguntó Amélie.

La recordaba. Y recordaba a Amélie en el banco de piedra escrutándola en silencio desde la distancia. También cuando Veva paseó por delante del trabajo del brazo de su madre. La expresión de Amélie, que parecía que iba a saltar sobre la pobre Veva, no se le iba a olvidar con facilidad.

—Siempre me ha dado algo de pena. Todo lo que le pasó con sus maridos. Tan joven y ya va por el tercero. Y… Horace. Se llamaba así, ¿verdad? —preguntó Irene.

Los dedos de Amélie juguetearon hasta arrancar pedacitos de hierba que tuvieron la mala fortuna de crecer junto a ella. Para sorpresa de Irene, habló de un domingo gris, años atrás, en el que fue a ver a un pequeño llamado Élie al hospicio de las monjas de Saint Jules, y cómo descubrió que lo habían dado en adopción sin ningún tipo de explicaciones. Estuvo a punto de quemar el hospicio y lo hubiera hecho si no hubiera más niños que vivían allí.

—Me dijeron que mi destino era estar en este mundo para traer bastardos gracias al pecaminoso impulso de la primavera —explicó Amélie—, y que luego ellas recogían el fruto en invierno con todas las molestias que eso acarreaba. Dijeron que visto lo que yo era, y sobre todo el negro futuro que tenía por delante, habían tomado la mejor opción: dar el niño. No me informaron de a quién. Me despidieron como si fuera Gaëtan, el loco del pueblo, dándome palmadas en la espalda y un portazo que heló la sangre en mis venas. Fueron tan absurdas e idiotas que se lo entregaron a alguien que vivía apenas cuatro calles más abajo de mi casa.

Amélie habló aún más del pequeño Élie; y como Élie ya no fue Élie sino Horace, el hijo de Veva. Ella lo reconoció enseguida que lo vio pasear con su nueva madre. Estuvo a punto de llevarse a Élie con ella y darle tal guantazo a la dulce Veva que necesitara dos días para recomponer su bonita cara. Pero entonces llegó el arquitecto, el tercer marido de Veva, y los vio a los tres. Eran una familia, bellos, con dinero, y lo más importante, eran felices. ¿Qué tenía ella? Nada. Por

entonces aún no trabajaba con Clothilde y apenas sacaba unas monedas lavando ropa. No podía criar ella sola a un niño.

Cada domingo, cuando la familia de Veva salía a pasear por las calles de Céret, ella los esperaba. Sabía con exactitud por dónde pasaban, dónde paraban a hablar con los vecinos y dónde dejaban que el niño jugase. En su cabeza el nombre de Élie desaparecía día a día y se transformaba en Horace. Y lloraba. Cada hora y cada minuto lloraba. A veces, por fuera y otras, por dentro, porque ver cómo tu hijo crece en manos de una extraña era demasiado castigo. Algunas noches se detenía junto a la verja de la casa de Veva para perderse entre las risas que provenían del interior y se imaginaba que ella era una invitada, que había ido con su hijo de visita. Memeces.

Fue una noche, no mucho más tarde, cuando las risas se tornaron lágrimas. Todo el mundo salía gris y compungido por la puerta. Llevaba días sin ver a Horace hasta que supo de su enfermedad. Rondó la casa de Veva días enteros sin saber muy bien si dejar todo como estaba o sacar a Horace de allí. Cuando uno muere, los objetos cercanos muestran su duelo igual que el de las personas con su pesar. Una mañana, la casa amaneció en silencio, mostrando su respeto a la partida de Horace. Ella quiso irse con él, pero tenía miedo. No tenía bastante con ver a Veva destrozada, quería verla rota de la cabeza a los pies y que compartiera su dolor. No para mitigarlo sino para que fuera el doble de intenso. Siguió a Veva los venideros días, meses y años. Si la hubiese visto sonreír un solo día, la habría golpeado hasta que Horace se transformase de nuevo en Élie. Fue el tiempo el que al final calmó a Amélie. El tiempo, esa esencia odiada por su destrucción, pero tan balsámica con las heridas profundas. Dejó en paz a Veva. Ya no la importaba que la partiese un rayo como al roble de las hadas. Ni siquiera se preocupó cuando se enteró de que tuvo otro hijo. Le daba lo mismo hasta que la vio aquel día con su «nuevo» niño calle arriba. Irrumpió en su mente un enjambre de recuerdos punzantes. Trató de olvidarla de nuevo, y casi lo consiguió, hasta que apareció delante del almacén del brazo de su madre. Llenaba la calle con su sonrisa, como si Élie no hubiese existido jamás. Por un momento temió que su odio pudiera resurgir, pero ya no tenía fuerzas.

—Estoy cansada. Necesito moverme por caminos llanos —declaró Amélie.

—No tienes por qué hacerlo sola.

Se sentía más afectada que la propia Amélie. Se culpó por juzgarla todo el tiempo como alguien que la amargura la llenaba sin motivo. Sí

que lo tenía, y mucho.

—Lo veo en todas partes. Desde el rincón más oscuro al prado más verde —dijo Amélie con voz entrecortada.

Irene la abrazó con fuerza. Pensó que quizás de esa manera la maldad que parecía haber abandonado a Amélie no podría volver a entrar. Estuvieron un par de minutos así. Sintió la humedad de las lágrimas en su hombro, y la abrazó con más fuerza, hasta que Amélie se separó con cuidado de ella.

—Eres tan buena que das asco —bromeó mientras se secaba los ojos.

Irene se felicitó por haberla seguido. Cuánta gente en el mundo no tiene la oportunidad de explicarse. Le gustaba tanto la nueva Amélie. Eso sí, antes de marcharse, le hizo prometer que se había acabado el acoso a Flavia. Amélie protestó, le contó que se aburriría si no podía hacerlo. Bromeaba.

—¿Quién es Gianira? —preguntó Sandrine.

El nombre cruzó diez mares y seis mil sueños. Sobrevoló barrios de grandes ciudades y pueblecitos pesqueros, selvas tropicales y desiertos indios hasta llegar al pequeño Miguel aquella tarde, cuando su tía le reveló el nombre de la mujer de Marín al oído. Después se alejó a toda prisa de tiempos pasados y de Amélie para viajar hasta el carruaje donde se encontraba.

—Ayer durante la cena —murmuró Sandrine—, noté a Miguel más relajado, cambiado, en cierta manera. Hablamos. Le vi brillar de nuevo, Irene, y de repente, me soltó que le gustaría tener un hijo. Así, de sopetón. Me sorprendió, pero en sus ojos brillaba la esperanza. Creo que lo estamos recuperando. Después de tanto tiempo parece que al fin regresa.

—Le hará bien tener a alguien más en casa. Y a ti también.

Irene se alegró tanto con la noticia que lo primero que haría cuando estuviera a solas con él, sería darle el abrazo más fuerte y más cariñoso que jamás había recibido.

—Entonces, con la vocecilla más dulce que tenía, me preguntó que si era una niña la podríamos llamar Gianira. Quería que tuviera ojos color avellana tostada a fuego lento. Me encanta el nombre, es… no sé, diferente. Pero quería preguntarte si era alguien conocido para vosotros.

—¿Gianira? No, no me suena —mintió.

—¿Y de dónde lo habrá sacado?

—De alguno de sus libros de viajes. Seguro.

—Supongo que sí. Se le iluminó tanto la cara al pronunciar su nombre que pensé que era alguien especial para vosotros.

No se lo iba a contar. Ella no era uno de ellos y no debía saber el origen. Que se quedara con el nombre si quería, pero solo Miguel, Álex y ella debían de conocer cómo se llamaba la dama de blanco que miraba al mar. El nombre de la mujer de Marín.

Llegaron a la calle de la Lanterne y se detuvieron frente a una enorme puerta ovalada que se abrió al instante en que el cochero gritó «alto» a los caballos. Del interior se deslizó la condesa rusa, como si la puerta escupiera una lengua de hielo incrustada en lo más profundo. Tras ella apareció otra mujer, algo más joven, de gran parecido físico e igual de estirada. «Dios mío, hay dos», pensó Irene. Las mujeres se dieron tres besos de despedida, mientras el cochero trataba de poner con dificultad un pesado baúl en la parte posterior del carruaje.

Sandrine trató de ser amable, pero apenas recibió una sonrisa, y el rostro de la madre de Miguel mostró un desprecio cruel. Subió al carruaje sin apenas dar un simple buenos días. Para la condesa, ellas no eran más que meras damas de compañía en un largo viaje por la helada estepa rusa hasta su palacio de invierno. Cuando partían y la hermana de la condesa se despidió, Irene creyó ver alivio en su rostro.

El viaje sería largo. A los pocos minutos de partir de Perpiñán, Sandrine quiso saber cómo se encontraba la condesa, pero solo recibió gruñidos en lugar de palabras. Y allí se acabó todo lo que tenía en común aquella mujer con el resto de Francia.

Sandrine tomó la mano de Irene y la sorprendió con una enorme sonrisa. Quizás de agradecimiento por acompañarla en esta travesía por el desierto helado; o quizás de alivio porque Miguel, poco a poco, volvía a ser el hombre que ellas adoraban. No lo sabía, pero esa sonrisa era sincera, y significó mucho para ella. Parecía que el futuro había escogido estos últimos días para hacerle saber que no se había olvidado de Irene, y que algún día, tal vez pronto, todo volvería a su lugar. Su felicidad también.

Ya dejaban atrás los últimos bosques y las minúsculas casas del pueblo empezaban a empedrar los montes a lo lejos. Sandrine se incorporó en

el asiento y se dirigió a su suegra:

—Esta noche cenaremos cerdo asado con salsa de manzana y rábanos picantes. De postre, zanahorias caramelizadas. Son muy fáciles de cocinar y salen riquísimas. Las cortas del tamaño de tu meñique, no más anchas que un lápiz, las escurres y las pones a hervir hasta que queden bien tiernas, luego las colocas en una cacerola, añades una copa de vinagre, tres cuartos de copa de azúcar moreno, una pizca de sal, y una cucharada de mantequilla. Hierves a fuego lento hasta que quede como un jarabe. ¡Están deliciosas! ¡Te encantarán!

La condesa no parecía compartir la alegría por las zanahorias caramelizadas de Sandrine. De hecho, hubiera jurado que su mirada decía: «Te la comerás tú esa porquería. Yo con una sopa solianka y unas empanadas de San Petersburgo, tengo bastante».

Al llegar frente a su casa, Sandrine e Irene se miraron con cierta complicidad. Un suspiro de alivio correteó por sus sonrisas cuando salieron a toda prisa del carruaje. No podían estar ni un segundo más junto a esa mujer. Irene compadeció a Sandrine. Ella se iría a casa, lejos de la condesa, pero su amiga se tenía que quedar allí. El cochero descargó el baúl en la acera. Afirmó que tenía prisa, y dejó a las dos mujeres con la boca abierta. La madre de Miguel ya cruzaba el pequeño jardín de camino al interior de la vivienda.

Cogieron el baúl cada una por el asa.

—¿Qué lleva aquí? ¿Un muerto? —bromeó Irene.

—¿Conociéndola? A Tolstói. —Se rio Sandrine—. Te quedarás a cenar, ¿no?

Se odió por no haber imaginado la posibilidad de que le preguntase eso. ¿Cómo no se le había ocurrido?

—¿¿No?? —insistió Sandrine.

Irene solo alcanzó a asentir con la cabeza mientras esbozaba una frágil sonrisa.

—Pues claro —musitó.

Apenas habían cruzado las dos moreras que guardaban el enorme portón de hierro que daba a la calle cuando Sandrine dejó caer el baúl sobre las piedrecillas del camino, y dio un buen tirón a la muñeca de Irene que se quejó de inmediato.

—Oye, ya no puedo más con esto. Descansemos un segundo. Voy a avisar a Miguel de que estamos aquí.

Sandrine salió a toda prisa y cruzó los pocos pasos hasta la puerta que todavía permanecía abierta después de que entrara la condesa del zar. Desde donde se encontraba Irene, podía verla de soslayo, de pie en el recibidor quieta como una princesa, con sus manos apretadas entre sí con la fuerza de un invierno ruso. Parecía que se deleitaba con su ridícula escalera. Era cómica. Por un instante, tuvo cierta pena por la criatura que pudiera tener semejante abuela. Esa cara tan seria amargaría la vida del pequeño con toda seguridad. Qué aspecto tan rancio que tenía la vieja, ¿verdad, Irene?

Pero el rostro que salió de aquella puerta no era ruso; era Sandrine, pero no era ella. Su mirada muerta ya no deseaba ver, ni tampoco la sangre correr bajo su piel. Su cuerpo se deslizó por el marco de la puerta para caer de rodillas, hecha un ovillo, en un rincón. Unos espasmos crueles la azotaron, hasta que un vómito salió a borbotones de su boca y resbaló sobre su hombro inerte. La insípida Sandrine, aquella que nunca supo estar a la altura de Miguel, aquella muñeca resquebrajada, jamás volvería a comer zanahorias caramelizadas.

Ignoraste a la infeliz, y el tiempo se detuvo a tu alrededor, ¿verdad, Irene? Tus pies flotaban y se deslizaron hasta el dintel mientras los sueños huían de la casa. En el interior, la suegra continuaba helada con la vista fija en la exagerada escalera que mandó construir. Y allí en el balcón de esta, colgado de un infame cinturón, viste al dulce «Míja»; el soñador de los mares de Brest y de los caminos de la India; el novio de los sueños, y dulce sombra de Irene. Seguro que ya no viste ni el Tigris en sus ojos ni el Éufrates en su aliento; ni las estrellas de la Osa Menor en su piel, ni a Gianira; ni la risilla de Naida al corretear por la casa junto al recuerdo de Aspasia. Su cuerpo despojado de vida es lo único que quedó cuando decidió tomar el barco para no regresar a estas costas. Navegaba a metro y medio del suelo, distancia suficiente entre sus sueños y los que se quedaron en tierra. Seguro que la condesa rusa continúa ahí, plantada. Todavía observa sin comprender el ligero vaivén de las heladas olas del mar de Kara estallando sobre el cuerpo de su hijo. Pero tú te fuiste.

Dejaste atrás la vida que jamás regresará. Pensaste en lo que habías perdido tú, sin pensar un segundo en lo que había perdido Álex. Estabas conmocionada. Atravesaste el pueblo como si fuera un desierto sin nada más interesante que las huellas tras tus pasos. Corriste por el camino hasta la cima donde se encuentra el taller. Luchabas por salir de ese maldito sueño que te tenía atrapada, aunque

solo querías entrar y abrazar a un sorprendido Miguel mientras diseñaba alguna joya. Pero no había nadie en el interior. Gritaste su nombre, no una, sino mil veces. Esperabas que cayera de un sueño, ¿no? Pues no lo hizo. Miguel no apareció. Deseaste morir en ese momento, y buscaste quién pudiera pagar por todo tu dolor. El roble junto al taller. Ese odioso roble que bajo un cielo injusto seguiría con vida muchos años después de que el recuerdo de Miguel hubiera desaparecido. Lo golpeaste hasta que tus puños sangraron. Lloraste desesperada hasta rendirte, y tu cuerpo sin fuerza se dejó caer a los pies del árbol. Por el camino al taller alcanzaste a ver una figura que subía a toda prisa. Solo te queda Álex, querida Irene. ¡Ah, sí! Y el Ancel ese, también.

Capítulo XII

Dioses de los Pirineos Orientales

Hasta ese momento no se había dado cuenta. Irene llevaba casi treinta años en ese pueblo y solo en ese instante percibió el susurro amargo de las calles. Le preguntaban por Miguel; le recriminaban su egoísmo y le reprochaban su incesante búsqueda de la felicidad mientras dejaba caer a su amigo en el pozo más profundo. Tuvo que detenerse. Con una mano aferrada al pecho y la otra en la helada frente buscaba fuerza para continuar. Desde lo ocurrido no había dejado de pensar en él ni un segundo. ¿Podría apartar de la cabeza algún día el recuerdo de su amigo? ¿Podría dejar de pensar en que Álex y ella siguen aquí, mientras que el mejor de los tres se encuentra a un par de metros bajo tierra?

El entierro fue terrible. Había muchísima gente en la despedida excepto Ancel. Tenía que haber partido el día anterior a Perpiñán y lo pospuso, pero no podía retrasarlo más. Regresaría al día siguiente para estar con ella. Quizás un día tarde, pero «el trabajo enaltece el alma», pensó Irene con reproche. No le sorprendió el gentío, algo habitual cuando alguien tan querido en el pueblo se va en la flor de la vida. En ese instante, tan solo eran unas figuras oscuras que rodeaban el féretro preparado para su descenso.

Aspasia habría enloquecido cuando el capellán nombró a Mikhail en más de una docena de ocasiones. Todas y cada una eran punzantes recuerdos que desgarraban. Ni un solo Miguel. La condesa rusa aparentaba ser por primera vez una estatua de hielo consumida bajo el sol de los Pirineos, y aun así se siguieron sus designios hasta el final. Parecía el entierro del conde Rostov. En cualquier momento podía aparecer una carga de los cosacos del zar y a nadie le hubiera extrañado.

Irene sostenía con el brazo izquierdo a Sandrine que se apagaba más y más con cada segundo que pasaba. Con la mano derecha apretaba con fuerza la de Álex que había dejado de ser el eterno arrogante. Desde que supo la noticia y los dos se abrazaron en el exterior del taller junto al roble, su amigo no había vuelto a alzar la mirada.

Lo soltaste para tocar con la palma de la mano la madera del féretro y lánguida dijiste: «Descansa, vida». Ya no te importaba que lo pudiera escuchar todo el mundo. Te abrazaste a Sandrine. Las dos llorasteis juntas. Juntas. Y dejaste a Álex solo otra vez.

«La peor parte de un entierro no es ver desaparecer el ataúd», pensó Irene cuando enfilaba su calle en solitario, «es cuando cada uno de los asistentes regresa a su casa e intenta retomar sus costumbres».

—La sopa de puerros y calabacín tendrá el mismo sabor y el frío dolerá igual por las mañanas —dijo entre dientes desafiando al cielo —, pero faltarás tú, y ni el mismísimo Dios podrá desvanecerte de mis sueños.

Caminaba por pura inercia. Si la calle tuviese pendiente, se habría dejado caer rodando hasta la puerta de su casa. Quizás golpearía la puerta con los talones y su tía o su madre la harían entrar en casa junto al fuego mientras le secarían el cabello húmedo y le prepararían una taza de caldo bien caliente. Se sentiría protegida como siempre que estaba cerca de alguna de ellas y el dulce chisporroteo de las llamas la envolvería.

Las calles continuaban susurrando y no quería levantar la mirada de los adoquines. Se sobresaltó cuando se dio cuenta de que Dugès estaba inmóvil a pocos metros de ella. El hombre se acercó, con el rostro pétreo y su poderoso bigote.

—¿Se cree que no sé a qué juega? Solo yo puedo protegerla.

—Discúlpeme, por favor. No es el mejor momento.

Por primera vez, Dugès no estaba comiendo algo. Tomó la mano de Irene y, al notar la viscosidad de sus dedos, supo que no hacía mucho que lo había hecho.

—Cásese conmigo.

—¿¿Qué??

Le salió del alma. Había más posibilidades de ver a Frank a lomo de un elefante cruzar por delante de su casa que imaginarse que Dugès le iba a hacer una proposición de matrimonio.

—Necesita que alguien ponga orden en su vida y, después de lo que ha hecho, nadie en este pueblo puede ayudarla tanto como yo.

—No. Oiga… esto… no. Ni hablar. —Y lo apartó de un manotazo.

No pudo evitar sentirse radiante, como si le hubiesen contado la historia más divertida que había escuchado jamás. La sonrisa le llegaba de oreja a oreja. Cuando pasó de largo por la puerta de su casa ya reía sin disimulo. Tomó la esquina hacia la acogedora plaza de la República de Otoño. Las carcajadas ya eran descontroladas y se sentó en uno de los fríos bancos de piedra junto a la estatua del ángel. La risa se apagó hasta convertirse en llanto. Uno desolador, seco como los serbales en invierno.

—Siempre atraes a los hombres más peculiares, vida —dijo Miguel en su cabeza.

Se apretaba el estómago como si ese gesto fuera suficiente para detener todo el desconsuelo que le surgía de dentro. En vano.

—Eres un imbécil. Debíamos estar siempre juntos. Así tenía que ser.

***

Esa misma tarde Irene fue al encuentro de Álex. Tenía que hablar con él. Debía saber por qué fueron tan egoístas, tan arrogantes como para no distinguir ni una señal, ni un indicio de que Miguel quería dejarlos. Había ido caminando por el largo sendero que llevaba a la mansión sin tener la certeza de que él estuviera allí. Lo vio llegar cabalgando desde la casa, a toda velocidad. Iba tan rápido que pensó que la ignoraría y continuaría como si no existiera. Así fue. Al pasar junto a ella, pudo vislumbrar su rostro duro y compungido. No la evitaba, tan solo no la vio, o eso quería creer. Lo siguió con la mirada y, apenas una decena de metros después de haberla superado, detuvo el caballo. Se acercó a ella en silencio. Le tendió la mano y se subió con él. No le importaba mucho el destino, se sujetó con fuerza a la cintura, su mejilla contra su espalda y se dejó llevar. «No mires atrás» se decía, ya no importa nada de lo que fue. Estáis los dos ahora.

Cabalgaron casi una hora. Se detuvieron lejos de cualquier parte. Álex ató con parsimonia las riendas del caballo a la rama de un cerezo. La vista quitaba la respiración, el horizonte era verde y ocre, con las montañas tomando el terreno a la llanura.

A lo lejos, el mar ofrecía sueños y lugares inhóspitos. Los árboles que

cubrían los montes no eran más que testigos de las vidas de aquellos que caían de los sueños. No se habían dicho nada en todo el trayecto.

—Lo echo de menos, Álex. Me hace tanta falta. ¿Qué vamos a hacer ahora sin su magia ni sus sueños?

—Esta mañana, desde mi dormitorio, abrí el ventanal y cuando la intensa luz del mediodía empezaba a entrar, contemplé el camino a casa. El mismo por donde tú venías antes. Justo donde serpentea y entra en el bosque vi salir un caballo que galopaba a toda prisa. Los cascos levantaron una nube de polvo y no pude identificar quién era. En cambio, distinguí la rigidez del jinete. Debía llevar veinte años cabalgando y aún parecía que había aprendido ayer.

—Siempre cabalgaba así.

Álex asintió.

—La nube de polvo era cada vez más espesa, hasta que cubrió por completo su caballo.

—Swindon —dijo Irene que sonrió al recordar el nombre del caballo de Miguel.

—Esperé su llegada. Pensaba que me despertaría y me sacaría de otra maldita mañana cargada de aroma a absenta. Como hacía siempre. En cambio, la nube de polvo se asentó, y no había nadie.

—Estamos solos tú y yo.

—Tú tienes a Ancel.

—No te voy a dejar, ¿me oyes?

—Hay algo que deberías saber. —Álex se separó unos metros. Parecía avergonzado—. Miguel y yo cometimos una estupidez.

Trató de sonreír la ocurrencia, y por un instante le hizo temblar la posibilidad de que Álex se estuviera despidiendo. Que confesara pecados pasados como una redención antes de irse. Se le acercó y tomó su mano. Quería sentirlo próximo a ella, y por qué no, solo para ella por puro egoísmo.

—No hay nada que quiera saber de él que no sea su cariño hacia nosotros.

—Se trata de Étienne.

Todas las frases hermosas que quería contar, todos los recuerdos que planeaba revivir con Álex esa tarde, se vinieron abajo como una hoja de otoño derribada por la lluvia que la arrastra sin miramientos corteza abajo hasta hundirla en el lodo. Étienne. Siempre Étienne. Salía del más profundo agujero y la cortejaba de nuevo. Atento a cualquier debilidad que pudiera mostrar; una simple fisura era suficiente para colarse de nuevo en su vida y resquebrajarla de arriba abajo. ¿Acaso tu vida no estaba lo bastante rota?

—¿Qué tiene que ver Étienne en todo esto?

—Miguel y yo sabemos dónde está. Bueno, yo lo sé —rectificó—. O al menos lo sabía.

—Explícate.

—¿Recuerdas la noche de la pelea? ¿Cuando Miguel cambió para siempre?

—Cómo voy a olvidarla. Si sintieras el aliento de Étienne en cada rincón, tú tampoco la olvidarías.

—Pues era imposible que Étienne te hiciera nada. Al menos al principio.

—¿Quieres dejar de andar por las ramas y decirme de una puñetera vez lo que tengas que decirme? —manifestó alterada.

—Aquella noche Étienne no se fue a ningún lado. Nos lo llevamos con nosotros. Miguel y yo. Tú estabas inconsciente, tumbada en el asiento trasero. Lo sentamos junto a ti. Ni te enteraste.

Pero sí que lo hiciste. Cada una de las noches que te despertabas en tu lecho junto al rostro ensangrentado de Étienne. La decisión de tus amigos de sentar un amasijo de sangre y carne junto a ti te visitó casi cada noche desde entonces.

—Miguel no podía llevar a nadie, estaba destrozado —balbuceó Irene.

—Lo sé, y se moría de dolor, pero primero nos encargamos del malnacido de tu novio. Estuvo de acuerdo. Aguantó lo inimaginable hasta que pude llevarlo al doctor.

—¿Qué quiere decir con «nos encargamos»?

—Confesó que te mataría. No iba a descansar hasta que lo hiciera. No

le importaba ni el cuándo ni el dónde, pero lo haría. Para provocarnos daño a nosotros, te mataría a ti.

Sintió que se mareaba. Se sentó sobre la hierba sin miramientos y su falda se hinchó de una manera absurda. Si hablasen de cualquier otra cosa diferente, se hubiese reído. Pero ahora no podía.

—¿Qué hicisteis con él?

—En el bosque de Orland, el que empieza en los terrenos de mi familia y rodea el Còrrec de Sant Ferriol hasta tocar la Siureda d'en Rodó, están los cimientos de lo que fue una casa, no muy grande. Apenas queda un palmo de las antiguas paredes. En un rincón de la cocina, bajo un montón de escombros, hay una trampilla que da a una pequeña bodega. Lo encerramos allí.

Étienne. Siempre Étienne. Iba, volvía, se aparecía en sueños y en pensamientos fugaces.

—¿Cómo que lo encerrasteis allí?

—La idea era tenerlo una temporada en un lugar que pudiéramos controlarlo. Yo estuve tentado de dejarlo allí para siempre hasta que se pudriera, pero Miguel quería hacerle entrar en razón. Ya sabes cómo era. Sería capaz de encontrar algo bueno incluso en la duquesa rusa.

—Pero ¿a qué jugabais? ¿A ser unos pequeños dioses de los Pirineos Orientales? Idiotas. Tú y, que Dios me perdone, Miguel también.

—Me asusté. Recuerda todo el tiempo que se pasó Miguel en el hospital en Perpiñán. Yo iba a diario a comprobar el estado de Étienne. Si hasta le llevaba ropa limpia. En solitario. Lo cierto es que mejoró más rápido que Miguel. ¿Cómo pudiste estar con alguien tan mezquino, Irene? Incluso físicamente se transformó en un ser malvado. Sus ojos escupían furia. Devoraba la comida que le lanzaba como si fuera un animal nocturno. Te aguantaba la mirada y reía mientras la carne le caía de la boca. Gritaba tu nombre y se reía. Luego, aullaba y seguía nombrándote como los espectros gritan los nombres de aquellos que pronto los acompañarán.

Cada frase que salía de la boca de Álex era un puñetazo a la razón. Todo el tiempo Étienne había estado bajo custodia de sus amigos. Pese a tener nombre de noble romana, «custodia» es la hermana compasiva del secuestro. Cuando su cerebro pudo procesar todo, le dolió. El dolor era porque la dejaron de lado. Étienne ya podía morirse, pero ¿por

qué la habían ignorado? ¿Porque era mujer? Malditos tiempos.

—Miguel iba a contármelo. No lo escuché, pero iba a contarme algo —expresó Irene.

—¿Te dijo alguna cosa?

—No, nunca. Conociéndolo seguro que esperaba a tener tu permiso. Quiero verlo.

Álex negó con la cabeza.

—Por favor, quiero verlo —insistió Irene.

—Una tarde del otoño pasado fui a llevarle algo de comer como hacía siempre. O casi siempre. Abrí la trampilla y pronto eché de menos sus gritos. Solo había silencio. Lo llamé, convencido de que algún día prepararía alguna treta para escapar. Dejé caer la escalera y bajé con mucha precaución. Aparte del hedor nauseabundo no había nadie.

—¿Nadie?

—No. Dos días después atacaron a Aurélie.

—¡Pero tu golpeaste a su hermano!

—¡Alguien tuvo que sacarlo de allí! ¡Por sí solo es imposible! La trampilla está a más de tres metros del suelo.

Sentía que el aliento se evaporaba de su ser por momentos, y entonces la idea le cruzó la mente como el destello de un rayo. Se tapó la cara con ambas manos, protegiendo aquel pensamiento de cualquier factor externo que pudiera desvanecerlo.

—¿Me estás diciendo que Miguel no se suicidó? ¿¿Me estás diciendo eso??

—Eso creo.

—Dios mío.

Alivio y tortura. Esas dos palabras tan contrapuestas la abofetearon. El alivio, acompañado por el sentimiento de culpa, es jalea de fruta amarga. La tortura la acompañaría para siempre, por poner a Étienne en la vida de todos. Quizás no fueron ellos los responsables de la muerte de Miguel. Bien pudo ser Étienne.

—¿Qué hacemos? ¿Hablamos con los gendarmes?

—¿Estás loca? Cómo explico que lo tenía encerrado en una bodega, por temor a que, «quizás», quisiera hacernos daño.

—Me pusisteis en peligro por no informarme después de lo que le ocurrió a Aurélie.

—Yo quería comunicártelo, pero Miguel no. No quiso asustarte. Créeme cuando digo que no te quitábamos el ojo de encima. Incluso velábamos por ti más de una noche.

En ese momento tuvo miedo. Un miedo profundo que nacía en su pecho, y surgía devorándola centímetro a centímetro hasta llegar a su piel. El miedo afloró, le secó la garganta, el mundo se le abalanzó y sus ojos hirvieron en sangre. Fue en ese preciso instante, cuando el tiempo la engullía y su alma caía más rápido que su cuerpo, que sintió el cálido abrazo de Álex. Un abrazo fuerte, lleno de calor, y amor, de olor a perfume caro y aroma de amigo. Ocurrió algo difícil de explicar. Se habían abrazado antes, cientos de veces, pero en esta ocasión sintió como si viajara por un torbellino a través de los sueños de él. Se dejó llevar por el sosegado fluido y descendió por la piel de Álex. Esa sensación de que estaban hechos del polvo de la misma estrella jamás la había tenido con nadie más. ¿Por qué diablos se sentía tan cerca de ese hombre? Siempre había sido un estúpido arrogante, pero era parte de él. Y él de ella.

—Solo quedamos tú y yo, vida.

Pensaba que jamás volvería a escuchar un «vida». Descansó su mejilla en el hombro de él, y se echó a llorar. Cuánto tiempo había soñado con un abrazo así de Álex. No recordabas si lo habías soñado, ¿verdad Irene? Pero lo deseabas; lo deseabas mucho.

Sintió la mano cálida de él en su cintura, y sus labios empezaron a conquistar su cuello. No sabía qué hacer, la sorprendió, pero le gustaba. Quería estar con él. Toda su vida lo había necesitado. Desde niños. Toda una vida buscando a alguien como él. Todos esos vacíos únicamente porque no se había dado cuenta de que lo necesitaba.

La acompañó hasta el suelo sin dejar de besarla. Bajo el cerezo sus alientos se buscaban para formar un remolino con el ímpetu de un dragón chino. La mano siguió su juego hasta penetrar entre las costuras de su vestido. Ella apretó sus muslos con fuerza, aprisionándola para no dejarla escapar. Solo un roce en su piel servía para sentir diez mil sueños. Ya no estaba cálida. Ardía. No quería que

se fuera. Lo atrajo hacia ella con fuerza, lo besaba y mordía su hombro en un desacompasado ataque que él parecía ignorar. Dirigía la mano de Álex porque era el timón que la sacaría de esas negras aguas que la atenazaban desde siempre.

Cuando Álex entró en ella, vio danzar la gesta de Túpac Amaru a mil campesinos de Yanaoca; vio el océano desde un acantilado de la Ciudad de los Reyes, y a la dulce Osa Mayor de Miguel susurrarle al oído: «No esperes más a caminar descalza por la playa». Buscó hacer desaparecer todas esas imágenes en su respiración agitada. No quería ninguna, ni siquiera un recuerdo de nadie. En ese momento necesitaba amar, pero, sobre todo, aprender a ser amada.

Sin apenas percibirlo, llegó al punto donde regresar no tenía sentido. Sentía a Álex tan adentro que tenía problemas para discernir si él no era parte de ella desde siempre. Se dejó llevar, como tantas otras veces, igual que un riachuelo que sin pretensión alguna lame las rocas dolidas de un oscuro puente. Cuando el control no era más que una estatua de sal en un cuento lejano, la boca de Álex se unió a ella para compartir la última estrella juntos.

Y lloró. Sin desesperanza, pero lloró. Y entre la espesura de las lágrimas distinguió una figura en el horizonte que caminaba solitaria por los caminos cercanos. Habría jurado que era Ancel que se alejaba de ella como un viejo cascarón camino de las costas de Madagascar.

***

En el rostro de Irene se encontraba la señal inequívoca de que algo no marchaba bien. Quizás fue su apariencia o quizás su sonrisa decaída, pero Ancel pareció darse cuenta en el mismo instante que la vio. No había dormido nada. Toda la noche dando vueltas en la cama, y esta vez el temor real de Étienne apenas la incomodaba. Lo que le impedía regresar a la tierra de los sueños era cómo decirle a Ancel que lo suyo jamás funcionaría. Él casado, ella problemática, el pueblo en contra… ¡Memeces! Te importaba más Álex. Eso es todo. Ancel simplemente apareció en el momento adecuado y nada más. ¿No es cierto, Irene? Ojalá la vida fuera más simple.

Sabía que no era un hombre valiente, y por eso lo respetaba todavía más. Caminó junto a ella, como siempre por senderos lejanos, sin abrir la boca. Los minutos que acompañaban a sus pasos finalizaron, y el

único gesto que hizo Ancel para apartarse de la sobriedad fue quitarse el sombrero. Era guapo el tipo. También lo quería. Distinto a Álex, porque Ancel no era como ellos, pero lo quería. Se merecía a alguien mejor que ella. El día que menos imaginase, al entrar en un café de algún pueblo cubierto por la sal y el mar, se encontraría con la joven pecosa. Quizás ya no tan joven, pero aún llevaría un cajón de madera bajo el brazo como único equipaje y los caminos de Francia en cada uno de sus versos. Deseaba que ocurriera. Retomaría su vida con quien tuvo que estar desde el principio. Así debía ser la vida para todo el mundo, compartida con una unión realizada antes del tiempo, desde la tierra de los sueños.

—Por favor, no te alejes de mí. Te quiero en mi vida —dijo Irene.

Ancel sonrió con amargura. Se colocó de nuevo el sombrero.

—Lo siento.

Y se fue.

Capítulo XIII

La reina de las luciérnagas

Esa noche hicieron el amor como si intentaran curar el desgarro que producía la ausencia de Miguel en sus vidas. Fue muy diferente al encuentro bajo el cerezo. Parecían más serenos, se estudiaban como si no conocieran cada suspiro del otro. Al inicio, únicamente eran gemidos contenidos y caricias temerosas; cada gesto contenía mil imágenes de sueños remotos que se aparecían como perlas destellantes en el contorno de su vista. Pronto, sus alientos convirtieron el frío en sudor, y el reflejo de sus espaldas arqueadas al sentir la lengua sobre la piel conformaban dibujos en la pared que bien podían ser extractos de los cuentos de Aspasia. Los mordiscos de amor desatado gritaban punzantes de deseo, y las lenguas se unían en un baile frenético para demostrar que siempre habían sido un solo ser.

Cuando los cuerpos se rindieron, abrazados, hablaron hasta muy tarde. A una de las muchas preguntas de Irene, Álex no respondió. Se había dormido. Ella aprovechó para mirarlo. Lo acarició y se dio cuenta de que jamás podría parar de hacerlo. Con cada roce, sentía que su propio ser reaccionaba como si ambos regresaran de un plácido espejismo. Todo su cuerpo deseaba que hubiera algo más, aparte de contarse sus ya conocidas vidas, pero fiel a su crónica contradicción, no estaba segura y pensó que quizás sería mejor dejar pasar el tiempo. Pensó en Miguel. En si él estaría de acuerdo en que ellos dos se quisieran. No veía por qué no, pero siempre era algo complicado. ¿Los estaría observando en ese momento desde el rincón oscuro de la habitación?

La penumbra se colaba en el dormitorio de Álex y a media luz Irene se observó la mano. La imagen era curiosa, y por un momento dudó de la realidad. Se quedó ensimismada en el contorno del brazo, fascinada por el contraste de su piel viva con la estancia que tan bien conocía, pero que tan lejos había estado siempre. Cada minuto que pasaba con Álex se preguntaba cómo podía descubrir a alguien años después de compartir toda su vida.

Irene saltó de la cama, se envolvió en una manta y cruzó el silencio

reinante hasta el pasillo en dirección al baño. Los sonidos quejosos de la madera mezclados con el frío la envolvían. Las sombras cubrían todo como si fueran un manto delicado que protegía los objetos de cualquier luz que los pudiera dañar. Caminó con pasitos rápidos, provocados más por su miedo y malestar que por su propia urgencia.

Al llegar a la escalera de caoba que bajaba hasta la majestuosa entrada, se detuvo. Miro abajo, a la oscuridad que cubría todo el piso inferior y engullía la mitad de la escalera. No podía apartar la vista de esos peldaños que entraban en la negrura más profunda. Tuvo miedo. Miedo a la soledad eterna. El débil sonido de unos pasos que se arrastraban por abajo resquebrajó el silencio. Y entonces, de la oscuridad más recóndita, apareció una mano que se sujetó al pasamanos de madera, luego, despacio, brotó el cuerpo entero. Irene tuvo que agarrar con fuerza la barandilla para no desvanecerse como su propio aliento. Étienne subía de escalón en escalón con mucho sufrimiento. Llevaba la cabeza gacha y se detenía unos segundos después de cada paso porque le faltaba el aire. Al tercer escalón, se detuvo definitivamente. Irene creyó escuchar su respiración cada vez más profunda, dolida, pero le era imposible hacer nada. Estaba aterrada. El hombre levantó la cabeza despacio, como si llevara a cabo un esfuerzo supremo, y cuando Irene esperaba ver odio en su mirada, la oscuridad desapareció. Toda la casa se iluminó del dorado reflejo del sol en los campos de trigo que la rodeaban. Las voces de las muchachas del servicio llenaron los pasillos con sus risas y donde había estado Étienne, ahora emergía la amplia sonrisa de Miguel que observaba fascinado los tapices que colgaban sobre la escalera, como hacía siempre que iba de visita.

Ella y Miguel habían estado en multitud de ocasiones en la mansión, pero su conocimiento de la casa se limitaba al salón, la biblioteca, y el dormitorio de Álex. Las pocas veces que su madre se encontraba en el pueblo, solía recibir a sus amistades en el enorme y recargado salón. Virgen santa, el servicio necesitaba toda una tarde hasta bien entrada la noche para limpiar esa estancia después de una simple velada, ¿lo recuerdas? Allí celebraban discretas reuniones envueltas en aroma de té verde, y en pocos días la mujer volvía a desaparecer por varios meses; alguna vez, incluso por más de un año. La biblioteca la conocía porque era donde, de pequeños, los tres solían pasar horas en busca de mapas de África para imaginar cómo sería encontrarse con un pigmeo mientras luchaban por sobrevivir a los leones de la sabana. Todo a escondidas de los padres de Álex y gracias al beneplácito del mayordomo, Modeste, ya que siempre, y aún no sabían el motivo, estos mostraban cierta animadversión por Irene.

¿De verdad que no sabías el motivo, Irene? Miguel era hijo de joyero y tú de nadie, así que, con toda seguridad, la explicación iba por ahí.

Una sirvienta apareció rauda y recogió la chaqueta de Miguel al tiempo que le hacía una ligera genuflexión. Sonrió a la chica, celebró su atención con una leve inclinación de cabeza, se acomodó el bigote y con cierta impaciencia se colocó los anteojos de lente redonda. Modeste apareció tras él. Miguel lo saludó sin perder la sonrisa de su cara. Subieron deprisa los escalones; juntos, como si fuera una carrera en la que, al final, Modeste siempre se rendía. Ella sabía que a Miguel le encantaba hacerlo desde que era niño, y el mayordomo aceptaba complacido el reto. Siempre le había gustado Modeste, tenía un porte magnífico, elegante, con una barba bien perfilada y de un blanco vivísimo. Pensó que en realidad tenía mejor planta que el padre de Álex y que este incluso se parecía más a él que a su propio padre, pero se guardaría muy mucho de manifestar jamás semejante idea.

Si tú supieras, dulce Irene. Si por un solo instante pudieras saber.

Al llegar al piso superior, Modeste se despidió con un ligero gesto de cabeza y se marchó por el lado opuesto de donde se encontraba ella. Miguel, en cambio, se detuvo a su lado. Era tan real que sintió unos deseos irrefrenables de abalanzarse sobre él, abrazarlo, rogarle que no se fuera, y sentir su cálida voz llamarla «vida» una vez más. La miró con ternura, y ella sintió un amor inmenso. Se acercó a él, y descubrió que lo que llamaba la atención de su amigo estaba colgado junto a ella. Se trataba del grotesco retrato del condotiero Federico da Montefeltro. A Miguel siempre le había fascinado el personaje de ese cuadro renacentista. Decía que era la confirmación de que el físico de la gente se transforma en lo que su interior rebosa. Como si cada uno de los poros del mercenario supurara hiel que moldeara su triste figura. El tal Federico se arrancó media nariz para ver mejor con el único ojo bueno que le quedaba. Es normal que alguien así fuera grotesco, y, sobre todo, poco de fiar. A Miguel le exasperaba que el padre de Álex lo admirarse por «humanista». «El tipo pagaba dotes a las hijas de los soldados muertos», decía, pero, según Miguel, todas sus guerras eran para que él tuviera más tierras.

Cómo odiaba esos sueños tan reales. En unos segundos se despertaría junto a Álex, todo quedaría difuso y solo recordaría algún detalle. Quiso aprovechar los pocos segundos que quedaban para observarlo. ¿Quién sabe cuándo podría verlo de nuevo?

—Te hemos querido, y no dejaremos de hacerlo nunca —le dijo. Se quedó en silencio junto a él. Esperó despertarse, pero nada cambió.

Fue solo un parpadeo, un segundo, y de repente todas las risas de las sirvientas callaron, la luz dorada dejó de entrar en la casa, y las sombras de la medianoche volvieron a poseer toda la mansión. No se había despertado junto a Álex, seguía de pie en el oscuro pasillo. «¿Qué demonios?», pensó. «¿Me he quedado dormida de pie?». Se moría de ganas de ir al baño.

Al regresar al dormitorio se acercó al enorme ventanal. Quería contemplar las montañas oscuras y ser cómplice de esas noches de campo. Esa parte de mundo que le había tocado vivir era bella y la llevaba bien adentro de su piel. Una luz verdosa en los bosques lejanos le llamó la atención. Era curiosa y lo bastante intensa como para alumbrar un buen grupo de árboles y hacerla visible desde tanta distancia.

—¿Has descubierto a la reina de las luciérnagas? —preguntó de pronto Álex.

—Las luciérnagas no tienen reina, tonto.

—¿Estás segura?

—Sí. ¿No duermes?

—Siempre me pasa igual. Me resisto a dormir, pero me encanta hacerlo hasta el punto de que me niego a salir de la cama. ¿Me hace eso ser un hipócrita?

Incluso medio dormido no dejaba de ser Álex.

—En serio. ¿Qué es esa luz? —preguntó Irene.

—Ni idea.

—¿No sientes curiosidad?

—No. ¿Para qué?

Irene se alejó del ventanal y se acurrucó junto a Álex.

—Si te pregunto algo, ¿te enfadarás?

—Das miedo —dijo Álex sin abrir los ojos—. Eso está al mismo nivel de «No te molestes conmigo, pero…» o lo que es mucho peor, «Sin ánimo de ofender»; «Sin ánimo de ofender, pero eres feo feo. Feo desde adentro, y no puedes hacer nada para evitarlo. Está grabado en tu piel». No es por nada, pero empezar una frase diciendo «Sin ánimo

de ofender» no te da derecho a llamar imbécil a alguien. Claro que tienes ánimo de ofender, ¡por supuesto que lo tienes!

—Te quiero, pero cuando quieres eres complicado.

—Lo siento. Va, pregunta.

—Que no.

Los dos entraron en un tira y afloja que se tornó en una cuerda corta y demasiado azucarada. Al final, entre risas, Irene se animó.

—Está bien —dijo Irene—. A veces pienso que no sé nada de ti pese a todos estos años. Únicamente quiero ayudarte, saber si estás bien. Te he visto pasarlo mal, solo. Álex, llamabas a tu madre mientras te golpeabas la cabeza.

Hubo silencio. Irene estudió el rostro de Álex que permanecía inmutable.

—Y —prosiguió—, ¿qué te ocurre cada vez que escuchas el nombre de la dama de blanco?

Irene se detuvo por un segundo. Esperaba una reacción iracunda de Álex, al menos tan airada como las anteriores, pero no, su rostro reflejó cierta gravedad, pero no perdió el control. Dio media vuelta en la cama y pareció ignorar la pregunta. Irene esperó con paciencia una respuesta que no llegaba.

—No sería buena idea ir al lugar donde encerrasteis a Étienne, ¿verdad? —insistió Irene.

Esta vez, Álex contestó al instante:

—No, no lo sería. Además, es peligroso. Quién sabe si decide regresar.

—Pero es que hay tantas preguntas sin respuesta. Quizás si vamos, encontremos indicios sobre su paradero. Yo que sé, pero algo tenemos que hacer —dijo Irene.

—¿De verdad quieres saber qué le ocurrió a Álex en Suiza?

***

Otoño de 1893. Suiza

El pequeño Álex miraba por la ventanilla del ostentoso carruaje, fascinado por el valle que contemplaba al otro lado del cristal. Las montañas se alzaban como gigantescas olas de un verde profundo y enérgico, coronadas ya por mantos de nieve que se confundían con las nubes de un cielo quebrado. Desde que habían cambiado de tren en Ginebra, no dejaba de contemplar los bosques y los escarpados picos, el gélido Ródano y las casas en las laderas de las montañas. Cuando el tren llegó a la pequeña estación de Saxon su abuelo lo cogió por el cuello sin mucha explicación, lo sacó a rastras y lo subió al carruaje. Viejo de figura huraña, se había sentado delante de él en silencio, tal como había hecho durante todo el viaje en tren desde Francia.

El abuelo dejó a un lado su bastón de ébano con empuñadura de plata y sacó de uno de sus bolsillos una pequeña bolsita de papel. La desenvolvió sin prisa, contempló el montoncito de dulces de grosella sin decidirse, hasta que al final cogió uno cualquiera y se lo llevó a la boca. Observó a Álex que lo seguía con la mirada desde que el ruido del papel le había llamado la atención. Impasible volvió a poner la bolsa de dulces en su bolsillo.

—Abuelo, ¿me da un dulce, por favor?

Este lo miró con esos ojos negros, profundos, sin mucha alma que descubrir.

—No, yo solo doy dulces a mis nietos.

—¿Yo no lo soy, abuelo? ¿No soy su nieto?

—No, no lo eres. Mis nietos solo son los hijos de mis hijas, los de mis hijos pueden ser de cualquiera. Y tú, no eres ni eso.

Álex no estaba muy seguro de haber comprendido aquellas palabras, y empezó a arrancar con la uña de su dedo índice un poquito del cuero negro que había libre en la base del cristal de la ventanilla.

—¿Vendrá a verme al colegio? —preguntó.

—¿Al colegio? ¿Eso te han dicho? ¡Ah! —soltó el anciano con desdén —. Tengo mejores cosas que hacer.

—Entonces, ¿quién vendrá a verme?

—Alguien irá. Y deja ya de hacer preguntas, aún hablas demasiado para mi gusto —sentenció el viejo.

Álex obedeció. Ni siquiera se dio la vuelta una vez más para contemplar a su abuelo. Estaba solo. Él y las montañas ahí fuera.

Una hora después de dejar la estación de Saxon y transitar por caminos perdidos en la memoria, desde la fría ventanilla observó un puente de piedra, de poco más de dos metros de altura, con una barandilla maciza que apenas llegaba a la mitad de la rueda del carruaje. Por debajo corría un mísero e indolente arroyo. Siempre sorprendía a los viajeros que llegaban a tan remoto lugar, un puente tan sólido para tan poca agua. Cualquier carro hubiera podido cruzarlo sin el mínimo apuro, y por supuesto sin necesidad de ningún puente. Álex no quiso fijarse en la enorme verja de hierro y los altísimos muros que había más allá, justo donde el camino se detenía para todo el mundo y en especial para él. Quería mostrarle a su abuelo un bellísimo zorro de un blanco insultante que se había acercado al arroyo sediento de agua helada. El animal extrañamente confiado hizo ademán de beber, pero se alzó majestuoso para observar el carruaje cruzar el puente. Álex estuvo a punto de abrir la boca, de contarle a su abuelo la preciosidad que había visto, pero al darse de bruces con la realidad del rostro amargo del anciano, decidió guardárselo para él. Además, el zorro ya no estaba.

Un hombre gordo hasta la extenuación, enfundado en una chaqueta roída por algo más que el tiempo, abrió la verja con esfuerzo sin levantar la vista. El carruaje siguió entonces un camino de tierra mustia, rodeado por hayas desnudas, algunas de las cuales, con su tronco encorvado, reposaban sobre un pequeño canal que cruzaba la propiedad. El carruaje se detuvo y Álex observó el edificio con detenimiento. El colegio era tan frío y duro como la tierra sobre la que se alzaba. La puerta del carruaje se abrió y una cara vivaracha y rosada que se escondía tras un larguísimo y tupido bigote cubrió la poca luz que había entrado en el habitáculo.

—Hola —dijo el hombre arrastrando las vocales hasta convertir el saludo en canción—. Bienvenido. Tú debes ser Alexander. ¿Me equivoco? —prosiguió—. Mi nombre es monsieur Adolphe Ferrec.

—Vamos, baja de una vez —ordenó el abuelo mientras empujaba al pequeño con una mano—. Y que te diviertas en tu colegio.

Álex descendió con dificultad. El cochero dejó a sus pies una pequeña maleta de cuero viejo en la que Albine, una de las domésticas, le había

puesto un poco de ropa doblada con cariño. Álex sintió frío, mucho frío. ¿Por qué tenía tanto frío? Tomó la maleta y acompañó a monsieur Ferrec hacía el interior del colegio.

Quiso volverse para ver a su abuelo, pero solo alcanzó a distinguir el destello del mango plateado del bastón cuando golpeaba el techo para apremiar al cochero. El carruaje se fue por el camino de las hayas hasta que se perdió más allá del puente.

Álex siguió a monsieur Ferrec, y se detuvo antes de subir los largos escalones de piedra que daban a una doble puerta blanca. El pequeño pronto notó la falta de calor en ella. Observó las dos torres de tejados en pico que la franqueaban. A juzgar por el número de ventanas, el colegio disponía de cuatro pisos. Muchas ventanas mermadas por el tiempo, estrechas y delgadas, igual de blancas que las puertas, rodeaban el edificio. En la planta baja, enormes ventanales enrejados observaban todo lo que ocurría en el exterior, del mismo modo que una larga hilera de tragaluces arqueados a pie del suelo y que, con toda probabilidad, daban a los almacenes y la cocina. El entumecido edificio no llamó tanto la atención del niño como lo apacible y solitario que parecía todo. «¿Por qué no hay niños corriendo y jugando?», se preguntó.

Monsieur Ferrec lo tomó por el hombro con delicadeza y lo acompañó al interior. Allí vio cómo una enfermera ayudaba a subir las escaleras a una anciana enfundada en un camisón de lino de un blanco roto como su misma figura.

Álex miró a su alrededor, buscaba pistas, o si podía ser, una mirada cómplice, pero no encontró nada de nada. Al llegar al final del pasillo, el hombre abrió una puerta verde como un pantano en otoño, con vidrio glaseado donde una cortina cristalizaba el nombre de Ferrec. Invitó a Álex a pasar al despacho, y le pidió que se sentara en una incómoda silla de madera frente a su mesa. El pequeño estudió el lugar sin abrir la boca. El enorme ventanal enrejado desde el exterior iluminaba las estanterías repletas de libros que ocupaban las paredes laterales. En la repisa superior, un pequeño gorrión de alas pardas disecado luchaba por alzar un vuelo que le sacara de esa prisión.

Monsieur Ferrec se sentó en una esquina de la mesa, la punta de uno de sus zapatos acariciaba el suelo y observó al pequeño durante unos segundos eternos.

—Bien… bien, Alexander. ¿Sabes por qué estás aquí? —preguntó Ferrec.

—Para estudiar —apuntó el joven con timidez.

—Sí, por supuesto. Esto no es… —vaciló—, exactamente un colegio, pese a que tendrás tutores que vendrán a enseñarte las materias a ti solo, según indicaciones de tus padres. —Se detuvo un segundo, parecía estudiar los vivos ojos del pequeño que le escrutaban con atención—. No sueles hablar mucho, ¿verdad Alexander? Me refiero a hablar con la gente que está cerca de ti, tus padres, en la escuela, en cualquier lado.

El pequeño no acababa de entender lo que monsieur Ferrec trataba de decir.

—Mira —prosiguió—, tus padres están muy preocupados, me han contado que te pasas días enteros sin hablar con nadie, mirando fijamente una pared o algún objeto. Otras veces, comentan que hablas sobre gente que no existe; que estas horas en silencio y que de repente lloras por cosas que no han ocurrido jamás. Cuéntame, ¿qué piensas cuando estás así?

—No lo sé —respondió Álex encogiéndose de hombros.

—Aquí trataremos de ayudarte. Ya verás cómo después de un tiempo te sentirás mucho mejor y querrás hablar con todo el mundo. —Ferrec rio su forzada gracia mientras que de un saltito bajó de la mesa y se acercó para observar los ojos del pequeño—. Dime una cosa, Alexander, ¿recuerdas qué pensaste cuando conociste a tus padres?

Álex aún no estaba en edad de lamentar los comportamientos absurdos de la gente, pero estuvo muy cerca de tomar a monsieur Ferrec por un loco.

—No. No recuerdo cuando los conocí —balbuceó intranquilo.

—No te preocupes, todo va a salir bien. El aire fluye limpio por todo el valle hasta aquí, y es capaz de curar hasta el más profundo de los males —señaló Ferrec satisfecho—. Sin embargo, requiere sacrificio por parte de todos, y en especial de ti. Sin sacrificio no hay bondad y sin bondad nada tiene sentido bajo el cielo.

—¿Qué males, señor? —preguntó Álex.

—Todos los de aquí y los de aquí también —dijo mientras se golpeaba el pecho y señalaba la sien con dos dedos—. Dime, Alexander, si a ti te doliese mucho la cabeza y de repente te golpeásemos un dedo con un martillo, ¿qué te dolería más?

—¿El dedo?

—¡Exacto! —exclamó el doctor triunfante—. ¿Y qué ocurriría con el dolor de cabeza?

—No lo sé.

—Pues que te olvidarías de él, Alexander. ¡Desaparecería del todo en poco tiempo! No es que te demos literalmente con un martillo en el dedo, por supuesto —se rio—, pero tenemos nuestros métodos para hacer que todo sea mucho más productivo, tanto para el paciente como para nosotros. Así que pronto estarás curado.

A Álex no le interesaba demasiado toda esa cháchara. Se sentía herido y humillado. Él nunca hubiera protestado, lo llevaran donde lo llevaran, así que no entendía esa necesidad de mentirle. Supuso que los adultos necesitaban mentir para no afrontar el dolor que podían causar, como si engañar invalidara todo lo que ocurría con posterioridad. Así lograban que el árbol que caía en mitad del bosque no existiera, solo porque lo hacía a cientos de kilómetros, más allá de donde alcanza la vista. Pues existe, igual que él también existía y estaba en un frío despacho de un irreconocible lugar entre las montañas.

—¿Cuándo?

—¿Qué? —preguntó Ferrec sorprendido mientras se dirigía a la puerta.

—¿Cuándo podré regresar a casa?

El semblante del doctor Ferrec cambió como una mañana de primavera en los Alpes; su rostro sereno y afable dibujó de pronto una gravedad desproporcionada.

—Ni antes de que estés curado, ni después. No quieras correr antes de empezar a andar. ¡Señorita Evangeline! —gritó el doctor sin obtener respuesta—. Por el amor de Dios, nunca hay nadie cuando se le necesita. ¡Señorita Evangeline! —gritó de nuevo, y esta vez se escucharon unos urgentes tacones que resonaban por todo el pasillo.

A Alex le pareció que la puerta se abría con temor.

—¿Sí, doctor? —preguntó Evangeline ansiosa.

Si su nombre destilaba delicadez y elegancia, hacía años que había

sido invadido por un cabello marchito como ramas junto al mar Muerto. De mediana edad, Evangeline tenía un rostro duro, rígido por afrontar interminables inviernos y sus caderas sobresalían rebeldes de su frágil cuerpecito.

—Lleve a Alexander a su estancia, deje sus cosas y baje a darle un baño tranquilizante. Le sentará bien —apuntó Ferrec.

—Enseguida, doctor. ¿A qué esperas, chico? Vamos, un poco de energía.

Álex se levantó sin abrir la boca y salió detrás de Evangeline que enfilaba decidida de nuevo en dirección al pasillo. Pero la mujer se detuvo en seco, tan de repente, que Álex estuvo a punto de darse de bruces contra su enorme trasero.

—¿Qué haces? Esto no es un hotel, chico. Aquí nadie te va a subir la maleta —señaló la mujer.

Álex dio media vuelta, cogió su vieja maleta y siguió a Evangeline, que no había perdido un segundo en esperarlo. El paseo hasta su habitación era descorazonador. Subieron dos pisos por una eterna escalera. Todo a su alrededor era frío y gris. No había nadie en los pasillos que alcanzó a ver en la primera planta, pero al iniciar el camino hacia la segunda, escuchó un horrible grito de dolor. Álex se detuvo en la escalera, pero continuó al observar que Evangeline no se detenía. Los gritos de dolor seguían. «Por todas las casas de Dios, parad, por favor. ¿Por qué me hacéis esto? ¿Por qué me hacéis esto?», chillaba una mujer.

Ya en la segunda planta, al acercarse a la puerta donde ocurría todo, esta se abrió de golpe y dos enfermeras mucho más jóvenes que Evangeline salieron del interior a toda prisa. La primera con un bote de polvo de cantárida en una mano y un raspador en la otra. Las prisas estaban justificadas, ya que tras ellas salió despedida una bandeja de metal con zanahorias cocidas y sopa de pollo que se estampó contra la puerta de la habitación de enfrente y cayó con un penetrante tintineo. En un instante, otra voz de mujer que provenía de la habitación golpeada empezó a chillar, y pronto todo el pasillo gritó horrorizando al pequeño.

—Vamos, no te detengas —ordenó Evangeline mientras abría la puerta de la habitación contigua.

Pero Álex se paró en seco y observó a la mujer que acababa de lanzar la bandeja. Estaba desolada en su vetusto camisón, con los pies en el

suelo y el cuerpo de lado tumbado sobre su cama. Lloraba desconsolada. Su aliento surcaba la insuficiente manta escocesa que cubría el lecho y su brazo reposaba flácido, casi en carne viva. A Álex le dio una lástima terrible aquella mujer. Aún era joven, de piel morena y unos cabellos rizados y negros como una noche en los Pirineos que le caían sobre los hombros. El dolor y el llanto habían dejado sus implacables huellas en el rostro. Su brazo debía doler y parecía estar tan sola como él. «Por favor, que pase ligera mi maldita enfermedad», pensó Álex. La mujer se incorporó y, al verlo, dejó caer por sus labios la sonrisa más amarga que había visto nunca.

—¡Te he dicho que no te detengas! —apremió Evangeline.

Álex dio un respingo y entró a toda prisa en la habitación que Evangeline le indicaba. Contempló aterrado como la estancia parecía mucho más pequeña una vez dentro. Lo único que había en ella era una maltrecha cama y un frágil ropero de un color verde apagado. Una ventanita estrecha parecía ahogar la luz en lugar de buscar que entrase en el dormitorio.

Evangeline se dirigió decidida al ropero, lo abrió con fuerza y sin miramientos sacó un camisón de lino.

—Esto no te va a ir bien —dijo al comprobar el tamaño de la prenda —. Da igual, cuando subamos ya te arreglaremos algo. Deja tus cosas en el armario y vamos. Aligera, que no tengo todo el día para andar detrás de ti.

Álex obedeció sin rechistar, sacó la poca ropa que tenía preparada en su maleta y la depositó lo mejor que pudo en las estanterías del ropero. Bajaron los dos, y se perdieron entre oscuros y pulidos pasillos hasta que llegaron a una sala con hileras de puertas numeradas. Evangeline abrió una y mostró un pequeño receptáculo con una minúscula rejilla en el suelo.

—Desnúdate —mandó la mujer.

Álex se quedó mirándola como si él fuese un simple espectador de la orden que había acabado de recibir.

—Te he dicho que no tengo todo el día —apremió y empezó a quitarle la ropa al pequeño—. ¡Ahora entra ahí!

Álex comenzó a temblar. Hacía tanto frío. Pero al final entró despacito, empujado por la mujer.

—Ponte de rodillas con los brazos en cruz y la cabeza gacha.

El suelo estaba helado, pero obedeció. Evangeline cerró la puerta con fuerza. A Álex solo le llegó una mísera salpicadura de luz por la ínfima rendija que dejaba la puerta en su parte inferior. La mujer se dirigió a una esquina de la sala, llena de palancas también numeradas, ordenó al pequeño que no se moviera y tiró con fuerza hacia abajo la número tres.

Una cisterna se abrió sobre él, y decenas de litros de agua helada le cayeron de golpe sobre la piel. Álex creyó morir. Su grito se congeló en su interior y cuando llegó a la boca no era más que un simple lamento.

Varios minutos después Evangeline abrió la puerta con una toalla en su mano. Álex estaba acurrucado en una esquina, trataba de protegerse del frío. Tiritaba y, al ver la oscura figura de contorno iluminado en la puerta, tan solo alcanzó a decir: «¿Mamá?».

***

La primera noche fue desgarradora. El sonido del viento al golpear los árboles en la cruda oscuridad lo aterrorizaba. Tenía mucho frío, se había envuelto en las mantas, pero no eran suficientes y cada movimiento de sus pequeños pies por dentro de la cama era un puñal helado. El pobre muchacho decidió no moverse más. No se encontraba bien y tan solo algún grito y una risa descontrolada en una habitación cercana le recordaba que no volvía a estar solo. Su cabello aún estaba mojado del baño relajante, y sentía cómo la fría garra de las minúsculas gotitas se le colaba hasta los huesos. En sus solitarios pensamientos le pareció escuchar una voz de mujer. Al principio era profunda, reconocible pero infinitamente recóndita. Poco a poco, se fue haciendo cálida y más cercana, hasta que abrió los ojos, entonces la oscuridad de la estancia lo visitó y la voz se hizo audible.

—Oye, chico, ¿puedes oírme?

Álex aun tardó unos segundos en cerciorarse de que la voz era real y que venía de la habitación contigua. Primero, asintió con la cabeza. Cuando se dio cuenta de la tontería contestó un «sí» tan débil que ni él mismo pudo escucharlo con claridad.

—¿Chico? —insistió la mujer.

—Sí —contestó.

—¿Cómo te llamas?

—Álex.

—¿Álex qué más?

A Álex no le quedaban fuerzas para luchar. «¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Para qué?», pensó en completo silencio. Notó un dolor punzante en la punta de sus dedos. Su cuerpo empezó a tiritar sin poder controlarse.

—Está bien, no importa. No quise asustarte cuando llegaste, perdóname, ¿quieres? No tengo muchos amigos aquí. ¿Quieres ser mi amigo, Álex?

—Tengo frío. Tengo mucho frío. ¿Qué he hecho mal? —preguntó.

Pero el pequeño ya no podía continuar. Sollozaba acurrucado en su cama.

—¡Werner! —gritó la mujer mientras golpeaba la puerta de su habitación—. ¿Dónde estás? ¡Werner! Jodido gordo, no me lo quito de la espalda y ahora no aparece. ¡Ven de una maldita vez!

Los gritos de la mujer despertaron a las pacientes de las otras habitaciones, a juzgar por los quejidos que empezaron a llenar el pasillo. Álex pudo escuchar unos pasos cansados, como si levantar los pies fuese una tarea demasiado titánica. Los pasos se detuvieron.

—¿Quieres callarte, puta loca? —dijo una aguda y cortante voz masculina.

—¡Abre de una vez!

El hombre abrió la puerta con dificultad, y Álex escuchó una breve discusión. No pudo entender de qué hablaban, pero al poco tiempo todo quedó en silencio. Se asustó cuando los pasos se detuvieron frente a su puerta y la llave luchó por entrar. Con un quejido más suave que el dolor de algunas personas cercanas, la puerta se abrió lo suficiente como para dejar ver un rostro embutido en años de comida grasienta. La tenue iluminación del pasillo entró con él. «Un poco de luz para matar el frío», pensó Álex sin querer mirar fijamente al

hombre. Este le tiró una manta y cerró la puerta bruscamente. Los siguientes minutos fueron cubiertos por golpes y gritos desgarradores en la habitación contigua mientras las risotadas del hombre se adentraban en su cabecita para no irse jamás. Poco después, un portazo, silencio, y de nuevo los amenazantes pasos, pero esta vez, se alejaron hasta perderse.

Álex se quedó inmóvil unos minutos, pero estaba deseoso de saber el estado de su nueva amiga. Iba a llamarla, pero en ese instante se dio cuenta de que no sabía su nombre.

—¿Hola? —dijo alzando un poco la voz.

No hubo respuesta. Tan solo un suave sollozo. No podía asegurar su procedencia.

—¿Hola? —repitió.

—Álex, cariño, ¿estás mejor? —dijo la mujer con voz entrecortada.

—Sí, señora.

—¿Ya no tienes frío?

—No, ya no. Estoy bien, gracias.

—Me alegro, cielo. Intenta dormir un poco, mañana nos veremos en el jardín. ¿Te apetece?

—¿Cómo se llama?

—Gianira. Me llamo Gianira. ¿Te gusta?

—Sí, mucho.

Era el nombre más lindo que había escuchado. Jamás se le iba a olvidar.

***

Evangeline golpeó la puerta de la habitación con fuerza, casi con furia. Con sus gritos hizo saber a toda Suiza que tocaba levantarse. Álex abrió los ojos y se encontró cercado por una oscuridad

abrumadora que amenazaba con no dejarlo de abrazar jamás. Por la minúscula ventanita pudo apreciar que todavía era de noche en el exterior. Aún tenía ese frío terrible que no podía quitarse de encima desde que llegó. Se levantó deprisa y, sin apenas tocar el suelo con sus pies desnudos, se dirigió al armario. Al abrirlo, la puertecilla soltó un quejido que se le antojó tan gélido como todo lo que le rodeaba. Se vistió temeroso de que la enfermera no lo encontrase listo. Al acabar, estuvo un buen rato observando la puerta. Pensaba que en cualquier momento entraría Evangeline como un elefante desbocado y lo llevaría adonde quiera que lleven a los niños con frío. Se quedó quieto, temblando, pero no ocurrió nada. Nadie abrió la puerta, ni lo vino a buscar para nada. Transcurrieron los minutos y lo único que consiguió fue cansarse, así que se sentó en el borde de la cama y no apartó la vista de la oscura pared que, pese a estar vieja y golpeada, le devolvió la mirada. ¿Cuántos niños como Álex habrían visto esa dichosa pared? Si lo deseara con mucha fuerza, ¿su mano podría atravesarla y tocar a Gianira?

Pasó el tiempo, el sol ya saludaba con timidez por la ventana e iluminaba a duras penas la habitación. Escuchó el ruido de llaves en su puerta y esta se abrió con un molesto chasquido.

—¡Desayuno! —gritó una joven enfermera que dejó una bandeja con un cuenco de leche y pan de centeno.

Álex aún estuvo un rato sin apartar la vista de la pared. Se sentía débil, aunque no tenía hambre. Tenía frío, eso sí, pero de hambre nada de nada. De pronto tuvo miedo que Evangeline lo llevara de nuevo a la ducha relajante si no se tomaba el desayuno. Se acercó y para su sorpresa descubrió que la leche no era líquida, tenía grumos. La olió y el fuerte aroma rancio le hizo apartar la naricilla. Cogió la cuchara y humedeció la punta. Cerró los ojos y se la tomó. Era el peor desayuno que podía recordar. Cortó un pedazo de pan con sus manitas y lo hundió en la leche. Tenía arcadas después de cada mordisco, pero se lo comió entre imágenes de Miguel e Irene, y de un montón de gente que no conocía. Estaba mala. No quería regresar al baño tranquilizante.

Una hora más tarde lo vinieron a buscar, le entregaron un lápiz y un cuaderno, y lo llevaron hasta una minúscula habitación sin ventanas, con un pequeño fregadero en un rincón cuyo grifo no dejaba de gotear con una sincronía desacompasada. En el centro había una mesa cuadrada de patas no más gruesas que unos alambres y una silla verde que apenas levantaba un par de palmos del suelo. Álex se sentó en ella, de cara a la puerta abierta de par en par que daba a un largo y

mal iluminado pasillo. Se sentía ridículo. La silla era tan baja que su mentón descansaba sobre la mesa. Con esfuerzo abrió el cuaderno en blanco y escribió su nombre, con formas redondeadas como si la primera letra fuera una montaña cubierta de hierba fresca por la que sería agradable deslizarse. Tenía frío, sus manitas estaban heladas y presionaba el lápiz con toda la fuerza que podía para que la sangre acumulada le proporcionara calor. Pero cuando no podía más y abría la mano, le entraba un frescor tan desagradable que decidió no hacerlo más. En la esquina junto a la puerta de entrada habían puesto una pequeña pizarra sujeta con un trípode de madera que apenas permitía escribir más de tres palabras por línea.

El eco de unos pasos lejanos llamó su atención. Por el pasillo se acercaba una figura oscura de cuerpo enclenque. El hombre pasaba de la cincuentena, y apenas le quedaba una brizna de cabello rizado sobre las orejas que alargaba con unas frondosas patillas. Caminaba de una manera peculiar, con rapidez, pero su cuerpo descendía y se alzaba con cada paso que daba como la cáscara de una nuez en el mar. A Álex le hizo gracia, no sabía el motivo, quizá le pareció los andares de un pato. Y era raro porque sabía que los patos andaban de una forma muy diferente. Al entrar en la habitación, el hombre cerró la puerta de golpe. Tan pronto lo hizo comprobó el tamaño del habitáculo donde se encontraba y protestó.

—Pero ¿aquí se supone que debemos impartir las clases? Si no hay ni una silla para mí.

El hombre observó con detenimiento a Álex que no le quitaba la vista de encima. Se acercó al pequeño y se quedó a escasos centímetros de su cara.

—¡¡¡A-le-xan-deeeer, holaaaaa!!! Me llamoooo Ottooo In-gers-le-beeeen. ¡¡¡Ottoooo In-gers-le-beeeeen!!! —repitió remarcando las sílabas.

—Yooo, Áleeeeex.

—¡¡¡Sí, lo sééééééé!!!

—¿Por qué me gri-taaaa?

La puerta del cuartucho se abrió de golpe y mostró la voluminosa figura de Evangeline.

—Disculpe, señor Ingersleben —intervino la enfermera—. Chico, ¿qué te dije anoche? Esto no es un hotel, y aquí, si no te faltan los brazos,

tienes que hacerte la cama. ¿Te faltan los brazos, Alexander?

Qué feo sonaba ese Alexander de la boca de Evangeline. No podía dejar de mirar a esa extraña mujer.

—Con-tes-taaaa a la se-ño-ri-taaaa E-van-ge-liiiii-ne, A-le-xan-deeer.

Evangeline miró al profesor con cara de profundo desprecio.

—¿Por qué demonios le habla así?

—¿Me entiende si hablo normal? —preguntó el profesor.

—Pues claro —señaló Evangeline.

Ingersleben pareció contrariado. Lo cierto es que su francés era metálico y agrietado, señal de su origen austriaco, pero sí, podía entenderlo.

—¿Seguro? Ay, no sé, tiene una cara así como un poco rara —añadió Ingersleben.

La enfermera ni le contestó, dio media vuelta y se fue tan rauda como una tormenta de verano en Port-Vendres.

Después de la clase, salió al jardín. El débil sol caía sobre los árboles y hacía el clima un poco más agradable. Un par de enfermeras sentadas en uno de los bancos de madera cuchicheaban y reían despreocupadas mientras que su paciente, una mujer de edad avanzada, dormía ajena al tumulto. Álex pasó junto a ellas sin levantar la mirada, caminó hasta un pequeño muro de piedra que rodeaba un pequeño estanque de tierra y se sentó con la espalda contra él. Contempló fascinado el reflejo ocre de las hayas en el canal.

—¿Puedo hacerte compañía? —preguntó una mujer.

Álex la observó con cierta preocupación. Su cara era extraña y reconocible a la vez, como una madre que por fin te viene a visitar al hospicio después de doce años. La mujer no esperó respuesta y se sentó junto a él. Era la muchacha con el brazo en carne viva que vio al llegar a este lugar. Llevaba un vestido blanco a diferencia de la mayoría de las pacientes. En su brazo izquierdo, podían verse gotitas de sangre que salpicaban con sutileza el pálido vestido, justo donde tenía la herida. Su piel morena había perdido el encanto del sol y había tomado un incierto color amarillento. Era Gianira.

—¿Has desayunado?

Álex asintió.

—Asqueroso, ¿verdad? Es leche agria de cabra. Cosas de Ferrec. Dice que la leche de vaca no es sana porque es un animal perezoso que se pasa la vida pastando y durmiendo. Que nada bueno puede salir de ahí. La cabra, en cambio, no para quieta. Se supone que tomar leche de cabra nos animará y ayudará a que no nos quedemos comiendo hierba en los montes igual que las vacas. Menudo idiota.

—¿Duele? —preguntó Álex señalándole el brazo.

—Un poco. ¿Puedo abrazarte?

Álex se encogió de hombros. Gianira se sentó más a gusto y subió sus pies al muro.

—Ven.

El chico se subió al muro y Gianira lo sentó delante de ella abrazándolo por la espalda. Se sintió reconfortado por primera vez en días. Mentira: se sintió reconfortado por primera vez en su vida. Esa mujer iba a cuidarlo, se encargaría de que no le pasara nada. Quería estar con ella, quizás podría regresar a Céret con él. Se lo preguntaría a su padre, aunque ya conocía la respuesta. La mujer quiso informarse sobre su vida en el pueblo, sobre sus amigos y cómo se sentía con ellos. Gianira le acarició el cabello por la nuca, provocándole destellos de escalofríos. Le gustaba, pero se preguntaba por qué lo hacía.

—¿Tengo piojos?

—¿Qué? ¡Tú no tienes piojos! —exclamó, y le dio un beso en la nuca.

Le apetecía sonreír, por la caricia del sol y por la mano de Gianira. La gente buena debería poder detener el tiempo para poder disfrutar de su compañía.

—Alexander, ven conmigo, por favor —dijo una enfermera de mediana edad y de sonrisa amarga que apareció de la nada. La acompañaba Werner, con una sufrida camisa sujeta en sus pantalones que trataba de liberarse de su oronda panza. No era muy alto, pero intimidaba—. ¡Alexander! —repitió la enfermera.

Álex buscó con su mirada a Gianira, esperaba una indicación de lo que debía hacer. Un abrazo aún más fuerte fue la señal de que le

importaba.

—Alexander, ¡haz el favor! —gritó la enfermera con más fuerza.

—Es solo un niño. Pero ¿qué os pasa? —chilló Gianira.

La enfermera tomó a Álex por el brazo y lo estiró con agresividad. Gianira no dejaba de abrazarlo mientras protestaba con la energía de diez mil soles. De repente, Werner cogió a Gianira por su brazo herido y lo apretó con tanta fuerza que la sangre volvió a manchar su inmaculado color blanco. La mujer gritó de dolor y soltó sin resistencia al pequeño, momento que aprovechó la enfermera para salir de allí a toda prisa con Álex a rastras. Mientras lo llevaban a una nueva ducha tranquilizante pudo ver a Werner diciéndole algo al oído a Gianira, pero ella solo lloraba de dolor.

Después del agua helada no se tranquilizó, en realidad no se sentía como él mismo. Tenía tanto frío que no le importó que lo ataran a una silla. No podía pensar y eso le quitaba las pocas ganas de hablar que pudiera tener. Solo quería quitarse el frío de encima. El doctor Ferrec protestó por su actitud. No entendía por qué no hablaba en ese momento. Utilizó campanas a su alrededor, le pinchaba los dedos del pie con alfileres, le hizo oler un vapor que lo ahogaba, pero sin éxito. No quería ni hablar ni escuchar, tan solo quería una manta.

Esa noche Gianira lo llamó un par de veces, pero él siguió en silencio. Tenía frío e imaginó su vida en un pequeño comedor junto a una chimenea donde una llama deslumbrante devoraba un par de troncos. Sus padres, no los suyos reales, sino unos padres buenos, estaban junto a él. Su madre le contaba una bella historia mientras le ofrecía galletas de jengibre y su padre en batín leía un libro de aventuras sin quitarse la pipa de la boca en horas.

—Sé que tienes frío y estás asustado, cielo —dijo Gianira desde la habitación contigua—. Por las noches, cuando tengas mucho miedo, mira por la ventana hacia el valle. Verás infinidad de lucecillas que se mueven por los caminos. Son las luciérnagas de los bosques helados. Se dice que acompañan a la gente por los caminos de los sueños, como un farolillo. Esas vienen desde el cementerio de Schaffhausen, lejos de aquí, muy lejos. En su interior llevan los sueños brillantes de los que fueron y ya no podrán soñar más. No se puede perder ni uno de los sueños.

Álex pensó que tendría noches enteras para ver a las luciérnagas, incluso sueños en los que podría seguir su estela de luz, pero en ese

momento, únicamente tenía fuerzas para acurrucarse y soñar con los dorados campos de trigo que rodeaban su hogar en Céret.

Al día siguiente, el sol se coló por el valle hasta el jardín. No podía luchar contra las sombras que abrazaban todavía el suelo helado, pero el roce en la piel era agradable. Tan pronto salió de la clase, buscó a Gianira. La encontró junto al canal. Tiraba piedrecitas, como si fuera una chiquilla, a las hojas secas que navegaban por él. Al verlo, dejó su juego, se levantó de inmediato y se sacudió la tierra y la hierba del vestido. Su rostro mostró tal alegría que Álex no pudo esconder una amplia sonrisa. Cuando la tuvo a pocos centímetros se asustó: su mejilla izquierda lucía un enorme moratón y tenía el ojo bañado en sangre. A Álex se le borró la sonrisa de inmediato y con su manita trató de acariciar la mejilla de Gianira. Ella le sonrió y soltó un delicado quejido. «Dulce dolor para no asustar a un niño», pensó Álex.

—¿Duele?

Ella se rio despreocupada.

—Soy un desastre si cada vez que nos vemos me tienes que preguntar lo mismo.

Álex no dijo nada, solo la observó. Se sentó con ella junto al canal. Gianira lo tomó del hombro, lo atrajo hacia ella y le dio un sonoro beso en la nuca. Lo abrazó para que no tuviera frío, y respiraron juntos los rayos del amable sol. Estuvieron un buen rato así, sintiéndose. Álex jamás había tenido a nadie que lo abrazara. Su madre le decía que abrazarse únicamente provocaba que las enfermedades se propagaran con más rapidez. En las contadas ocasiones que estaba en casa, para darle las buenas noches le pedía que se acercara. Cuando lo tenía a un metro le plantaba la palma de su mano delante de su cara para que se detuviera, le mandaba un beso con dos dedos sin ni siquiera mirarlo y adiós muy buenas. Gianira tenía un olor especial, olor a madre buena, olor a días sin frío y brisa marina, olor a alguien que te espera en casa solo porque te quiere, por nada más. Le contó que ella vivía en una lejana montaña desde donde se podían ver todos y cada uno de los sueños de la gente, cerca del valle de Barun. Nunca bajaba a nuestro mundo si no era por alguien especial. A veces a enmendar un error, porque los cometía y muchos. Sin darse cuenta, pronto se encontraba de viaje por toda la tierra en busca de una solución. No siempre podía arreglar el aprieto y por sus errores muchos sufrían. Llevaba siglos viendo sufrir por su culpa y ya no estaba segura de poder aguantar mucho más.

No había pasado una hora cuando Werner y la joven enfermera fueron a buscar a Álex. Gianira empezó como el día anterior, a gritarles e insultarlos, el pequeño se levantó, la miró con ternura, le dio un beso en la mejilla y se fue con ellos sin rechistar. De camino al baño tranquilizante echó la vista atrás, Gianira con el rostro compungido lo despedía abriendo y cerrando cariñosamente su mano con rapidez, mientras con la otra rodeaba su estómago con fuerza.

Las gotitas de agua helada que todavía caían por su cuello entraban por el fino batín, empapándolo. Cada vez que respiraba, su piel contactaba con alguna parte de la tela mojada que se le clavaba como un puñal. Ferrec dio un par de vueltas a la silla de Álex. Empezó a hacerle preguntas sin sentido, sobre de qué color veía a la gente cuando se enfadaba, o el sabor de las fresas si no había hablado con nadie en todo el día: «¿Te saben amargas o ácidas?», preguntaba. Álex no sabía qué responder, así que no decía nada. Ferrec se exasperaba, y él tenía ganas de llorar. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no podía, tan solo se encogía de hombros.

Intentaba contar los días sin darse cuenta de que ya contaba meses y allí seguía. Él y el frío. Salía de las clases de Ingersleben a toda prisa con la única ilusión de encontrarse con Gianira. Los pocos minutos que podía estar con ella al día eran su pequeño oasis entre las horas de puro frío y desconcierto. Algunos días no pronunciaba palabra alguna, solo lo abrazaba y, como mucho, tatareaba una canción en su oído que hablaba de caminos que cruzaban selvas espesas y mares embravecidos. Otros días no paraba de hablar sobre personas que recorrían el mundo en busca de una parte de ellos mismos perdida tiempo atrás, hasta que se lo llevaban de nuevo para el maldito baño relajante. Werner siempre andaba cerca, su viscosa piel sudaba, aunque estuvieran bajo cero. El hombre se quedaba de pie, mirando desde una distancia prudencial a Gianira. Ella le sostenía la mirada desafiante y él respondía con una sonrisa burlona. La última vez que se quejó del comportamiento de Werner la ataron a la cama, le embadurnaron todo el labio superior con mostaza y le cubrieron la cabeza con un saco espolvoreado con jengibre azul. Quedó conmocionada por la falta de aire puro y por el olor intenso. Un triunfo para Ferrec. La pobre mujer estuvo días con los pulmones irritados.

Una mañana, Gianira se encontraba sentada bajo una de las hayas, descalza pese al frío que devoraba las pieles más osadas. Abrazaba con fuerza sus rodillas, que parecían las únicas aliadas en ese espeso lugar. Tenía moratones por todas sus piernas y unas quemaduras con forma de aros que le rodeaban los tobillos. Álex se sentó junto a ella, con su

espalda apoyada en el costado de Gianira que, pronto, lo rodeó con el brazo y lo besó en la nuca como hacía siempre.

—¿Estás bien, cielo?

Álex no quería contestar, solo estar con ella. Sabía que le dolía todo aquello, así que no se lo iba a preguntar más. En verdad no le apetecía hablar, quería escucharla, oír sus historias mientras navegaba por encima de esa voz dulce y pausada. La cara del pequeño no lo reflejaba, pero por dentro era feliz.

—Tienes que sonreír, cariño. ¿Me entiendes? Tienes que sonreír y hablar, aunque sean tonterías, o jamás saldrás de aquí.

El chico dudó si romper el hechizo en el que se encontraba, y decidió que si había alguien en este mundo que se merecía que no la ignorasen, era ella.

—Pero tú hablas sin parar y también estás aquí —dijo Álex.

Gianira soltó una carcajada.

—Tienes razón, supongo que hablar demasiado tampoco es muy bueno.

—¿Y tú qué has hecho? —preguntó Álex.

—¿Qué quieres decir?

—Para estar aquí. ¿Qué cosa mala has hecho?

Los ojos de Gianira brillaron por un segundo, parecía consciente de que un pequeño ser que es la luz de los sentidos, frágil y perdido, reclamaba una mano que lo ayudara a transitar por un terrible y solitario camino. Para Álex, su mirada, la luz en esos bellos ojos, conformaba la silueta de alguien muy querido, pequeño como él, pero lejos en el tiempo.

—Para alguna gente no necesitas hacer cosas malas, con ser distinto es suficiente para que te tengan miedo. Y si eres mejor, como tú, entonces es una amenaza. La diferencia, que debería ser un don de dioses, solo provoca tormento. Me acusan de que digo cosas raras, que busco a gente que me espera más allá del océano del tiempo, que veo fantasmas recorrer sus playas y que el polvo que embadurna mis pies no es de los caminos del norte de la India. Pero, ¿sabes?, tienen miedo de que sueñe, porque yo vi la corriente del río Amarillo crear

civilizaciones; caminé junto a unos simples pastores cuando un atardecer de otoño soñaron construir un imperio entre siete colinas; y recorrí, entre el fuego de los faquires, las calles del reino de Ormuz durante sus noches de miel y especias. Querido Álex, vemos más allá de lo que ellos verán nunca.

Su voz era tan agradable. Contaba cosas parecidas a las que solía manifestar Aspasia en el pueblo, pero Gianira brillaba al explicarlas. Tenía la sensación de que ella era la fuente. Para él, la tía de Irene siempre mostraba una entonación sospechosa, como si inventase las historias a medida que las narraba.

Primero fue su enorme panza, después una nube de olor rancio y luego llegó el resto de Werner. El hombre se paró delante de ellos, mostró una sonrisa entre dientes oscuros y un mondadientes carcomido por sus labios.

—Lárgate, crío —ordenó Werner con un movimiento de cabeza.

Álex se abrazó a Gianira con fuerza.

—Dile al niño que se largue —repitió Werner mientras hacía ademán de coger el brazo de Gianira.

—Asqueroso. Si me pones un dedo encima, gritaré, y a ver cómo explicas eso.

—O te vienes tú, o se viene él. Tú eliges.

Álex supo la decisión en el mismo momento que Werner acabó la frase. El abrazo de Gianira se había desprendido de toda la fuerza.

—Cariño, vete a jugar un poco. Lejos del canal, por favor.

Álex negó con la cabeza.

—Voy yo —dijo el niño.

El semblante de Gianira cambió de golpe, toda su dulzura se transformó en un rostro duro como no había visto nunca.

—¡Que te vayas ahora! Ya he tenido bastante de ti por hoy. ¡Vete! No tengo ganas de que me llores encima.

Álex se asustó. El grito inesperado de alguien tan dulce le recordó a esa almendra amarga entre una cesta llena de deliciosos frutos secos. Cabizbajo y confuso se retiró. No le quedaba más que ir a su baño

tranquilizante como de costumbre.

***

Ese día no desayunó. No podía. Le dolía todo el cuerpo y los sonidos provenientes del pasillo le taladraban su pequeña cabeza. Tenía tanto frío. El esfuerzo de hacer la cama lo dejó agotado. Cada vez que movía una de las sábanas hacia la amarillenta almohada dejaba caer el cuerpecito sobre el catre sin levantar los pies del suelo. Respiraba con ímpetu. Quería aprovechar cada segundo de reposo para recobrar fuerzas, pero cada minuto de descanso se perdía tras un solo segundo de esfuerzo.

Ingersleben desistió de enseñarle nada esa mañana, porque Álex no podía dejar de mirar la ventana. Le recordaba algo, pero no sabía el qué. Entonces, el largo canal que discurría cerca de la ventana se convirtió en un camino helado, cubierto de nieve. Las hayas que se volcaban sobre él se transformaron en una hilera de hombres que se perdía hasta el horizonte. Los miserables soldados caminaban más cerca de la muerte que de la vida. Pasaban junto a cadáveres de camaradas caídos en la cabeza de la fila sin ni siquiera levantar la vista. Se fijó en las manos llagadas por el frío, y en la espesa barba que les cubría el cuello.

Algunos hombres heridos caían en la cuneta y nadie se preocupaba por su vida, ni si la tuvieron con anterioridad. A nadie le importaban ya sus propios seres queridos, y mucho menos los ajenos. Ni siquiera podían recordar si tuvieron una infancia feliz o desgraciada. Repicaban las campanas en los pueblos de la lejana Francia por ellos, pero por el camino les tiraban piedras, envenenaban los pozos y mataban cualquier animal para que cuando la triste hilera llegase solo encontrara un montón de carne podrida. Tuvieron que comerse sus propios caballos, lo que hizo que la marcha se ralentizara alargando la agonía. Hubo un soldado que gritó a los que les lanzaban piedras, se apartó de la fila e hizo ademán de perseguirlos por la nieve, pero se hundió en ella. Trató de salir con desespero, pero fue inútil. Llamó a sus camaradas, pero a nadie le importó. Lloró al verse sin fuerzas para continuar y, cuando empezó a nevar de nuevo desde el cielo mustio, le invadió una terrible soledad, una vez más. Entonces apareció una mujer, tapada con retales de ropa, de los cuales solo emergían unos ojos marrones de destellos cálidos como el sol sobre la Costa

Amalfitana. La mujer se arrodilló junto a él y lo abrazó. Le susurró al oído y el hombre recordó su hogar, su familia y su oscuro empleo de contable en una fábrica. Hablaba en ruso, pero podía entenderla, y cerró los ojos envuelto en la cálida voz hasta que se durmió. El hombre se transformó de nuevo en haya, y el camino en el canal. Ingersleben se desesperaba y Álex se moría de frío.

Al salir de la clase con el profesor, sintió como si el jardín hiciera pendiente y su cuerpecito fuera en caída libre debido al misterioso encanto de la gravedad. Gianira se encontraba de espaldas, sentada en la hierba junto a uno de los bancos cerca del camino que llevaba al edificio principal. Álex se sentó delante de ella sin decir nada, vio sus labios hinchados, su mejilla ennegrecida a golpes, y un enorme moretón violáceo cubría sus nudillos y varios de sus dedos. Tomó los brazos dormidos de Gianira y se abrazó con ellos, como si la mujer no fuera más que un muñeco de trapo. Estuvieron así, en silencio, durante más de una hora cuando notó los labios de ella en su nuca. Lo besaba como hacía siempre y su mano le acariciaba los cabellos poco después. Apenas podía hablar, su voz se perdía en su aliento entrecortado:

—Jamás cuentes a la gente algo de mí. Nadie te creerá. Pensarán que estás loco y te traerán de nuevo aquí, o quizás a un lugar peor. Por increíble que parezca, aún hay sitios peores que este.

—Me cuidaste siempre, y nunca te di las gracias —dijo Álex.

Werner y una enfermera aparecieron ante ellos, salidos de un infierno más profundo que el de Dante. Se mostraron como figuras oscuras y perdidas. La mujer se acercó a Gianira, la tomó por el mentón, giró la cara de la joven con energía y observó los golpes.

—Hablaré con el doctor Ferrec. Tienes que dejar de hacerte eso o acabarás matándote y si es necesario, que te aten a la cama todo el día, que así sea.

—No he sido yo —trató de decir la débil Gianira, pero su voz quedó apagada cuando el hombre habló.

La voz de Werner sonó dulce, amable y respetable como jamás lo había hecho antes.

—Esto es demasiado duro —intervino el hombre—. Verlas así, consumirse sin esperanza. Hay una parte de mí que se rompe en pedazos. Son tan jóvenes todavía. Sé que no debería hacer caso de lo que me dicen, pero ayudo en todo lo que está en mi mano y nada

cambia. No sirve para nada. Luego, están las que son como ella, que me insultan solo por estar cerca. Cuando las veo hacerse eso en su propio cuerpo pienso que debería dejar esto de una vez, e irme a trabajar con mi hermano en la quesería.

—Usted hace todo lo posible. Nadie podría hacer más, y sin su ayuda los que trabajamos aquí estaríamos perdidos. Por favor, no sea tan duro consigo mismo —apuntó la enfermera.

—Se lo agradezco —respondió Werner. Y sonrió.

Álex se dio cuenta de la sonrisilla malvada del hombre y saltó hacia él. Gritó lleno de rabia. Quería golpear a ese cerdo, matarlo si era posible, pero solo consiguió llevarse una bofetada de la enfermera que casi lo devuelve al canal.

En los días siguientes Gianira no apareció por el jardín, ni contestaba a sus llamadas desde la habitación. Algunas noches los pasos y los golpes posteriores se escuchaban con claridad, pero era tan tarde que Álex no sabía diferenciarlo de las puertas de un sueño. Nada más que un breve gemido, que bien pudiera ser un llanto, y luego silencio. Álex la buscaba y volvió a sentirse solo. Pero una mañana, cuando una rama seca lo acompañaba surcando su camino junto a él, vio a Gianira de pie, descalza y con su inmaculado vestido blanco. Estaba radiante, sin ninguna señal del martirio de Werner sobre su cuerpo. Al verlo, lo saludó efusivamente con la mano. Álex soltó su rama, corrió hasta ella y se abrazó a sus piernas con tanto ímpetu que estuvo a punto de hacerla caer. La mujer soltó una carcajada tan sonora como hacía años que ese lugar no había oído.

—Te pareces tanto a Naira —dijo Gianira.

—¿A quién? —preguntó Álex.

—No importa, cielo. Ya no importa.

Junto a ellos pasaron corriendo un par de enfermeras y enfilaron el largo camino de tierra hasta la verja de la entrada. Pocos segundos después Ferrec las siguió, y en un instante el camino se convirtió en un ir y venir de extraños, pacientes y enfermeras. Álex no pudo evitar la curiosidad que lo empujaba a acercarse a la pequeña multitud que se agolpaba en la verja.

Gianira se arrodilló hasta ponerse a la altura de Álex.

—Escúchame, Álex. Quiero que me perdones. ¿Lo entiendes?

Pero el pequeño ya no la escuchaba. Dejó a la mujer atrás y caminó preguntándose por el origen de todo el alboroto. Una vez satisfecha su curiosidad pensaba regresar con ella. Después de todo, volvía a estar sana como él deseaba verla. Al llegar a la verja tuvo miedo del pequeño puente sobre el arroyo. Ya no recordaba su fría piedra que le recibió al llegar con su abuelo. Sobre él había un puñado de personas que observaban a dos hombres sacar un cuerpo del agua. Uno de ellos refunfuñaba por mojarse mientras tiraba del cuerpo empapado de Gianira. Los cabellos negros le caían tapándole buena parte de la cara; el cuerpo magullado había perdido su bonito matiz, y tan solo el color a cera limpia y a golpes cubría su piel. El hombre que protestaba tropezó, y cayó de bruces al arroyo. Movió los brazos como un molino y empezó a soltar improperios mientras su compañero le recriminaba la tardanza en acabar con un trabajo que no debería llevar más que pocos minutos. Álex no se había fijado antes, pero encima de la herida de su brazo, cerca ya de su hombro, había un precioso lunar con forma de ola encabritada. Cómo odiaba ese puente.

—Parece que la reina de las luciérnagas está muerta —dijo Werner con desdén—. Una puta loca menos.

Álex miró fijamente al gordo animal junto a él. No podía apartar su vista de aquel energúmeno. Había sido él, sin duda. El hombre se movió intranquilo al ver la mirada fija de Álex en él.

—¿Tú qué miras, pequeño idiota? Ha sido por tu culpa.

Entonces, la voz de Gianira resonó en su cabeza: «Ríe, cielo, ríe o jamás saldrás de aquí. Ríe como si te amara hasta la hoja más seca y el musgo más oscuro en la cara norte de una montaña lejana; ríe como si cada uno de tus movimientos dibujasen bailarines entre las estrellas; ríe como si tu vida fuese un arroyo de arándanos azucarados protegido por caminos de almíbar y miel. Ríe, Álex, ríe». De repente, el pequeño soltó una larga carcajada que asustó a Werner y desconcertó a todo el mundo. Dio media vuelta y se fue por el camino de las hayas entre risas y saltos. A partir de ahora no dejaría de hablar ni de sonreír. Sonreír mucho para salir de allí.

***

Al finalizar la historia Irene parecía desconcertada. No se había movido del ventanal donde había visto hacía pocos minutos la luz de

la reina de las luciérnagas. Miraba por la ventana, con una mano en la mejilla y la otra sosteniendo el codo. Sus ojos cristalinos se hallaban empapados en sueños tristes y reproches de la infancia. Álex la contempló en silencio. Le recordaba tantas cosas de Gianira, los gestos, su forma de vestir o de responder, incluso cuando te veía venir de lejos y te saludaba con esa sonrisa que era la bienvenida más agradable que nadie te había dado desde aquel «lugar de reposo» en Suiza.

—Pasaron los meses y no dejé de hablar —dijo Álex—. Hablé, mucho y bien. Estuve amable como no merecían que lo fuera y hasta Ingersleben estaba encantado conmigo. Con él aprendí la importancia de las luchas en el valle de Elah. Ferrec estaba encantado con los progresos, e incluso la maldita Evangeline empezó a traerme nueces a escondidas como si fuera una puñetera ardilla que acaba de amaestrar.

—Recuerdo que en una ocasión, cuando éramos pequeños —interrumpió Irene—, la madre de Miguel te reprochó algo. Ahora no me viene a la cabeza el qué, pero te recriminó que te comportabas como un crío. Te quedaste quieto, perforándola con esa mirada profunda que tienes hasta que la incomodaste. Su coraza de hielo siberiano se rompió en mil pedazos cuando le dijiste: «Oiga señora, que tengo nueve años, ¿qué esperaba?». Me fascinaste. Parecías haber vivido nueve siglos, no nueve años. Y esa era la razón, ¿no? ¿Por qué nunca nos lo contaste? Por Dios, no eras más que un niño. Miguel y yo éramos felices a nuestra manera aquí en el pueblo mientras tú pasaste por eso. Siempre creímos que fuiste a un internado, a una escuela de lujo, o algo así.

—Bueno, internado sí que estaba —bromeó Álex.

—¿Cómo pudieron hacerte eso? Mandarte allí, casi como si fueras un estorbo. —Irene se detuvo un segundo para tomar aire—. Pero también te odio, porque te burlabas de mi tía, la tratabas de chiflada y resulta que tú conociste a una caminante de sueños. Quizás la más grande de todos ellos.

—Debo reconocer que fue extraño, pero eso de que caminaba por los sueños lo dices tú, y no debes apartar la posibilidad de que, en verdad, yo estuviera como una cabra.

—Aun con tu fachada de hombre duro eres un simple. ¿Cuántas pistas más quieres? ¿O debo volver a hablarte de Jocasta, Frank o del pobre Marín? Por el amor de Dios, tenía que haberme dado cuenta. —Suspiró.

Álex se levantó de la cama y se acercó a ella. Necesitaba un abrazo, o quizás lo necesitaba ella todavía más. Cuando la apretó con fuerza contra él, pudo notar miedo y fragilidad envueltos en el suave aroma que desprendían los cabellos de Irene. Estuvieron unos segundos así, abrazados y meciéndose al son de una música imaginaria que llenaba los oscuros campos ahí fuera. Sabía que Irene, con la excusa del abrazo, buscaba un lunar en su piel, uno con forma de ola que rompía sobre el mar. No lo iba a encontrar. Él mismo llevaba años buscándolo en su propio cuerpo y no lo tenía. No empezó a hacerlo hasta que Aspasia empezó a contarles esas historias de caminantes de sueños, y le asustó la posibilidad de ser uno de ellos, pero él no lo tenía.

—Cuéntame más cosas de ella, por favor. A Miguel le hubiese gustado tanto saber esta historia. Maldita sea, Álex, ¿por qué no la explicaste? ¿Cómo hablaba? ¿Tenía acento? ¿Era tan bella como Marín la describió?

—Lo siento, no buscaba la belleza en mi historia.

Y era cierto. No contó la historia para hablar de sueños, sino de pesadillas. Los mundos oscuros prevalecían en él mientras Irene solo quería hablar de gente mágica.

—Lo sé, perdona. No sé qué me ocurre.

—Tranquila, esto también pasará.

Capítulo XIV

¿Recuerdas cuando te abracé así?

Otro despertar en el que tu espíritu vacío descubría con sorpresa que los párpados se negaban a obedecerte. Pesaban como si estuvieran hechos de la roca caliza que rebosa en la cumbre del Monte Perdido. Esfuérzate en abrirlos, Álex, o corres el peligro de que la enfermera Evangeline golpee la puerta de tu celda para llevarte de nuevo a Suiza.

Pronto cayó en la cuenta de que cada mañana pasaba por el mismo trance. Se despertaba con el temor de encontrarse allí de nuevo. Pero no, aquella vez fue diferente. Tan pronto observó la pared que lo interrogaba a escasos centímetros de su nariz, una pesadumbre le cubrió toda el alma. Al igual que la pared de su celda en Suiza, esta tampoco respondía. En ese mismo instante supo que la soledad que hasta entonces iba dando bandazos en su existencia, había entrado esa mañana para partir su vida en dos.

Se incorporó, y cuando sus pies tocaron el frío suelo, apreció que su energía había desaparecido. Habría jurado que se pasó toda la noche corriendo de aquí para allá. Ese maldito vacío le drenó el poco aliento con el que se había despertado.

¿Dónde está Irene, Álex? ¿De verdad creías que se iba a tragar el cuento de que habías encerrado a Étienne y que luego se escapó? ¿Dónde va a estar? ¿No te dejó anoche claro que quería ver la bodega en la que había estado? Quiere ver con sus propios ojos lo que le hiciste. No confía en ti. Nunca lo hizo.

No había rastro de ella. Por un momento dudó que existiera. Quizás todo había sido un sueño después de su experiencia traumática con Werner y las alimañas que habitaban en aquel siniestro lugar. ¿Por qué no lo quemaste hasta sus cimientos cuando tuviste uso de razón? Pero no fue un sueño. El dormitorio olía a Irene, las sábanas configuraban su figura y el aliento de ella todavía estallaba contra el cristal. No era suficiente: el vacío ya no se iba a ir.

Se puso unos pantalones de franela gris, se dirigió al baño y metió la

cabeza bajo el grifo. El agua helada recorrió sus cabellos y la nuca para seguir el contorno de su cara hasta caer por la barbilla. Estuvo unos segundos interminables así. Sentía dolor, y frío. Necesitaba ese punzante sufrimiento para sentirse vivo. Se alzó y, con un gesto contundente de su cabeza, echó los cabellos mojados hacia atrás y todo el imperturbable dolor del agua gélida descendió por su espalda. Tuvo ganas de reír. Revolvió su armario, tomó un jersey de algodón de color crema, y se lo puso. No le importaba demasiado su aspecto. ¿Para qué?

Bajó por las escaleras despacio. Todavía dudaba. El servicio iba y venía, atareado en los quehaceres diarios. Muchas veces se había preguntado si cuando no estaba él, el ajetreo era así de intenso, pero entonces recordó a Modeste y supo la respuesta. El hombre sería fiel a su familia hasta la muerte. Una joven doncella «cuyo nombre le era imposible recordar» le deseó los buenos días, hizo una pequeña inclinación y pasó junto a él, como aquellas enfermeras que salieron a toda prisa para ir a ver el cuerpo sin vida de Gianira.

—¿Sabes dónde está la señorita Irene? —preguntó Álex.

La joven se detuvo, dio media vuelta, y apenas pudo esconder una sonrisilla maliciosa.

—Estaba ahí afuera paseando junto al jardín cuando vino el mayor Dugès acompañado de un gendarme. Hablaron un buen rato. Al principio parecían tranquilos, pero luego empezaron a discutir y, al final, ella los dejó y se fue monte arriba.

Álex no contestó y a los pocos segundos la joven doncella pareció percibir que su breve charla con el joven señor ya había terminado, y se retiró.

Observó el camino donde poco antes había ocurrido todo, y lo entendió a la perfección: Irene era así. Curiosa. Lo había sido desde el principio de los tiempos. Sabía a qué lugar se dirigía. Daba igual correr. Tenía que suceder, como aquellas pesadillas en las que te ves abocado sin remedio al final de tus días, aunque en realidad tan solo es el fin de tus miedos.

Salió de la mansión. Al poner un pie en el camino, su cuerpo se estremeció desde el instante en que sintió un viento helado proveniente de los Alpes.

¿De los Alpes, idiota hechizado? Están a más de cien leguas de aquí. Eres patético. Tu cabeza viaja más rápido por las oscuras habitaciones

de la locura que la luz del sol sobre esas cumbres somnolientas.

Dio unos pasos y se detuvo confuso. Para su desesperación, el largo camino desde su casa hasta el pueblo se había convertido en el camino de su «colegio» en Suiza. El angustioso sonido del canal realzaba la inquietud que desprendían las hayas que lo resguardaban como soldados encorvados tras una extenuante caminata por la nieve y el hielo. Buscó a Gianira. Pero no estaba allí. Necesitaba oír su voz, sus labios en la nuca, y esos abrazos que lo reconfortaban como jamás nadie supo hacerlo. La necesitaba, como el huérfano a una madre. Su mente nublada la vio correr por el interminable camino. La mujer cruzó el puente más allá de la entrada y subió por las montañas.

Si la quieres seguir, vas a tener que cruzar el puente. ¿Te vas a atrever, o pondrás una maldita excusa como siempre?

Vio como ella sorteaba las vallas que delimitaban el inicio de la ladera de la montaña, camino de la prisión de Werner.

Observó el puente como si se tratara de un dragón hostil. Tenía que parar a Gianira. No entendería lo que le hizo a Werner. A cada paso que daba sobre el puente, su corazón lo golpeaba más fuerte. Así hasta treinta pasos que parecían anunciar su muerte otras tantas veces. Al llegar al final se sentó, agotado, con la boca seca y los ojos bañados en lágrimas.

Gianira subía y subía. Podía ver su vestido blanco en la lejanía, que contrastaba ante el poderoso verde de las montañas. Descansó unos segundos y reanudó la marcha.

La persiguió sorteando las afiladas rocas, pero apenas recortaba la distancia entre ambos.

—¡Gianira! ¡Gianira! ¡Soy yo! ¿No me recuerdas? ¡Lo hice por ti! —gritó—. Todo lo hice siempre por ti.

Ella ni se inmutó y siguió su particular escalada hasta que se adentró en un espeso bosque de robles, hayas y tilos. Pasaron muchos minutos y aún más pasos cuando la ansiedad se desbordó en el cuerpo de Álex. Ya no quedaba en su cuerpo nada de la calma con la que amaneció y comenzó a caminar más rápido. Pronto lo invadió el calor. Un calor extraño, de principios de verano en pleno otoño. Al llegar al bosque, entró con pasos decididos, fuertes y rápidos, cuando una voz suave le susurró al oído: «Os voy a matar a todos, mierdecillas. ¡A todos! ¡Y a la puta loca de vuestra novia, la primera!». Se detuvo.

¿Era la voz de Werner? Tu mente luchaba con fuerza para no partir e insistía que Werner jamás conoció a Irene. ¡Oh, Dios! Álex, tu cabeza es un auténtico estercolero.

Dio la vuelta muy despacio, temeroso de encontrarse al suizo junto a él susurrándole esas palabras. No había nadie.

No podía apartar aquellas palabras de su mente. Le martilleaban la cabeza hasta el punto de que la oscuridad nubló su imaginación y la convirtió en la noche de principios de verano cuando ¿Werner? descargó su ira contra Miguel e Irene. Pensó dejarlo ahí tirado, que se ahogara con su propia sangre; o quizás hubiese sido mejor que quedara idiota como su hermano. Sí, eso habría estado bien. En cambio, el animal no dejó de chillar y maldecir, roto, sin poder moverse. Reía con su ocurrencia. «La puta loca», repetía. Las carcajadas fueron cada vez más hirientes y sobre ellas flotaba el desprecio. Ese aire de superioridad absurda que proporciona la fuerza bruta.

¿Hubiese sido mejor que quedara idiota como su hermano? ¿Acaso conocías al hermano de Werner? ¿El que tenía una quesería? No digas estupideces. Piensa, Álex, piensa. Él no pudo atacar a Miguel. Él no. No dejes que el barco parta para no volver.

La noche de verano que cruzaba su mente desapareció tan rápido como había llegado y el aire frío regresó colándose por cada uno de los poros de su jersey de algodón. Caminó por un estrecho sendero abandonado durante casi media hora. Había dejado de ver a Gianira, aunque sabía perfectamente dónde encontrarla. Siempre ese frío.

Figuras oscuras se mostraban detrás de cada árbol y cada sombra cubría parte del bosque. Miró a un horizonte inexistente, oculto por árboles, y su vista se perdió con el sol de media tarde sobre las murallas de Bala Hissar. ¿Por qué se reían las sombras? Una de ellas, junto a sus pies, se tiñó de rojo, y vio, una a una, todas las noches que la pobre Naida pasó a solas esperando a su padre. Un piano lejano anunciaba Le temps des cerises. La melodía lo arrastró, se dejó caer a los pies de un pino negro y empezó a tararearla. ¿Qué hacía un único pino negro en todo el bosque? Debería estar mucho más arriba, junto a los fríos lagos, pero ese pino decidió crecer allí. Quizás trató de subir más alto que el resto de árboles, pero lo único que había sacado de allí fue ser una rareza. Y soledad, mucha soledad. La música lo envolvía. De entre los helechos apareció una enorme panza, tal como siempre la había recordado. Era Werner que se unía a la canción con su voz gutural y molesta. Caminaba tan cerca de él que podía distinguir la

cicatriz en la mejilla por sus batallas en las calles de París.

—¡Deja de cantar! Estás muerto, hijo de la gran puta. Te di tantos golpes que tu cabeza no era más grande que un garbanzo —gritó Álex.

¿Estás seguro de que era él? No levantabas dos palmos del suelo cuando se llevó a Gianira bajo aquel puente. No, querido, no. El miserable murió con toda probabilidad de un atracón de rösti y panceta ahumada, mientras miraba la intensa belleza de los prados desde el porche de su casa un atardecer de verano. No es justo. Nada lo es.

Álex quiso llorar, pero pronto desechó la idea. Lo había hecho tantas veces y ¿para qué? Empezó a canturrear bien alto como un niño que se niega a escuchar la reprimenda de su madre. Necesitaba apagar la música y enterrar a Werner, como hacía desde pequeño. Apenas tenía diez años cuando dejó Suiza, y ahora, cercano a los treinta, pensó que no había dejado de ver a Werner ni un solo día. Ni una sola noche.

Para su sorpresa, el bosque quedó en silencio, tanto que lo estremeció. Estuvo unos segundos saboreando el vacío. Tenía tan pocas oportunidades de hacerlo. Tomó un puñado de hojas húmedas entre sus manos solo para comprobar el sonido que producía el roce en la piel y para saber que aún estaba vivo. Sonrió al sentir el tacto de las hojas retorcidas. Quizás no era tan malo el no ser una hoja caída de un árbol en medio del bosque. ¿Por qué se relajaba con los pensamientos absurdos?

Cuando más tranquilo estaba, un golpe amortiguado por la hojarasca repercutió en su cabeza. Se tapó los oídos por el punzante dolor. Luego, otro golpe, y otro más. Cada vez más seguidos. Eran pasos. Sin duda, eran pasos. Había olvidado al mayor por completo. Era Dugès al otro lado de la montaña que subía con paso firme, decidido a encontrar a Werner. Perseguía a Gianira desde hacía tiempo. Él siempre pensó que fue ella quien mató a Étienne. ¿Gianira? No. No, ella no.

Dugès, el oscuro. Seguro que sus viscosos dedos goteaban y dejaban un rastro por el camino del bosque. Cada paso que daba el gendarme retumbaba en su cabeza. No podía encontrar a Werner, ni a Gianira con él. Debía impedir que lo viera.

Álex se levantó confuso, pasó su mano por la frente y la descubrió con gotitas de sudor pese al frío que tenía. Dio un último vistazo al pino negro. ¿Qué busca un pino negro a los pies de las montañas? Y echó a

andar.

Todavía sentía los pasos de Dugès, pero por momentos se difuminaban entre las hojas muertas del suelo. Intentó imaginar que Dugès tropezaría, rodaría colina abajo, y no pararía hasta llegar a Brest, junto a la fábrica de galletas. Pero solo conseguía imaginarlo colina arriba, atravesando el bosque a paso ligero, como debía de haber hecho en los campos de entrenamiento de la gendarmería en su juventud. Pensar en un Dugès joven le ponía de mal humor.

Siguió camino arriba y pronto se vio envuelto por una colina oscura donde el follaje impedía con egoísmo que un solo rayo de luz lo cruzara. Encogió la cabeza e imaginó que en cualquier momento iban a caer sobre ella litros de agua helada. Estaba oscuro, como el maldito cubículo del «baño tranquilizante». Allí, en un pequeño claro que luchaba por salir de la oscuridad, vio media docena de amapolas negras y secas. Nunca había visto amapolas en otoño y, por su aspecto, estas llevaban más de una estación embalsamadas por algún veneno que trepaba desde sus raíces. La ponzoña había subido por el tallo, y las había perpetuado en el tiempo.

Algo no marchaba bien. Al llegar junto a un pequeño muro medio derruido y cubierto de maleza que apenas levantaba medio metro del suelo, una imagen conocida apareció ante sus ojos. Eran restos de lo que antaño había sido la tapia que rodeaba la casa de Sauveterre, un apicultor que vivía en las tierras de la familia de Álex.

Aquello no era Suiza. Ni de lejos era Suiza.

El tal Sauveterre pagaba su alquiler al padre de Álex con tinajas de miel. Si soñabas con mucha fuerza, el sabor dulzón de la miel todavía se podía sentir por aquellas cuatro paredes derruidas. El hombre disponía de una profunda bodega donde guardaba sus tinajas, y un viejo barril de vino que le hacía compañía en las solitarias noches de invierno. Allí, con la empalagosa miel espera Werner, entre el desvanecido olor acaramelado de las tinajas. Nadie cuidó de la casa cuando al bueno de Sauveterre se lo llevaron a una institución estatal de ancianos, donde se evaporó como si jamás hubiese existido. No mucho después empezó a derruirse. Primero, fue el techo, y luego los laterales con sus anchas ventanas, hasta quedar como en este momento, donde las paredes no dejaban imaginar si aquel conjunto de piedras había sido un hogar o no. La maleza invadió los restos, atraída, sin duda, por el mareante sabor dulzón de la miel.

Esquivó el muro y puso un pie en lo que había sido un pequeño jardín

junto a la casa. Al principio le pareció escuchar el sonido del mar. Era imposible. Lo que debía ser el enérgico sonido de las olas rompiendo contra la playa resultó ser un lamento distante, suave y aterciopelado que llegaba desde un rincón de la casa en ruinas. Caminó despacio, de habitación en habitación. El suelo crujía bajo sus pies; un lamento por tiempos mejores. Y entonces, la vio. De espaldas a él, Gianira, la madre de todos los sueños, con su eterno vestido blanco y rasgado. La mujer había levantado la trampilla que daba a la endulzada bodega y lloraba. Sus manos le cubrían la cara, igual que hizo en la casa de Marín, allá en Brest.

—¿Por qué lloras, Gianira, si no hay mar por el qué llorar? —preguntó Álex.

Ella se dio media vuelta, y se sobresaltó de tal manera que parecía haber visto a un fantasma. Debió de parecerle un espejo, porque Álex puso la misma cara de sorpresa y horror al descubrir que quien estaba allí con él no era Gianira. Se parecía, pero su cabello era distinto, de un dorado intenso como los campos de trigo en verano, iluminaba toda la despedazada habitación, y su cara, hinchada de tanto llorar, fue descubriéndose poco a poco. No era Gianira. Era Irene.

¿Qué te sorprendió, Álex? ¿Ver a Irene allí, o pensar que Gianira quizás solo fue una loca más que conociste en aquel antro?

Irene apenas podía articular palabra alguna. Su respiración se entrecortaba por las lágrimas y su voz se perdía entre temblores. Se acurrucó en un rincón donde apenas había un metro de pared en pie y los árboles exteriores amenazaban con engullirla. Señaló la trampilla.

—Werner ya no puede hacerte nada —dijo él confuso—. No podía dejar que te volviera a hacer daño como hizo en Suiza. Te golpearía una y otra vez hasta que no supieras ni comer por ti misma. Luego, te violaría y te ahogaría en un maldito arroyo bajo un puente.

Pero Álex ya no se creía ni sus propias palabras. No era Gianira a quien tenía delante. ¿Cuándo corrió peligro Irene por culpa de Werner?

—¿Werner? —preguntó Irene sollozando—. ¡Mírate! ¿Qué has hecho? No te conozco. ¿Quién eres? Maldita sea, ¿quién eres?

Vaciló un segundo. Se preguntó que quizás lo había hecho todo mal. Se dirigió hacia la trampilla.

—Ya no te conozco —insistió Irene—. ¿Quién eres?

—Soy el que pintaba los caminos de Frank, y aquel que se peleó con Creighton en una taberna. Soy el que esperas bajo los acantilados, el que muere bajo la nieve entre tus brazos, y fui millones como ellos. Camino por los sueños junto a ti desde tiempos inmemorables…

—Dios mío… estás loco —exclamó Irene desde el rincón—. No. ¡Tú no eres ninguno de ellos! ¡Mira ahí abajo y verás lo que queda de tu Werner!

Álex echó un vistazo a la bodega desde la trampilla. Una mirada fugaz, ligera como el viento en el Mediterráneo, para descubrir que la brisa de poniente había alejado de la costa la poca lucidez que se aferraba a la tierra. En el suelo de la bodega se encontraba el cadáver disecado de un gigante. Un coloso comparado con Werner. El suizo no era mucho más alto que Álex de niño. El que estaba ahí era dos veces el tamaño de Werner. El aire se negó a entrar en sus pulmones, se tambaleó y parecía que iba a precipitarse por la trampilla, pero aguantó. Sus ojos no podían apartarse del cuerpo de Étienne en un vano intento de que la realidad lo meciera apaciblemente, pero no, la realidad dejó el puerto hace tiempo camino de El Callao. Que se vaya el frío, por favor.

—No es Werner…

—¡Es Étienne! ¡Étienne es el que está ahí abajo! ¿Lo matasteis? Aquella noche, tú y Miguel, ¿lo matasteis?

La dulce oscuridad salió de la bodega, cubrió toda la habitación y lo llevó de regreso una vez más a aquella noche de verano cuando quisieron gastarle una broma pesada a Étienne. Vio a Werner tumbado envuelto en sangre después de haber destrozado a Miguel. Era Werner, ¿verdad? Un ser odioso, infernal, cuyo único sentido en esta vida era causar sufrimiento. Pero no. Ya no era Werner. No tenía panza, era alto, y mucho más joven. No, desdichado errante, era Étienne.

—Se supone que solo le tapiaríamos la puerta. ¡Solo eso! —gritó Irene.

—¿Qué tenía que hacer? ¿Dejar que te matase? ¿Vivir con miedo el resto de nuestras vidas?

Cómo mientes. ¿Por qué no le cuentas que cuando gritó «la puta loca de tu novia» dejó de ser Étienne? Dile que no pensaste en ella, ni en Miguel, solo en ti, en Werner y en Gianira.

—¿Vivir con miedo? ¿Tú? ¿Pensaste, aunque fuera solo un segundo, el terror que pasé yo? Con cada sombra, con cada sonido de hojas secas a mi espalda, creía que iba a caer sobre mí. ¡Y ni tú ni Miguel hicisteis nada! Me dejasteis consumida por el pánico, sin importaros mi sufrimiento. Te maldigo. Y que Dios me perdone, a Miguel también.

—¿Miguel? El pobre no pudo hacer mucho. ¿No recuerdas cómo le dejó las manos? Lo arrastré hasta el coche para marcharnos a toda prisa, pero Étienne seguía chillando: «¡Estáis muertos! ¡Os mataré uno a uno y saborearé vuestro dolor!». Miguel debió de ver algo reflejado en mis ojos porque me rogó que nos fuéramos.

Mientes otra vez. Siempre mientes. Chillaba: «¡La puta loca! ¡La puta loca!». Nada más. Lo mataste porque era Werner.

—¿Por qué no le hiciste caso? ¿Por qué?

—Volví sobre mis pasos —prosiguió sin contestar—. Tomé la porra de madera del suelo, caminé tranquilo, como acompañado por hadas, hasta quedarme de pie frente al cuerpo tendido de Étienne.

—A sangre fría. Lo hiciste a sangre fría. No entiendo cómo puedo amarte y odiarte tanto en un solo día. Oh, Dios, pero entonces, ¿Aurélie?

—¿Quieres saber qué hacía tu Miguel? Con la voz rota me suplicó que nos fuéramos. ¿Te lo puedes creer? «Por favor, vámonos», decía. «Álex, llévame a casa, por favor». Y entonces, el malnacido lo volvió a repetir: «Mataré a la puta loca». Reía y escupía el carmín que dejaba la sangre en sus dientes. Era como Werner. Tenía que callarlo, tenía que acabar con el odio que había visto durante tantas vidas, donde siempre los más fuertes detestaban a los diferentes. Miré con atención la porra en mi mano. Busqué en la madera una pequeña fisura en la que vislumbrar el futuro, pero lo único que vi fueron sombras, las mismas que rebosaban en el corazón del doctor Ferrec. Étienne aún reía cuando lo golpeé. ¿Y sabes? Tras el primer golpe Miguel gritó un «¡no!» tan suave que me pareció más un deseo en lugar del fin de nuestras vidas. No me detuve. Seguí y seguí hasta que Étienne dejó de moverse. Y me aseguré de que no lo hiciera nunca más. El sonido de cada golpe se mezclaba con un gemido de reproche de Miguel.

—Jamás podré perdonarte. Tú tienes la culpa de lo de Miguel. Lo metiste en el pozo más oscuro y profundo que una persona puede vivir y no fuiste capaz de sacarlo de él. Hasta que al final no pudo más.

—Pobre y débil Miguel, su lamento anunciaba que todo lo que

conocíamos hasta ahora iba a cambiar. ¿No es cierto? Toda nuestra vida iba a cambiar. Pero, dulce Miguel, sabes que tenía que hacerlo. Tenía que matar a Étienne, y tú solo debías dejarlo pasar. Era lo único que tenías que hacer, me lo debías, porque no pensaba volver allí, ni por ti, ni por nadie.

—¡No, por favor! Dime que se suicidó, por favor. ¡Dime que no fuiste tú!

Álex agitó su cabeza como si quisiera desvanecer sus pensamientos como agua fría sobre sus cabellos, y después se la cubrió con las manos, en un vano intento por detener el flujo de ideas febriles.

Álex agarró a Irene por la muñeca y la atrajo hacia él. La abrazó con fuerza mientras con el índice sobre los labios siseaba pidiendo silencio. Ella trató de evadirse sin mucha convicción, parecía rendida.

—Lo abracé así. Lo llevé en brazos por el pasillo mientras se agarraba a mi cuello sollozando como un chiquillo asustado. Solo tenía que dejarlo pasar. Le pedí mil veces que se olvidara. Que yo era parte de él y que no podía mandarme de nuevo a Suiza. Que siguiera con su vida, con su mujer, con su familia, pero no, él no lo podía soportar. ¿Por qué, joder? ¿Por qué lo hizo? Ni siquiera me golpeó, dejó que todo fluyera como la maldita corriente bajo aquel puente. Me pidió que no lo hiciera, llorando. Ya no tenías fuerzas. Lo ibas a echar todo a perder porque ya no tenías esas putas fuerzas. Cuando le puse el cinturón por el cuello no hizo nada, tan solo pedir perdón. Tampoco es que hubiera hecho nada malo para pedirlo, pero eso hacía. Era como esos que dicen lo que piensan y luego se pasan toda la vida pidiendo perdón. Debía de haber sido él a quien mandasen allí, nunca entendía nada. Al dejarlo caer por encima de la baranda de las ridículas escaleras de su casa aún pedía perdón. ¿Me lo pedía a mí o imaginaba la estúpida cara de la condesa rusa al descubrirlo?

Irene parecía incapaz de articular palabra, de su boca abierta apenas salía un quejido tan indefenso como ella.

La sensación de caer al vacío se apoderó de él, pero solo había sido Irene que le empujó con tanta fuerza que le hizo caer de espaldas al suelo. Se hirió el hombro al aterrizar sobre un puñado de escombros. Siempre había alguien que sobresalía, diferente, incluso entre los escombros. Irene saltó y se quedó a horcajadas sobre él. Casi no podía reconocerla: su rostro devorado por las lágrimas, el cabello revuelto y los labios amoratados por la fuerza de sus dientes al morderlos. Los puños de ella le golpeaban el pecho, la cara, el hombro, y él no podía

pensar.

—¡¿Por qué Miguel?! ¡¿Cuándo te hizo algo malo en toda su existencia?! ¿Eh? ¡Contéstame! ¡¿Cuándo?! ¡Era parte de nosotros! A Miguel no, maldito hijo de puta.

Siempre pensaste que pesaba muy poco para ser Werner, ¿no es cierto, caminante sin rumbo? Nunca fue Werner. Era Miguel. Sí, querido, estás más loco de lo que pensabas. Quizás nunca existió una Gianira que te ayudara a pasar los largos y fríos días en Suiza, y jamás caminaste por otro lugar que no fuera de hospital en hospital. Nunca encontraste en tu cuerpo una ola que rompía sobre el mar y, para ser sinceros, un lunar con esa forma era un recurso un tanto infantil. ¿No te parece, Álex? Quizás Aspasia se lo inventó todo.

No, no podía ser. Tal vez Irene descuidó su origen, pero él jamás olvidaría de dónde venía. No sabía por qué tenía que volver al infierno una y otra vez. No entendía qué tenían de especial los hombres cuyos caminantes de sueños caían en este mundo. No les debían nada.

—¡Contéstame! ¡No te atrevas a quedarte callado!

—Ya deberías saber el porqué, niña absurda.

Un puñetazo de Irene le dio de lleno en la nariz, que empezó a sangrar de inmediato y lo obligó a recostarse casi como si ella no existiera, como si únicamente fuera un sueño de alguien ajeno. Trató de detener la hemorragia, contempló la palma de su mano empapada en sangre y le pareció curioso. Irene lo seguía golpeando, podía sentir la ira en su piel, aunque no le dolía. Recordó haber visto su mano así antes, por los caminos del mundo, llena de sangre y frío. Detuvo su ataque unos segundos. Respiraba con fuerza, igual que un animal antes de atacar. Irene tomó una piedra con la mano.

Pudo oír el silbido del viento cuando la piedra le golpeó la sien. Volvió a caer de espaldas con fuerza. Abrió la boca, movió la mandíbula para buscar aire y que el horrible sonido desapareciera. Todo le daba vueltas, el bosque que se mostraba por encima de las derruidas paredes tomó un color irreal. Escuchó de nuevo los pasos sobre la hojarasca, y le pareció ver la sombra de Miguel junto a un árbol, a unos metros de donde se encontraban, justo detrás de Irene, pero no podía ser. Miguel estaba muerto, él lo había matado. La figura que formó el viento sobre las hojas muertas fue la de Dugès.

La imagen borrosa de Irene se recompuso encima de él. Sostenía la

piedra manchada de sangre a pocos centímetros de la cara de Álex. En sus ojos ya no halló odio sino decepción, la de aquel que descubre que toda su vida ha sido un engaño.

—Hazlo, vida.

—Jamás vuelvas a llamarme así —dijo Irene y dejó caer la piedra junto a ella—. No soy como tú.

—Él no era uno de nosotros.

—Cállate, no digas nada más. ¡Estoy harta de tu locura!

—Nunca entendí tu apego a él más allá de sus sueños que, por otra parte, eran bastante mediocres.

—¿Qué sabrás tú de los sueños de la gente? ¡Eres tú el mediocre! Nunca has soñado ni has creído en la esperanza. Todo es blanco o negro para ti. Si no los puedes utilizar, los eliminas.

—Todos tenemos un trabajo que cumplir aquí, y él hacía que todo peligrase.

—¿Cómo he podido estar tan ciega? Te voy a odiar por toda la eternidad.

Escrutó el rostro de Irene. Había cerrado los ojos y la desolación parecía apoderarse de ella. Le acarició la mano. Estaba helada y tenía la piel rugosa como la de una anciana en una oscura taberna de Puerto Said. Temblaba. Acarició su piel una vez más, quizás la última. Sintió una lágrima de ella caer en su cuello. Se le clavó de puro frío. Tenía tanto frío. ¿Por qué lloraba todo el tiempo? Jamás habría llorado así por él. Solo Gianira lo hizo una vez. Nadie más.

Estuvo unos eternos segundos así hasta que pareció que el rostro de ella empezó a dudar. Y entonces, Irene tomó de nuevo la piedra y alzó el brazo con todas sus fuerzas hasta dejarlo caer sobre su propia cabeza. Las lágrimas se detuvieron.

Los rostros suelen describir con todo lujo de detalles los caminos que cruzan la vida de las personas. Cualquier surco, cicatriz, bolsas bajo los ojos o labios resquebrajados explican un torrente de vivencias que solo parecen sueños antiguos. Un pequeño parpadeo con la mirada fija en el horizonte explica historias que jamás serán contadas. Cuántas podría contar él. Solo hay que saber interpretar los rostros y pronto estarás de viaje por todo un racimo de vidas. El rostro de Irene

únicamente decía que no entendía nada. Ni su propia vida, ni por qué Álex había hecho eso, ni ese chasquido a su espalda de la bala del miserable Dugès cuando atravesó su cuerpo. O tal vez sí lo entendió, pero apenas tuvo tiempo de exhalar el poco aire que le quedaba y esbozar una pequeña sonrisa incrédula al descubrir en todo lo que se había convertido su sueño. Cayó sobre el cuerpo de Álex.

—Claro que eres como yo —dijo él.

—¿Está bien? —preguntó Dugès—. ¿Necesita ayuda médica?

—¿Para qué? —respondió Álex.

Acarició la espalda de Irene con suavidad. ¿Ya estaba fría, o era él? Siempre con el maldito frío. El aroma de su cabello lo envolvió de nuevo, se llevó el aire helado de las montañas y voló sobre su fragancia hasta los abruptos montes que se adentran en el mar de la isla de Symi. Allí la vio. Bañaba sus pies desnudos en el agua, sin poder evitar que su vestido rojo se mojara con el vaivén de las olas. Su risa iluminaba los colores de las casas hasta formar un lienzo radiante. Al descubrirlo, Irene lo saludó con la mano. El frío siempre regresaba, igual que ella. Siempre. Había regresado, estaba allí, tendida sobre él, envuelta en un manto rojo.

Capítulo XV

Las ranas del Somme

Otoño de 1916. Trincheras del 6.º ejército francés en el Somme

El hombre se quedó en silencio. Para su sorpresa, la lengua se le había pegado al reseco paladar pese a la humedad que trepaba por todo su cuerpo. Desde un extremo de la trinchera llegó un murmullo que serpenteaba veloz por los rincones embarrados. Al principio apenas era un zumbido. Desechó pronto la idea. Ni una sola abeja en su sano juicio se aproximaría a menos de cincuenta leguas de ese infierno. Pronto, el susurro se convirtió en un ajetreo desmedido en el que los hombres corrían como pollos sin cabeza por las trincheras. Cerca de él, el grupo de soldados que «todavía desfallecidos por el pánico» sujetaban su fusil como si fuera su alma, miraban la escena sin mover una pestaña. Un sargento se acercó a ellos y el rostro de los hombres cambió al instante. Se escucharon unas tímidas risas, se dieron golpecitos tranquilizadores en la espalda, y el más joven de ellos, desde la distancia, gritó:

—¡Falsa alarma! ¡No atacaremos! ¡Falsa alarma!

Los observó con cierto desdén. Tomó de nuevo la botella de sambuca y dio un largo trago hasta agotarla. Se secó los labios con la manga empapada de su uniforme, vaciló ante su propia incoherencia y, acto seguido escupió. Estudió al compañero que todavía descansaba junto a él. Tuvo envidia de la tranquilidad en su rostro. Cogió el casco que reposaba a su lado, lo colocó en su regazo y sus dedos embarrados jugaron con la correa.

—Dicen que es una falsa alarma, querido Frechant. Mis huevos, falsa alarma. Hay algún malnacido que piensa que darles esperanza, aunque solo sea durante unos minutos, es un regalo de Dios. Hay que ser muy hijo de puta para pensar así. Seguro que saltan rebosantes de alegría cuando les digan que lo único falso aquí era la falsa alarma. ¿Dónde está mi espada, Ana Bolena? —Se rio ante su ocurrencia—. Infelices.

Atacaremos igual. Tarde o temprano, atacaremos igual.

Sacó la cajetilla de tabaco inglés que había encontrado en uno de los bolsillos del soldado Frechant y se llevó uno a la boca.

—¡Mierda! —exclamó al recordar que no tenía manera de encenderlo.

Buscó con la mirada al soldado esquelético que le ayudó con anterioridad entre el grupo de hombres que todavía se vanagloriaban del fallido ataque. Sin suerte. No quiso llamarlos para preguntar por él. Ni siquiera sabía su nombre y, después de todo, ¿para qué?, pensó.

Uno a uno, los soldados se dejaron caer sobre los pedazos de tablones de madera a modo de taburete rudimentario. Atisbó el rostro de un joven de sonrisa forzada. En un instante, se pusieron a bromear, y a vivir como si la amenaza jamás hubiera existido. Era curioso ver el ritual de los hombres para espantar el pánico. No hacerle caso. Actuaban de la manera más parecida posible a sus vidas civiles. Bien podrían pasar por un grupo de amigos tomando unos licores en cualquier taberna de Nantes. Pero el miedo, siempre regresa. Y lo hace embravecido, ofendido por menospreciarlo.

Se sentía cansado. Una batalla más, otra guerra más y todo seguía igual. Reclinó su espalda sobre el resbaladizo fango de la trinchera, a escasos centímetros de su camarada Frechant. Buscó de nuevo complicidad en su semblante tranquilo. Había visto tantos rostros jóvenes apagarse que durante muchos años había perdido el interés por la suerte que pudieran correr. Frechant, sin embargo, era diferente.

—Debes pensar que Álex era un ser despreciable, y no te faltará razón. ¿Por qué dejó la vida de Irene en las manos sudorosas de Dugès? Él, que tanto reprochaba su propia soledad, no fue hasta mucho tiempo después que pensar en la soledad de ella le resultó abrumador. El idiota creía que sentirse así era patrimonio suyo.

La tierra devastada caía sobre las trincheras. El miedo de los hombres se repetía, aunque jamás había visto tamaña destrucción en ninguna de las guerras que había estado. ¿Por qué tenía que sufrir él por culpa de alguien que no era capaz de retener sus sueños? Mil años después, las cicatrices continuarán visibles, pese a que sobre ellas crezcan bosques de pino negro.

Las risas de los soldados cercanos alejaban la guerra a la misma velocidad que la tramontana se lleva a los desdichados que saltan al mar sin apenas saber aguantarse a flote. En pocos minutos, todas las

trincheras parecían envueltas en esa calma traicionera del bosque cuando queda en silencio.

—¿Recuerdas a Philippe Ancel? ¿Aquel perfumista enclenque de cerebro blando? ¿El idiota enamoradizo de poetas amargadas? Irene lo mandó de vuelta a su mundo cuando ese cordón inseparable la acercó a Álex. El tipo era persistente. ¿Tú serías capaz de tragarte el orgullo así? ¿Podrías insistir en busca del amor si alguien te rechazara, con la esperanza de que con el tiempo se enamorase de tu fea cara? El tiempo pasa, pero no es imbécil. Pese a todo, la fue a buscar al hospital de Perpiñán y se la llevó. Nadie sabe dónde. Unos dicen que la han visto caminar sola por playas griegas, otros que se marcharon juntos a una isla en las Filipinas, pero lo único cierto es que jamás la volvieron a ver. Su casa todavía permanece sellada con tablones de madera. ¿No me crees, Frechant? ¿Piensas que Dugès mató a Irene? Hay veces que nuestros miedos están tan incrustados en nuestra vida que lo único a lo que nos atrevemos es a esconderla aún más entre ellos. Tenemos pánico de mostrarnos a los demás y, por esa razón, querido Frechant, hace falta gente como tú. Olvídate de Dugès. El necio se merecía pudrirse en una colonia penal en la Guayana por sus obsesiones, pero en este mismo instante debe de estar introduciendo sus regordetes dedos en un bol de oro relleno de cerezas con licor. Es curioso cómo el reflejo dorado de la riqueza hizo que se olvidara por completo de Irene, de Álex, e incluso de la gendarmería. ¿Sigues sin creerme? Qué sentido tendría mentirte, precisamente a ti.

Frechant era el único soldado que toleraba junto a él. No por nada especial, pero el joven parecía revestido de una coraza capaz de esquivar los ataques más hirientes que le propinaba. Lo había intentado de todas las maneras posibles: criticaba su baja cuna, su lugar de origen, le pedía que le hablara de su prometida o de su madre, y atacaba donde más dolía, pero Frechant siempre le devolvía una sonrisa y contraatacaba de igual forma. Era agudo y natural. Esa misma mañana, el joven quiso observar las líneas enemigas con sus propios ojos. Tenía la absurda creencia de que, al amanecer, los espíritus de los combatientes caídos paseaban por la zona muerta para despedirse de su cuerpo. Quería ver esas sombras desarraigadas, así que trepó por las planchas de madera que trataban de frenar el avance del lodo en la trinchera y sacó la cabeza. Él le ordenó que bajara de inmediato, los tiradores alemanes podían estar al acecho. Frechant pidió solo un segundo, pero fueron cinco. Por la emoción de sus palabras, había visto algo. Y justo cuando se giró con su alegre sonrisa para indicarle de qué se trataba, un obús estalló a pocos metros de él, en el exterior. El joven se deslizó despacio por la pared de la trinchera hasta llegar de nuevo al suelo sin mover un solo músculo. Parecía que

se había congelado en el tiempo. Lo insultó y le reprochó su inconsciencia. Ver el descenso de Frechant, inmóvil por el lodo, le recordó un pequeño estanque cerca del río en su pueblo, donde de niño solía ir a cazar ranas. Lo hacía con un tirachinas que le había construido uno de los mozos que cuidaba de los caballos en su casa. Se acurrucaba en un rincón del estanque, y cuando una de ellas subía a la superficie, le disparaba con toda la fuerza que podía, casi siempre sin suerte. Excepto un día. Esperaba que saliera alguna por el lado opuesto adonde se encontraba cuando se percató de que una, libre y solitaria, había emergido junto a sus pies. Lo miraba desafiante, con la boca abierta. Tensó el tirachinas, se acercó a escasos centímetros de ella, y disparó. El golpe certero la mató al instante. La pobrecilla se hundió en el agua verdosa del estanque con la misma postura con la que había subido a la superficie. Descendió hasta perderse de vista, también congelada en el tiempo. Esta vez, sin embargo, Frechant era la rana. El veterano se abalanzó sobre el cuerpo inmóvil de su compañero para descubrir que el obús le había volado medio cuerpo. Lo sentó junto a él, con el costado perdido contra el fango, como si durmiera. Llevaba así todo el día.

El hombre se sorprendió de la humedad en sus ojos, se levantó con esfuerzo, dio unos golpecitos en el hombro al camarada muerto y miró al cielo. Continuaba demasiado azul para la guerra.

—Una mañana de verano, querido Frechant —prosiguió—, cuando el sol más golpeaba, Irene y su tía Aspasia fueron a una casa cercana donde una mujer delgada y de piel reseca, como la pintura de un cuadro al viento, vendía conejos. Tenía media docena de jaulas junto a la casa y, dentro de cada una, cinco o seis de los pequeños animales. A Irene, que por entonces era una preciosa adolescente, siempre la había intimidado aquella mujer. No era miedo a que hiciera nada aborrecible, sino que temía poder convertirse en alguien parecido a ella y a su falda sucia por debajo de las rodillas. La señora solía abrir una pequeña puertecita de las jaulas y sacaba uno de los conejos. Irene odiaba ese momento. Sabía el destino del animal, mientras la vendedora, ajena al juicio final, lo acariciaba sin dejar de hablar sobre cosas intrascendentes.

»Luego, con un movimiento rápido y sin venir a cuento, golpeaba la cabeza del infortunado conejo contra una pequeña roca que había en el suelo, junto a las jaulas, cuyo color rojizo era testimonio del buen momento por el que pasaban las ventas de los animalillos. Y seguía hablando de cosas aún más frívolas. «Falsa alarma para el conejo, también». —Se rio—. Irene siempre miraba a las montañas hasta que escuchaba el golpe, entonces la mujer decía: “Ahora le quitaremos la

camisa", le hacía una incisión en la piel y estiraba hasta despellejar al animal. Lo había visto un montón de veces, pero nunca hasta ese momento distinguió al soldado escocés que entrenaba a Olivier. Aquel que hablaba sobre la tortura que recibían los británicos capturados. Vio a Frank perdido en el desierto, temeroso de que le quitaran la camisa como a ese desgraciado conejo. Irene no abrió la boca hasta llegar a casa, y una vez allí le reprochó a su tía que sus cuentos no eran más que invenciones que sacaba de cualquier pequeño detalle que veía en su entorno. No era más que una cuentacuentos.

Quiso ver más allá de las trincheras, y sintió miedo. No era la primera vez. Entrar en batalla siempre era caminar por el valle de las sombras de la muerte donde nunca hay nadie que te acompañe. En ese momento ni siquiera Gianira estaría allí para él.

—Álex se encontró a la vieja Aspasia sentada en uno de los bancos de piedra de la plaza de la República de Otoño —continuó—. Parecía consternada. Nunca había sentido empatía por la tía de Irene, pero siempre supo que algo los unía. Al darse cuenta de su presencia, le pidió que se sentara junto a ella. El rostro de Aspasia mostraba que Irene había clavado un dardo frío como el acero en su corazón. Entonces le contó una historia: una donde la condesa rusa paseaba por los caminos que rodean el pueblo con el pequeño Mikhail que por aquel entonces apenas sabía caminar. Quizás pensaba en la estepa rusa, con algún pueblecito lejano cuyas cúpulas doradas de la iglesia increpaban al sol, cuando se cruzó con la joven Simone, que se había pasado toda la mañana ayudando a su padre a limpiar un pequeño huerto de malas hierbas y raíces secas. La condesa le explicaba los maravillosos vestidos de los bailes de invierno en la corte del zar a la confusa campesina, cuando el crío echó a andar y se adentró en el bosque. Fue la propia Simone quien «entre el agobio y la esperanza» avisó a la condesa de que su hijo no estaba. Todo el pueblo se conjuró para encontrarlo, pero no había señal del pequeño. Esa misma noche en un estrecho camino iluminado por cientos de luciérnagas apareció Miguel. Corría y saltaba entre risas fascinado por las luces a su alrededor. Lo encontró la propia Aspasia. Sin embargo, había ocurrido algo curioso: en ese bosque entró un niño, pero salieron tres.

El veterano soldado mostró una sarcástica sonrisa.

—¿Ahora me crees, Frechant? Tres. Nadie supo nunca el origen de los otros dos chiquillos, ni pudieron encontrar a ningún familiar. Era un misterio. Aspasia los acomodó pronto: uno con una familia acaudalada, y al otro con su propia hermana, una mujer de salud frágil que no podía tener hijos. Lo mantuvieron en secreto. La

hermana de Aspasia y su marido desaparecieron un par de años y regresaron con la criatura para evitar habladurías. El otro chiquillo tuvo peor suerte. La acaudalada familia ni se molestó en esconderlo, tampoco nadie iba a visitarlos y el servicio no hacía preguntas. Su familia siempre lo trató como a un familiar lejano que se presenta a pasar una semana sin avisar. Casi una molestia. Cuando sus padres dejaron a un lado la novedad, y vieron que no lo podían mostrar en público por su carácter introvertido, lo trataron como a una habitación más de la casa: siempre pulcro, al cuidado del servicio, pero con indiferencia. Con Irene fue diferente. Ella siempre pensó que su tez morena era la misma que trajo su padre de más allá del Mediterráneo. Pobrecilla, suena tan estúpido. A veces una vieja metomentodo se para junto a ti en el parque y declara a viva voz lo que te pareces al crío que juega a tu lado. Hace mención al mismo color de ojos, a la misma nariz griega, lo orgulloso que debes estar de él y tú no tienes ni idea de quién diablos es el niño ese. Irene se sentía sola, sí, como todos ellos cuando llegan aquí, pero a ella la adoraban y el amor es una de las pocas cosas que te hace olvidar, incluso tus orígenes. Aspasia me pidió que cuidara de ella siempre, porque éramos hijos del mismo sueño.

El veterano soldado suspiró con fuerza, tal como haría desde las cumbres de los Pirineos sobre las llanuras. Para su desazón, no era aire fresco, sino uno rancio y pegajoso que le inundó los pulmones hasta hacerlo toser.

—Álex salió de allí convencido de que la vieja Aspasia estaba más loca que nunca. Con el tiempo recordaría esa petición de Aspasia, pero jamás supo cuidar de nadie, y mucho menos de Irene.

De nuevo, un griterío en el extremo de la trinchera rasgó la esperanza. Los soldados que unos instantes antes bromeaban, ahora se levantaban despacio, inquietos por el rugido del miedo que se acercaba. Uno de ellos, el más enérgico y barbudo de todos, detuvo de un golpe en el pecho a un oficial que pasaba a toda prisa sin levantar la vista del suelo. Lo agarró por el cuello y lo atrajo hacia sí para preguntarle algo. A los pocos segundos lo dejó ir y su cara mostró un terror y un desconcierto que parecía que su pensamiento había regresado en un suspiro desde su hogar: ese lugar donde tal vez se refugiaba para arañar resquicios de amor que ya no volvería a sentir. Recordaba a ese soldado. Al inicio de la contienda se sentía feliz de estar en el ejército por comer tres veces al día por primera vez en toda su vida.

—Mira sus caras, Frechant. No importa de qué guerra se trate o en qué siglo ocurra, las caras son siempre las mismas. Me temo que la falsa

alarma ha dejado de ser falsa, querido amigo. El miedo siempre regresa.

El nerviosismo invadía a cada uno de los hombres cuando un teniente empezó a ordenar que se reagrupasen todos contra la pared de la trinchera. Algunos insultos contra el ejército del káiser fueron acallados por las miradas de pánico de los pobres miserables. Habría apostado que tan solo unos minutos antes soñaban con unas largas piernas en los burdeles de París y mantequilla caliente con azúcar sobre pan tostado.

—Parece que después de todo, pronto voy a olvidarme del maldito frío una vez más. ¿Hasta cuándo?

Se alzó agotado, e hizo ademán de ponerse el casco. Cuánto pesaba. Jamás se había percatado de su peso hasta ese momento. Miró una vez más al cielo, pero los gritos de los oficiales le impedían ver más allá. Los soldados a su alrededor lloraban sin dejar de buscar las bayonetas como autómatas de feria. Pasó su sucia mano por el cabello rapado, despacio, como si el tacto le proporcionase algo que jamás volvería a sentir. Se detuvo en la nuca, justo allí donde Gianira lo besaba cada mañana en Suiza, allí donde el cabello rapado había dejado al descubierto una marca de nacimiento: una ola encabritada que rompía sobre el mar.

Primera edición: marzo de 2023

Primera edición digital: marzo de 2023

Diseño de la colección: Enric Jardí

Imagen de la cubierta: Jesús Aguado

© 2023, Carlos Millán, por el texto

Autor representado por Ana Vidal, de la Agencia Literaria Infinia

© 2023, Catedral, por esta edición

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia

Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

ISBN: 978-84-18800-76-4

Producción del ePub: booqlab

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas.